MARIAN ARPA

Prohibido liarse con el jefe

NUEVA ORLEANS 1

Selecta

MARIAN ARPA

Prohibido liarse con el jefe

NUEVA ORLEANS 1

Selecta

Prohibido liarse con el jefe

SERIE

Nueva Orleans 1

Marian Arpa

Selecta

Esta novela la dedico a todas las profesoras; su paciencia, su amor y buen hacer ayudan a los padres en la educación de esos niños que todos queremos que en el futuro sean personas de bien. Muchas gracias por su dedicación. A veces deseamos que los peques lleguen con libro de instrucciones. Un besazo.

Prólogo

Nueva Orleans fue donde nacieron cinco mujeres que eran más que amigas, eran como hermanas. Se conocían desde la más tierna infancia, habían estudiado en los mismos centros, y al ir creciendo se formó entre ellas un vínculo que nadie rompería jamás.

A pesar de que se habían separado para ir a la universidad, a los diferentes campos que cada una había elegido, siempre permanecieron unidas a través de videollamadas o por aplicaciones telefónicas que les permitían contarse sus avances, ligues o problemas. Terminaron por autodenominarse «El consejo de sabias», ya que si alguna de ellas tenía un contratiempo, las demás no dudaban en acudir para ayudarse las unas a las otras.

Kathy había estudiado Historia del Arte, y en esos momentos restauraba muebles en la tienda que compartía con su tía Rebecca. Ella y Zoe eran las únicas del grupo que tenían pareja, ella estaba tan enamorada de Michael que las otras solían guasearse de su arrobamiento por ese hombre.

Zoe era enfermera en el Tulane Medical Center, vivía su particular historia de amor con Steve, un cirujano traumatológico que estaba para mojar pan. Cuando ella se quejaba de que las demás enfermeras babeaban detrás de él, siempre se escuchaba:

—¿No sabes que el hombre y el oso, cuanto más feo, más

hermoso?

A lo que Christal, otra de ellas que era maestra de preescolar en la escuela Rodríguez Miró, respondía:

—No les hagas caso, cuanto más feo, peor para él. —Esa coletilla siempre les sacaba carcajadas a todas.

Ashley era abogada y apoyaba las palabras de Christal.

—Di que sí, yo no quisiera que me cogiera un infarto si voy por casa a oscuras y mi pareja pareciera un muerto viviente.

Al vivir en Nueva Orleans, habían crecido con las historias de vampiros, vudú, zombis y fantasmas.

Meg se había licenciado en Criminología, y a veces les contaba historias espeluznantes de lo que vivía día a día. No compartía que la ciudad estuviese encantada, a pesar de que todo el mundo lo decía. Ella tocaba de pies en el suelo; sin embargo, algunos casos la hacían dudar de sus arraigadas creencias.

No podían ser más diferentes entre sí, pero su entendimiento y complicidad eran absolutos. Tenían que hacer verdaderos malabares para reunirse, por los horarios de trabajo de todas; aun así, de vez en cuando salían a divertirse: «noche de chicas».

¡Tiembla, Nueva Orleans, que ahí vamos!

Christal era feliz con sus «niños», como ella llamaba a sus alumnos. Cuando llegara el momento tendría una familia numerosa, pero para eso necesitaba encontrar al hombre adecuado.

—No existe el hombre perfecto —le decían Meg y Ashley.

—Sí que los hay, pero son imperfectos —replicaba Zoe.

—Cuando menos os lo esperéis os tropezaréis con uno que os hará hervir la sangre —sentenciaba Kathy.

El consejo de sabias había hablado.

Capítulo 1

James Rice acababa de salir de una relación sentimental en la que había puesto todos sus sueños. El hecho lo había dejado muy tocado; que la que había sido su mujer durante seis años hubiese puesto fin a la convivencia por irse a recorrer mundo le dejaba muy claro que su amor no valía nada, que había estado fingiendo, que se había aprovechado de su enamoramiento. ¡Joder si lo engañó! Un día le decía que lo amaba, y al siguiente la encontró preparando las maletas, dándole los papeles del divorcio, reclamando la custodia de Harry, el pastor alemán que había formado parte de la familia, pero del cual ella nunca se había ocupado; y, para terminar de rizar el rizo, había vaciado la cuenta bancaria que tenían en común. Suerte que él poseía otra en la que guardaba la herencia de su madre, que tenía pensado pasarla a sus hijos cuando los tuvieran; si no, lo habría dejado con una mano delante y otra atrás.

De eso hacía ya tres meses y aún no se podía sacar de encima la sensación de engaño. Su humor siempre era taciturno y lo pagaban quienes tenía a su alrededor.

Su vocación era la enseñanza, y sus largas jornadas e implicación lo llevaron a dirigir una de las mejores escuelas de Nueva Orleans, la Rodríguez Miró, llamada así en honor a un gobernador del siglo XVIII.

Anteriormente siempre tenía un saludo o unas palabras amables

para el personal docente, en esos momentos los maestros solían evitarlo. Encontraba defectos en todo lo que proponían los demás, que era algo que jamás había hecho. Solía escuchar y valorar las ideas, logrando muy buenos resultados con los alumnos. No obstante, eso había cambiado y tenía en el punto de mira a la responsable de la educación infantil del centro: Christal Barret. Siempre había reinado la buena sintonía entre ellos, ella tenía ideas innovadoras para encaminar a los pequeños que más adelante llenarían las clases a medida que fueran creciendo. Sin embargo, desde hacía algún tiempo ya no compartían aquellas largas charlas en las que ella le contaba sus proyectos. La maestra, como todos los demás, se apartaba de su camino, y eso lo tenía molesto, a pesar de que sabía que era él mismo quien los alejaba.

—Christal, tenemos que hablar cuando terminen las clases —le dijo una tarde al cruzarse con ella en la entrada del colegio.

—Hoy no puede ser, James, tengo un compromiso. Tal vez mañana. —Lo esquivó ella con tono de voz frío.

—Tu primera obligación es con tus alumnos.

—Y cumplo con ellos, lo que haga en mis horas libres no le incumbe a nadie —contestó ella alejándose.

James se quedó mirando con el ceño fruncido aquella espalda erguida y ese culito respingón. Era la primera vez que ella le hablaba en ese tono y no estaba dispuesto a consentirlo. La veía sonreír a las mamás que acompañaban a sus retoños, tenía una palabra amable para ellas y algún que otro guiño para los pequeños, quienes la seguían con caritas ilusionadas.

Se fue a su despacho echando pestes, él era el director y ninguno de los maestros tendría que tratarlo de esa forma, se decía a sí mismo. Su humor fue cada vez más sombrío hasta que escuchó por los altavoces la música que anunciaba el final de las clases. Se asomó por la ventana por donde se dominaba el centro educativo y vio a Christal, que después de despedirse de sus alumnos cogía su bicicleta y se marchaba.

Los demás profesores iban saliendo en grupos, charlando los unos con los otros. Él estaba solo, observando desde la distancia lo que siempre había compartido.

Capítulo 2

Christal Barret era una mujer simpática, alegre y con una sonrisa perpetua. Adoraba a los niños, y eso la llevó a estudiar la carrera de Magisterio, especializándose en los más pequeños.

Hacía tres años que había empezado a trabajar en el prestigioso centro educativo Rodríguez Miró, durante los cuales había ido subiendo peldaños, y en esos momentos, dirigía la enseñanza infantil. Había maestras con más antigüedad, pero no querían aquella responsabilidad que suponía organizar los temas y presentarlos a dirección. La energía que ella había puesto desde el primer día le granjeó la simpatía y confianza de sus compañeras.

Christal era feliz con su trabajo, las caritas de los niños al aprender, al comprender lo que les enseñaba, eran mejores para ella que una juerga. Le gustaba pasarlo bien, como a todo el mundo, aunque a veces su responsabilidad lograba sacar de quicio a sus amigas, como en ese momento, que habían salido a tomarse unas copas. Raramente se podían encontrar todas debido a sus trabajos. Sin embargo, ese día lo lograron, solo faltaba Kathy, que llegaría en cualquier momento.

—Nenas, hay que predicar con el ejemplo. —Ese era el credo de Christal.

—Deja salir tu parte gamberra. —La instaba Zoe.

—Tú deberías saber mejor que yo que no se puede dar cancha a los jóvenes —replicaba.

—¿Te crees que cuando den la vuelta a la esquina se acordarán de tu ejemplo? —decía Ashley.

—Oíd, ¿hemos salido a pasarlo bien o a poner orden en el mundo? —Meg, cuando se juntaban, quería olvidarse de lo que veía día sí, día también—. Os tendríais que dedicar a la política, joder.

—Tienes razón —afirmó Christal.

—Venga, cuéntanos, ¿a qué viene ese nuevo peinado que te has hecho? —atacó Meg—. ¿Hay algún hombre a la vista?

Christal se rio.

—No, necesitaba un cambio. Mi jefe se ha vuelto una mosca cojonera.

—¿Y te has puesto más guapa para tocarle las pelotas? —preguntó una extrañada Ashley—. Nunca había escuchado nada igual.

—No, tonta, un día salí de la escuela con mala leche y, para soltar presión, me metí en el salón de belleza y le dije a Louis que me hiciera lo que quisiera; ya sabéis lo que me relajan unos buenos masajes en la cabeza.

—Pues bien por Louis, estás fantástica —reconoció Meg.

—Te sienta estupendo ese tono rosa, te hace parecer una muñeca traviesa —admitió Zoe. Christal llevaba el pelo corto, peinado de punta, y el color le sentaba genial.

—Ya lo creo —intervino Ashley—. Lástima que yo no pueda hacerme un cambio así.

—¿Por qué no? —preguntaron Meg y Zoe al mismo tiempo.

—Porque nadie me tomaría en serio, y como abogada debo mantener una imagen.

Christal iba a replicar cuando vio que llegaba Kathy, a la que llevaban un buen rato esperando. Esta trabajaba en su propia tienda de antigüedades restauradas, era una artista en transformar cualquier cosa.

—Nena, ¿has venido de rodillas? —Se guaseó Meg.

—No. —Rio la aludida—. A última hora ha venido Walter, está amueblando su casa.

—¿Con antigüedades?

—Sí, es lo que le gusta, y he tenido que buscar varias cosas en

otras tiendas por internet.

—¡Es raro de cojones, el tío! —exclamó Christal soltando una risotada—. Aún no entiendo cómo puede haber dos primos tan iguales y distintos a la vez. Mira que tengo a unos alumnos gemelos; con Walter y Michael, si no fuera porque uno lleva el pelo largo y el otro corto...

Michael era la pareja de Kathy, él era policía y adoraba el suelo por donde pisaba ella. Walter, su primo, había llegado a la ciudad tiempo atrás desde Sulphur, una ciudad del oeste de Nueva Orleans, y se había instalado en la casa que Michael compartía con Kathy. Con su atractivo había llevado de cabeza a muchas mujeres, entre ellas a las amigas de ella. Aunque él nunca se enteró de la conmoción que causaba entre las mujeres, le picó el aguijón del amor con Moira —una hermosa pelirroja que tenía una tienda de ropa interior femenina—, y se había comprado una casa en las afueras.

—¿No te has confundido ninguna vez y le has dado un morreo al primo? —se burló Meg—. Ya sabéis que a mí no se me pasa una, pero lo de estos dos es un delito. Lástima que estén pillados, sino sacaría toda mi artillería y me llevaría a Walter. —Kathy la miró divertida—. A tu Michael nunca se me ocurriría. Los hombres de las amigas son intocables —aclaró.

—No me confundiría en la vida, mi Michael es... —Soltó un suspiro exagerado para darles envidia. Todo era pura comedia, las chicas sabían muy bien el amor que había entre ambos, y se divertían aguijoneándose las unas a las otras.

Todas rieron el comentario de Kathy.

—¿Dónde trabaja Walter? —Se interesó Meg.

—Guapi, ya está pillado. Olvídate de él. —Kathy desvió la conversación, la historia de Walter era más complicada de lo que sus amigas pensaban, y era para mantener en secreto; solo ellos la sabían y así debía ser—. ¿No había cierto arquitecto que te hacía tilín?

—¡Es tan mono! —exclamó Meg con mirada soñadora.

—Chica, yo a los hombres los puedo encontrar atractivos, pero ¿monos? —La pinchó Ashley.

—¿Es peludo? —Siguió la corriente Zoe.

—Tiene lo justo y donde a mí me gusta.

—Caramba, ¿ya has llegado a todos los rincones?

Meg asentía con una gran sonrisa a las palabras de Kathy. La aventura con el arquitecto era solo eso, disfrutarían un tiempo y luego adiós. No pondría su corazón en manos de ningún hombre; todos eran iguales, y si les dabas alas, acababas sufriendo, no estaba dispuesta a ello.

—Mírala, y sin contarnos nada, eres una mala amiga —se quejó Ashley. Luego miró a Christal—. Nena, o nos espabilamos o nos quedamos solas.

—¡¿Qué dices?! —exclamó Zoe—. Kathy y yo tenemos pareja y estamos aquí. Somos mejores que los mosqueteros, nadie nos separará: «Una para todas y todas para una».

Las chicas la aplaudieron.

—¡¡¡Bien!!! —gritaron juntas, chocaron sus jarras de cerveza en un brindis por su amistad.

—Bueno, guapis, ya sé que he llegado tarde y que seguro todas lo sabéis —hablaba Kathy, mirando a Christal—. ¿A qué viene ese nuevo look? Te sienta fenomenal, lo admito, tendrás que decirme quién te lo ha hecho.

—Ha sido Louis, le dije que necesitaba un cambio y... *voilà*.

Kathy levantó sus bien depiladas cejas.

—Cuando una mujer da rienda suelta a un estilista, o está como una cabra, o tiene algún problema. ¿Cuál es el caso?

—Un poco de las dos cosas —intervino Zoe—. Se he puesto estupenda por un enfado con su jefe.

Kathy estalló en una carcajada.

—Vaya, es la primera vez que escucho algo parecido. —En sus ojos se apreciaba la diversión—. Por lo que nos cuentas, últimamente los choques con él son habituales; si te pones más guapa con cada cabreo lo vas a enamorar.

Todas rieron ante la observación de Kathy.

—Ni envuelto en un lacito de oro —replicó Christal—. Ya no es el James de antaño, con el que me lo pasaba genial; además, tiene pareja. Ni de coña me pongo en medio de él y su mujer. Que se lo quede enterito, a mí no me interesa.

Aquella aventura con el director quedaba muy lejos, recordaba cuando tres años atrás ella se había entrevistado con él al entrar a trabajar en el Rodríguez Miró, entonces se dio cuenta de que no quería

sacar el pasado a relucir y ella lo respetó. Al fin y al cabo, solo había sido sexo, del bueno, pero solo eso.

Kathy, que se cachondeaba hasta de su propia sombra, la continuó pinchando, y ella le siguió la corriente.

Capítulo 3

James estaba en plena mudanza, después de los problemas que tenía con Anais, con los papeles del divorcio en marcha, debía vender la casa donde habían vivido, darle su parte —de la que descontaría lo que ella se había llevado de la cuenta conjunta—, y él empezaría de nuevo en otro lugar. Por extraño que pareciera, no la echaba de menos, a quien sí añoraba era a Harry, su mascota, aún no entendía por qué ella se lo había llevado, nunca le había importado el perro. Estaba convencido de que lo había hecho con premeditación, para sacarle una manutención como si se tratara de un hijo. Sin embargo, James había contratado a un abogado, y este le dijo que era él quien tenía que recibir una compensación por no poder disfrutar del animal.

Anais no se había tomado aquella noticia nada bien, y le prometió que se arrepentiría. También se la descontaría de la parte que le tenía que dar por la venta de la casa, aunque hubiese preferido tener a Harry con él, a saber cómo lo estaría tratando ella.

Tenía el salón lleno de cajas con sus posesiones, al día siguiente iría una empresa de transporte que llevaría a su nuevo hogar lo que él deseaba. Con todo embalado, decidió salir a cenar; se fue hacia Bourbon Street dando un paseo y se metió en uno de los locales donde solía ir con sus amigos. No los había llamado porque no le apetecía que le repitieran por enésima vez que se olvidara de Anais y que

siguiera adelante. Ya lo había hecho, solo deseaba saldar cuentas y perderla de vista.

Estaba tomándose una cerveza en la barra mientras escuchaba las carcajadas de varias mujeres en la terraza interior, y se giró. De entre las escandalosas, le llamó la atención un cabello rosa de punta. ¡Christal!

«Vaya jolgorio que armaban ella y sus amigas», pensó.

La había conocido antes que a Anais, una noche coincidieron en el mismo local, cada uno con sus amistades, sus miradas se encontraron y ella le había sonreído. Cautivado, fue hacia ella y se presentó, se cayeron bien desde el minuto uno. Se vieron varias noches; sin embargo, como ninguno de los dos buscaba nada serio, lo suyo fue una agradable aventura, sin promesas ni compromisos, que duró pocas semanas. Ella estaba estudiando y no quería distraerse con líos. Se habían despedido como amigos, y nunca más volvió a saber de ella hasta que empezó a trabajar en el Rodríguez Miró, bajo su mando.

Durante los años desde su llegada al centro, habían conversado de las casualidades de la vida al volverlos a cruzar, pero como él tenía pareja y era sabido por todos, ninguno de los dos habló de aquellas lejanas semanas.

Con el bullicio que había en el local y lo apartado que estaba, no podía escuchar. Se la quedó mirando. Ella estaba sentada de espaldas a él, y a través de la silla metálica podía apreciar su culito, los gestos con que se expresaba, la estrecha cintura y ese cabello rosa corto que destacaba bajo la luz de los farolillos de la terraza. Todas parecían hablar y reírse a la vez, y sintió curiosidad por lo que les haría tanta gracia.

Cogió su jarra y le dijo al camarero que le sirviera fuera el *etouffee* de cangrejo de río que había pedido, y se sentó en una mesa cercana a la de las chicas.

—Mi jefe se ha vuelto un verdadero incordio.

James había escuchado la pregunta que le hizo una de las chicas a Christal, y se le atragantó la cerveza al oír su respuesta. «Conque un incordio, ¿eh?». Su espalda se tensó, ¿eso era lo que pensaba de él?

—¿Lo han cambiado? ¿Ya no es ese tipo tan majo que tenías?

—Es el mismo, pero últimamente, es como si lo hubiesen girado como un calcetín. Se ha vuelto un gilipollas —respondía ella al

comentario de una de las chicas.

—Eso suele suceder con los hombres —confirmaba otra.

James ya había escuchado suficiente, lo había insultado dos veces en pocos segundos. Tenía unas ganas tremendas de levantarse e ir a saludarla, la tentación era grande, muy grande.

Ni ella ni sus compañeros sabían lo que él estaba pasando, se lo había guardado para sí, solo lo había comentado con sus amigos más cercanos. Por Dios, que ya no era un adolescente, tenía treinta y seis años. Solo le faltaba que los maestros de la escuela lo trataran como a uno de sus alumnos. Él era adulto y reharía su vida, ya había empezado a hacerlo, y a nadie le importaban sus problemas.

Cuando volvió a afinar el oído, escuchó:

—A nosotras nos avasallan; y si no estamos de humor, creen que tenemos la regla —decía una de las amigas de Christal.

—Tendrían que pasar por un parto —hablaba otra de ellas.

—Son unos flojos, luego el sexo débil somos nosotras.

—Mi madre sola crio a mis tres hermanos y a mí, mi padre nunca la ayudó. Se marchó cuando nació el pequeño porque dijo que no estaba preparado para una familia tan grande.

—¿Y se dio cuenta cuando nació su cuarto hijo? Perdona, Meg, pero es un cabronazo.

James no podía creer lo que estaba escuchando. No le extrañaba que esa mujer considerara a su padre un hijo de puta.

—Tu madre es una gran mujer. —Él reconoció la voz de Christal —. Por desgracia, hay hombres así en el mundo, deberían cortársela al nacer.

—¿Te imaginas? —terció otra voz—. Iríamos por la calle y oiríamos esas voces de pito que no podrían ocultar, sabríamos de cuáles fiarnos y de cuáles no.

—No sería tan fácil.

—Siempre habría más de un mamonazo que se libraría.

«Joder», pensó James, ¿es que esas mujeres se creían poseedoras de la verdad y la razón absolutas? Estaban poniendo a los hombres a caer de un burro. Debían ser todas unas amargadas de cuidado. El camarero le sirvió la cena y ninguna de ellas le prestó atención. Al ponerse una porción en la boca, un pensamiento hizo que dejara de masticar. ¿Christal hablaría así ante las niñas de su clase? Tendría que

estar alerta.

—Suerte he tenido con Michael —decía alguien que ya había escuchado antes.

—Y yo con Steve.

Definitivamente, nunca entendería a las mujeres. De las cinco había dos con pareja, por lo que había escuchado. Era un porcentaje de casi el cincuenta por ciento, el sexo masculino aún tenía esperanza. No los caparían a todos.

Nunca habría imaginado que Christal y sus amigas fueran tan extremistas, y si lo analizaba con detenimiento, no podía creer que ella pensara así. Cualquiera que las escuchara creería que eran un grupo de solteronas en guerra con el sexo masculino. ¡Podían serlo! Él no las conocía, tampoco podía decir que supiese mucho de Christal; en esos momentos solo hablaban de métodos de enseñanza, lo suyo había sucedido hacía años y las personas cambiaban, que se lo dijeran a él.

¿Por qué de repente le entraron ganas de conocerla mejor?

Lo haría, como que se llamaba James que lo haría, pero antes ella sabría que había escuchado la conversación. Se levantó para volver a casa y pasó junto a ella.

—Buenas noches, sois unas expertas en rajar sobre hombres. No perteneceréis a algún grupo político feminista, ¿verdad?

Christal se quedó con la boca abierta, ¿desde cuándo estaba James allí? Por su comentario supo que había escuchado bastante. ¡Mierda!

Capítulo 4

Como cada día, Christal acudió a la escuela en su bicicleta y con la mochila en la espalda.

La noche anterior había sido una locura. Cuando sus amigas, sorprendidas por el comentario de James, iban a replicarle, ella levantó la mano para que cerraran sus bocazas; sin embargo, no pudo retener a Meg, que ya hablaba en voz alta.

—¡Serás mamón! —clamó a la espalda del hombre que se alejaba —. Este tipo no es un voyerista, es un... —Se calló, cavilando la palabra—. ¿Cómo se dice escuchar conversaciones ajenas? —preguntó mirando a Ashley.

—Orejear —contestó James mirándola por encima del hombro sin detenerse.

—¡¿Orejear?! —exclamó Zoe—. En mi casa lo llamamos «cotilleo puro y duro».

—Chicas, por favor, es mi jefe. —Al escuchar a Christal, la miraron con los ojos muy abiertos.

—¿El incordio y gilipollas? —Quiso saber Meg.

—El mismo.

—Como si quiere ser el sursuncorda, tiene la educación en la punta del nabo.

Aquellas expresiones hicieron que todas estallaran en carcajadas.

—Tengo que darte la razón —asintió Ashley mirando a Christal—. Para ser el director de una escuela tan prestigiosa, deja mucho que desear.

—No sé qué le pasa, no siempre ha sido así.

—Quizá tendrá la regla —se burló Kathy.

—Más bien, será «pitopausia» —indicó ella—. Hace semanas que no es el mismo. Todos intentamos no cruzarnos con él.

—Pues eso debería darle qué pensar —habló Zoe.

—Nenas, vamos a dejarlo, a ver mañana por dónde me sale. —Quiso zanjar el tema Christal—. Que hoy quería hablar conmigo al terminar las clases y me he escaqueado.

—Ah, puñetas, entonces es posible que estuviera molesto.

—Pues a joderse y aguantarse —soltó Zoe.

A partir de ahí dejaron de hablar de él, pero al ponerse en la cama, le vino a la mente el día que se habían reencontrado...

Christal estaba tras los vidrios de un gran ventanal que dominaba toda la parte frontal del colegio Rodríguez Miró, esperando a entrevistarse con el director.

Cuando recibió la llamada que le anunciaba que ese centro educativo sería su lugar de trabajo, no se lo podía creer. No esperaba que su carrera diera un cambio tan radical; pasaba de un colegio en un barrio humilde a un centro muy prestigioso del centro de Nueva Orleans.

Oyó una voz profunda a su espalda.

—Señorita Barret, puede pasar. —Se giró y se sorprendió al ver quién era el poseedor de esa voz que le había resultado conocida, era el director. Hacía años que no se veían y estaba tan atractivo como recordaba.

Él también la había reconocido y se le levantó una comisura de los labios en una media sonrisa.

—Hola, buen día —dijo ella al entrar en el despacho—. Caramba, nunca me dijiste que te dedicaras a la docencia.

—Siéntate, por favor. —Parecía que ese hombre no quería hablar de sus anteriores encuentros, de aquella aventura pasajera que tuvieron cuando ella estaba en la universidad, y que terminó cuando quiso dedicarse a la carrera sin distracciones. Al no haber sentimientos por medio, lo suyo solo eran encuentros esporádicos, no hubo

corazones rotos ni nada por el estilo. Christal entendió que estaban en su lugar de trabajo, y era de entender que él quisiera separar su vida personal de la profesional.

Durante la hora siguiente, él le hizo preguntas sobre cómo se proponía enfrentarse a veinte alumnos de entre tres y seis años. Parecía que le satisfacían sus respuestas y la escuchaba sin interrumpirla.

—Desde luego que si tenéis otra forma de hacer las cosas, puedo adaptarme —terminó Christal.

—Me parece bien todo lo que has dicho, y no creo que tengas ningún problema con tus otras cinco compañeras de educación infantil.

—Seguro que no.

—Me gusta tu disposición, sigue así.

Ahí terminó la entrevista y ella no quiso añadir nada más, parecía que no deseara recordar que ya se conocían.

Christal pasó la noche entre sueños y pesadillas, en todos aparecía James. En unos, la miraba con los ojos encendidos como en el pasado; y en otros, parecía que ella fuera invisible, o trataba de imponer su voluntad, lo que hacía que todos sus compañeros, incluida ella, caminaran de puntillas y lo evitaran.

En ese momento lo veía aparcando su jeep Renegade blanco en su plaza. Se apresuró a dejar la bicicleta en la conserjería e ir a ponerse la bata que usaba para trabajar. Los niños empezaron a llegar y lo vio cómo se dirigía a su despacho.

***

James se quedó mirando desde detrás de la cristalera por donde se veía toda la parte frontal de la escuela. A la derecha del espacioso patio para hacer deporte, había la construcción de dos pisos de educación infantil, separada del edificio principal. Esos eran los dominios de Christal; a pesar de ser la maestra más novata, se había ganado a pulso su puesto de coordinadora. Era enérgica y comprometida, hacía cualquier cosa por los pequeños y los resultados

eran satisfactorios. Sin embargo, lo que a él no le gustaba era su independencia; enseñaba a su manera sin consultar con nadie, aunque diera resultado. El director no estaba allí para quedarse sentado en el sillón, las decisiones le correspondía tomarlas a él, consideraba que, a pesar de saber lo que se hacía, Christal estaba bajo su mando. Debía consultarlo siempre que se propusiera hacer algún cambio.

James esperó a que las clases empezaran para que ella no se le pudiera escapar y fue hacia el edificio de educación infantil. Dio dos golpecitos en la puerta de la clase que ocupaba ella y entró.

—Niños, ¿qué debemos hacer cuando llega el señor director? —Los instruyó para que supieran quién era ese hombre.

—Buenos días, señor director —corearon todos.

—Buenos días, ¿me permitís que hable un momento con la señorita?

¿Qué se traería ese hombre entre manos?, se preguntó Christal.

Él le hizo un gesto para que saliera al pasillo.

—Niños, escribid vuestro nombre en el folio que tenéis delante, vuelvo enseguida. —El hombre le cedió el paso y cerró la puerta tras ellos.

—Tengo asuntos que tratar contigo, ¿te va bien este mediodía? —James no esperó a que ella contestara y siguió—: Sé que no tienes guardia de comedor, supongo que no habrá ningún problema.

Ella iba a usar precisamente esa excusa y se le quedó la mente en blanco.

—Ninguno. —Se oyó decir bajo la mirada de aquellos ojos negros y penetrantes.

—De acuerdo, estaré en mi despacho. Te esperaré. —Dicho lo cual, la dejó preguntándose qué sería eso de lo que tenían que hablar.

Cuando al mediodía dejó a los niños con las monitoras del comedor, Christal subió al despacho del edificio principal. Él se había quitado la americana y llevaba la corbata floja.

—Un momento, termino enseguida —indicó James al verla en la puerta abierta a sus dominios.

Ella asintió con la cabeza, se dio la vuelta hacia los amplios ventanales desde donde se veía jugar al béisbol al equipo de alevines.

James se situó a su lado al cabo de unos minutos.

—Lo hacen muy bien —los alabó ella.

—Sí, este año se llevarán alguna copa, estoy seguro.

—¿Eso es lo importante?

—Claro.

—En eso no estoy de acuerdo, lo principal es que se lo pasen bien, no que estén en el equipo para satisfacer a sus papás.

—Ellos son los que pagan tu sueldo —le encasquetó él.

—¿Qué quieres decir? ¿Me has hecho venir para informarme de quién llena las arcas del colegio?

—No.

—Porque te recuerdo que mis niños se divierten en clase.

—Ahí quería llegar —enfatizó precediéndola hacia el interior del despacho, le señaló una silla y se sentó en el sillón.

—No entiendo.

—Estamos aquí para enseñar, no para entretener a los pequeños.

—No tienes que recordármelo, sé perfectamente cuál es mi trabajo.

—No sé yo, solo escucho muchos cantos e historias de un gusano mágico.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que no creo que estén a la altura del prestigio de este centro educativo —mintió él. Sabía perfectamente que los pequeños llegaban a primaria muy preparados, solo quería tener unas palabras con ella y chincharla. Lo que había oído la noche anterior le escocía. Al mismo tiempo que, después de verla en su salsa con sus amigas, deseaba saber más de esa mujer. En el pasado habían tenido una aventura, pero no llegó a conocerla, aquellos días quedaban muy atrás; y si era sincero consigo mismo, tenía que reconocer que se sentía atraído por ella. Claro que llevaba tres meses solo, quizá fuera que necesitaba sentir las caricias femeninas.

Christal abrió los ojos como platos, le estaba diciendo que no hacía bien su trabajo.

—Oye, que sea rubia no representa que sea tonta. —En ese momento recordó su tono rosa de cabello—. Bueno, ya sabes que mi color natural es rubio. —Su voz había subido y sonaba indignada.

—Nadie te lo ha dicho.

—Nooo, respóndeme a una pregunta, ¿cuando tienen seis años y pasan a las aulas del edificio principal, no están a la altura?

—No lo sé —mintió James.

—Entonces ¿de qué estamos hablando? —El tono de ella era molesto.

—Christal, exijo seriedad en mis maestros, y, con franqueza, no es la imagen que das con esos cabellos rosas.

—¡Joder! ¡Ya estamos llegando al quid de la cuestión! —exclamó ella.

—¿Hablas así de mal delante de tus alumnos? —Seguía tanteándola él.

—Si quieres saberlo tendrás que acudir a una de mis clases —lo retó ella—. Así te hablo a ti. Ayer me escuchaste a traición mientras me lo pasaba bien con mis amigas, y ya das por sentado que no sé comportarme en clase. —Ella se había puesto tiesa en la silla, y sus ojos le lanzaban dardos envenenados.

James pensó que se la veía muy atractiva en aquella actitud retadora.

—Lo que ayer oí fue cómo me insultabas frente a otras mujeres. Cualquiera que os hubiese escuchado habría llegado a la misma conclusión que te dejaría en muy mal lugar.

—¿Qué te has creído? No eres mi padre, ni él me hablaría así. Sabe muy bien cómo soy, al contrario que tú.

—No estoy yo tan seguro. Si eres la mujer de las dos caras que me has demostrado, dudo que...

—¡¿La mujer de las dos caras?! —exclamó Christal alzando la voz e interrumpiéndolo—. Estás muy equivocado, lo que pasa que yo separo mi vida personal de la profesional. Si tú no lo haces, ese es tu problema.

James se puso tieso en su sillón.

—No estamos hablando de mí.

—No, estás señalando mi incompetencia para hacer mi trabajo —confirmó ella gesticulando con las manos—. Estás diciéndome que mis métodos no son buenos cuando no te has molestado en informarte de si los pequeños llegan a las aulas superiores preparados. Te sugiero que preguntes a los maestros... Ay, perdona, se me olvidaba que últimamente todos te evitan. Yo me lo haría mirar, eso no es bueno para el director del Rodríguez Miró.

La cara de ella había subido de color.

—¿Te das cuenta de las impertinencias que sueltas por esa boca? —La voz de él había escalado varios grados, que ella le recordara por el mal momento que estaba pasando no le sentó nada bien.

—¿Ahora a las verdades se las llama «impertinencias»? Yo que tú repasaría el diccionario, así quizá cuando hables lo harás con propiedad. —Ella suponía que todo lo que estaba diciendo era fruto del enfado por los comentarios escuchados la noche anterior.

—No, te estás comportando como una adolescente peleando con su padre para salir un sábado por la noche.

—¡Que no eres mi padre! ¿Cómo te lo tengo que decir? Y no te las des de entendido, que yo sepa no tienes ningún hijo, ¿o es que tienes alguno por ahí escondido y sueles tener esas discusiones con él? Si le impones tu voluntad como haces aquí, qué pena me da. —Christal estaba perdiendo la paciencia, y eso que tenía mucha—. Solo trato de que te entre en la cabeza que antes de hablar te informes.

—Ya lo hago. —Él no tenía ningún hijo, esperaba tenerlos en el futuro; no obstante, le dolieron sus palabras.

—No, si lo hicieras no estaríamos teniendo esta conversación. Pregunta a Delphine —dijo refiriéndose a la profesora de primer curso —. Si ella te dice que mis pequeños cojean, yo misma presentaré mi dimisión.

En esos momentos eran como dos titanes desafiándose, una mirada negra contra otra ámbar que parecía echar chispas.

Ella parecía estar muy segura, pensó él.

—No te la he pedido —afirmó James rotundo.

—No, no lo has hecho con esas palabras, te has dedicado a cuestionar mi forma de enseñar, has dicho que los pequeños no llegan suficientemente preparados a primaria, que lo único que hago es entretenerlos. Pues muy bien, haremos la prueba. —Christal iba a soltar una bomba, y se puso en pie para dejarle muy claro a ese hombre que estaba dispuesta a jugárselo todo por los peques—. Dentro de un mes, el ayuntamiento organiza un encuentro entre centros, con los familiares. Se harán gincanas y también partidos entre los equipos que se inscriban. Además, hay unas pruebas de rapidez mental y de relatos escritos por jóvenes. Para los más pequeños hay talleres de pintura, escritura y comprensión. No sé si tenías previsto inscribir al centro, pero si no lo haces, animaré a todos los padres, los

que pagan mi sueldo —hizo un énfasis en esas palabras—, a que lleven a sus niños. —James se preguntaba cómo ella se había enterado de eso si a él le había llegado esa misma mañana la circular, levantó una ceja interrogativa—. Antes de que preguntes, te aclararé que suelo ir a las reuniones donde se organizan esos eventos para muchachos jóvenes y sus familias. Son muy instructivos, pertenezco al comité y... —No terminó lo que iba a decir, si sus planes salían bien y lograba patentar su método, dejaría a James con un palmo de narices; si no era así, no tenía por qué enterarse.

—¿Es tu forma de coaccionarme a asistir?

—¡¿Es que no escuchas?! —exclamó, su paciencia se había agotado. Se dio la vuelta para irse, pero lo pensó mejor, le tendría que hablar como a uno de sus alumnos—. Te he dicho que, si la escuela no asiste, animaré a los padres a que lleven a sus hijos. ¿Te ha quedado claro? Y estoy segura de que los niños que acudan se divertirán.

El ceño de James parecía echar chispas.

—¿Cómo quedaría el centro si hay estudiantes sin representación?

—Ese no es mi problema —afirmó ella mientras salía del despacho pisando fuerte—. Además, estaré yo, si no va algún otro maestro, puedo arreglármelas.

Él se quedó mirando el hueco por donde ella se había marchado. Lo había desafiado. ¿Quién se había creído que era esa mujer? Por otro lado, había descubierto que ella estaba implicada en el comité organizador, nunca lo hubiese imaginado.

Christal era una caja de sorpresas.

Capítulo 5

Ante la provocación de ella, James inscribió al Rodríguez Miró a esa festividad familiar, esperaba no tener que arrepentirse.

Christal notaba como si él la vigilase y le hacía gracia, debía tener el culillo apretado y con miedo a hacer el ridículo, pensó al enterarse de que había inscrito a la escuela en aquella jornada.

Unos días más tarde, todos los profesores fueron convocados a una reunión al terminar las clases. James les informó de su participación y de la importancia de que todos los asistentes hicieran un buen papel. Christal, que lo escuchaba, no podía creer que un hombre que se dedicara a los jóvenes fuera tan corto de entendederas.

—Si espera que los chicos se comporten como si estuvieran en la escuela, va fresco —murmuró a Delphine, su compañera de primaria.

—Le va a dar un síncope si no lo hacen.

A ella le hizo gracia el comentario.

—Entonces será cuestión de animar a los chavales.

Las dos apretaron los labios para aguantar la risa.

—¿Pasa algo ahí? —inquirió James desde la cabecera de la larga mesa que utilizaban para las reuniones con los profesores.

Christal levantó la vista, chocó la mirada y vio los ojos negros clavados en ella.

—Nada, nada —contestó levantando una ceja como si no supiera

por qué lo preguntaba.

—Si tienes algo que decir, es el momento. —La instó él.

¿Qué quería que dijera?, pensó ella, que prácticamente le retorció el brazo para que accediera. Iba listo.

—¿Me estás dando la palabra? —Él asintió con los ojos brillantes, como si le estuviera advirtiendo—. Bien, amigos —habló poniéndose en pie—. Quiero sugerir que animemos a los chicos a participar, será un día para divertirse. Para que convivan con muchachos de otras escuelas, que hagan amigos, que se relacionen entre ellos. No importa que ganen o pierdan. —Christal veía en la mirada de James que estaba esperando que dijera que había sido idea suya—. Hay premios para los concursantes. Quizá no sea yo la más indicada para decirlo; sin embargo, creo que no deberíamos obligar a nadie a hacer lo que no les apetezca. —Al explicarlo, notó que James apretaba la mandíbula, seguro que él ya se imaginaba siendo los ganadores—. Recordemos que va a ser en domingo y es su día festivo.

—Pues a mí esa fecha me va fatal —dijo Josua, el profesor de lengua extranjera, que iba a ser papá—. Mi mujer está a punto de salir de cuentas.

—No te preocupes, no es obligatorio asistir, ni para los chicos tampoco. —La mirada de James estuvo a punto de chamuscarla allí mismo, ella no era nadie para aquello—. Entre los que nos encontremos allí nos ocuparemos de los niños, y no olvidéis que también estarán sus padres, además de la vigilancia que pondrá la organización.

Esa mujer estaba enterada de todo, pensó James. También les había dicho que no era obligatorio asistir, ¿qué pretendía? ¿Tomar las decisiones por él? Por supuesto que tenía que ir el equipo docente, no iba a escaquearse nadie sin una razón de peso.

—¿Me permites, Christal?

—Claro —afirmó ella con una sonrisa a sus colegas.

—Quiero que quede claro que salvo Josua, que tiene a su mujer a punto de dar a luz, espero que todos estén allí. —Por su tono de voz, no quedó ninguna duda de que aquello no era ninguna petición, era una obligación—. Si tenéis alguna dificultad, acudís a mí o a Christal, que por lo que veo está muy bien enterada. ¿Alguna pregunta?

Se miraron los unos a los otros, entendiendo a la perfección las

palabras no dichas por el director, y todos negaron poniéndose en pie para abandonar la sala.

Christal vio cómo él le había dado la vuelta a sus palabras y algunas cejas levantadas de sus compañeros. ¡Sería cabronazo! James había convertido un día de diversión en otro de obligación. Apretando los dientes para no soltar todos los tacos que tenía en la punta de la lengua, se levantó y salió. Fue directa a la clase a buscar la mochila y recogió la bicicleta.

Iba a salir por la puerta del colegio cuando vio a James, que la miraba con una expresión satisfecha y parecía esperarla.

—Te habrás quedado ancho, ¿no? —Su voz enojada lo satisfizo. Ya era hora de que esa mujer supiera quién mandaba en el colegio.

—¿De qué me hablas? Querías que los niños asistieran, no he hecho más que acceder a tu petición.

La boca de Christal se abrió por la sorpresa, le estaba echando sobre sus espaldas toda la responsabilidad de obligar a los alumnos y a sus familias a asistir a aquel evento que tenía que ser voluntario y para pasarlo bien.

—Sabes muy bien de qué hablo. —La mirada ámbar de ella lanzaba chispas—. Has hecho que un día festivo se convierta en uno de trabajo; y, por si fuera poco, has dado a entender que yo estaba interesada en ello.

—Fuiste tú quien me dijo que pensabas animar a los padres a ir.

A Christal se le estaba erizando todo el vello del cuerpo, la estaba sacando de quicio.

—Una cosa es animar, la otra es convertirlo en obligación, ya vuelves a confundir las palabras.

—¿Eso he hecho? —preguntó como si no lo supiera bien.

Que se hiciera el tonto sacaba a Christal de sus casillas. Si le decía lo que pensaba de él en esos momentos, allí, delante del centro, a la mañana siguiente lo sabría todo el mundo. Al lado mismo había una librería gobernada por Betty, la mayor chismosa en kilómetros a la redonda.

Apretó los dientes para contenerse y se colgó la mochila a la espalda.

—Adiós. —Christal iba a montarse en su bici.

—No me has respondido.

—Créeme, no quieres escuchar lo que tengo que decir. —Al ver su cabreo, a él se le dibujó una sonrisa en los labios—. Cretino —murmuró ella.

—¿Qué has dicho?

—Nada.

Había descubierto que a James le gustaba aguijonearla.

—Sí, has rumiado algo.

—Imagínatelo —resopló alejándose de él.

El director se fue hacia su coche con una sonrisa, estaba satisfecho de haberla sacado de sus casillas. Al sentarse tras el volante y aflojarse la corbata, se miró en el espejo retrovisor, y al ver su expresión se dio cuenta de que hacía tiempo que no se divertía de la forma que lo hacía en esos momentos.

Christal era apasionada en su trabajo, actuaba con consideración ante adultos y niños. Sospechaba que era igual de comprometida con todo lo que hacía.

Con un respingo se percató de que hacía días que no pensaba en su ex. Cambiar de casa fue el detonante, se decía; no obstante, empezaba a sospechar que las batallas verbales con esa mujer tenían mucho que ver. Era inteligente y se volcaba en su pasión, que era la enseñanza, además de muy atractiva; por mucho que creyera que ese peinado y el color rosa no eran apropiados, le sentaban de maravilla. Su cuerpo cimbreante y flexible lo hacía imaginarla…

Él mismo se dio con la palma de la mano en la frente, ¿a qué venían esas divagaciones?

Capítulo 6

Christal llegó a su casa que se la llevaban los demonios, se metió bajo la ducha para que el agua caliente arrastrara su mal humor, pero no lo consiguió.

Tal vez si salía a caminar un rato se le airearían las ideas. Se puso unos vaqueros, una camiseta y su cazadora tejana, cogió las llaves y el móvil, y cerró la puerta tras de sí.

Sus pasos la llevaron al Barrio Francés, a Bourbon Street, donde se encontró con Jean y Paul, dos de sus compañeros. El primero, profesor de Ciencias; y el segundo, de Música.

—Hola. —Parecían extrañados—. Vaya, nunca te había visto por aquí.

—Pues créeme que vengo, sobre todo cuando salgo con mis amigas.

—Y ¿dónde están ahora? —Se interesó Paul.

—Trabajando.

—¿Se van a reunir contigo más tarde? —La expresión de la cara de Christal le decía que no había ido allí a divertirse. No lucía su sonrisa habitual.

—No creo, tenemos que hacer malabares para poder coincidir todas.

Esa aclaración hizo que los hombres rieran.

—Entonces, vente con nosotros. —Jean también se había fijado en el tono que ensombrecía sus ojos ámbar.

—No quiero contagiaros mi mala leche.

—Esa es nuestra especialidad —afirmó Paul.

—¿Qué dices?

—Que te va a abandonar muy pronto. —Al decirlo, entrelazó un brazo con el de ella y comenzó a caminar, arrastrándola a su lado—. Un par de lingotazos especiales, lo sueltas, y a pasarlo bien.

—Ojalá fuera tan fácil.

—Lo es. —Jean apoyó a su compañero—. ¿Qué tienes, mal de amores?

—No.

—Entonces, seguro que tiene remedio.

Entraron en un local y se sentaron al fondo. El camarero, que ya conocía a los hombres, les preguntó desde detrás de la barra si sería lo mismo de siempre.

—Sí, pero uno más. Te fías de mí, ¿verdad? —Terminó mirándola a ella.

—Desde luego.

—Venga, cuéntanos qué ronda por tu cabeza. —La apremió Paul.

—Aún no me he tomado los lingotazos —señaló ella.

—¿Tendré que emborracharte? —se burló Jean.

—Apuesto a que sé con quién estás furiosa. —Paul estaba sentado frente a ella—. ¿Tiene que ver con James?

—¡Qué agudo! ¿Tan transparente soy?

—Solo para los que te conocemos.

—Me saca de mis casillas.

—Lo sabía. Últimamente está distinto, parece que se le haya subido el cargo a la cabeza. —Jean, al igual que todos, había notado que el director ya no era el mismo.

—Pues si no se le baja pronto, me voy a marchar. —Ante las palabras de ella, los dos se quedaron con la boca abierta—. No puedo hacer bien mi trabajo si estoy de mala leche, los niños no tienen que aguantarme.

—¿Lo dices por los niños o por ti? —preguntó Paul—. Los que se pelean se desean.

—¡Qué tonterías dices! —exclamó ella.

—Tienes que reconocer que el tío tiene sexapil.

Jean recibió una mirada de ceño fruncido por parte de ella.

—Ah, ¿sí? Yo no se lo veo por ninguna parte, es autoritario, mandón y arcaico.

—A ver. —Paul le puso delante un vaso de chupito con un líquido marrón y una cerveza—. Bebe, y luego nos cuentas qué ha ocurrido hoy en la reunión. Todos nos hemos dado cuenta de las miradas envenenadas que le has lanzado. —Le hizo un gesto cogiendo su propio vasito para que ella hiciera lo mismo.

Christal se tomó aquella bebida de un trago y le quemó la garganta, los miró con los ojos saliéndole de las órbitas, y Jean le puso la cerveza en una mano. Ella se la echó en el gaznate y se alivió al instante.

—¿Qué es eso? —preguntó Christal cuando le salió la voz.

—Ron especial.

—Y tan especial.

—Venga, guapita, no nos tengas en ascuas. Empieza a hablar.

—Sabéis que me relaciono con el Comité de Educación del ayuntamiento. Cada mes me mandan la circular con lo que tienen programado. Al ver la jornada de convivencia, me pareció interesante para los chavales, y le dije a James que pensaba animar a los padres de mis niños a acudir.

Los hombres entendieron lo ocurrido.

—Y él lo ha convertido en una obligación —afirmó Paul.

—Exacto, habrá familias a las que no les hará mucha gracia ir, ya sabemos que todo el mundo hace sus planes para los fines de semana —se quejó ella.

—Es posible que tengas un aluvión de reclamos por parte de los padres, James no dudará en mandártelos a ti.

—Pues lo tengo clarísimo, les voy a decir que es una actividad voluntaria, extracurricular. Que si tienen planeado ir a ver a parientes o llevar a los críos a la playa, que lo hagan.

—Eso no le va a gustar a James, quiere que vayan todos.

—No le voy a poner una pistola en la cabeza a nadie. Si es lo que cree, ya puede olvidarse. Además, también lo ha convertido en una obligación para vosotros. ¡Será mamón! Y os dice que si tenéis alguna duda que acudáis a mí, lavándose las manos. —Cuanto más hablaba,

más se encendía—. Me han entrado unas ganas de lanzarle algo por la cabeza... Que yo solo le hablé de animar a la gente a que fuera, por Dios.

—Tranquila —dijo Jean poniéndole una mano en el brazo que ella apoyaba sobre la mesa—. Que todos nos hemos dado cuenta de que mandaba y escurría el bulto.

—Pero es que os ha obligado a ir.

—Siempre y cuando no tengamos una razón de peso —intervino Paul—. Estoy seguro de que más de uno encontrará la forma de escaquearse. Yo puedo dar ideas, solía hacerlo en la universidad. —La miró con picardía—. Enfermedades, quedarse encerrado en el ascensor, que lo secuestren a uno...

Aquello la hizo sonreír.

—Eso espero —barruntó ella—. Que la mayoría se niegue, que se busquen esa razón de peso que él espera, y que nadie piense que todo eso ha sido idea mía.

—Me atrevería a decir que nadie lo ha creído ni por un momento. —Trató de tranquilizarla Jean.

—Además, va a presionar a los chicos, como si lo viera.

—Estoy de acuerdo contigo —asintió Paul.

—Querrá que participen en todo y ganen. Lo va a convertir en una competición, en lugar de convivencia entre críos y familias de otras escuelas.

—Me he dado cuenta de que está muy pendiente del alumnado de toda la ciudad —afirmó Jean—. El otro día fui a su despacho a buscar unos impresos y lo encontré fisgando en las notas medias de otros centros.

—Nooo... —Christal no podía creérselo.

—¿No te has fijado que últimamente se mete mucho en los métodos que empleamos en clase? Nos dice cómo impartirlas.

—Dímelo a mí, tuve una discusión con él por eso mismo —asintió ella—. Ahora que lo pienso, ¿no será que quiere que lo nombren concejal de educación? Si la escuela que dirige es la mejor de la ciudad, tendría el puesto al alcance de su mano.

Los tres se miraron entendiéndolo así.

—Tal vez por eso está tan raro. —Jean miraba a sus compañeros, pensativo.

—Para mí puede irse con viento fresco, nos quedaremos descansados —soltó ella—. Porque si sigue así... o me marcho o me vuelve loca.

Paul la miró entrecerrando los ojos. Sospechaba que detrás de toda aquella furiosa pasión se escondía un sentimiento que hasta ella desconocía.

—¿Has pensado en algún momento que detrás de esas discusiones que tenéis pueda haber algún tipo de interés? —habló despacio para que entendieran a qué se estaba refiriendo.

Jean y Christal se lo quedaron mirando sin comprender.

—¿A qué te refieres? —Quiso saber ella.

—Piénsalo.

—No entiendo dónde quieres ir a parar.

Jean logró entender a la perfección las palabras de su amigo, y la miraba a ella, pensativo.

—Creo que es posible —afirmó al fin.

—Chicos, hablad claro, no me estoy enterando de nada —protestó ella.

Los hombres se miraron entendiéndose.

—¿Has tenido en cuenta que esa inquina que os tenéis...? —Jean consideraba a Christal una amiga, además de compañera, se tenían mucha confianza, y supo que debía decir lo que le pasaba por la cabeza—. ¿Quizá se deba a que le atraes, y no sabe enfocar ese sentimiento?

La boca de Christal se desencajó.

—Estás diciendo tonterías, Jean. James está casado.

—Eso es cierto, pero no sería la primera persona, ni la última, que se da cuenta de que ha cometido un error cuando conoce a alguien que le hace temblar los cimientos.

Ella soltó una carcajada falta de humor.

—¿Yo, hacerle temblar los cimientos? No me hagas reír. Me tiene tirria, según él no hago nada bien, ni siquiera soporta mi peinado, dice que no es serio para un centro como el Rodríguez Miró.

Jean y Paul se miraron el uno al otro.

—Guapi, hoy la tensión en la sala de reuniones se podía cortar con un cuchillo —observó Jean—. Yo diría que detrás de esa apasionada enemistad hay algo más.

—Oh, sí... unas ganas terribles de retorcerle el pescuezo.

Esas palabras hicieron que los hombres se carcajearan y le contagiaran esas risas a ella.

—Ten en cuenta todo eso que te he dicho —insistió Jean.

—Tonterías —se burló ella—. Tienes una vena de celestino que no conocía.

—Siempre se lo digo —asintió Paul—. Sin embargo, creo que en este caso no va desencaminado.

—Estáis los dos muy equivocados, si esa es su forma de mostrar interés por una mujer, pena me da la que tiene en casa.

Christal se cerró en banda a seguir hablando del asunto, y ellos la complacieron, después de otra copa se despidieron hasta la mañana siguiente.

Cuando ella volvió a casa, su humor se había despejado; sin embargo, se le había quedado en la cabeza esas hipotéticas aspiraciones de James al ayuntamiento, y seguía pensando que desde la concejalía podía seguir tocándole las narices.

Esa noche tuvo un sinfín de pesadillas en las que él hacía valer su cargo para hacerles la vida imposible.

Capítulo 7

Dos días más tarde, al terminar las clases, Christal empezó a recibir quejas de los padres de los alumnos, y a todos les decía que era una actividad voluntaria.

—No es eso lo que pone en la circular que nos trajo el niño —le cuestionaba una mamá.

—Yo no he entregado misivas a mis niños, ¿puedo verla? —La leyó de arriba abajo, y su genio se iba encendiendo a cada palabra. Ponía que a los alumnos que asistieran y que participaran en todo lo que pudieran se los tendría en cuenta a la hora de las calificaciones; y a pie de página, que cualquier duda la podían consultar con ella. ¡Sería cabronazo!

—Tenéis que entender que los fines de semana son los únicos días que podemos ir a Crowley, a visitar a los abuelos.

—Claro que sí, habrá habido un error de imprenta —justificó Christal—. No es obligatorio, y los niños no se verán perjudicados en sus notas.

—Pero es que ahí pone...

—No se preocupe, señora, yo me encargaré.

Vaya si se ocuparía, pensó. Despidió a todos los pequeños, y como un huracán se dirigió al despacho de James. Este había estado observando desde la ventana, y cuando la vio ir hacia el edificio

principal, se puso la americana.

Al salir por la puerta, casi choca con ella.

—Tenemos que hablar —dijo ella sin preámbulos.

—Imposible, estoy llegando tarde a una reunión.

«Mentiroso», pensó Christal, mientras hablaba con aquella mujer lo había visto detrás de los cristales.

James pasó por su lado y se fue pisando fuerte, con una sensación de triunfo al saber que la había molestado. A ver si aquella mujer aprendía que su palabra era ley en el centro.

Christal apretó la mandíbula para no gritarle cuatro frescas, la había dejado con la palabra en la boca, tenía unas enormes ganas de golpear algo, de desfogarse. Notó que tenía el puño apretado, se lo miró y vio que el papel estaba arrugado en su mano, con rabia lo tiró a la pared.

«Piensa, Christal, piensa», se decía. Regresó a su aula y la señora de la limpieza estaba terminando de pasar la mopa. Ella se sentó en una de las mesas de los niños y, apoyando la cabeza en sus manos, dejó que sus ideas se desperdigaran.

—¿Te encuentras mal, Christal? —Oyó que le preguntaba la mujer.

—No, Cecilia, todo bien, gracias.

—Entonces, me voy, ya he terminado.

En ese momento, su cabeza le decía: «Vete de aquí, y luego ¿qué? A mitad de curso todos los centros educativos tienen el personal al completo, si quieres marcharte, tendrás que esperar a que terminen las clases en verano, eso si antes no le pegas una paliza a James, que te está amargando la existencia».

Le daba la sensación de que ese hombre le había declarado la guerra y no sabía el motivo. Sí que la pilló tachándolo de gilipollas, pero no creía que eso fuera excusa para implicar a sus compañeros y a los alumnos en su cruzada contra ella. Quizá quería sacársela de encima o retarla, ya que le había dicho que dimitiría, ¿la estaría poniendo a prueba a ver si lo hacía?

Pues si quería guerra la tendría, pensó cuando se le ocurrió una idea. Se puso manos a la obra; y al terminar, mientras se secaba la pintura del cartel, escribió una carta de renuncia con fecha del día del evento con las familias. No dejaría a sus niños colgados esa jornada.

La dobló, la puso en un sobre, subió al despacho de James y la dejó apoyada en la pantalla del ordenador.

***

Christal estaba que no le tocaba la piel al cuerpo. Se había tirado a la piscina sin saber si habría agua o no. Todas sus esperanzas estaban puestas en que esa patente le saliera bien, que los jueces vieran lo acertado de su método de enseñanza y poder darlo a conocer al mundo. Si eso ocurría, seguro que encontraría muy pronto un empleo en otro centro, si no...

Abrió el WhatsApp, y mandó:

Christal
Chicas, SOS

Ashley
¿Qué pasa?

Christal
Necesito veros, creo que la he cagado.

Kathy
¿Cenamos juntas?

Meg
En mi casa a las ocho.

Zoe
Yo llevaré pizzas.

Ashley
Llevaré bebida con muchos grados.

Christal
Gracias, sois las mejores.

A la hora convenida, todas se reunían alrededor de la mesita baja

del salón de Meg. Zoe vio la mala cara de su amiga y se preocupó.

—¿Te encuentras bien?

—He presentado mi carta de dimisión.

—¡¿Qué?! —exclamaron todas a la vez.

Christal empezó a pasearse por la sala mientras se frotaba las manos.

—Me saca de quicio, me está volviendo loca, no lo aguanto más. —Las otras no sabían de qué les hablaba, pero se daban cuenta de que tenía que sacar la angustia que expresaban sus ojos—. Si no lo pierdo de vista, cualquier día lo voy a atacar físicamente.

—¿De quién hablas? —preguntó Ashley.

—De James, el director del colegio.

—¿Del mamón aquel que nos pilló destripándolo? —Quiso saber Meg.

—Del mismo.

—A ver, cuéntanos qué pasa. —La instó Zoe—. Seguro que la cosa no es tan grave como te parece.

Al ver su mirada, Kathy fue directa al grano, la conocía muy bien.

—¿Qué has hecho?

—Esa no es la pregunta —afirmó Ashley—. La correcta es: ¿qué le ha hecho él a ella para que presentara la dimisión?

—No, conozco esa expresión de sus ojos.

—Tienes razón —habló Christal asintiendo con la cabeza. Todas la miraron a la espera de una explicación—. He puesto un cartel en el tablón de anuncios de la escuela.

—¿Eso es tan grave? —resopló Meg.

—Sí, si con ello contradigo sus órdenes.

Las chicas no entendían nada.

—Vamos a ver, empieza por el principio que no me estoy enterando de nada —habló Kathy, repartiendo cervezas para todas.

Ella les contó lo referente a aquella jornada de convivencia familiar, y el modo en que él le había dado la vuelta para convertirlo en obligatorio para las familias. Que todas las quejas se las tenía que comer ella y que había agotado su paciencia.

Las unas se miraban a las otras con el mismo pensamiento: había algo que no les estaba contando.

—Incluso mis compañeros se han visto afectados por sus ansias de

destacar. Por Dios, que es un día de diversión. Nadie tiene que ir obligado. Es que es imbécil, si los niños van de mala gana no harán nada bien. Tiene aires de superioridad y cree que la escuela lo tiene que ganar todo.

—Pues déjalo que se dé un baño de realidad, seguro que en las otras también hay lumbreras que derrotarán a los del Rodríguez Miró. —Kathy siempre tan práctica.

—Esta tarde iba a hablar con él sobre eso, y me ha dejado con la palabra en la boca con excusas.

—Creo que estamos llegando al meollo de la cuestión —murmuró Zoe.

—He hecho un cartel muy grande con pintura fluorescente, y lo he colgado en el tablón de la entrada. Mañana todo el mundo sabrá que es opcional, no obligatorio, y espero no recibir ninguna queja más.

—¿Qué reza el cartel? —Ashley siempre tras los detalles.

Christal les recitó lo que había escrito, y lo que había subrayado.

—Tú eres tonta —soltó Meg—. Encima le salvas el culo con esas últimas palabras.

—Tenía que ponerlo, si no habría quien me vendría a mí con la dichosa circular.

—En eso tienes razón —matizó Ashley—. ¿Y por eso has escrito tu dimisión? ¿No crees que te has apresurado?

Ella se dejó ir en uno de los sillones que rodeaban la mesita.

—De un tiempo a esta parte está insoportable, me he mordido la lengua en un montón de ocasiones para no decirle cuatro frescas ante los niños y mis compañeros. No quiero dar ese ejemplo.

—¿Está irritado desde el día que nos escuchó?

—Todo viene de antes, pero desde ese día que chocamos mucho más.

—Caramba que lo ofendimos. ¡Quien se pica, ajos come! —se burló Meg—. Ya sé que no estás para coñas, anímate, solo con que sea un poco inteligente, tirará tu carta de dimisión a la basura.

—No creo.

—¿Tú te crees que cuando estudien tu patente no se sabrá? Te lloverán las ofertas de trabajo. Si es tan arrogante como lo pintas, no querrá perder a la profesora que ha desarrollado su propio y eficaz método de enseñanza.

—Ya veremos. Él no sabe nada de eso, no para de criticar lo que hago.

—Pues se va a llevar una desagradable sorpresa si acepta tu renuncia. —A Zoe una sonrisa se le dibujó en los labios—. Quedará como un tonto por haberte dejado marchar cuando tu patente salga a la luz. Se tirará de los pelos de donde yo me sé.

Las chicas siempre la habían apoyado en sus proyectos, eran las mejores.

—Nenas, vamos a dejar los problemas, las pizzas están calientes —anunció Meg—. Y tú no te preocupes, si te quedas sin empleo, entre todas te encontraremos uno en un abrir y cerrar de ojos.

—Lo sé, sois geniales.

—Pues venga, al ataque —indicó Kathy mordiendo una porción de carbonara que estaba de vicio—. Mmm, qué buena que está. Y tú deja de pensar en ese tocapelotas, no sabemos lo que ocurrirá mañana, tal vez le dé un parraque que lo tenga hospitalizado un mes entero.

—O se rompa una pierna; si termina en el Tulane, se las voy a hacer pasar canutas. —Zoe, que era enfermera en ese centro, se guaseaba de sus propias palabras.

Christal se reía de las ocurrencias de sus amigas, ellas sí que sabían cómo levantarle el ánimo.

Capítulo 8

Cuando James llegó al centro a la mañana siguiente, vio un gran grupo de mamás frente al tablón de anuncios; pensó que estarían comentando la circular que había mandado repartir a todos los alumnos.

Con una sonrisa canalla al recordar que había dejado a Christal con la palabra en la boca la tarde anterior, se fue a su despacho. Al entrar le llamó la atención un sobre que no estaba ahí cuando se había marchado. Se sentó en su sillón y lo abrió. Sus ojos no daban crédito a lo veían a medida que iba leyendo la carta de dimisión de Christal. ¿A qué estaría jugando esa mujer? Sí que el día anterior se había portado como un cretino y no había querido atenderla cuando imaginaba de lo que habría querido hablar con él, pero de ahí a renunciar a su puesto...

Por un momento se imaginó los días en el Rodríguez Miró sin aquella sonrisa, sin aquella energía que emanaba de toda ella, que contagiaba a todos sus compañeros, del buen ambiente que la rodeaba, y no le gustó lo que le pasaba por la cabeza. Se dio de collejas mentales por tener aquellos pensamientos, él era el director, y si ella quería irse era su problema.

Ante las cristaleras que formaban las paredes del despacho, pasaron varios maestros que le daban los buenos días y le sonreían.

¡Qué raro! Últimamente se había comportado como un idiota y se había alejado de todos los que colaboraban con él. El ambiente en el centro había cambiado, y sabía que solo era culpa suya. En ese momento supo que tenía que poner remedio a eso.

A media mañana, fue a la sala de profesores a buscar un café, y allí se encontró con Jack Baptiste, que tenía una hora libre antes de su siguiente clase, y estaba tomando apuntes en un bloc.

—Hola, ¿cómo va eso? —saludó James.

—Bien, perfecto. Me alegro que hayas dejado las cosas claras, los chicos están más centrados.

James supuso erróneamente que se refería a la circular.

—Es bueno saberlo.

Baptiste, como lo llamaba todo el mundo, le sonrió, parecía que el viejo James estuviera de vuelta.

—¿Algún día me contarás qué te ha pasado? —Entre ellos había habido mucha confianza, y de repente el que consideraba su amigo se había encerrado en sí mismo, dio por sentado que se debía a sus responsabilidades, no sabía él lo equivocado que estaba.

—Anais se marchó, me pidió el divorcio, se llevó a Harry y vació la cuenta bancaria.

—¿Qué dices? ¿Qué ocurrió? —La cara de Baptiste era un poema.

—Se fue a recorrer mundo, esas fueron sus palabras.

—O sea que había otro.

—No lo reconoció, pero estoy seguro de ello —asintió James—. Ella sola no creo que se hubiese ido a ninguna parte.

—Guau, lo siento, tío. ¿Por qué no dijiste nada?

—Porque es problema mío y de nadie más. —Apretó la mandíbula, señal de que le incomodaba la conversación—. Además, ¿qué habrías hecho?

—No lo sé —admitió Baptiste—. Tal vez darte mi apoyo y no dejar que tu amargura salpicara a todos nosotros. —James se dio cuenta de que en efecto había volcado su frustración en el trabajo—. ¿O es que no has notado que todos te evitan?

—Sí, no soy tonto. Sin embargo, necesitaba estar solo para poner en orden mis sentimientos.

—¿Ha funcionado?

—Me he dado cuenta de que en realidad me dolió más no ver que

lo nuestro era simple comodidad. Éramos muy jóvenes cuando empezamos a salir, todo el mundo dio por sentado que lo nuestro era para toda la vida y nos convencimos de ello, sin ahondar demasiado en los sentimientos. Estábamos asentados en una rutina agradable.

Baptiste se quedó con la boca abierta al escuchar a su amigo.

—Puñetas, tío, ¿y hasta ahora no te habías dado cuenta?

—Al principio fue como un batacazo, al final he entendido que habría terminado tarde o temprano, como así ha sido.

—Entonces, ¿todo bien? —No lo dejó que contestara—. No respondas, ya he visto que sí. Unos días atrás no habrías cambiado de opinión como lo has hecho.

James no sabía de qué le hablaba.

—No entiendo, ¿a qué te refieres?

—A la jornada familiar, por supuesto. Ese cartel en el tablón ha soltado tensiones.

Entonces recordó la aglomeración que había visto al llegar, las sonrisas amistosas de los maestros, y tuvo un presentimiento.

—Tengo que dejarte, Baptiste, estoy esperando una llamada. —Salió de la sala y fue a asegurarse de lo que había en el tablón de anuncios.

Su mandíbula cayó al suelo al ver aquel cartel, entonces entendió aquella carta de renuncia. Christal se había tomado la libertad de ignorar lo que él había decidido y hacerlo llegar a las familias. ¿Qué cojones se había creído esa mujer? ¿Trataba de manejarlo como a una marioneta? Si al leer la carta había pensado en persuadirla de que al menos terminara el curso, después de eso insistiría en que abandonara el centro de inmediato.

En una cartulina color amarillo chillón, se podía leer con letras grandes y rojas:

> Se invita a los alumnos y sus familias a la jornada de convivencia que se celebrará en Auduson Park el 22 de abril.
>
> Esta actividad es voluntaria.
>
> Os esperamos!!!
>
> La dirección siente si se ha dado pie a la malinterpretación de la circular.

Se había cuidado de subrayar las palabras justas para lograr sus propósitos. Con un humor de perros volvió a su despacho y llamó para

que mandaran una profesora suplente para esa misma tarde. ¡Ya se enteraría Christal de qué pasta estaba hecho! Nunca había permitido que nadie se le subiera a la chepa, y ella menos que nadie. ¿Qué se creía, que porque años atrás habían compartido muy buenos momentos, podía hacer lo que le diera la gana?

Capítulo 9

Después de comer, mientras los alumnos jugaban vigilados por las monitoras, Christal fue a la sala de profesores y se preparó un té con miel. Varios compañeros con los que se solía encontrar estaban tomando café.

—No sé cómo puedes beberte eso —señaló Jean.

—Eso es porque lo has probado poco. —Ella le acercó la taza a los labios y él reculó.

—No, no, creo que me quedaría dormido en mitad de la clase. Es lo que me daba mi madre cuando era un chiquillo y cogía un catarro.

Los que lo escucharon se rieron.

—Tal vez tus alumnos me lo agradecerían.

Paul y Baptiste se carcajearon.

—Seguro que sí —dijo el último, guasón.

—¿No sabes que la miel es una fuente de energía? —Siguió Christal con la broma—. Mis chavalines deben tomar mucha, porque nunca se les acaban las pilas, y yo no me puedo quedar atrás.

Todos sonreían ante el comentario cuando James entró en la sala con una extraña. La mujer era joven y muy atractiva, con unos almendrados ojos negros y una cabellera oscura atada en una cola alta. Tenía un cuerpo delgado, y vestía unos pantalones ajustados con un jersey hasta los muslos.

—¿Te apetece un café? —le preguntó.

—Sí, gracias —contestó la desconocida.

Él sacó dos vasos de la máquina y se giró hacia los maestros.

—Os presento a Bruck, maestra sustituta.

—¿Josua ya es papá? —preguntó Jean.

Al escucharlo todos lo dieron por sentado.

—No, por lo menos que yo sepa.

—Entonces ¿a quién va a sustituir? —preguntó Baptiste.

—A Christal, ¿no os ha dicho que ha renunciado?

Todos los presentes se la quedaron mirando. A ella el color le abandonó la cara; al no decirle nada aquella mañana, se había creído que él habría tirado la carta. Su cara de decepción no pasó desapercibida a nadie.

—Te ha faltado tiempo, ¿verdad? —ironizó Christal.

—Así, cuando te marches, los pequeños ya la conocerán, mi prioridad son ellos.

¿Cómo se atrevía ese hombre a echarle en cara que no se preocupara de sus alumnos?

—Eso no te lo crees ni tú —lo acusó ella, y sin darle pie a replicar abandonó la sala.

En ese momento podría haberse escuchado el vuelo de una mosca, todos se habían quedado de piedra al escucharlos. Sabían que últimamente Christal había tenido algunos roces con James, ¿quién no los tuvo? ¿Sería cierto que había renunciado?

La mayoría miraban a James, y él vio alguna ceja alzada, como si le reprocharan lo que había dicho.

—¿Qué? —preguntó como si los retara a que dijeran algo.

Nadie abrió la boca, Jean tiró el vaso a la papelera y salió sin decir nada; todos los demás lo imitaron, y James supo que recibiría más de una queja. Por lo pronto, aquella nueva profesora no había tenido la bienvenida que se merecía. Eso fue lo que lo cabreó, esa mujer pensaría que el Rodríguez Miró era un colegio de chichinabo.

—Creo que he llegado en mal momento —los disculpó Bruck.

—Sí, tenían prisa para acudir a sus aulas. Ven, te acompañaré a la que será la tuya. —Al llegar al edificio de los más pequeños, oyeron las vocecitas de los niños, y ella sonrió—. Espero que te encuentres a gusto entre nosotros —dijo él antes de dar dos golpecitos en la puerta

de la clase. La mirada que recibió de Christal lo podía haber achicharrado allí mismo—. Podrías haberme ahorrado bajar hasta aquí.

Ella apretó la mandíbula para no soltarle un soplamocos.

—A los niños les gusta que vengas a saludarlos.

—Buenas tardes, señor director. —Corearon todos a la vez.

—Buenas tardes a vosotros también, os quería presentar a Bruck. —Christal lo miró retándolo; si les decía a los pequeños que sería su nueva profesora, se largaría de allí en un abrir y cerrar de ojos—. Se quedará con vosotros.

—¡Hola, Bruck! —vociferaron.

—Hola, chicos, ¿me dejaréis ser vuestra amiga?

—¡Sí! —clamaron con aquellas sonrisas infantiles.

James miró a Christal, vio la furia en sus ojos, y por algún extraño motivo sintió como si estuviese a punto de perder algo preciado; salió de la clase sin hacer ruido, con aquella sensación en el pecho.

Bruck echó una ojeada a Christal y esta le sonrió, a pesar de tener ganas de cogerla de la cola y sacarla de allí. Se le acercó y le susurró: —Puesto que van a ser tus niños, sugiero que empieces a hacer tu trabajo.

La sustituta tuvo la impresión de haberse metido en un avispero. ¿Qué estaría ocurriendo allí?

Christal se sentó en un lugar libre, al lado de varios chiquillos, y cuando Bruck les dijo que se pondrían a pintar con las manos, daba ideas a los pequeños. Si en algún momento se distraía, su mente iba hacia ese hombre que no admitiría que se había equivocado ni que lo torturaran.

Una hora más tarde, su cabeza parecía punto de explotar, no podía seguir allí.

—Veo que lo tienes todo controlado —dijo a Bruck—. Me marcho a casa, no me encuentro bien.

La nueva profesora asintió, y ella se quitó la bata y se fue. Con el ánimo por los suelos, y la jaqueca palpitante que iba a más, pedaleó hasta su casa, se tomó dos analgésicos y se tumbó en el sofá. Tardó en notar los efectos y entonces se quedó dormida.

***

James, en toda la tarde, no pudo concentrarse, la cara de furia y decepción de Christal no lo abandonaba. Se preguntaba: ¿qué esperaba ella que hiciera? Recordó que había pensado en persuadirla para que se quedara hasta final de curso, pero no le había dado opción. Ella misma había provocado ese desenlace. Fue entonces cuando le vinieron a la mente aquellas semanas que pasaron juntos, se divertían mucho, ella era muy apasionada en todo lo que hacía, en defender sus creencias, en bailar o en la cama. Rememoró sus besos, sabían a limón y miel, a ácido y dulce, a su bebida preferida y a su forma de ser. Sus manos le picaron al recordar el tacto de su piel, era suave como el satén, y su mirada lo había excitado con un solo parpadeo.

Se imaginó en el centro sin aquella sonrisa que siempre le adornaba la cara, sin el buen humor que contagiaba a todos los compañeros, sin aquellos cabellos rosas de los que todos hablaban y bromeaban. Ella, burlándose de sí misma. Cuando se marchara ya nada volvería a ser igual.

¿Por qué le entraba mal humor solo de pensarlo?

«Porque no quieres que se vaya, zoquete», se dijo, y frunció el ceño. Entonces se dio cuenta, recordó lo que había discutido con Anais cuando se la encontró preparando las maletas para irse de su vida...

—Hay otro hombre, ¿verdad? —había gritado él.

—Eso no importa, siento que en nuestra vida falta algo. —Ella parecía tan indiferente.

—¿De qué me hablas? —insistió.

—Todo se ha convertido en mecánico y previsible.

Esas palabras fueron como una patada en el estómago.

—¿Me estás diciendo que te aburres conmigo? —hablaba su ego herido.

—Reconozcamos que fue bonito mientras duró, James, pero hace tiempo que ya no hay ese magnetismo y esa electricidad que teníamos al principio.

—Es normal que la efervescencia se pase, ya no somos dos chavales de veinte años.

—Estás muy equivocado.

Cuánta razón había tenido Anais. Estaba en la flor de la vida y se había convertido en un hombre rutinario y sin una pizca de

espontaneidad, no podía culpar a la responsabilidad, todo el mundo la tenía y no se comportaba como él.

Entonces la verdad le cayó en la cabeza como una losa. Entre ellos todo cambió en el momento que Christal había empezado a trabajar en la escuela, él se divertía en su puesto, confraternizaba con los compañeros, y Anais pasó a un segundo plano.

Con esa comprensión, llegó el entendimiento. Se había enamorado de Christal y ni siquiera se había dado cuenta. No le dolió la marcha de Anais, se cabreó más por lo que vino después: las peleas por Harry, descubrir que ella se había llevado los fondos de la cuenta bancaria, la reclamación de que vendiera la casa, que a ella le correspondiera su parte... Sin embargo, su corazón no se había resentido.

Con la cabeza hecha un verdadero caos, cogió la americana y salió de la escuela, necesitaba comprender lo que le removía las entrañas. Condujo sin rumbo fijo hasta llegar al Garden District, a orillas del Mississippi. Aparcó y se quedó dentro del coche al darse cuenta de que ahí al lado sería donde se celebraría la jornada de convivencia, y ese día sería el último que Christal trabajaría para el Rodríguez Miró. Dio un golpe al volante al percatarse de que no podía cambiar la decisión de ella, y en ese momento seguro que no podría persuadirla de que se quedara, como había pensado hacer en un primer momento. Él, llamando a una sustituta, había querido demostrarle que no le importaba, y se había equivocado. Vio decepción, rabia y desazón en sus ojos cuando acompañó a Bruck al aula.

¿Qué podía hacer para que se quedara? No podía decirle que se había dado cuenta de que llevaba tiempo enamorado de ella, le pegaría una patada en el culo que lo mandaría a China. Tenía que encontrar el momento, algo imposible si ella se marchaba.

Capítulo 10

A la mañana siguiente, Christal pensó en que tenía que buscarse otro nuevo empleo, no esperaría hasta estar sin trabajo para empezar a buscarlo. Recordó que tenía unos cuantos días de vacaciones que no se había tomado, perfecto. Con un poco de suerte encontraría un lugar, cualquiera que no la obligara a ver a James a todas horas y todos los días.

Encendió el ordenador y sacó varias copias de su currículo, se dio una ducha y antes de salir de casa pensó en que debía dar aviso de que no acudiría a la escuela. Si no lo hacía, la despedirían por faltar al trabajo y ni siquiera le pagarían el mes en curso, además de que estaba segura de que James lo haría constar en su expediente.

Cogió el móvil y marcó el número, reconoció la voz de él.

—James, me tomo las vacaciones que tengo acumuladas. No notarás mi ausencia, tú ya te has encargado de eso. Adiós. —Sin darle opción a responder, cortó la llamada.

—Escucha... —Él calló al advertir el sonido que le indicaba que ella ya no estaba en línea.

Christal, en primer lugar, fue al departamento de Educación, tal vez había alguna vacante o se necesitaba sustituto en algún centro de la ciudad o de los alrededores. Al pensar en ello, recordó que muy pronto se precisaría uno en el Rodríguez Miró, Josua se ausentaría los

meses de paternidad. Sería una mala jugada del destino que la mandaran allí a suplantarlo. ¡No podría tener tan mala suerte!

Como conocía a los organizadores de eventos para escolares, se paró a hablar con ellos, Gary, se extrañó de verla a esas horas y se le acercó. Él era quién dirigía ese departamento.

—¿Qué haces por aquí? ¿No estás trabajando?

—Me he tomado unas vacaciones para buscar un nuevo empleo. No me encuentro a gusto donde estoy.

—¿No estás en el Rodríguez Miró? —Él se extrañó de que dijera aquello de ese prestigioso centro.

—Sí, pero necesito más aliciente. —No iba a contarle que se llevaba a matar con el director de la escuela.

Él soltó un silbido.

—Hay muchos maestros que darían su brazo derecho para trabajar allí.

—Pues mira, yo se los regalo.

—Te va a ser difícil encontrar otro con más incentivo.

—Ahora mismo me conformaría con una clase de pequeños con ganas de aprender, en cualquier parte. Aunque sea en algún pequeño pueblo de los alrededores.

—Eso no te será difícil de encontrar, hay lugares en los que los profesores no quieren ir.

—Ahí es donde yo sí iré. —Se la veía decidida a trasladarse al fin del mundo con tal de enseñar.

—Dame unos días, veré si hay alguna vacante.

Casey, otra de las que trabajaba en la organización, había escuchado la conversación.

—Christal, sé que no es tu campo, pero la biblioteca de la Tulane University está sin nadie que la dirija. ¿Te interesaría un lugar así?

Ella se paró un momento a pensarlo, claro que sí, esa universidad era la más prestigiosa de la ciudad, y una vez dentro podría estudiar para ocupar un lugar en el profesorado. No sería lo mismo que el puesto que desempeñaba con sus niños pequeños; sin embargo, sería un gran paso para su carrera.

—Desde luego que sí.

—Allí podrías llegar lejos —dijo Casey—. El último bibliotecario se sacó los estudios y está dando clases de Historia.

—Eso mismo es en lo que estaba pensando.

—Entonces haré unas llamadas y ya te avisaré, o se pondrán en contacto contigo.

—Gracias, os dejo algunos currículos por si los podéis ir repartiendo por ahí.

—Lo haremos, en nada tendrás otro trabajo. —Gary le sonrió al tomarlos.

Christal se marchó de allí con los ánimos renovados. Con esas expectativas se fue a pasear por el centro e hizo algunas compras. Hacía tanto que no iba de tiendas que se le pasó el día volando.

Al entrar por la noche en su casa, fue cuando su mente se centró en James. ¡Qué cara se le quedaría si ella lograba el propósito de hacerse profesora de la universidad!

***

James estaba de mal humor, tras aquella llamada de Christal, se lo llevaban los demonios. Se había enterado de que la tarde anterior ella se había ausentado con la excusa de que no se encontraba bien. ¿De verdad estaría enferma? Le daría el beneficio de la duda. El día se le hizo eterno, a cada momento pensaba en llamarla e interesarse por su salud, sin embargo, no lo hacía; si ella estaba en cama, mejor dejarla tranquila. Al caer la noche, ya no lo soportó más y la llamó.

—¿Cómo estás? ¿Te sientes mejor?

Ella se preguntaba a qué venía esa llamada.

—¿A qué vienen esas preguntas?

—Ayer te fuiste a casa y dijiste no encontrarte bien.

¿Era preocupación eso que se distinguía en su voz? No, imposible. Seguro que se habría alegrado de no verla en todo el día. ¡Hipócrita!

—Se me pasó con un par de analgésicos.

—Entonces ¿por qué no has venido a trabajar?

—Ya veo que solo te escuchas a ti mismo —señaló con sarcasmo—. Te he llamado y te he dicho que me tomaba los días de vacaciones que tengo acumulados.

James soltó un taco mental.

—¿No crees que eso debías consultarlo antes de tomártelas? —Su tono de voz había cambiado.

—Oh, perdona, tenía que pedirte permiso a ti, ¿verdad? —El

sarcasmo era palpable en Christal.

—¿A quién, si no? ¿Al portero? —La preocupación se le había pasado, estaba enfadado con ella y consigo mismo por ser tan tonto de inquietarse.

—Seguro que él me habría dicho que me las tomara sin ningún problema. —Ella oyó como él resoplaba—. No me digas que has tenido algún trastorno, tienes una profesora que gobierna mi clase. ¿O es que no ha ido a trabajar?

—Estás diciendo sandeces.

—De ninguna manera, ¿por qué necesitas a dos profesoras haciendo el trabajo de una?

—Tu lugar está aquí —señaló él.

—No por mucho tiempo. ¿O acaso has olvidado que hiciste valer mi carta de renuncia? ¿Que me buscaste una sustituta tan rápido como pudiste? —Christal estaba desatada, y muy enojada por cómo habían ido las cosas—. Déjame decirte que muy pronto me perderás de vista. Te podrás quedar tranquilo, que nadie te va a replicar.

—Estás diciendo tonterías.

—No, señor mío, solo digo lo que pienso. Si a ti no te gusta, eso no es problema mío. Solo te estoy dando lo que quieres.

—¿Quién te ha dicho que quiero que te vayas?

—No me trates como si fuera tonta. Si vienen los de Educación y te ponen a otro director haciendo tu trabajo, ¿qué pensarías? ¿Que lo han mandado para que te haga las fotocopias? Seamos serios, por Dios. —Ante aquella comparación, él no supo qué responderle, y se quedó callado—. Veo que al fin lo has entendido, pues ahora te dejo. —Sin esperar a que él respondiera, Christal cortó la llamada.

James sacaba fuego por las muelas; él, todo el día preocupado por ella, y cuando la llamaba le contestaba ladrándole. Su furia no conocía límites, ¿cómo podía ser que estuviese enamorado de una mujer tan volátil? Se la tenía que sacar de la cabeza, lo suyo no tenía futuro.

Capítulo 11

Christal se pasó el resto de sus vacaciones recorriendo los alrededores y yendo a tomar el sol a la playa. Había pensado en irse a Miami, pero si la llamaban de alguno de los centros para entrevistarse con ella debía estar a su disposición. Siempre se llevaba algún libro y se tumbaba en la arena, gozando de la brisa marina.

Esa semana disfrutó de sus amigas, por separado, pues era muy difícil que los horarios de unas y otras concordaran. Cenó varios días con Ashley, salió de compras con Zoe, visitó la tienda de Kathy y salió de juerga con Meg. Las chicas apoyaban su decisión y estaban contentas por las expectativas que había puesto en la universidad.

En todas sus conversaciones salía James, y ellas coincidían en que se arrepentiría de dejarla marchar.

—¿Qué va a pasar con la patente? —le preguntó Ashley una noche mientras cenaban.

—Supongo que si se dan cuenta de que funciona, tendré que presentarla, y eso me puede ayudar a subir peldaños en mi nuevo trabajo.

—O que haya colegios que te reclamen como profesora —señaló la abogada—. ¿Con qué te quedarías entonces?

—Si te soy sincera, no lo sé. Ya sabes que adoro a los niños, es tan estimulante ver sus caritas cuando te explicas y lo entienden... los

echo de menos. —Ambas se quedaron mirando a los ojos.

Ashley se dio cuenta de la añoranza de su amiga por los pequeños, siempre habían sido su debilidad.

—Deja ese baile para más adelante —le aconsejó—. Nadie sabe lo que ocurrirá mañana. Ve paso a paso, y escoge en cada momento lo que te haga más feliz.

—Sabias palabras.

Por raro que le parecía hasta a ella, cada noche, cuando se acostaba, pensaba en James, y durante el día se acordaba de él en varias ocasiones. Cuántas veces no se había girado por la calle, confundiéndolo con otro hombre que vestía como él, o al escuchar una voz profunda parecida. Muchas.

¿Cómo le iría con Bruck? Cierto era que esta no le replicaría cada vez que abría la boca. «Seguro que está aburrido como una ostra», al darse cuenta de ese pensamiento, se preguntaba de dónde habría salido. ¿Acaso estaba echando de menos sus batallas verbales?

***

James estaba más malhumorado que antes, sin embargo, se había dado cuenta de que no debía pagar su frustración con los profesores; por ese motivo estaba a punto de perder a Christal y no encontraba una forma de dar marcha atrás para que se quedara.

Esos días en los que no la vio se le hicieron eternos. Solía acudir a la sala de profesores a buscar su café y todos parecían andar de puntillas cuando se encontraban con él, lo que hacía que cada vez esperara a que todos estuvieran en sus aulas para ir.

Una tarde que tenía reunión en el ayuntamiento con el concejal de Educación, junto a otros directores, llegó pronto; y estaba saludando a uno cuando un papel encima de una mesa le llamó la atención. Se disculpó y fue a ver si era lo que a él le había parecido. Era el currículo de Christal, se quedó helado, ella ya había empezado a buscarse otro trabajo. En ese momento entendió esas precipitadas vacaciones; por lo visto, ella actuaba como él, no perdía el tiempo.

Apenas se enteró de nada de lo que se habló en aquella reunión. Solo la tenía a ella en la cabeza. Estaba contando los días para que volviera.

Capítulo 12

Christal deseaba que el suelo se abriera bajo sus pies. El día se le hizo eterno, debía reconocer que Bruck se había ganado a los niños, sabía cómo tratarlos. Cuando despidió al último, se marchó con prisas, se sentía descompuesta. Había vuelto ese día de sus vacaciones, y encontrarse en el que pronto dejaría de ser su puesto de trabajo la tenía muy apenada. Los pequeños se habían alegrado mucho al verla, y ella se pasó el día preguntándose cómo había sido tan idiota. Ellos lo eran todo para ella, le alegraban los días y la inspiraban para disfrutar con sus avances.

Había jugado fuerte y había perdido, tendría que haberlo pensado antes. James era quien tenía la última palabra y había tomado su carta al pie de la letra. ¡Fue una imbécil! Tendría que haber hecho solo el cartel y aguantar la diatriba que le cayera encima. Total, últimamente no hacían nada más que discutir.

Había visto a James mirarla a través de las cristaleras que ocupaban el frente del edificio de los mayores. Sin embargo, él no se había acercado para nada, recordó la última vez que habló con él por teléfono y supuso que no deseaba ningún enfrentamiento más.

Sus compañeros sí que fueron a interesarse por sus vacaciones.

—¡Qué morena que estás! —le decía Jean.

—Te habrás pasado los días tumbada al sol —señalaba Paul.

—La verdad es que sí, he aprovechado esos días fantásticos que hemos tenido. ¿Sabéis lo bien que se está en la playa con un buen libro?

—¡Qué bien te lo montas! —terció el profesor de Música.

—Si eso fuera así, ahora mismo no tendría un pie en la calle —remarcó Christal.

Aquel comentario abría la veda para que le hicieran las preguntas que todos tenían en la cabeza, y que en ningún momento le habían hecho a James.

—¿Qué pasó? ¿Qué fue eso de que habías renunciado? —preguntó Paul.

Ella cogió aire con fuerza y lo soltó, al hacerlo miró hacia el primer piso y vio a James, parecía que no la perdiera de vista.

—Lo hice con el propósito de que el director se diera cuenta de que se equivocaba, ¿os acordáis que hizo llegar una circular a los alumnos de que era obligatorio asistir a esa jornada familiar? —Los dos asintieron—. ¿Sabéis que todas las mamás estaban preocupadas porque si no iban las calificaciones de sus hijos se verían perjudicadas? —Ambos volvieron a afirmar—. James se cubrió las espaldas, las mandó a todas a que hablaran conmigo, al igual que hizo con vosotros.

—Entonces hiciste ese cartel —intervino Jean.

—Exacto, y esperando que se diera cuenta de su error, redacté una carta de renuncia y se la dejé en su escritorio.

A los dos se les abrió la boca por la sorpresa.

—No debiste hacerlo —terció Paul—. Todos sabemos que últimamente ha cambiado mucho. No es el mismo de antes. El antiguo James la habría cogido y la habría tirado a la basura.

—Eso era lo que yo esperaba, pero le faltó tiempo para buscarme una sustituta.

—¿Sabes lo que pienso? —señaló Jean—, que fuiste la cabeza de turco, te uso para que todos supiéramos que, o hacíamos lo que él mandaba, o seguiríamos tu camino.

—Probablemente. Se le han subido tanto los humos que no acepta que él también se equivoca.

Paul y Jean la miraban con el ceño fruncido.

—¿Y qué vas a hacer ahora?

Todos sabían que a esas alturas del curso, las plazas estaban ocupadas en los colegios.

—Tengo algún proyecto en mente. Durante las vacaciones he hecho algo más que tomar el sol.

—¿Nos lo vas a contar? —Jean era muy curioso—. Si seguimos así, es posible que nosotros tengamos que seguir tu camino.

—De momento es solo una quimera, estoy sopesando la idea de ponerme a estudiar para dar clases en la Tulane University.

—¡¿Qué dices?! —exclamó Jean—. Vaya cambio.

Paul sonrió con malicia.

—Christal, tú no nos quieres ni siquiera un poquito, ¿verdad? —soltó su compañero—. ¿Sabes cómo se va a poner James si se entera?

—Lo siento por vosotros, pero muy pronto dejará de ser mi problema, lo que él piense o no ya no me importa. —Al decirlo miró en la dirección donde lo había visto y notó que él se daba la vuelta y desaparecía de su campo visual.

La música de que todo el mundo debía volver a sus clases los interrumpió, y cada uno fue hacia las aulas.

Al terminar el día se sentía una caquita con ojos, ya no sabía qué estaba haciendo ella allí, era evidente que no se la necesitaba. Se fue a su casa y se preparó un té con limón y miel. Se tumbó en el sofá y allí se quedó, no tenía ni ganas de llamar a sus amigas. Se empeñarían en verse para animarla, y ella lo único que quería era lamerse las heridas con tranquilidad. Se tapó con una manta, puso la televisión; y después de ver que nada llamaba su atención, volvió a apagarla. No cenó, ni siquiera se molestó en encender ninguna luz cuando salieron las estrellas, que la saludaron a través del cristal.

Cuando la luz del alba pintó el cielo de púrpura y empezó a clarear el día, se fue a la ducha, no le daría la satisfacción a James de no acudir al trabajo fingiendo una indisposición, ya se había tomado todos los días que tenía de vacaciones y no tenía excusa.

Su mal aspecto lo solucionó con maquillaje, y una vez satisfecha se dirigió al colegio. ¡Qué largos se le iban a hacer los días que faltaban para poder largarse de allí y perder de vista a ese cretino! ¿A quién quería engañar? No deseaba irse, no quería enseñar a muchachos mayores, lo que quería era que cayera un meteorito y aterrizara en la cabeza de James. Con esos pensamientos se distrajo un

segundo y estuvo a punto de comerse un coche que se disponía a girar a la derecha sin señalizar la maniobra, y que le cortó el paso.

—¡Idiota! —exclamó contra aquel conductor que por poco la atropella.

James, que venía detrás, lo vio y la reconoció.

—Me cago en la puta —murmuró para sí. Se daba cuenta de que ir en bicicleta a la hora que empezaban las clases en todos los colegios era muy arriesgado.

Al llegar al Rodríguez Miró buscó a Christal con la mirada, vio que se dirigía a su clase y la siguió. Ella estaba poniéndose la bata de cuadritos azul y rosa que usaba para trabajar, al girarse y verlo allí parado se sobresaltó.

—Podrías hacer ruido, me has asustado. ¿O es que estás espiándome? —El tono de ella dejaba muy claro que estaba enojada con él—. No te preocupes, que el día que me vaya no me llevaré las pizarras ni nada por el estilo.

—Estás diciendo tonterías.

—Entendido, entonces me callo, lo que dice el jefe es ley.

James apretó las muelas, había ido en son de paz solo para decirle que fuera con cuidado con la bicicleta. Aspiró aire con fuerza para no contestar a aquella impertinencia.

—Yo solo hice lo que debía, tú me presentaste la carta de renuncia.

Le recordaba que todo lo había desencadenado ella.

—¿Por qué lo hice? ¿Te lo has preguntado? —Ella le sostenía la mirada como si lo acusara de algo—. Sabía que montarías en cólera cuando vieses el cartel en el tablón de anuncios, no me dejaste otra opción. Las familias de los alumnos del Rodríguez Miró tienen planes que por lo visto a ti no te importan, solo te interesa que llenen las arcas y que los chicos hagan un buen papel en todas partes. —Los ojos de ambos eran como cuchillos que se dispararían de un momento a otro—. Yo, al contrario que tú, pensé en ellos, es más, los escuché cuando tú me los mandaste a que se quejaran conmigo. Muchos son los que aprovechan los fines de semana para visitar a la familia, a los abuelos, que debido al trabajo no ven todo lo a menudo que quisieran. Estaban preocupados por que las calificaciones de sus hijos no se vieran afectadas, lo que tú te encargaste de hacerles saber con aquella

circular que mandaste a todo el mundo.

La voz de Christal parecía cansada, él se percataba de que ella hablaba con propiedad, quizá hubiese tenido que pensar en ello antes.

—No he venido a hablar de eso. —Se daba cuenta de que Christal tenía razón y no iba a dar su brazo a torcer—. ¿Tienes carnet de conducir?

A ella le extrañó aquella pregunta.

—Sí, deberías saberlo, lo pone en mi currículo, ¿acaso te hace falta un chofer y quieres ofrecerme el puesto?

La mirada de James la taladró.

—No, solo iba a decirte que fueras con cuidado, a estas horas todo el mundo tiene prisa y es peligroso ir en bicicleta entre los coches.

Ella recordó el vehículo que por poco se la lleva por delante, ¿lo habría presenciado?

—No entiendo tu preocupación, pero de todas formas da igual, muy pronto me iré de este colegio.

El comentario le sentó como una patada en el estómago.

—¿De verdad quieres irte? —James no deseaba hacer esa pregunta, se le escapó de los labios.

—¿Qué más da lo que yo quiera? Tú ya has tomado las medidas necesarias para que todo siga funcionando en el centro. —A pesar de que deseaba aparentar indiferencia, en sus ojos ámbar se podía palpar el pesar, él lo vio y se tragó un taco. Los dos eran igual de cabezotas y no admitirían ni bajo tortura que se habían equivocado.

—Contéstame —dijo él dando un paso hacia ella, imponiéndose con su altura.

—No tengo más remedio, habríamos acabado... —Christal no terminó lo que iba a decir, y él malinterpretó sus palabras.

—Yo solo hice lo necesario para que no nos pillara desprevenidos tu marcha. —Una sombra que no le gustó ni un ápice cruzó por los ojos ámbar, estaban tan cerca que él sentía la respiración de ella como la propia—. Porque eso decía la carta que me encontré en el despacho.

Si ese hombre pretendía escuchar que se había precipitado, iba fresco. Se arrepentía de habérselo puesto tan fácil. Debería haberlo machacado hasta que él la despidiera. Sin embargo, era consciente de que su genio le había jugado una mala pasada, y todo le había estallado en la cara.

—Como siempre, eres un buen director que se preocupa por el alumnado —ironizó ella—. Ahora, si me disculpas, voy a recibir a mis alumnos, porque aún lo son, ¿no?

—Desde luego.

Christal pasó por su lado y fue al patio donde los niños formaban una cola y entraban en las aulas, se dibujó una sonrisa en los labios, que se le borró tan pronto como vio a Bruck, que ya estaba controlando a los pequeños. ¡Qué largo se le haría ese mes que faltaba para esa jornada familiar!

***

James estaba de mal humor, no se quitaba a Christal de la cabeza y no se concentraba en sus quehaceres. Al mediodía, y en vista de que ese día no se sacaría el trabajo de las manos, se marchó del centro. Se fue a su nueva casa a ver si las horas le eran más productivas, no tuvo esa suerte. Ella seguía en su cabeza, y no había modo de sacarla de allí. Salió a caminar sin rumbo fijo, hacerlo le aclaraba las ideas. Sus pasos lo llevaron al Barrio Francés, lleno de turistas que iban de un lado a otro consultando a pitonisas que ofrecían sus servicios en las calles y en establecimientos.

Notó que su teléfono vibraba en el bolsillo del pantalón, miró quién lo llamaba y era Baptiste.

—¿Dime? ¿Ha ocurrido algo? —preguntó extrañado, el maestro nunca lo había contactado fuera de horas de trabajo.

—No, todo bien, aunque no estés todo sigue funcionando. Te llamaba para saber de ti. ¿Cómo es que te has ido tan temprano?

James se quedó sorprendido, miró la pantalla de su aparato.

—Tenía cosas que hacer —contestó seco.

—Venga, que nos conocemos. ¿Cuánto tiempo hace que no te ausentas de la escuela una tarde entera?

Si era sincero consigo mismo, nunca se había ido de aquella forma, a no ser que fuera a alguna reunión de trabajo, pero eso Baptiste no tenía por qué saberlo.

—Nunca lo he hecho, y por ese mismo motivo, he creído que no ocurriría nada si me tomaba unas horas libres. —En su voz podía notarse que no estaba contento con aquella pregunta.

—No te estoy criticando —se defendió su amigo—. Faltaría más.

Solo quiero que sepas que si necesitas hablar, o cualquier otra cosa, me tendrás a tu lado.

—Es bueno saberlo, gracias.

Con esas palabras cortó la comunicación, ¿cómo decirle a Baptiste que se había enamorado de Christal y que no se había dado cuenta hasta entonces? Lo tomaría por idiota. ¿Qué podía hacer para que ella cambiara de opinión y lograr un acercamiento? ¿Estaría ella receptiva? No era tonto, seguro que no, que en esos momentos no lo querría ver ni en pintura, sus broncas habían llegado demasiado lejos, y reconocía que la culpa era solo suya. Había dejado que su situación personal afectara al buen ambiente de la escuela; y ella, que era igual de cabezota que él, siempre estaba en su punto de mira, no como los otros, que siguieron con su labor, apartándose de su camino.

Capítulo 13

Los días siguientes fueron un verdadero infierno para ambos. James trataba de entablar conversación con Christal, y ella le contestaba con monosílabos y parecía huir de él. La había citado para reunirse por cuestiones de trabajo y ella le respondía que lo hablara con Bruck.

—Es mejor que lo que tengas que tratar lo hagas con ella, después de todo, no vaya a ser que yo me lleve tus ideas a otro lado. —Con esas palabras se daba la vuelta y se alejaba, no parecía importarle dónde se encontrasen o que alguien la escuchara.

Cuando hacía eso, a él le daban ganas de sacudirla para hacerla entrar en razón. ¡No quería que se fuera! Y los días pasaban volando, el tiempo nunca había jugado en su contra tanto como entonces.

Christal, en el pasado, solía quedarse a preparar las clases del día siguiente; en esos momentos, en cuanto despedía a los pequeños, se marchaba apresurada. Él lo presenciaba desde los ventanales, cavilando algún motivo para reunirse con ella, encontrarse a solas. No pensaba decirle de buenas a primeras que estaba enamorado de ella, se reiría en su cara. Tenía que ser paciente, y encontrar el momento... Quizá si se veían fuera del centro sería beneficioso, podría conocerla mejor y saber si tenía alguna oportunidad. Recordó la noche que ella estaba con sus amigas, y en esos momentos comprendía que le habían sentado tan mal sus palabras por esos sentimientos que aún no había

reconocido.

Por las noches iba al local donde las había visto con la esperanza de volvérselas a encontrar; un día tras otro paseaba por Bourbon Street, no creía que ella se encerrara en casa tras salir del Rodríguez Miró. No tuvo suerte en su empeño.

Una mañana que el tráfico estaba infernal —solía pasar en los días que amenazaba lluvia; en estos, los coches parecían multiplicarse—, estaba parado en un semáforo rojo cuando escuchó el ruido de unos frenos, un golpe y mucho jaleo. Miró por el espejo retrovisor y vio que tres vehículos más atrás había habido un accidente.

—¡Que alguien llame a una ambulancia! —Escuchó, y frunció el ceño. No parecía que nadie necesitara una. Pendiente de lo que pasaba allí, vio a una mujer que se agachaba, había alguien tumbado en la calzada, y reconoció el casco que solía llevar Christal.

Sin pensarlo, salió del coche y corrió hacia la accidentada, efectivamente era ella, dos coches habían chocado y el delantero se la llevó por delante. Se agachó en el momento que Christal intentaba levantarse.

—No te muevas.

—Estoy bien.

—Dejaremos que sean los sanitarios los que digan eso. —El tono de voz de James mostraba preocupación, no le había ladrado como solía pasar últimamente. Él le puso una mano en el hombro para que estuviera quieta—. Tranquila, enseguida llega la ambulancia.

—No ha sido nada, ayúdame a levantarme. —Iba a quitarse el casco, y él le cogió la mano.

—No hagas eso.

Los ojos de ambos chocaron y ella no vio la animadversión que él mostraba en los días anteriores, ¿era inquietud lo que mostraban aquellos pozos negros? Las sirenas la sacaron del magnetismo de aquella mirada que la estaba poniendo nerviosa, para evitarlo, dijo:

—¿Cómo está mi bicicleta?

James levantó los ojos y vio que había quedado bastante mal.

—Espero que estés mejor que ella.

—No me digas que... —Sus palabras fueron interrumpidas por los sanitarios, que hicieron apartarse a James. En unos momentos se encontró con un collarín que le estiraba el cuello y encima de una

camilla rígida.

—¿Dónde la llevan? —preguntó James a uno de ellos.

—Al Tulane Medical Center.

—Bien, voy para allá.

A Christal le extrañaron sus palabras, ¿es que pensaba acompañarla? Seguro que había oído mal, se dijo.

Al llevar a urgencias, ella pidió que la atendiera Steve Meraux, la pareja de su amiga Zoe. Este se presentó en el bajo del hospital y pidió a las enfermeras todas las pruebas pertinentes.

—Steve, estoy bien, sácame este collarín, ¿es que estáis tratando de alargarme el cuello? Voy a parecer una jirafa si lo llevo puesto más tiempo.

Él sonrió al escucharla.

—Ni hablar, lo haré cuando esté convencido de que no tienes ninguna lesión.

—No la hay —insistió ella.

—¿En qué universidad te has sacado el título de médico? —bromeó él, con aquella sonrisa que había enamorado a su amiga Zoe.

—¡Qué gracioso! —resopló ella.

En ese instante, apareció un celador que se la llevaría a hacerle las pruebas que había ordenado el médico.

—¿Puedo? —preguntó al encontrarlos hablando.

—Sí, sí, sácala de mi vista, es una pesada. —Con esas palabras le guiñó un ojo a ella—. Pórtate bien.

—Cómo no, doctor Meraux —replicó ella.

Steve había sido avisado de que había un hombre que preguntaba por el estado de salud de Christal y salió a la sala de espera.

—Hola, soy el doctor Meraux, estoy atendiendo a Christal Barret.

—Soy James Rice. ¿Cómo está?

El médico pudo ver la preocupación de ese hombre.

—Aún no puedo decirte nada, ahora van a hacerle unas pruebas. No parece nada grave, pero vamos a asegurarnos. ¿Quieres pasar al box? —Él asintió—. Te avisarán cuando terminen con las radiografías y puedes hacerle compañía mientras esperamos los resultados.

—Gracias.

—No tienes por qué darlas, conozco a Christal, haré todo lo que tenga que hacer. No creo que tarde mucho en bajar de planta mi

mujer, son muy amigas.

—Perfecto —asintió él. ¿Se iba a encontrar con una de las que lo había puesto a parir? No lo entusiasmaba, pero iba a quedarse allí hasta que supiera que ella estaba bien.

James sabía que Christal podía mandarlo a freír espárragos en cuanto lo viera, pero se arriesgaría. No iba a dejarla sola en esos momentos. Estuvo paseándose por la sala de espera hasta que una enfermera le dijo dónde estaba ella.

Con paso decidido, recorrió el pasillo hasta donde ella estaba tumbada en una camilla, con un camisón del hospital.

—Hola, ¿cómo te sientes? —Al hablar, ella iba a girar el cuello, pero se lo impidió el collarín que aún llevaba puesto—. No te muevas, ya voy yo —dijo él acercándose para poder verla.

—¿Qué haces aquí?

—Preocuparme por ti.

Aquellas palabras la dejaron muda, sus ojos ámbar se clavaron en los negros. Ella reparó que aquella mañana no habían intercambiado ninguna expresión agria. James no le había reprochado que fuera a la escuela con bicicleta, ni nada por el estilo. Solo había visto inquietud en sus ojos. Sin embargo, no creyó ni una palabra.

—Vamos, James, no seas hipócrita. Los dos sabemos que esto te servirá para librarte antes de mí. —Su voz no mostraba enojo, se había cansado de tanta discusión y no se sentía con ánimos para más enfrentamientos.

—Últimamente dices muchas tonterías.

—De ninguna forma. —Ella se preguntaba si al fin habría entrado en razón, lo dudaba—. Es lo que hay, yo en el Rodríguez Miró ya no estoy haciendo nada, tienes la plantilla completa, ya no me necesitas. O sea que ve y ocúpate de que todo marche tal como quieres.

La mirada de James se clavó en la suya.

—El centro funcionará a la perfección aunque yo me ausente. Todos saben cuál es su trabajo.

—Todos menos yo, claro —manifestó ella.

—¿Por qué dices eso?

—Porque he sido la única que me he plantado delante de ti y te he dicho lo que pensaba.

—O me lo has gritado.

—También. Lo reconozco y lo siento. Debería haber hecho como todos los demás y apartarme de tu camino.

—¿Te arrepientes? —Él esperaba una afirmación, que ella reconociera que era él quien mandaba.

—Claro que no. Si lo que prefieres es que te mienta...

Las pupilas de ambos no se separaban.

—No, no lo quiero.

—Mejor, porque se me da muy mal darle coba a la gente. Prefiero la verdad, aunque duela.

James pensó en Anais, qué distintas que eran la una de la otra.

—¿Duele?

—No entiendo. —A Christal estaba empezando a punzarle la cabeza, estaban teniendo una conversación que no los llevaría a ninguna parte.

—Pregunto que si duele irte del Rodríguez Miró.

—Por favor, vete. Estoy empezando a sentirme mal.

Que no le respondiera ya era bastante contestación.

—Tranquila, me quedaré, pero no te enterarás de que estoy aquí.

—Gracias, pero no hace falta —anunció ella—. Steve es la pareja de mi amiga Zoe. Estoy segura de que ella vendrá en cuanto le sea posible, también trabaja aquí.

—Lo sé, el doctor Meraux me lo ha dicho.

—Haz lo que quieras.

Él se alejó de su campo de visión y apoyó las caderas en la mesa, sin quitarle la vista de encima. Se mantuvo callado unos minutos hasta que la vio revolverse.

—¿Cómo te sientes?

—Si me quitaran este collarín, mejor, creo que se me está alargando el cuello.

Él sonrió, se imaginó cómo se sentiría una mujer tan activa como ella teniendo que permanecer quieta.

Ella intuyó aquella sonrisa y frunció el ceño.

—No me estoy riendo de ti, es solo que...

—Que me estoy quejando como un niño pequeño —lo interrumpió Christal.

—Más o menos, encima tienes un raspón en la rodilla, al igual que la mayoría de ellos.

—Ahora entiendo la atención que han puesto.

Él asintió.

—He conocido a tu amigo Steve —el director hablaba en un tono tan suave que ella no reconocía en él.

—He pedido que me atendiera él. Nos conocemos desde hace algún tiempo.

En ese momento el móvil de James sonó; y él, después de mirar la pantalla para ver quién lo llamaba, contestó, era el letrado que le llevaba el divorcio.

—Dime, Roger.

—He estado en contacto con el abogado de Anais, dice que dio a Harry en adopción al no poder llevárselo.

—Será malnacida, ¿por qué no lo dejó conmigo? Ella nunca se ocupó de él. —Su tono de voz ya no era como el que le había dirigido a ella, parecía enojado.

—Lo hizo para sacarte pasta; y al ver que la que tendría que pagar sería ella, se deshizo del perro.

—¿Qué puedo hacer para recuperarlo?

—Tocaré unas cuantas teclas, tengo contactos, si lo ha hecho con papeles podré saber dónde ha ido a parar. Pero, quiero advertirte, no creo que ese sea el caso. Lo habrá abandonado en cualquier lugar, lejos de la ciudad para que no sepa volver.

James se paseaba por el cubículo, y Christal vio que sus ojos se oscurecían, ¿era rabia lo que veía en ellos? Solo escuchaba la mitad de la conversación y no sabía de qué hablaba.

—Le retorcería el pescuezo por eso. —Él miró a Christal y se dio cuenta de que estaba pendiente de lo que hablaba—. Harry llevaba chip.

—Se lo puede haber quitado, y si no lo ha hecho... ¿qué nombre figuraba en los datos?

—El mío.

—Entonces puedes encontrarte con una multa por abandono.

Él soltó un resoplido furioso.

—Me da igual, la descontaré de todo lo que le tendré que dar por la venta del piso. Encuentra a Harry.

—Haré todo lo que pueda —afirmó el abogado—. Te llamaba porque se está impacientando, quiere que todo el asunto se resuelva

rápido, coger su dinero y largarse.

—A este paso, poca pasta va a quedar. Me gustará verle la cara cuando le hagas las cuentas y se percate de que entre lo que se llevó y lo que tenga que gastar para recuperar a Harry, va a quedar menos y nada. A propósito, ¿ya se ha gastado todo el dinero? ¿En qué andará metida?

—No lo sé, pero ahora que lo dices, también se me hace extraño. Veré si me entero de algo.

James se daba cuenta de que había muchas lagunas de las que él no sabía nada. Que lo habría estado engañando con otro hombre era algo que sospechó desde el momento que ella hizo las maletas y le entregó los papeles del divorcio. Sin embargo, las prisas, el vaciado de la cuenta y que se llevara a Harry para seguir sacándole dinero no le terminaba de encajar. Ella trabajaba en una agencia de viajes y ganaba un buen sueldo. Estaba seguro de que si lo que quería era recorrer el mundo, como le había dicho, sabía cómo moverse para hacerlo sin necesidad de gastarse una fortuna.

—Bien, mantenme informado. —Con esas palabras cortó la llamada.

Christal no quería preguntar, por lo que había oído no se trataba de nada de la escuela; sin embargo, sentía curiosidad, esta era mucha.

James vio el interés en su mirada, sus paseos mientras hablaba lo habían llevado al lado de ella.

A pesar de eso, cuando imaginó que él hablaría, ella dijo:

—No tienes que contarme nada.

—¿Y si quiero hacerlo? —James quería explicárselo, deseaba que ella entendiera las razones por las que se comportaba como lo hacía.

—Entonces, adelante, creo que tenemos para rato aquí.

Él se sentó en el lado de la camilla para que ella no tuviera que mover el cuello y lo viera con comodidad. Le contó todo lo que estaba pasando con Anais, que no paraba de hacerle llegar mensajes a través de los abogados para hacerle la vida imposible.

—¿Y no lo viste venir?

—No.

—Lo siento. —Él pudo ver la sinceridad en su mirada. ¿Era el momento de decirle que su corazón no había sufrido por ello? No lo creía, ella pensaría que era un hombre sin sentimientos—. ¿Quién es

Harry?

—Es mi perro, ella nunca se ocupó de él. Se lo llevó para sacarme pasta como si se tratara de un hijo, y le ha salido el tiro por la culata. En estos casos, es ella la que tenía que abonarme una cantidad de dinero a mí.

Christal pensaba en cómo podía haber mujeres así, ¿es que esa en particular no tenía amor propio? Si se había terminado el cariño, pues una división de bienes a partes iguales y cada uno por su lado, no tenían por qué tener esos problemas.

—Nunca entenderé a algunas mujeres. Unas, luchando por la igualdad; y otras, exprimiendo a los hombres.

—¿Perteneces a algún grupo feminista?

—No.

—Esa no fue la impresión que tuve cuando conocí a tus amigas.

Ella recordó ese día que, furiosa con él, se había desfogado con las chicas.

—Estaba enfadada contigo, y ellas me apoyaban.

James pensó que tenían una forma muy particular de solidarizarse con su amiga.

—¿Entiendes ahora el porqué de mi mala leche en los últimos tiempos?

Christal lo miró al fondo de aquellos ojos negros.

—Sí —afirmó.

—Admito que no debería haber descargado mi frustración en nadie de la escuela, actué mal y lo reconozco. Intentaré que no vuelva a ocurrir.

¿Qué quería decir con aquello?, se preguntó ella, ya tenía un pie fuera del Rodríguez Miró. Solo faltaba que pasaran los días y estaría buscando empleo en otro centro.

Capítulo 14

El silencio cayó como una losa sobre el box de urgencias. Ambos se miraban sin decir nada, él sabía lo que ella estaba pensando y sintió un arañazo en el corazón.

Ese momento lo rompió Steve al entrar con una enfermera.

—Bueno, guapa, has salido más bien parada de lo que creía —dijo con una sonrisa a Christal—. No tienes nada roto, solo una leve conmoción cerebral.

—¿Me estás diciendo que ya puedes quitarme esto? —Señaló el collarín ella.

—No, lo llevarás unos días. Tus cervicales han sufrido un buen latigazo, mejor que las mimemos un poco, no vayas a resentirte. —Ella soltó un suspiro exasperado—. Sé que es molesto, ahora mismo te pondrán uno más cómodo, pero no te lo saques. Te recomiendo reposo durante una semana, te darán hora para dentro de siete días y entonces veremos si puedes hacer tu vida normal.

—Por eso no me gustan los médicos —barbotó ella—. Siempre encuentran algo con lo que hacernos la vida imposible.

Steve soltó una carcajada, mientras James no podía creer lo que había escuchado.

—¿Te das cuenta de lo que tenemos que aguantar, James? —dijo Steve con una sonrisa—. La confianza da asco.

—Ya veo.

—¿No ha bajado Zoe?

—No.

—Debe estar ocupada. —Disculpó el médico a su novia—. No dudo de que hoy tendrás a las chicas en tu casa con ganas de ayudarte.

—Seguro que sí —afirmó ella.

—Ahora, vete a casa y pórtate bien. Si te sientes mal, vuelve.

Antes de que Steve saliera del box, Christal preguntó:

—¿Dónde está mi ropa?

—Hecha jirones en el cubo de la basura.

—¡¿Qué?!

—No podemos ir con miramientos cuando nos llega alguien de un accidente de tráfico.

—Mierda.

James estrechó la mano al médico y le agradeció sus atenciones.

—Ten paciencia —aconsejó Steve—. Ahora viene lo complicado. Lograr que haga reposo va a ser una odisea.

Por su manera de hablarle, James supo que había llegado a la conclusión de que eran pareja, y no lo sacó de su error. Cuando quedaron solos, ella lo miraba como si fuera el culpable de todos sus males.

—Dime la talla que usas y voy a los grandes almacenes que están aquí al lado.

A ella no le gustaba la idea, pero era eso o darle las llaves de su casa. Le dijo lo que él quería saber y lo vio salir de allí con paso firme. Se preguntó si James estaría acostumbrado a ir por ahí comprando ropa de mujer.

Para su asombro, cuando volvió, le trajo unos vaqueros, una camiseta color aguamarina, junto con ropa interior negra de encaje de lo más sexi. Ella se lo quedó mirando.

—No es la primera vez que haces esto, ¿verdad?

Él sonrió, lo cierto era que nunca había comprado ropa femenina.

—Debo reconocer que nunca había estado en la sección femenina de ninguna tienda.

—¡Anda ya!

—No me creas si no quieres.

Christal se dio cuenta, en ese instante, de que durante las horas que permanecieron juntos no había habido ningún reproche, ni siquiera un comentario sobre que ese día era peligroso ir en bicicleta. Nada. James estuvo pendiente de ella en todo momento y había sido él quien le confesara el motivo de su extraño comportamiento. Ella se había mantenido a la expectativa, esperando que de un momento a otro llegara alguna regañina.

—No tengo por qué dudar de tu palabra. Ahora, si me dejas sola un momento, me vestiré.

—No hagas movimientos bruscos, si me necesitas estaré aquí fuera —señaló él antes de salir.

Esas palabras la dejaron atónita. ¿Acaso estaba esperando que le pidiera ayuda para vestirse? Desde luego no vería nada que no hubiese visto antes, si tenía en cuenta su aventura de hacía años, pero en esos momentos no había la confianza que debería, y lo suyo había pasado a la historia.

Al terminar de adecentarse, con sorpresa vio que las prendas le quedaban como un guante, se agachó para ponerse las deportivas y todo pareció ondularse a su alrededor. Pensando que acabaría desmayada por aquel mareo, se sentó en el suelo.

Él, al escuchar un ruido raro, preguntó:

—¿Va todo bien?

—No. —Ella pensó que no la escucharía, apenas había susurrado. Sin embargo, tan pronto como salió la voz de su boca, lo tenía al lado. James supo lo que había ocurrido al ver que sostenía una deportiva en la mano.

—Deja que te ayude. —La levantó y la sentó en la camilla.

—Al agacharme me he mareado.

—Tranquila, ya sabes que no debes hacer movimientos bruscos. —Se inclinó y le puso las zapatillas—. ¿Te sientes mejor?

—Sí, gracias.

—No tienes que agradecerme nada.

Mientras caminaban hacia la salida, él le pasó un brazo por la espalda, estaba alerta por si le daba otro mareo. Ya en el coche le preguntó si podía quedarse con alguien mientras se recuperaba.

—En casa estaré bien, las chicas vendrán, y créeme que montarán guardia para no dejarme sola, estoy segura.

—¿No trabajan?

—Sí, pero ya se organizarán para estar pendientes de mí. Como si lo viera.

Por un segundo, él tuvo envidia de esa amistad; sin embargo, reconoció que él mismo fue quien se aisló cuando tuvo problemas. ¿Cuántas veces no habría escuchado los problemas de sus amigos y les habría dado su opinión? ¿Por qué él no hizo lo mismo?

Christal le dio su dirección y él la llevó, a aquellas horas de la tarde no tuvo ningún problema para aparcar su coche.

—Gracias por traerme y por... —decía ella al bajar del jeep.

—Si te crees que voy a dejarte aquí en medio de la calle, acabando de salir de urgencias, es que no me conoces.

James hablaba mientras se le acercaba.

—No hace falta que me acompañes.

—Sí, no me vas a convencer. —Le pasó otra vez el brazo por la cintura y la empujó con suavidad para que se moviera.

Al llegar al piso de ella, él se sorprendió gratamente, era un espacio abierto, que unía la cocina, el comedor y el salón. Al fondo había una puerta que supuso era el dormitorio. Las paredes eran blancas, pero en ellas podían verse cuadros abstractos de vivos colores, y en uno de los muros había un gran corcho con dibujos infantiles. Él se los quedó mirando.

—Los pequeños son un encanto, me regalan dibujitos que hacen los fines de semana.

Los ojos de él se trasladaron a ella. Su mirada oscura y brillante se clavó en la maestra.

—¿De verdad quieres irte?

Christal lo malinterpretó a propósito.

—Yo no voy a ninguna parte, me han recomendado que haga reposo.

—Sabes que no me refería a eso.

—No, no sé qué quieres decirme.

James se le acercó, y ella se mantuvo estática, sabía muy bien a lo que él se refería, en esos momentos ya conocía el motivo por el que él se había comportado como un idiota, por el que se había alejado de los compañeros de trabajo. ¿Es que ese hombre no tenía amigos con los que hablar, en los que apoyarse en momentos difíciles? La verdad

era que sentía pena por James. Sabía que entre él y Baptiste había mucha química, y sospechaba que este último no sabía nada de todo aquello, si no él mismo se hubiese encargado de justificar las acciones del director.

Al llegar junto a ella, James se dio cuenta de que con el collarín no podía mirarlo a los ojos. Sus manos se posaron en la cintura femenina y la levantó hasta su altura.

—¿De verdad quieres irte? —repitió él—. Sé que no eres tonta, sabes perfectamente a qué me refiero. —Sus pupilas no se separaban de las ámbar.

—Podría decirte lo mismo a ti.

James frunció el ceño.

—¿Qué?

—¿De verdad tienes que preguntarlo? —Ella le sostenía la mirada como si lo retara a que dijera que sí.

—Sé que los niños son tu debilidad; sin embargo, me presentaste una carta de renuncia.

—Sí, lo hice. ¿No adivinas por qué? —Christal se sentía como una muñeca que no pesara nada. Él la sostenía sin que sus brazos mostraran el esfuerzo de levantarla. La fuerza de James la tenía fascinada—. Sabía que te enfurecerías cuando vieras que le había dado la vuelta a la tortilla, como habías hecho tú. Que librara a las familias de esa obligación haría que te subieras por las paredes. Y eso fue lo que pasó, no perdiste tiempo en buscar una sustituta para demostrarme que quien manda en el colegio eres tú.

—Si tal como dices, quien manda soy yo, no quiero que te vayas.

Escuchar aquellas palabras hizo que a Christal un extraño calorcillo la recorriera de arriba abajo y le aleteara el corazón.

—¿Por qué? Siempre me dices que no sé enseñar, que no paras de oír cuentos sobre gusanitos mágicos y que en mis clases cantamos mucho.

—Sé que eres una buena profesora, los niños llegan a primaria con más nivel que en otros centros.

Los ojos de Christal se entrecerraron, ¿le había mentido? Le había dicho que no estaba al corriente de cómo llegaban los pequeños a las clases de primer curso, y en esos momentos en los que parecía que se habían declarado una tregua, le confesaba que sabía que los pequeños

no se quedaban atrás en sus enseñanzas.

—¿Cuándo has descubierto eso?

A él se le escapó una mueca torcida, era como si hubiese querido disimular una sonrisa.

—Ya lo sabía cuando te eché en cara lo del gusano mágico y tus canciones.

Las manos de ella, que habían estado relajadas a sus costados, se trasladaron a los brazos de él.

—Entonces ¿a qué vino aquella bronca?

Él tuvo la decencia de ruborizarse un poco.

—Eras la única que hacía que me olvidara de mis problemas personales.

A ella se le abrió la boca por la sorpresa.

—¿Me estás diciendo que me he convertido en tu saco de frustraciones? ¿Como si se tratara de uno de boxeo? —La voz de Christal sonaba indignada.

—No exactamente, discutiendo contigo me sentía vivo.

Aquella confesión la dejó atónita. Le entraron ganas de abrazarlo para demostrarle que no estaba solo. Las manos femeninas se trasladaron a sus hombros, anchos y musculosos. Él era grande a su lado, pero le estaba demostrando que, a pesar de eso, sufría como todo el mundo.

Cogió aire con fuerza al darse cuenta de que aquellas batallas verbales en las que los dos mostraban tanta pasión las habían buscado ambos. Ninguno se quedaba atrás. Con los otros profesores se había cerrado en banda, en cambio con ella todo era distinto. Recordó lo que dijo su amigo: «Los que se pelean se desean».

—¿Puedes dejarme sobre mis propios pies?

—No. Quiero que me digas que te quedarás en el Rodríguez Miró. No quiero perder a una profesora excelente a la que los niños adoran, y también los padres, y… —Se calló al darse cuenta de que iba a confesar que se había enamorado de ella, no sabía cuándo ni cómo había ocurrido, solo lo sentía.

—¿Y?

—Y tus compañeros.

—¿Te cuentas tú entre ellos? —Aquella pregunta le salió sin pensar y luego pensó que debería haberse mordido la lengua. Para

cambiar de tema y que él no se viera obligado a contestarla, añadió—: Es muy posible que discutamos, ya sabemos que en muchas cosas no estamos de acuerdo.

James se percató de que no le había dicho que se quedaría con aquellas palabras, pero el comentario lo dejaba muy claro, sonrió.

—Cuento con ello.

—También que terminemos tirándonos los trastos por la cabeza, a veces me sacas de quicio.

—No llegará la sangre al río. —Con estas palabras, se arrimó, le dio un beso en una mejilla y la bajó.

Ese gesto hizo que ella fuera recorrida por un estremecimiento, y se tambaleó al posar los pies en el suelo. ¿Por qué la había besado? ¿Acaso detrás de aquella insistencia implacable se escondía otro sentimiento?

Capítulo 15

Como Christal sabía, aquella noche sus amigas fueron todas a su casa y se organizaron para pasar tiempo con ella y que no tuviera que preocuparse por nada.

Los días siguientes fueron un ir y venir de las chicas y de James. Este acudía cada día con la cena que encargaba en los mejores restaurantes de la ciudad. Las chicas se quedaron de una pieza en cuanto reconocieron en él al tipo que le hacía la vida imposible a su amiga. Sin embargo, no entendían por qué su jefe estaba tan pendiente de ella.

Una tarde que Zoe libró y estuvo allí, no dejó que Christal se saliera por la tangente y le preguntó a bocajarro:

—¿Qué pasa con James?

—Nada.

—No te hagas la tonta, guapita. Ningún jefe que yo conozca lleva cada día la cena a una empleada que esté de baja. También estuvo en el hospital todo el tiempo el día del accidente. Steve me dijo que se veía preocupado. Además, ¿no habías renunciado a tu trabajo?

—Quiere que me quede en el Rodríguez Miró.

—Bueno, por lo menos se ha dado cuenta de que representas una gran pérdida si permite que te vayas. No es tan tonto como creía. ¿Sabe lo de la patente?

—No.

—Y aun así se ha dado cuenta de tu valía.

—Eso parece.

—Vale, pero no nos desviemos de lo que nos preguntamos todas. ¿Hay algo más entre tú y él? Ya sabemos que en el pasado os lo pasasteis bien —dijo refiriéndose a aquella aventura pasajera—. He cazado más de una mirada como si nos quisiera hacer desaparecer cuando viene y estamos contigo. Entonces pone una excusa educada y se va. Da la sensación de que le estorbamos.

—Tal vez habéis malinterpretado esas miradas que dices. Está en pleno divorcio tormentoso.

—Eso no quita que quiera estar a solas contigo —añadió Zoe—. Si se ha separado, es un hombre libre.

Christal recordó aquel beso en la mejilla; desde luego, no era algo común en un jefe.

—No sé qué decirte. Desde el día que tuve el accidente que ha estado muy solícito conmigo.

—¿Queda algún rescoldo de lo que hubo en el pasado?

—Aquello no era nada serio, nos lo pasamos bien y nada más. Ahí no hubo sentimientos.

Zoe se quedó mirando a su amiga.

—Yo no he hablado de sentimientos. ¿Acaso ahora los hay?

Christal frunció el ceño, ¿los había?

***

Aquella noche cuando James llegó a casa de Christal se la encontró sola. Ella le abrió la puerta y fue a sentarse en el sofá.

—¿Dónde están hoy las chicas?

—Están ocupadas, y yo ya me siento mejor. No hace falta que revoloteen a mi alrededor.

James pensó que ese era su día.

—¿Te apetece una copa de vino? Ya no te estás tomando aquellas píldoras, ¿verdad?

Se refería a un medicamento que le había dado Steve, un antiinflamatorio.

—No, me siento bien, si por mí fuera ya me quitaría el collarín.

—Ni se te ocurra, espera a que lo diga el médico —dijo él muy

serio—. No hagas tonterías.

—Eres peor que las chicas.

—¿Quieres que me vaya? —Esa pregunta hizo que ella lo mirara a los ojos y vio que él parecía contener el aliento.

Esa tarde, al hablar con Zoe, esta había dejado entender que él estaba interesado en ella no solo por el trabajo, que había algo más en esas miradas, en los detalles, en sus visitas. Ella lo había negado; sin embargo, un extraño calorcillo la había recorrido de arriba abajo. James era muy atractivo, y en los últimos días había descubierto que muy atento también. Le gustaba ese nuevo hombre que le estaba mostrando. Además, se había sincerado con ella, sospechaba que no lo había hecho con nadie más y eso la tenía confusa.

Christal no buscaba el amor, todos los hombres decían esa palabra cuando les interesaba; y cuando lograban lo que querían, a otra cosa, mariposa. Ella no era ninguna santa, disfrutaba del sexo como la que más, pero no utilizaba nunca esa palabra. No quería engañar a nadie. Tampoco pensaba estar sola toda su vida, deseaba tener hijos, y para eso necesitaría un hombre; sin embargo, nunca se había encontrado con ninguno con el que hacer realidad sus sueños.

—Claro que no. Hoy podemos compartir la cena. —A James le gustó la respuesta. Ese día había llevado *muffuletta*, unos bocadillos rellenos de marisco rebozado, gambas y ostras, con lechuga, pepinillo y salsa. Desprendían un aroma exquisito—. Eso huele que alimenta.

—Pues no dejemos que se enfríe. —Fue en busca de platos a los armarios de la cocina y sirvió lo que llevaba en las bolsas en la mesita de centro. Los dos, sentados en el sofá, girados para verse a la cara, disfrutaron de aquella exquisitez.

Durante la cena estuvieron alabando la cocina criolla y cajún, a los dos les gustaba.

—De vez en cuando, no le digo que no a una buena hamburguesa de carne, pero esto está delicioso, prefiero los platos de aquí —hablaba ella entre un bocado y otro.

—¿Cuál es tu secreto? ¿Vas al gimnasio? —dijo al verla comer con gusto.

Ella rio ante la pregunta de él.

—Los niños tienen las baterías siempre muy cargadas, no me hace falta gimnasio, con eso y la bicicleta...

—Me quedaría más tranquilo si fueras en coche. ¿Tienes?

—Tengo un Ford Fiesta en el aparcamiento.

—Nunca lo he visto. ¿Y por qué no lo usas?

—Porque es más rápido ir en bici.

—Más peligroso —matizó él.

James la miraba esperando la reacción que sabía que vendría, ella no se mordería la lengua.

—Ir en coche es más seguro, pero reconoce que también hay accidentes automovilísticos.

—No te lo voy a negar; sin embargo, el chasis para el golpe.

—Sí, en la bici, lo paro yo —reconoció.

—Me gusta que entres en razón. —Él pensaba que se olvidaría de la bicicleta, y se sorprendió ante la mirada que ella le lanzó.

Christal se levantó y fue a la cocina a buscar el frutero. Le dio un mordisco a una manzana y dijo:

—Mañana me van a traer otra.

—¿Otra qué?

—Otra bicicleta. El seguro del coche que me golpeó se ha encargado de eso.

Los ojos de James la taladraron.

—¿Es que no escarmientas?

Ella no contestó hasta que se hubo tragado otro bocado.

—A ver, ¿me estás diciendo que cuando un niño se cae de un columpio le tengo que decir que no vuelva a subir?

—No mezcles una cosa con la otra. Los dos sabemos que has hecho una mala comparación.

—¿Por qué? —En su voz y su mirada se apreciaba la terquedad—. Es como cuando una persona tiene un accidente en coche, tiene que volver a conducir lo más pronto posible; si no, le cogerá miedo.

—No te voy a quitar la razón, pero reconóceme que la bicicleta es más peligrosa, no hace muchos días estuvo a punto de llevarte por delante un conductor que giró sin hacer ninguna señal.

—No voy a dejar de montar en bici. —Se empecinó ella.

—Si tanto te gusta, puedes ir a un parque donde consigas hacerlo sin meterte entre los coches. Hay pistas donde correr.

—¿Me estás diciendo que vaya al trabajo en coche? —El tono de voz de Christal había cambiado, le molestaba que él se creyera con el

derecho de imponerse.

—Si es necesario puedo pasarte a buscar, no me desvío mucho de mi camino.

—¿Por qué harías eso?

—Porque me preocupo por ti.

Aquellas palabras cayeron sobre ella con la potencia de un meteorito. Le hicieron aletear el corazón. Se quedó tan sorprendida que no estuvo segura de haber entendido bien lo que él quería decir.

—Supongo que igual que debes hacerlo por los demás compañeros del Rodríguez Miró, ¿verdad?

—No. —Al hablar James le cogió la mano que ella apoyaba en una rodilla—. Lo que tú me provocas no lo hace nadie. —Él notaba la suavidad de aquella mano y sus dedos se entrelazaban con los finos de Christal.

—No entiendo.

—Te aseguro que si el accidentado hubiese sido otro, no me habría vuelto loco de preocupación en la sala de espera del hospital. Una llamada interesándome por su estado habría bastado.

—Eso me tiene muy desconcertada.

—Me importa un bledo lo que le pase al mundo entero, solo me interesas tú.

—¿Qué estás queriéndome decir? ¿Acaso estabas con tu mujer por algún motivo equivocado?

—Creo que sí. Porque nunca sentí con ella esa garra que me apretaba las entrañas como cuando te vi en el suelo después del accidente.

Christal estaba anonadada, muda, sentía que el corazón le bombeaba a mil, como si se le fuera a salir por la boca. ¿Qué significaba aquello? ¿Era posible que ella sintiera lo mismo? Cuando él llamó a la sustituta lo hubiese estrangulado, creyó que era porque la apartaba de sus pequeños, aunque si escarbaba en su interior sabía que era porque la estaba echando del centro, de su lado. ¿Sería posible que estuviera enamorada de él y no se hubiese dado cuenta? ¿Que aquellas batallas verbales fueran para llamar su atención? Ciertamente, no las tenía con nadie más que con él.

—Es posible que estés confundido, estás pasando por un infierno con tu ex. —Se obligó a decir.

James negaba con la cabeza, con los ojos clavados en ella y sus manos jugueteando con la de ella, pequeña, suave y femenina.

—No me estás escuchando. Me importa un rábano Anais, que se vaya con viento fresco, que disfrute de la vida que ha elegido, no me importa.

Christal estaba hecha un lío, lo creía; no obstante, en esos momentos se sentía confusa. Nunca se había encontrado con un dilema semejante.

—Me has pillado tan de sorpresa que no sé qué decir.

—Lo único que te pido es que me dejes conocerte. —Él se daba cuenta de que la había abrumado con sus palabras—. Que nos veamos, que pasemos tiempo juntos, sin prisas. —Ella asintió con la cabeza, perdida en aquella mirada brillante que la tenía presa. Él la cogió por la cintura y la trasladó a su regazo, le enmarcó la cara con sus manos y apoyó su frente en la de ella—. Te prometo que no te arrepentirás. Es muy posible que discutamos, eso se nos da bastante bien —bromeó.

Después le capturó la boca en un beso tan tierno que ella se derritió entre sus brazos. Le había dicho que irían sin prisa, y si seguía allí acabarían en la cama. Se obligó a separarse y, dejándola sobre el sofá, se despidió con una caricia en sus cabellos rosas.

***

Christal estaba tan confusa que se quedó en el sillón mirando el techo, rememorando las discusiones que había tenido con él. Con la excusa del alumnado, los dos se tiraban a la yugular del otro, ambos sacaban su carácter y ponían en esas batallas su alma.

Un pensamiento llevó a otro, y se preguntó qué habría hecho ella si se hubiese marchado del centro educativo. Si era sincera consigo misma debía admitir que se había sentido devastada al ver que él la sustituía. Había aguantado porque ella había sido quien había puesto fecha a la dichosa carta de renuncia, por pura cabezonería. Sin embargo, debía reconocer que nunca deseó irse, siempre había mantenido la esperanza de que sucediera algo que le impidiera marcharse. Había puesto la esperanza en que aceptaran su patente; si eso sucedía, James sabría que no podría dejarla escapar.

Se preguntaba: ¿dónde la llevaban todas esas cavilaciones? Solo había una respuesta: James. ¡Puñetas! ¡Que se había colado por sus

huesos, y ni siquiera se había enterado! Podía ser muy inteligente y lista, pero ese sexto sentido que decían tener las mujeres, ella lo debió perder al nacer.

Le encantaba cuando él se preocupaba por ella, cuando la sostenía; y sus besos la habían hecho volar, por cortos y tiernos que fueran. Esa misma tarde, si no hubiese llevado el collarín, no se le habría escapado, la noche habría terminado de muy diferente manera.

Capítulo 16

James estaba satisfecho, había acompañado a Christal al médico y Steve le dijo que todo estaba perfectamente, que podía volver a trabajar y hacer su vida normal. Al día siguiente regresaría al centro y eso lo tenía contento. Se había encargado de rellenar los papeles para que Bruck se marchara a otro colegio.

Su estado anímico fue reconocido por sus compañeros, todo funcionaba como antes y muchos se preguntaban qué habría ocurrido.

—Por tu talante, parece que tus problemas se han solucionado —dijo Baptiste mientras veía que James sacaba un café de la máquina.

—Puedo decir que están en vía de extinción, no pienso preocuparme por nada que no tenga remedio. He dejado que mi abogado se ocupe y haga su trabajo, que para algo me pasa sus honorarios, que pago religiosamente.

—Parece que has pasado página.

—Sí, lo he hecho.

James, en lugar de marcharse a su despacho, se sentó en la mesa donde su amigo estaba corrigiendo exámenes.

—¿Qué ha pasado con Bruck? He oído por ahí que hoy es su último día. ¿Va a venir otra sustituta?

—No, Christal volverá a su puesto.

Baptiste lo miró con una ceja alzada.

—¿Habéis resuelto vuestras diferencias?

—Sí.

—Ella no quería irse, en realidad —apuntó Baptiste.

—Lo sé.

—Pues me alegro de que todo vuelva a ser como antes. Ya me he dado cuenta de que los profesores no te evitan.

—Tenían sus motivos para hacerlo —reconoció.

—Qué bueno que el viejo James esté de vuelta. —Baptiste se levantó, ya era hora de regresar a su aula—. ¿Y cómo ha quedado lo de la convivencia familiar?

James sonrió.

—Que vaya quien quiera.

—No sé qué lo habrá causado, pero me gusta esa nueva actitud tuya. —Con esas palabras lo dejó allí, y James supuso que había sido un verdadero incordio para todos. Suerte tenía de que no se hubiesen puesto de acuerdo y se hubiesen declarado en huelga.

***

Aquella noche, Christal le había dicho que se encontrarían en Bourbon Street, que tenía ganas de salir de casa, que ya había reposado suficiente. La halló en el Barrio Francés, ante una pitonisa que le estaba leyendo la mano. Él dejó que la mujer hiciera su cuento, no creía en esas cosas, la miraba a ella sonriendo cuando escuchó:

—Nena, tu hombre tiene un fuerte carácter, pero adora el suelo por el que pisas. —Él sonrió, seguro que eso se lo decía a todas—. Aunque tendrás que tener paciencia con él. Tu independencia no le gustará, y eso os hará discutir, pero ten en cuenta que te amará mucho. —La mujer se quedó callada unos segundos mientras le recorría las líneas de la mano con su índice—. Estás esperando una respuesta. —Christal asintió, a pesar de que no era una pregunta—. Te vaticino que tendrás un gran éxito. Tienes mucho futuro.

Después de escucharla, Christal le dio unas monedas y se giró hacia James.

—¿Quieres que te lea la tuya? —le preguntó ella con picardía en los ojos.

Él le sonrió.

—No estoy preparado para que me predigan mi grandioso futuro,

prefiero ir descubriéndolo por mí mismo.

Ella le tiró de la corbata y se la quitó. Se la puso en el bolso y le desabrochó los primeros botones de la camisa.

—¿No te sientes más cómodo así? —Ante el asentimiento de él, añadió—: Vamos a divertirnos —dijo guiñándole un ojo.

—Sabes que todo eso son tonterías, ¿no? —Se refería a la pitonisa, y ella lo entendió.

—Espero que no, todo lo que ha dicho me ha gustado.

James movió la cabeza con una sonrisa.

—¿Qué ha querido decir con eso de que tienes mucho futuro? ¿Que vas a tener éxito? ¿Acaso pretendes dedicarte al espectáculo?

Ella se le arrimó con una mirada divertida.

—No pretendas saber todo de mí a la primera de cambio, deja que mantenga un poco de misterio.

Aquellas palabras lo hicieron carcajearse, la cogió de la mano y tiró de ella para unirse a la gente que recorría las calles. A ella la sorprendió aquel gesto; sin embargo, le gustaba el tacto de esa mano que se tragaba la suya.

—Como tú quieras.

Christal estaba eufórica, había echado de menos salir a divertirse y se mezclaba con todos los grupos de turistas que paseaban por la ciudad encantada. Tiraba de él y lo hacía participar de las tonterías y ocurrencias sobre los muertos vivientes, sobre las leyendas que circulaban por doquier.

James nunca había recorrido las calles con aquella despreocupación, ni apreciado el ambiente musical y casi místico sobre el ocultismo. En esos momentos pensó que parecía más un turista que otra cosa, a pesar de haber nacido y crecido en aquella ciudad.

—Me encanta el ambiente nocturno.

—Es la primera vez que paseo entre los turistas —confesó James —. Me atrevería a decir que ellos han disfrutado más de Nueva Orleans que yo.

—Tenemos que poner remedio a eso. —A ella no le extrañó, no se lo imaginaba haciendo un *tour* nocturno sobre los fantasmas, el vudú y los vampiros.

—Me encantará hacerlo a tu lado —asintió él apretándole la mano

y dedicándole una sonrisa al cruzarse sus miradas.

Cenaron en un restaurante del Barrio Francés, y ella le estuvo contando las visitas guiadas que se hacían en los cementerios de la ciudad.

—¿Sabes que Nicolas Cage tiene ya su tumba piramidal preparada?

—¿Y manda su señora de la limpieza a que se la ponga a punto cada semana? —El comentario los hizo reír a los dos—. Igual se lo quiere encontrar limpio y reluciente.

—Algún fin de semana tendremos que ir a ver cómo lo conservan.

Que ella hiciera planes para los dos le encantó. Pasó la mano por encima de la mesa y acarició la de ella.

—Cuando tú quieras. ¿Qué sueles hacer los fines de semana?

—Depende, puedes encontrarme en la playa tomando el sol, o recorriendo los pantanos en aerodeslizador. No acostumbro quedarme en casa. ¿Y tú?

—Últimamente cojo el coche y salgo de la ciudad. —En sus ojos negros apareció lo que ella denominó «pesar», y no estaba equivocada —. Antes solía ir a Couturie Forest, a Bayou Sauvage Ridge Trail, o a Lafitte Greenway, a correr y a jugar con Harry.

Ese comentario hizo que ella se diera cuenta de cómo echaba de menos a su perro. Llevó la conversación por otros derroteros, y vio desaparecer aquella sombra de su mirada.

Cuando él la llevó a casa en su coche y aparcó frente a la entrada, la retuvo en el interior. Christal veía que las pupilas de él estaban clavadas en sus labios, y sin ser consciente de ello se pasó la lengua por el inferior.

—Me lo he pasado muy bien, hacía tiempo que no disfrutaba de las costumbres de la ciudad.

James la cogió por la nuca y se inclinó hacia ella.

—Yo nunca lo había hecho —susurró junto a los labios femeninos —. Siempre he estado rodeado de obligaciones, me gustaría que me ayudaras a cambiar ese hábito.

—No lo dudes.

Christal salvó el poco espacio que los separaba y lo besó con hambre, poniendo en esa caricia todo lo que albergaba en su corazón, que estaba descubriendo poco a poco y que necesitaba expresar de

alguna forma.

Capítulo 17

La vuelta de Christal a la escuela fue celebrada por todos sus compañeros. La mayoría se daba cuenta de que algo había cambiado entre ella y James, y ella veía más de una ceja alzada. Paul, el profesor de Música, se le acercó a la hora de recreo de los alumnos.

—¿Qué le has hecho a James?

Ella lo miró aguantándose una sonrisa.

—¡¿Yo?!

—No te hagas la tonta, la última vez que hablamos lo querías matar.

En ese instante se les unió Jean.

—Me alegro de que estés de vuelta. ¿Ya estás recuperada del todo?

—Sí, fue una tortura llevar ese collarín durante tantos días.

—Exagerada, ha sido una semana —se burló él.

—Se me ha hecho muy largo, te lo aseguro.

—Buen susto te debiste llevar.

—Si te digo la verdad, no. He tenido caídas peores.

Los hombres se miraron.

—Pues James estaba muy preocupado —terció Jean a propósito, los había visto llegar juntos en el coche de él, y sus expresiones lo tenían sorprendido—. ¿No te lo pareció, Paul?

Ella recordó la conversación que tuvo con ellos.

—Digamos que nos hemos declarado una tregua.

Ante la expresión, los hombres se rieron.

—¿Quién se bajó del burro primero? —preguntó Paul.

—Ninguno de los dos, firmamos la paz antes de tirarnos nada a la cabeza.

—Esperemos que dure, últimamente parece haber vuelto el James de antes. —Jean estaba pendiente de si ella soltaba algo sobre aquel comportamiento.

—¿Y tú no habías presentado tu renuncia? —Esta vez fue Paul quien indagó.

—La retiré y James lo aceptó.

Ambos hombres se miraron con sorpresa.

—¡Esa sí que es una buena noticia! —exclamó Paul—. Me alegro mucho. No me malinterpretes, Bruck me cae bien, pero no era lo mismo.

Ella asintió con la cabeza, y en ese momento se le acercó una niña que estaba llorando.

—¿Qué pasa, cariño? —Se agachó junto a ella y vio que le enseñaba un dedo con una gotita de sangre—. Te has hecho pupa, cielo, ven, vamos a poner una de esas tiritas tan chulas que tengo. Os dejo, voy a curar a esta princesa. —Mientras hablaba vio que James estaba tras las cristaleras del primer piso, donde estaba su despacho, y la saludó con la mano.

Paul y Jean siguieron su mirada y vieron el gesto de James. ¡Vaya con esos dos!, pensaron.

***

Los días pasaban volando, y James y Christal estaban descubriéndose. ¡Qué lejos quedaban aquellas semanas del pasado! Podían decir que eran dos personas completamente distintas. Su relación, en esos momentos, no era un aquí te pillo, aquí te mato, no, habían madurado y ya no solo buscaban un revolcón, los dos querían algo más que un rato de placer.

Christal se daba cuenta de que James la había cambiado, no sabía cómo. Antes del accidente, no había pensado en ningún momento que aquellas peleas apasionadas fueran nada más que una forma de

hacerle ver que él no estaba en posesión de la verdad y razón absoluta. Entre ellos había habido una relación tirante, y al fin se había percatado de que entre el amor y la antipatía había una línea muy fina que habían cruzado sin ser conscientes de ello.

Como había propuesto James, avanzaban muy despacio. Ella entendía que no quisiera tropezar de nuevo con la misma piedra, que para entregarle su confianza debía curar las heridas que Anais había dejado a su paso. Él se limitaba a besarla cuando la acompañaba a casa, los dos ponían en esos besos una pasión desmesurada, la excitaba, al igual que ocurría con él; sin embargo, en esos momentos era cuando la dejaba, y eso la tenía confusa.

Se pasaban horas paseando por las orillas del Mississippi contándose sus sueños, sus anhelos y lo que esperaban de la vida. James estaba satisfecho con su trabajo y quería formar una familia, esos dos puntos los tenían en común, eran los principales deseos de ambos.

Christal sabía que si la patente salía adelante era posible que tuviera que viajar para dar a conocer su innovador método de enseñanza. No dudaba de que James se alegraría; aun así, no le había hablado del tema, y se sentía como si lo estuviera engañando.

—Estás muy callada —le dijo una tarde al salir del colegio—. ¿Ha ocurrido algo?

—No, todo bien.

—¿No te estarán molestando los compañeros por lo nuestro?

—Nadie sabe nada, yo no lo he dicho.

—Vamos, cielo, no son tontos —razonó él, que había visto alguna mirada cómplice entre los profesores. A ella esa palabra cariñosa le acarició el corazón—. Además, nos ven llegar juntos cada día. —Él, con la excusa del accidente que había sufrido, había empezado a pasar a buscarla por su casa cada mañana, y cuando ella le dijo que ya estaba bien para ir con su flamante bicicleta, él se había negado, alegando que así pasarían un rato juntos antes de empezar a trabajar.

Ella se preguntó si lo que compartían se podía llamar «relación». Era muy probable que todos, al no escuchar más disputas entre ellos, se hicieran una idea equivocada de lo que ocurría entre ambos y llegaran a la misma conclusión: que se estaba acostando con el jefe.

—Nunca se me ocurriría pensar que lo son, tú ya los habrías

puesto de patitas en la calle. —Ella quería cambiar de conversación—. Dejemos de hablar de la escuela, ¿te apetece dar un paseo por la playa?

—Tus deseos son órdenes, pequeña.

James tomó un desvío que los llevaría donde ella quería ir, la notaba extraña y deseaba que se relajara y le contara sus quebraderos de cabeza.

Pasearon cogidos de la mano por la orilla del mar, con el vaivén de las olas muy cerca de sus pies. Al principio ninguno de los dos habló, disfrutaban de aquella música del agua en movimiento y de las gaviotas al graznar.

—Es muy agradable aspirar el aroma limpio del mar. —Christal se paró y miró al horizonte—. A veces vengo para aclararme las ideas.

—¿Ese es el caso de hoy? —susurró él poniéndose a su espalda y rodeándola con sus brazos. Ella asintió con la cabeza y James tiró de ella para que se apoyara en su pecho. Era evidente que algo la preocupaba, y dejaría que ella se lo dijera cuando estuviera preparada. Bajó la cabeza y besó los suaves cabellos rosas.

Después de un rato, en el que ambos disfrutaron de aquel contacto y cercanía junto al mar, ella habló: —¿Hay alguna norma que prohíba liarse con el jefe?

—Seguro que sí —murmuró James.

Christal se giró entre sus brazos y lo miró a los ojos con el ceño fruncido.

—Por eso lo nuestro no avanza, nos limitamos a unos cuantos besos como dos adolescentes. —Por el rabillo del ojo vio que una pareja se les acercaba, estarían paseando al igual que ellos.

—Ya hemos pasado de esa etapa.

—Entonces...

Una voz desagradable de mujer la interrumpió:

—Vaya, vaya, vaya, James tiene una nueva amiguita.

Christal notó que él se ponía tenso. Giró la cabeza para mirar a la recién llegada.

—¿Acaso te importa, Anais? —La voz de él ya no era la dulce con la que le hablaba a ella.

—Claro que sí, sobre todo porque estás retrasando mis planes.

—Te hacía recorriendo el mundo, ¿no me pediste el divorcio por

eso?

—Para hacerlo necesito el dinero de la venta del piso.

Él soltó una carcajada falta de humor.

—Estoy seguro de que tu abogado se pondrá en contacto con el mío y te mantendrá al día sobre ese tema.

—Este es Jack, mi abogado. —Señaló al hombre que la acompañaba.

—Bueno, pues lo tienes muy cerca para que te informe. —James se daba cuenta de que esos dos no eran abogado y cliente, eran mucho más que eso—. Entonces te habrá dicho que de la venta del piso se tienen que descontar varias cuentas pendientes.

—¡De eso nada! —exclamó Anais lanzando rayos por los ojos.

—Si no estás de acuerdo, será el juez quien dictamine la cantidad que te corresponde.

Christal se sentía muy incómoda al estar en el centro de aquella discusión, de buena gana se habría marchado, pero quería mostrarle su apoyo a James.

—Eres un desgraciado, no soportas que los demás seamos felices. —Anais parecía a punto de lanzarse contra él, se la veía furiosa, y su voz podía ser escuchada por la gente que paseaba por allí.

—En eso estás equivocada. —La mandíbula de James estaba rígida y hablaba en un tono que hizo que a Christal se le erizara el pelo de la nuca—. Precisamente lo que quiero es que vivas tu vida y me dejes tranquilo.

—Pues eso tiene fácil solución, págame...

—¿Qué hiciste con Harry? —la interrumpió.

—Yo... no podía tenerlo conmigo. —En sus ojos se veía desprecio.

—Nunca te importó el perro, ¿por qué te lo llevaste?

Anais se quedó callada unos segundos.

—Mejor será que dejemos que hable el juez —dijo su acompañante.

—Es lo más sensato que he escuchado —afirmó James.

—No —vociferó Anais—. Tú, divirtiéndote con tu golfilla de turno, y yo tengo que esperar a la sentencia que estás alargando tanto como puedes.

—Sabes que eso no es cierto. Además, ¿tan pronto te has quedado sin dinero después de vaciar la cuenta bancaria? ¿En qué andas

metida?

Aquellas preguntas parecieron incomodar a Anais, quien los miró lanzándoles dardos por los ojos.

En ese momento se oyó el grito de una mujer, Christal se giró y vio a un niño que, con un salvavidas, se había alejado mucho de la costa. Su madre desde la orilla lo llamaba, pero parecía tener problemas para salir. Ella no se lo pensó dos veces, se quitó las deportivas y corrió por la playa hasta la altura de la madre, se internó en el agua y nadó hasta el pequeño, cada vez que levantaba la cabeza y miraba al niño, lo veía revolverse y temió que se cayera del flotador. La distancia que los separaba se le hizo eterna, parecía que la marea tiraba de ella en dirección contraria al pequeño. Al final, cuando lo alcanzó, estaba sin resuello, y el niño tenía los ojos llorosos.

—Tranquilo, ¿cómo te llamas? —preguntó con la voz entrecortada.

—Charly.

—Muy bien, Charly. Ahora mantente bien cogido al salvavidas que vamos a salir, ¿ok?

—Sí —respondió el niño. Cuando ella se dio la vuelta para dirigirse a la orilla, chocó contra James.

—¿Estáis bien?

—Sí, vamos, Charly quiere ir con su mamá.

Con el niño entre los dos, nadaron contra la marea de resaca, que tiraba de ellos hacia mar abierto. Al fin llegaron a la orilla, donde se había reunido un buen número de mirones. La mujer abrazó a su hijo con las mejillas anegadas de lágrimas.

—Tranquila, señora, no ha pasado nada —le decía Christal, viéndola temblorosa y angustiada—. Charly es un niño muy valiente.

—Gracias, gracias, gracias —no paraba de repetir la mujer.

—No tiene por qué darlas, me gustaría pensar que si yo me encuentro en un aprieto semejante, también habría alguien que hiciera algo así por mí.

Una señora mayor se acercó a ellos con toallas en las manos y le tendió una a cada uno. Sin embargo, al ir vestidos, de poco les sirvieron. Christal se lo agradeció y le dijo a la mamá de Charly que no dejara bañar a su hijo cuando no hubiese socorrista en la playa, esta asintió, sin parar de agradecerles lo que habían hecho.

Iban a marcharse cuando vieron a Anais, que los miraba desde la distancia con cara de pocos amigos.

—Vámonos —indicó James, cogiéndola de la mano. Tiró de ella hacia donde había dejado el coche aparcado y vio que Anais y su acompañante se subían a un Explorer plateado. Debían haberlos seguido hasta allí, pensó. Se quedó parado esperando que desaparecieran, no quería que ella supiera dónde vivía ahora; si quería comunicarse con él, que lo hiciera a través de su abogado—. ¿Estás bien? —preguntó al ver que Christal se mantenía en silencio.

—Me he asustado mucho, ver a ese niño en la distancia...

Él le puso una mano sobre el muslo cubierto por los vaqueros chorreantes.

—Y, sin embargo, no te has quedado mirando.

—¿Eso era lo que esperabas que hiciera?

—No. Pese al miedo has rescatado al pequeño. Admiro tu valentía.

—He tenido ayuda —asintió ella poniendo la mano encima de la de él.

James no resistió la tentación, se inclinó hacia ella y la besó. El mundo tenía suerte de que hubiese mujeres como ella, y él era el más afortunado por tenerla a su lado.

Capítulo 18

James puso en marcha el coche y se dirigió a su propia casa.

—¿Dónde vamos? —preguntó ella al ver que no tomaba el camino hacia la suya.

—Mi piso queda más cerca, tenemos que quitarnos pronto estas ropas mojadas.

—Tu americana se ha echado a perder.

—Tengo más, no te preocupes.

En unos minutos estaban entrando en un aparcamiento subterráneo.

—Tendrás que llevar el coche a que sequen los asientos, parece que nos hayamos bañado en ellos.

—No importa, ha sido por una buena causa. Además, tendrás la oportunidad de usar tu coche.

—También puedo ir en bicicleta.

—¿Y dónde me llevarás a mí? —se burló él pasándole un brazo sobre los hombros y empujándola al ascensor. Era la primera vez que la cogía de ese modo y a ella le gustó.

El piso del director era tan funcional como el hombre que lo habitaba, estaba amueblado al estilo minimalista, era muy amplio y tenía unos grandes ventanales que dejaban pasar la luz que empezaba a apagarse debido a la hora. Estaba todo impoluto y ella se quedó

quieta, si se movía esparciría arena y agua por todas partes.

—No puedes quedarte ahí parada —dijo él al saber lo que ella pensaba—. Ven, date una ducha, debes tener frío, te prestaré ropa mía.

Ella pensó que sería divertido ponerse las prendas de él, parecería un fantasma.

James la guio hacia el dormitorio, era muy masculino, con los muebles negros y las paredes de un suave tono gris, había un armario que ocupaba toda una pared, y al abrirlo se encendieron las luces en el interior. Él sacó un chándal y se lo tendió a ella.

—Creo que es lo que mejor puede irte.

—Valdrá —afirmó ella.

Le señaló la puerta del baño y dijo:

—No tengas prisa, yo me ducharé en el otro.

Christal entró en aquel que era tan grande como su dormitorio. «Guau», eso era un lujo; y lo demás, tonterías. Había una bañera redonda con *jacuzzi*, una ducha en la que podía bailar, y una pared estaba cubierta de lado a lado con un espejo sobre dos lavabos redondos sobre mármol blanco. Encima de una balda de cristal, en la pared, había los utensilios de afeitado de James, junto con su loción y perfume. Era un hombre muy ordenado y se cuidaba, pensó al ver que dentro de la ducha había gel, champú y acondicionador.

Se quitó la ropa y se metió en la ducha, el agua salía como si fuera lluvia y le gustó, ¡qué gozada!, pensaba mientras el agua la recorría de arriba abajo. Olería como él, pensó al frotarse con el gel con aroma amaderado, y sonrió.

Al salir se secó con una toalla muy esponjosa y se puso el chándal, iba a tener que conformarse con ir sin ropa interior, ponerse los gayumbos de James ya hubiese sido demasiado. Todo le quedaba grandísimo, se enrolló las mangas para que le salieran las manos, y las perneras, para no ir arrastrándolas por el suelo; y con los cordones de la cintura se apretó el pantalón para que no se le cayera en cualquier momento. Se peinó con el peine de él y se dejó el cabello de punta como le gustaba.

—¿Todo bien? —preguntó él al verla salir del dormitorio.

Christal sonrió y dio una vuelta entera, para que viera cómo le quedaba.

Él se fijó que iba descalza y llevaba las uñitas de los pies pintadas de un rosa muy similar al de su cabello, y pensar que debajo de aquellas ropas no llevaba nada más lo excitó.

—Perfecto —dijo ella riéndose, se había pasado unos minutos ante el espejo y sabía muy bien cómo lucía.

James llevaba unos pantalones de cintura baja y una camiseta que marcaba su bien musculado pecho. Ella se recreó la vista, se había acostumbrado a verlo siempre con traje y corbata, y vaya si cambiaba vestido de esa forma.

—¿Qué te apetece? ¿Una copa de vino?

Se lo quedó mirando unos segundos, ese día daban por la televisión la final del campeonato de básquet, y había pensado verlo.

—¿No me llevas a casa?

Él se sorprendió por la pregunta.

—Había pensado que podíamos cenar aquí, pero si quieres que te lleve...

—Tenía planeado ver el partido, hoy es la final, juegan el Boston Celtics y el Detroit Pistons.

Él ya sabía eso, también deseaba verlo, soltó una carcajada, se acercó a ella y dijo:

—Eres una joya. —La levantó contra él y le dio un beso en los labios—. Iba a grabarlo para verlo mañana.

—No, así no tiene emoción, tiene que verse en directo, con unas hamburguesas y cervezas.

Él rio, ese plan era mejor que con sus amigos.

—¿Dónde has estado escondida toda mi vida?

—A plena vista —repuso ella con picardía.

James tenía una televisión enorme en frente de la *chaise longue*, le dio el mando.

—Pon el partido, voy a pedir la cena.

Unos minutos más tarde, estaban los dos con sendas cervezas delante y una fuente con aperitivos que James había preparado en un santiamén.

—¿Con qué equipo vas tú? —Quiso saber ella.

—Con los Celtics.

—Yo también, vamos a ganar. —Estaba entusiasmada y lo transmitía por todos los poros de su piel—. Solo me falta mi camiseta

de la suerte.

Al escucharla, él se levantó y se fue al dormitorio de donde salió con una puesta y otra en las manos para ella.

—Tengo de varias temporadas —se justificó ante la cara de sorpresa de Christal. Ella corrió hacia la habitación a cambiarse. Esa espontaneidad lo tenía fascinado y divertido a partes iguales. Nunca se la habría imaginado así.

Vieron el partido comentando las jugadas, se entusiasmaban cuando marcaba el Celtics y se lamentaban cuando lo hacía el otro equipo. Mientras, llegó el repartidor con la cena, y disfrutaron de ella al tiempo que estaban pendientes de la pantalla, que comentaban o que gritaban de euforia ante la victoria del Celtics. Christal se lanzó a sus brazos cuando se pitó el final del encuentro, y él la acogió en ellos disfrutando de la alegría contagiosa de ella.

Después de unos segundos en los que estuvieron abrazados, pareció que ambos fueron conscientes de ello y Christal trató de separarse.

—¿Dónde vas? —preguntó él con las manos en la estrecha cintura femenina sin dejar que se alejara. Los ojos de ambos se encontraron, parecía que todo se había acallado a su alrededor, ni siquiera oían la voz del locutor que comentaba las jugadas más espectaculares y que entrevistaba a los jugadores. Solo eran conscientes del retumbar de sus propios corazones.

Ella se quedó sin palabras al ver cómo la miraba, y él bajó la cabeza y la besó. La ternura que le estaba regalando con aquella caricia se le subió la cabeza y sus manos le recorrieron los hombros hasta llegar a la nuca, donde se afianzó enroscando sus brazos y devolviéndole el beso con hambre. La temperatura subió de repente; y él, con una sacudida, la alzó, ella le rodeó las caderas con sus piernas y James no perdió tiempo en posar sus manos en las nalgas de ella para sostenerla, al tiempo que sus bocas no se separaban.

Christal enredaba sus dedos en los cabellos de la nuca fuerte de James y lo acariciaba, al tiempo que con los movimientos de su cuerpo parecía querer fundirse con él.

El director notaba que su excitación iba en aumento, y supo que, o paraba, o llegaría hasta el final.

—Cariño, dime que sí —susurró contra aquellos labios que lo

enloquecían.

Los ojos ámbar se clavaron en aquella mirada oscura y vio un deseo ardiente que le erizó todo el vello del cuerpo. ¿Le estaba pidiendo permiso para llevarla a la cama?

Ella trasladó sus manos a las mejillas de él.

—Sí, sí, sí. —Canturreó dándole suaves besos en los labios.

James le capturó la boca con pasión, como si pretendiera demostrarle que no se arrepentiría, que aquello sería el comienzo de lo que podía llegar a ser.

Ella estaba tan enajenada por las sensaciones que le transmitía que no se dio cuenta de que la llevaba al dormitorio. Fue consciente de ello en el momento en que la dejó sobre la cama y se tendió con medio cuerpo encima del de ella. Sus pupilas se engancharon y él las separó para sacarle la camiseta del Celtics, ante él quedaron esos pechos que parecían clamar por una caricia que él no les escatimó. Los pezones femeninos estaban duros como diamantes y no pudo evitar probarlos, primero uno, después el otro, al mismo tiempo que con las manos los amasaba y escuchaba un gemido apagado de Christal.

La boca de James se dio un festín con aquellas frutas maduras que se adaptaban tan bien a sus manos. Los suspiros y los ruiditos que se le escapan a ella estaban enloqueciéndolo.

Christal lo cogía de los cabellos y levantaba el torso del colchón demostrándole que le gustaba lo que le hacía. Cuando ansió más contacto tiró de la camiseta de él, sacándosela por la cabeza, y acarició el pecho masculino con las yemas de los dedos, disfrutando de aquel tacto suave. Se removió debajo de él hasta que su boca se cerró en uno de los pezones chatos que parecieron vibrar al contacto con su lengua. Él se dio la vuelta y la tendió encima de su pecho, sentir la piel suave de ella lo puso cardiaco.

—Cariño, me vuelves loco —dijo él apretándola contra su erección.

Sentirlo excitado hizo que ella deseara más contacto, se alejó y se puso de pie para quitarse los pantalones, él levantó la cabeza, se apoyó sobre los codos para poder admirarla y se le hizo la boca agua cuando la vio desnuda. Con un fluido movimiento, él también se sacó la última prenda que llevaba puesta y su pene erecto captó la mirada de Christal. Pasándose la lengua por los labios, fue hacia él como si

pretendiera devorarlo, y a James lo recorrió la anticipación.

Ella puso las manos en sus rodillas y se irguió sobre él pasándose la lengua por los labios, sus manos recorrieron los muslos masculinos, que se estremecían con su contacto. Al llegar a la entrepierna de James, lo acarició como si se tratara del aleteo de una mariposa, y vio que el pene se sacudía. Sus ojos buscaron los de él, y al hallarlos brillantes, se inclinó y besó la punta del pene. A él se le escapó un gruñido de placer, y ella abrió la boca y la cerró en torno al glande bermellón.

James se sacudió sobre la cama y levantó las caderas para introducirse más en aquella caverna que lo llevaba al delirio. Ella le dio el gusto y luego lo recorrió de arriba abajo con la boca abierta. Con los sentidos a flor de piel, él tiró de ella, se dio la vuelta y se colocó entre las sedosas piernas que lo envolvieron en un santiamén. La sentía tan caliente, tan mojada, que con lentitud fue entrando en ella, mientras notaba las manos que le amasaban las nalgas y lo empujaban para engullirlo hasta el fondo. Al quedar unidos tan íntimamente, se miraron a los ojos, el placer era abrumador.

—¿Qué me estás haciendo? Me siento volar... me haces tocar el cielo con las manos —susurró Christal, levantando la cabeza y besándolo en los labios con brevedad.

—Cariño, somos los dos —afirmó James mordisqueándole la piel sensible bajo la oreja, al mismo tiempo que salía y volvía a introducirse.

Ella contuvo el aliento, y ambos empezaron aquella danza erótica que los llevó a alturas insospechadas para ambos; su mundo eran las caricias, los besos y las sensaciones. Hasta que los alcanzó un clímax que los dejó sin respiración.

Pasaron unos minutos en los que ninguno de los dos dijo nada, se dedicaban a gozar de los rescoldos del placer compartido.

—Eres lo mejor que me ha pasado en la vida —murmuró James pensando que ella se había quedado dormida.

Christal lo escuchó y cerró los ojos con una sonrisa, dejándose abrazar por los brazos de Morfeo.

Capítulo 19

—El domingo próximo es la jornada de las familias, ¿piensas asistir? —Christal se estaba vistiendo, James la había llevado a su casa antes de ir a la escuela y estaba en el salón cuando la escuchó.

—Claro que sí, ¿necesitas preguntarlo? —A él le extrañó—. Tú irás y yo también.

Ella pensó que si pasaban el día juntos ante todo el mundo y personal de otras escuelas, les sería difícil ocultar lo suyo. Salió de la habitación con sus vaqueros y lo miró.

—Ayer me dijiste que había alguna norma...

James se le acercó, la cogió por los hombros y la interrumpió:

—Me importa un pepino si existe, lo que sí sé es que mientras hagamos bien nuestro trabajo, el mundo no tiene por qué interponerse entre nosotros. Lo defenderé donde haga falta. —Con esas palabras y ante la cara de sorpresa de ella, la cogió por las mejillas y le estampó un beso en los labios—. Nadie va a separarme de ti.

El corazón de Christal dio un vuelco, se saltó un latido y recordó lo que él había dicho después de hacer el amor. ¿Se podía ser más feliz?

—Te quiero —susurró mirándolo a los ojos.

—Eso es lo que quiero oír, no deseo que te preocupes por nada más. Yo me ocuparé de quien pretenda separarnos.

Salieron de la casa de ella cogidos de la mano como dos adolescentes y fueron hacia al centro a trabajar.

El resto de la semana pasó como en una nube, los dos eran felices y eso lo contagiaban a los demás profesores. Todos se daban cuenta de que el dicho: «Quien se pelea se desea», en aquellos dos se había convertido en realidad.

***

El domingo ella se vistió con unas mallas grises con pinceladas naranjas y una camiseta de deporte del centro Rodríguez Miró.

—Tendremos que hacer algo con estos ir y venir —decía él mientras ella se cambiaba. Pasaban las noches en casa de él y luego acudían por la mañana a la de ella para que se cambiara.

—¿Qué quieres decir? —preguntó ella al coger la taza de café que él le alargaba.

—Que si prepararas una maleta con tus cosas no tendríamos que levantarnos más temprano para que nos diera tiempo de venir a tu casa.

—¿Y por qué no lo haces tú?

—¿El qué? ¿Venir a vivir aquí?

—Sí. ¿Por qué no eres tú quien se trae sus cosas? Ya sabes cómo somos las mujeres, tenemos más de todo. Mi vida no cabe en una maleta.

James se la quedó mirando, la quería; sin embargo, no se había atrevido a dar el paso de decírselo, se encontraba como en una etapa de prueba. Se sentía escarmentado con el género femenino. Su divorcio aún estaba tramitándose, y muchas veces pensaba que si Christal se cansaba de él como hizo Anais sería un golpe del que no se repondría.

—Ya lo hablaremos en otro momento; ahora, si no nos damos prisa, llegaremos tarde. —Que le dijera aquello la dejó confusa. Hacía poco rato que estaban haciendo el amor, que le invitara a vivir con él debía representar que sentía algo por ella; no obstante, cuando ella quiso darle la vuelta, él retrocedió. ¿Por qué? Se le escapaban cariñitos, se comportaba como si fuera su pareja; sin embargo, nunca habían hablado de un futuro en común. Mientras le daba vueltas al asunto, puso en su mochila unos sándwiches y bolsitas de aperitivos y

frutos secos. Se la colgó a los hombros y salieron hacia el parque Audubon. Al llegar se encontraron con los organizadores, había muchos voluntarios, que no eran otros que estudiantes de Magisterio y monitores de Educación Física, para controlar los juegos.

Todo el recinto estaba vallado para que ningún niño se extraviara, y había guardias de seguridad que se comunicaban a través de *walkie-talkies*.

James vio a alguien que quería saludar y ella se quedó con maestras de otros centros educativos.

—Pareces preparada para participar en los juegos —le dijo una de ellas.

—Claro que sí, ¿tú no? —preguntó al verla vestida con una falda y un jersey muy elegante.

—Soy profesora de Literatura.

—Eso no quiere decir que no te lo puedas pasar bien —razonó Christal—. Yo pienso divertirme tanto como pueda.

Empezaron a llegar familias con niños de todas las edades; y como los monitores ya habían planeado los lugares para los juegos, estaban animándolos a apuntarse en las competiciones.

Christal vio que llegaban pequeños del Rodríguez Miró y los alentó a juntarse con alumnos de otros centros que estaban jugando en un vallado donde habían puesto petancas y otros juegos para ellos. Dos estudiantes les enseñaban y estaban pendientes de los niños.

Una hora más tarde empezaban las carreras de sacos, el dar mordiscos a una manzana colgada de un árbol, tirarse globos de agua —ganaba quien más veces arrojara sin que se fuera al suelo o se reventara— y llevar huevos de un punto a otro encima de una cuchara cogida con los dientes. Luego empezarían los más mayorcitos a sacar ciruelas de un barreño de agua con la boca, correr con los tobillos atados a otro compañero, a tirar la peonza, a ver cuál duraba más volteando. Y al fin se jugaría un partido de béisbol, un torneo de *ping-pong* y otro de ajedrez. Había puestos donde se maquillaba a los que quisieran, donde podían sentarse a la sombra a pintar y también se haría un concurso de cuentos. El parque era un hervidero de niños y adultos con ganas de divertirse.

Christal miró a su alrededor y no vio a James, ¿dónde se habría metido? A lo lejos vio un grupo de gente elegante y supuso que se

encontraría entre ellos. Ella no iba a quedarse con las ganas de participar en los juegos.

—¿Estás buscando a alguien? —Oyó a su espalda. Era Paul, que acompañado de Baptiste y Jean se le acercaban.

—Sí, están a punto de empezar las carreras de sacos y estoy buscando a alguien que mida más de metro y medio para ganarle.

Los tres estallaron en carcajadas.

—Creo que lo llevas crudo, ya ves que no vamos vestidos para hacer deporte —habló Baptiste.

—Sois unos aburridos, ¿cómo se os ocurre venir vestidos así? —los reprendió ella con una risa.

—Porque se supone que teníamos que echar una mano en los controles, no ponernos a dar saltos. —Jean la miró de arriba abajo.

—Pues ya ves que está todo controlado.

—Tú lo sabías —la acusó Paul con una sonrisa torcida.

—Claro, os libré de tener que venir obligados, ¿qué más queréis? ¿Qué os escoja la ropa de vestir? Ya sois mayorcitos.

Los cuatro rieron, y en ese momento llegó Delphine, la profesora de primer curso.

—Vaya, Christal, veo que vas preparada para jugar.

—Desde luego. Y yo veo que tú no.

—Estos pequeños diablillos me perderían el respeto —dijo arrimándose para que solo ellos la escucharan.

—Vaya tontería. Nos vemos luego —dijo Christal mientras salía trotando hacia donde estaban a punto de empezar las carreras de sacos.

—Esto va a ser divertido —afirmó Jean. Había visto a James hablando con el alcalde, que también había hecho acto de presencia con varios de sus colaboradores, entre ellos el concejal de Educación.

Sus compañeros y él salieron en la dirección por donde había desaparecido Christal. Ella participó en las carreras junto a sus alumnos y otros de diferentes centros, los esperaba animándolos, y los padres que estaban pendientes de sus retoños estuvieron muy contentos de verla entre ellos. A propósito, ella siempre llegaba la última, haciendo que los pequeños se sintieran importantes.

Cuando fue hora de la carrera que se ataban por los tobillos, los del Rodríguez Miró estaban todos emparejados, y ella se ofreció para

correr con un niño de otro centro que había quedado desparejado.

—¿Cómo te llamas?

—Leo.

—Vale, Leo, vamos a ganar. —El niño, que debía tener unos diez años, la miró con ilusión—. Es fácil, nos cogemos por la cintura y nos movemos así. —Le enseñó la forma, y el muchachito se mostró satisfecho de que ella le indicara, y asintió con la cabeza.

Aquella carrera la ganaron ellos por muy poco.

—¡Bien! —exclamó Leo al llegar a la línea de meta.

Como se habían apuntado más niños, hicieron eliminatorias y luego tendrían que volver a correr.

—Nos vemos luego, cielo, voy a darle una colleja a mis compis. —La sonrisa que recibió la satisfizo.

—¿No crees que eso no está permitido? —se burló Paul.

—Anda, guapetón, ponte tú. Creo que les voy a decir a los organizadores que hagan una competición para los profesores.

—Ni se te ocurra —se quejó Baptiste.

—No, no —lo apoyó Delphine.

Allí, al lado mismo, estaban los pequeños mordiendo las manzanas colgadas, una de sus niñas más pequeñas estaba teniendo problemas, no llegaba a la fruta y estaba a punto de echarse a llorar. Christal no lo pensó, fue hacia allí, se arrodilló y la cogió en brazos.

—Atrapa la manzana con el hombro, Janet, y dale un buen mordisco; venga, que tú puedes. —La niña, después de varios intentos, logró hacerlo, y estaba contentísima, a pesar de que no había logrado ganar. Le dio un beso en la mejilla a Christal y esta le regaló una brillante sonrisa—. El año que viene les ganarás a todos, cariño.

Al darse la vuelta para volver con Leo, chocó contra un ancho pecho que conocía muy bien. El aroma que le llenó las fosas nasales y aquellos fuertes brazos que la sostuvieron para que no cayera de espaldas hicieron que sonriera como una boba.

—Veo que te lo estás pasando muy bien —dijo James sin soltarla.

—Sí, resulta que los profesores han venido a hacer número, no participan. Son unos muermos. Si consiguiera que el alcalde participara en algo, estoy segura de que más de uno se apuntaría. —La ancha espalda de James le había impedido ver que detrás de él estaba precisamente el susodicho. Él se aguantó una sonrisa y se apartó para

que pudiera ver con quién había llegado.

—Vaya, veo que hay alguien que precisa de mi ayuda —afirmó el hombre con una cordial sonrisa.

Christal miró a James y vio que este sonreía por haberla puesto en aquel aprieto, le dio un codazo en las costillas. Él ignoró el gesto y la presentó a todos los trajeados.

—Ella es Christal Barret, maestra de los más pequeños del Rodríguez Miró. Como pueden ver, no se le acaban las pilas.

Todos le sonrieron y le estrecharon la mano, al llegar al concejal de Educación, este se la retuvo.

—¿Eres la Christal Barret que presentó aquella patente?

—Sí, señor.

James no sabía de qué estaban hablando y se los quedó mirando.

—Es un placer conocerte. He oído hablar mucho de ese método que quieres implementar. Los agentes de la propiedad intelectual están deseando probarlo, es muy innovador e ingenioso.

—Hace un par de años que se me ocurrió la idea y los resultados se los puede dar el director del Rodríguez Miró. —Él la miró confundido, con una ceja levantada—. ¿No me dijiste que los pequeños llegaban a primaria más preparados que en otros centros?

—Sí, estoy muy contento con los progresos de los niños —confirmó lo que había dicho, pero que le cayera un árbol encima si sabía de lo que estaban hablando.

—Creo que muy pronto recibirás noticias sobre tu idea, sobre todo cuando les diga a los agentes que lo están estudiando que el método funciona —aseguró el concejal.

—Me alegra escuchar eso.

—James, tienes suerte de contar con una profesora como ella en tu plantilla. Ya lo desearían muchos.

En ese instante, él recordó que había estado a punto de perderla; y por lo que estaba escuchando, Christal le había estado ocultando algo, no sabía el qué. Le vinieron a la cabeza los cuentos que escuchaba del gusanito mágico y los cantos de los pequeños. ¿Tendría eso algo que ver?

—Estoy pensando que hoy es un día genial para mezclarme con mis votantes —dijo el alcalde con una sonrisa hacia Christal—. La idea de la señorita es muy buena. Cuando haya repartido los premios a los

pequeños, podemos jugar un rato al básquet. —Sus acompañantes lo miraron con la boca abierta.

—Lo he dicho en broma, señor...

—Llámame Charles, estoy aquí por tu voto... o por el de muchos de los que han venido. Es una forma de acercamiento.

—Buena idea, Charles. —Christal sintió que alguien le tocaba la cadera, bajó la mirada y se encontró con Leo.

—Señorita, nos toca correr.

James vio la camiseta de otra escuela y se quedó sorprendido.

—Señores, como veis, el deber me llama —se excusó.

—Ve, ve.

Todos la siguieron con la mirada.

—¿A alguien le ha entrado la curiosidad? —preguntó el alcalde mirando a sus acompañantes—. A mí, sí. —Con aquellas palabras siguió la estela de Christal y el niño, y los demás lo imitaron.

Verla corriendo con el tobillo atado a ese niño de otro centro no gustó demasiado a James, pero debía admitir que esa era la forma de ser de ella, no dejaría a ningún pequeño de lado.

El día pasó entre risas, se veía a todas las personas muy hermanadas, la mayoría habían llevado vituallas para hacer un pícnic en el parque y había rincones con mantas extendidas a la sombra con adultos y pequeños reponiendo fuerzas, antes de ir a otra competición. Casi todos compartían sus víveres con los demás.

James se daba cuenta de que no habría ese ambiente agradable y distendido si las familias hubiesen ido obligadas, y eso se lo tenía que agradecer a Christal, que lo había desafiado. ¿En qué andaría metida?

Capítulo 20

Cuando volvían a casa, ella estaba eufórica. La jornada de convivencia había sido un éxito. Tanto niños como adultos se habían divertido y se habían mezclado los unos con los otros, sin importar a qué centro acudían o si los padres eran más adinerados que otros.

—¿Te lo has pasado bien? —le preguntó a James.

—Ha sido un día interesante. Has hecho que el alcalde se pusiera los pantalones cortos. Me da la sensación de que siempre consigues lo que te propones. —Su tono de voz parecía molesto.

—¿Y eso es malo? —Antes de que él contestara, ella añadió—: Que yo recuerde, no le he puesto ninguna pistola en la cabeza. Simplemente he hecho un comentario, que, por cierto, te lo hacía a ti, y él ha captado la idea de ganarse seguidores. Apostaría lo que fuera que estaba pensando en las próximas elecciones.

—Ve con cuidado, a ver si te va a contratar como directora de su campaña electoral.

—Ni de coña. —Christal rio, y recordó que hubo un momento en que con Jean y Paul habían pensado que James buscaba la concejalía de Educación—. ¿No serás tú quién pretende entrar en el ayuntamiento?

Él desvió la mirada un segundo de la calle y la miró extrañado.

—No, lo mío es la docencia, no la política.

—Como que te has pasado casi todo el día en compañía de los trajeados... Además, has jugado el partidillo de básquet junto a ellos, me ha dado esa sensación. —Ella vio que él se dirigía a su casa—. Tengo que pasar por mi piso, necesito una ducha urgente y ropa limpia.

James tomó el primer desvío, y ella se dio cuenta de que tenía las muelas apretadas, ¿qué le ocurriría? ¿Acaso estaría celoso de que se hubiese relacionado con todo el mundo?

***

Ya en el piso de Christal, ella se metió en la ducha y salió al poco rato con unos vaqueros, una camiseta colorida y sus cabellos rosas de punta. James estaba sentado en el sofá y sostenía entre sus dedos un catálogo de juguetes que ella tenía en una de las estanterías. Él se la quedó mirando, parecía que esperara algo, y ella no sabía qué podía ser.

—Estos parones nos los ahorraríamos si te vinieras a mi casa.

Ella se hizo la tonta.

—Ahora vamos a tu casa, ¿no?

Las pupilas de él le lanzaron rayos.

—Sabes lo que quiero decir.

—Sí, lo sé. A propósito, ¿por qué no te vienes tú aquí?

—¿Qué tiene de malo mi casa? —Parecía ofendido.

—Nada en absoluto, solo que es muy desangelada, parece sacada de una revista de decoración. Como si allí no viviera nadie, ni una foto tuya, ni ningún detalle, ni siquiera una prenda tuya fuera de lugar.

James miró alrededor: dibujos de niños, fotografías de Christal con sus amigas, la colada a medio doblar... libros encima de la mesita de centro con sus correspondientes marcapáginas, y plantas con flores.

—Hace muy poco que vivo allí, aún no he tenido tiempo de dejar mi impronta —contestó a la defensiva. Ella tenía razón, no se había preocupado ni de poner en los estantes los libros que siempre lo habían acompañado. Los tenía embalados en el cuartito trastero del garaje.

Christal se sentó a su lado con un pie debajo de su culo para quedar de cara a él.

—Quiero que seas sincero conmigo. —A ella le extrañaba no haberse encontrado en ningún momento con un periódico, una revista o una taza en el fregadero. Todo estaba demasiado impoluto—. ¿Te sientes a gusto en ese piso? ¿Te ves formando una familia allí?

Eran preguntas que él no se había hecho. Se había enamorado de Christal, sí, lo reconocía; sin embargo, aún no estaba preparado para dar el paso siguiente.

—No lo sé —respondió con sinceridad.

Aquella respuesta fue para ella como un cubo de agua helada por la espalda. Y no supo muy bien por qué; bueno, sí lo sabía, se había enamorado como una colegiala, y parecía que él no compartía sus mismos sentimientos. Las palabras cariñosas de James no representaban nada, era su forma de hablar, no porque lo sintiera en realidad.

—¿Qué significo para ti? —No pudo retener la pregunta.

—¿Qué pregunta es esa? Desde el principio te dejé muy claro que quería conocerte, despacio, sin prisas.

—Entiendo.

Su tono abatido lo sacudió.

—¿Qué es lo que entiendes? Te estoy diciendo que te vengas a vivir conmigo. ¿Qué más quieres?

—Nada. Voy a quedarme aquí a dormir, vete, por favor. —Christal se levantó y fue hacia la ventana, desde donde miraba sin ver.

James no comprendía lo ocurrido.

—¿Qué pasa? ¿Por qué dices eso? —habló desde su espalda, ella estaba tan ensimismada que no lo había oído acercarse—. Estamos bien juntos, ¿o no?

—Sí —murmuró ella.

—Explícame, para que pueda entenderte.

Christal no se giró, notaba un nudo en la garganta tan grande como el Mississippi.

—Me dijiste que iríamos despacio; sin embargo, me estás pidiendo que me vaya a vivir contigo, eso no tiene lógica.

—¿Cómo vamos a conocernos si no vivimos juntos? En el trabajo apenas nos vemos. No voy a cometer el mismo error que con Anais, al principio todo era efervescente como nosotros, hasta que nos instalamos en la rutina.

—Es eso lo que haces, ¿verdad? —Su voz era dolida—. Compararme con ella. ¿Piensas que en cualquier momento voy a irme con otro?

—No pongas palabras en mi boca que no he dicho. —El tono de él había subido, se sentía enojado por aquella absurda conversación.

—Lo has dejado muy claro.

—Veo que hoy no podré hacerte razonar. Será mejor que me vaya.

Ella lo escuchó alejarse pisando fuerte, abrir la puerta y cerrarla. Entonces se derrumbó, dejó que toda la angustia saliera en forma de lágrimas amargas, se giró y quedó sentada en el suelo, sintiendo que su corazón se había roto en mil pedazos.

Capítulo 21

James estaba completamente confuso. Le había pedido a Christal que se trasladara a su casa como una muestra de que tenía muchas esperanzas en su relación. Sin embargo, no sabía qué había pasado que ella lo había interpretado todo mal y él terminó diciendo lo que no sentía. Sabía que ella no era como Anais, ¿por qué la había nombrado?

Aquella noche fue eterna, no pudo pegar ojo. ¿Quizá ella necesitaba espacio? Reconocía que en lugar de ir despacio, lo suyo había sido como un huracán. Desde aquella primera noche que no se habían separado, ¿cómo hacerlo si trabajaban en el mismo lugar? Al fin tomó la decisión de darle tiempo y respetar la independencia que sabía que ella tanto apreciaba.

Al día siguiente no fue a buscarla, y al llegar al Rodríguez Miró vio que ella llegaba con la bicicleta. No parecía descansada y supo que había tenido el mismo problema que él: no había dormido.

El día fue infructuoso, no se sacaba el trabajo de encima, solo pensaba en ella. Recordaba el día anterior, Christal se había ganado la simpatía de todos los que asistieron a la jornada de convivencia, incluso del alcalde. Y él terminó un día genial con unas palabras que tendría que haberse callado.

Por otra parte, ¿qué tenía de malo irse a vivir con ella? Si tenía

toda la razón del mundo, en su casa solo había desempaquetado la ropa, y poca cosa más. En cambio, ella tenía toda su vida en su pequeño piso. Lo único que importaba era que estuvieran juntos, daba igual allí o debajo de un puente.

A la hora que los niños comían, preguntó a una de las monitoras por Christal y le dijo que estaba en su clase. Fue hacia allí, y se la encontró tomando apuntes en un cuaderno que parecía una agenda.

—¿Puedo pasar? —pidió abriendo la puerta. Vio como ella cerraba aquella libreta, como si pretendiera esconder algo.

—Sí, claro. —Christal se quedó sentada detrás de su mesa. Él lo hizo en uno de los pupitres de los niños frente a ella.

—¿Cómo estás?

Ella cogió aire con fuerza, ¿qué esperaba que le dijera, que le había roto el corazón?

—Cansada.

Él hizo una mueca, eso se veía en la expresión de sus ojos.

—No creo que sea por el ejercicio que hiciste ayer, ¿o sí?

—No —dijo, y además negó con la cabeza.

—He estado pensando.

—Tú dirás.

—¿Aún quieres que vaya a vivir a tu casa? —Él parecía hablar con cautela.

—No lo sé. Estoy confundida.

James no se esperaba aquella respuesta.

—¿Por qué? ¿Qué ha cambiado entre ayer y hoy?

—En apariencia, nada; me he roto la cabeza tratando de saber qué nos mantiene separados. Al fin, lo único que se me ocurre es que tú aún no has cerrado la puerta que te unía a Anais.

—Estás equivocada, no quiero volver a saber de ella. Así se fuera a la otra punta del planeta y me dejara tranquilo.

Christal se frotaba las manos, nerviosa.

—Si fuera así, ¿no reharías tu vida? ¿No mirarías hacia el futuro? Tengo la sensación de que estás parado y no andas ni para adelante ni para atrás.

—¿Por qué me dices eso? Te he preguntado si querías que me mudara contigo, creo que eso es dar un paso al frente.

—No somos dos universitarios que se van a vivir juntos para

compartir gastos. Yo necesito algo más. —Christal estaba pensando en que no se lo podía decir más claro; no obstante, él no la comprendía. Lo veía en su mirada oscura como una noche sin luna.

—¿Qué es lo que quieres? Quiero estar a tu lado y haré todo lo que sea necesario. —James se puso en pie y se acercó a la mesa donde ella estaba sentada, dio la vuelta y se le situó al lado acuclillándose para que sus ojos quedaran a la misma altura.

—Imagino que en estos momentos no debes creer en el amor. Yo sí. —Christal se levantó para alejarse de él, le trastocaba los sentidos tenerlo tan cerca y no poder tocarlo. Durante la noche había llegado a la firme conclusión de que lo quería todo con él, si no podía ser, entonces no se conformaría con las migajas que dejara una mala mujer —. Si no estás preparado, esperaré a que lo estés, y si eso no ocurre nunca... podemos ser amigos. Es todo o nada, no quiero que te sientas presionado, pero eso es lo que ansía mi corazón y esta vez le voy a hacer caso.

Aquellas palabras le dejaban bien claro que alguien había jugado con ella y sintió un escalofrío que lo recorrió de arriba abajo.

—¿Te han hecho daño?

—Sí, y no pienso volver a pasar por ello.

James dio un largo paso y la cogió por los brazos para que no se alejara.

—¿Crees que yo sería capaz de jugar contigo?

—No conscientemente. Sin embargo, imagino que no estás preparado para darme lo que yo deseo.

Él se la quedó mirando a los ojos, ella le había hablado claro, cristalino. Y él no sabía si podía ofrecerle su corazón en bandeja, su ex aún le estaba haciendo la vida imposible. Tal vez debiera cerrar esa puerta y entonces sería el momento de volver a empezar. Aunque Christal era un tesoro demasiado tentador, ¿quién le decía que cuando él estuviese listo, ella no habría encontrado a otro hombre al que entregarle su alma? Sí que le había dicho que esperaría a que estuviera preparado, pero...

—No quiero hacerte daño, no quiero que sufras por mí. —En los ojos de James, ella veía sinceridad. Le hablaba con el corazón—. Solo quiero pedirte tiempo para poder ofrecerte lo que tú te mereces. Ahora no es mi mejor momento. Te prometo que compensaré con

creces...

Christal le puso una mano sobre la boca.

—No me hagas promesas que no sabes si podrás cumplir.

—Solucionaré mis problemas y buscaré ayuda si es necesario. Tú eres mi premio, no voy a defraudarte.

Dicho aquello, la besó con suavidad en los labios y la dejó sola, preguntándose si ese deseo se haría realidad.

Capítulo 22

Christal y James se cruzaban cada día en el colegio y se lanzaban miradas incendiarías. Él se había puesto en contacto con su abogado para que agilizara los trámites del divorcio y partición de bienes, lo que deseaba era terminar cuanto antes con aquella pesadilla.

Hacía un mes de la conversación y James se estaba impacientando. Le dijo a Roger, su abogado, que si era preciso que rebajara el precio del piso.

Una tarde en la que estaba paseando por la orilla del Mississippi perdido en sus pensamientos, un perro se le acercó a la carrera, y levantándose sobre sus cuartos traseros, puso sus patas delanteras en el pecho de James. Fue tal la sorpresa que él no se lo podía creer, era Harry. Estaba sucio, con su pelo apelmazado, pero lo reconoció al instante.

—Harry, amigo, ¿de dónde sales? —habló acariciándolo en el cuello tal como sabía que le gustaba.

Detrás del perro apareció un tipo al que le hacía falta una buena ducha, al igual que al animal.

—Disculpe, amigo, no logro que me haga caso. ¡Perro malo! —dijo tratando de coger la cuerda que rodeaba el cuello a Harry. James lo miró y por la vestimenta dedujo que era de esos tipos que perseguían tormentas, o más bien, olas. Parecía un hippy que no

tuviera otra residencia que una furgoneta, y que fuera ciudadano del mundo, como a ellos les gustaba denominarse.

—Siéntate —dijo a Harry, y el perro así lo hizo.

—¿Qué le has dicho? Yo no he conseguido que haga nada de lo que le digo.

—¿De dónde lo has sacado? —preguntó James rascándole la cabeza.

—Lo encontré en una gasolinera cerca de Bastrop, el tipo me dijo que llevaba días por allí y que le daba de comer, que no le molestaba; dado su gran tamaño ahuyentaba a posibles ladrones —le explicó el hippy—. Siempre me han gustado los perros y se lo compré por un puñado de dólares que llevaba encima.

—Este perro es mío.

—Jo-der. No me extraña que haya salido corriendo rompiendo la cuerda con la que lo sostenía. Y ¿qué hacía tan lejos de Nueva Orleans?

—Mi ex se lo llevó para tocarme las pelotas. ¿Cuánto pagaste por él?

—Treinta dólares.

James sacó la cartera y le dio un billete de cien.

—Toma, por las molestias y haberlo rescatado.

—Gracias, amigo. —Bajó la mirada hacia el perro—. Tío, creo que tu dueño te cuidará mejor que yo.

«Desde luego», pensó James, pero no lo dijo.

En cuanto se quedó solo con Harry, lo miró y supo que debía llevarlo al veterinario, a que le hicieran una revisión y le dieran un lavado y desparasitado.

—Vamos, Harry, tenemos que ponerte decente.

Un par de horas más tarde, James salía del veterinario con su perro completamente limpio y sano. Se sentía feliz de volver a tenerlo junto a él. Mientras había estado esperando a que lo bañaran y lo adecentaran, llamó a Roger y le dijo que investigara si Anais había estado cerca de Bastrop, si encontraba que había utilizado la tarjeta de crédito por allí, para situarla en el lugar donde lo había abandonado, le apretaría bien las clavijas. La muy bruja no lo dio en adopción como le había asegurado. ¡Maldita mujer!

Unos días más tarde, Roger le comunicaba que había podido situar

a Anais en aquella ciudad y que había averiguado por qué iba tan desesperada tras el dinero.

—Tengo varias grabaciones donde se la ve junto a su abogado en un gran casino de Las Vegas. —James no se lo podía creer.

—No puede ser, si ella odia el juego —afirmó James.

—Tal vez sí, tal vez no. Yo solo te digo lo que tengo, ella y ese abogado que tiene han estado apostando muy fuerte —señaló Roger—. Lo que creo es que se ha endeudado y necesita la pasta con urgencia. Los prestamistas de Las Vegas no se andan con chiquitas.

James se había quedado helado, se daba cuenta de que nunca había conocido a Anais a fondo. Por eso ella estaba tan desesperada por lo que pudiera sacar; no obstante, se iba a llevar una desagradable sorpresa, Roger llevaba una buena contabilidad de lo que le correspondería a cada uno. Cuando lo presentara ante el juez, ella enloquecería. ¿Cómo había podido equivocarse tanto?

Capítulo 23

Christal se moría de ganas por estar en los brazos de James, verlo cada día era como un suplicio. Sin embargo, aguantaba con la esperanza de que él pasara página a su vida.

El día anterior había recibido la llamada que llevaba meses esperando. Habían aceptado su patente y reclamaban su presencia en las oficinas del concejal de Educación. Había llegado la hora de decirle a James lo que había conseguido. Iba a ausentarse durante las clases de la tarde y no quería mentirle.

Al llegar por la mañana, vio que él ya tenía el coche aparcado en su plaza, y fue en su busca. James estaba en su despacho, sentado al ordenador, dio dos golpecitos en el cristal.

—¿Puedo pasar? —preguntó cuándo él levantó la mirada de la pantalla.

—Claro, pasa, siéntate. —Los ojos de James expresaban sorpresa y alegría a la vez. Se levantó de su sillón.

—No, no, que es mala hora, los niños empezarán a llegar. —A ella le podían las ganas de lanzarse a sus brazos—. ¿Podemos comer juntos? Tengo que contarte algo.

A él le aleteó el corazón.

—Desde luego que sí. —Le dedicó una sonrisa.

—Otra cosa, por la tarde no puedo venir, ya me las arreglaré con

mis compañeras.

James levantó una ceja intrigado.

—Supongo que tiene que ver con eso que quieres hablar.

—Sí.

—Está bien, luego me cuentas.

Christal se marchó y él se quedó mirando el corredor por donde había desaparecido, ¿qué seria eso que le quería explicar?

***

Al mediodía, James estaba tras los cristales viendo como Christal acompañaba a los pequeños al comedor y luego volvía apresurada a su clase, supuso que para dejar la bata y coger sus cosas. Se puso la americana y bajó a su encuentro.

—¿Estás lista? —dijo al verla salir con la mochila colgada al hombro. Fue cuando se dio cuenta de que ella no iba vestida como siempre. Ese día llevaba unos pantalones pitillo negros con una blusa blanca, unos zapatos negros con un tacón de unos ocho centímetros y se había puesto brillo en los labios. Estaba preciosa, aunque reconocía que lo estaba de todas maneras.

—Sí, vamos.

—¿Algún lugar especial? —preguntó él.

—Dónde quieras, no tengo ninguna preferencia. Ten en cuenta que tú tienes que volver al colegio.

—No creo que nadie me eche la bronca si llego tarde —afirmó con una sonrisa, poniendo la mano en la espalda de ella y empujándola hacia su coche. Durante toda la mañana se había estado preguntando qué sería eso que ella quería hablar con él, y se había apresurado en su trabajo para no tener que interrumpirla y salir hacia la escuela.

—Ten presente que ahora ya no te rehúyen, que te pueden hacer algún comentario mordaz, sobre todo al vernos salir juntos.

—Lo soportaré. —Habían llegado al coche y él le abrió la puerta.

Christal se había fijado que los demás profesores estaban pendientes de ellos, eran discretos y no preguntaban abiertamente, pero veía sus miradas.

James la llevó a un restaurante de lujo y los sentaron en una mesa al lado de una ventana por donde se veía el jardín del establecimiento.

—Bonito lugar —dijo ella.

—Sí, he estado aquí en alguna ocasión en la que necesitaba tranquilidad.

—Estas vistas son muy relajantes. ¿Acaso piensas que necesitarás de ellas? Lo que quiero contarte no es nada malo, al contrario. —Los ojos ámbar se clavaron en los negros—. El domingo de la convivencia escuchaste lo de la patente. —Él asintió, aunque no sabía de qué se trataba—. Pues la han aceptado.

—Me alegro por ti, ¿de qué se trata? —Su interés era genuino.

Ella abrió la mochila y sacó una carpeta, dentro llevaba esquemas, dibujos y anotaciones.

—Me estuviste bronqueando porque mis niños no hacen más que cantar y oías hablar del gusanito mágico. Pensabas que se trataba de un entretenimiento. —Él asintió con la cabeza—. Pues esas canciones les ayudan a aprender a sumar y restar, las compongo yo misma, y en cuanto al gusanito... —Christal sacó de la mochila tres: uno, con una bola verde que era el cuerpo, le había pintado una carita graciosa y pegado unas antenas; el otro tenía dos bolas de cuerpo, con la segunda amarilla; y el tercero tres, con los colores de los semáforos. Los dejó encima de la mesa uno al lado del otro.

—Ahora, supongo que me explicarás lo que representan.

—Desde luego, cada uno representa las palabras más largas o más cortas. Por ejemplo, «sol» solo tiene una sílaba, sería el gusanito con una sola bola; «casa» sería el de dos, y «pelota», el de tres.

—¿Les estás enseñando a los pequeños a dividir las palabras en sílabas? —preguntó asombrado.

—Hacemos algo más que leer cuentos, analizamos las frases y comprendemos su significado. Para ellos es jugar con el gusanito mágico. Se lo pasan bien y aprenden sin apenas darse cuenta.

James estaba sorprendido, no, lo siguiente. Nunca se habría imaginado una cosa igual.

—¿Cómo se te ocurrió? Es alucinante. —En ese momento, él tomó un gusanito en la mano y la miró con admiración—. ¡Eres increíble! —Pasó la mano sobre la mesa y cogió la de ella—. ¿Por qué no me lo contaste antes?

Christal lo miró con el corazón en los ojos.

—Porque te dedicabas a criticar mi método de enseñanza, veías lo que hacía como una forma de entretener a los niños, de pasar las

horas hasta que se volvieran a marchar a sus casas. Nunca te preocupaste por lo que hacía en realidad. Sabías que llegaban a primaria preparados, y aun así creías que les hacía perder el tiempo.

Ella tenía razón, nunca se había tomado en serio lo que hacía, y ahora se daba cuenta de su error.

—Lo siento, no debería haberte juzgado sin saber. —Le apretó la mano que tenía entre la suya—. Entiendo que lo de la patente ha salido adelante.

—Sí, lo han reconocido como un método muy eficaz de enseñanza. Esta tarde estoy citada con los agentes que la han aprobado y con el concejal. No sé qué saldrá de esa reunión.

—Todo lo bueno que te mereces. —James estaba contento, que ella no se hubiese limitado a encontrar trabajo después de la universidad y siguiera pensando en la forma de beneficiar a los pequeños lo llenaba de satisfacción. Recordó aquel currículo que había visto en el ayuntamiento, no se había quedado esperando que le cayera un trabajo del cielo, no, a saber a cuántos sitios lo habría llevado.

En ese instante se dio cuenta de que ella incluso había escrito su carta de renuncia, que le falto poco para perderla. Todo había ocurrido por su poca sesera y comprendía que ella hubiese dado aquel paso. Nunca había apreciado sus esfuerzos, se había limitado a descargar sus frustraciones en ella.

No le extrañaría que después de que se supiera lo de la patente le cayeran ofertas de trabajo por todos lados, debía demostrarle lo importante que era para él.

Luego de disfrutar de las delicias del chef, salieron de allí cómodos el uno con la otra. Había sido una comida agradable y esclarecedora. Al montar en el coche fue cuando él dijo:

—Yo también tengo una buena noticia.

—¿Cuál? —preguntó ella con los ojos brillantes.

—He recuperado a Harry.

Los ojos de ella centellearon de alegría.

—¡Eso es maravilloso! —exclamó Christal—. ¿Cómo está? ¿Cómo lo conseguiste? —Vio que por los ojos negros pasaba una sombra y se arrepintió de haber preguntado.

—Digamos que ahora está bien y en casa.

—Perfecto, me alegro por ti y por él.

James vio que lo decía con sinceridad, que lo sentía de veras. No se lo pensó dos veces, se inclinó sobre ella y le dio un suavísimo beso en los labios. Luego sus miradas quedaron enganchadas, mientras él pensaba en apresurar los trámites del divorcio. Amaba a Christal, y quería tenerla a su lado costase lo que costase.

Capítulo 24

Era día de celebración, cuando las chicas se enteraron de que la patente había salido adelante, no esperaron ni un segundo para festejar. Se encontraron en el Royal de Bourbon Street para tomarse unas copas y cenar.

Después de brindar por aquel éxito tan esperado varias veces...

—¿Cómo te va lo tuyo con James? —preguntó Zoe, las demás se quedaron esperando la respuesta.

—Estamos en un punto muerto.

—¡¿Cómo?! —exclamó Meg—. Si se lo veía coladito por tus huesos. ¿No me digas que es de esos que cuando se ha acostado con una ya pierde interés?

—No lo parecía —intervino Kathy.

Ashley la miraba con la sorpresa pintada en la cara.

—No, no es nada de eso. Discutimos...

Zoe rio a carcajadas, interrumpiéndola.

—Nena, esto no es nada nuevo en vosotros. Yo creía que era un deporte que dominabas a la perfección —habló Meg.

—¿Sobre qué discutisteis? —preguntó Kathy, ella y Zoe eran las únicas que vivían con sus parejas y siempre querían dar consejos.

—En realidad por una estupidez.

—Las peleas siempre lo son —afirmó Meg, que aunque era

independiente, debido a su trabajo, se enteraba de muchos casos que llegaban a violentos y todo empezaba por alguna tontería.

—Me dijo que me fuera a vivir con él, que era una pérdida de tiempo pasar cada día por mi casa.

Las unas se miraban a las otras sin entender.

—¿Y?

—Le contesté que se viniera él a la mía.

—Dime que no he escuchado bien. —Ashley alucinaba por un tubo—. ¿Estabais bien y por esa tontería cada uno por su lado? Perdona, guapita, lo que yo veo es que ahí no había amor por ninguna de las dos partes.

Ashley había pronunciado la palabra mágica. «Amor». Christal sintió un pellizco en el corazón.

—Por mi parte sí lo había. Los días que pasamos juntos fueron los más maravillosos de mi vida.

—¿Le dijiste que lo amabas? —Kathy siempre directa a la yugular.

—No.

—¡Acabáramos! —exclamó Zoe—. No lo hiciste porque él no lo había hecho.

Christal asintió.

—Está pasando por un divorcio complicado, creo que eso lo ha vuelto cauto.

—¿Cauto? Lo ha vuelto idiota —terció Meg—. Yo no soy la más indicada, sabes que huyo de las relaciones formales desde que rompí con Ellis, pero eso no es excusa para dejarte marchar.

—¿Y cómo llevas lo de trabajar cada día con él? Porque supongo que os debéis ver a diario.

A ella le vino a la cabeza la comida del día anterior y ese beso que le supo a gloria.

—La verdad es que lo llevamos muy bien, es como si nos hubiésemos tomado un respiro.

—Nena, no te engañes, cuando una pareja necesita un tiempo, como lo llaman muchos, es que el amor ha terminado —afirmó Zoe.

—Es que no lo creo. Ahora es mucho más atento conmigo. Es como si deseara cerrar una puerta antes de abrir otra.

—Supongo que esas puertas metafóricas sois su ex y tú, ¿no? —Ashley estaba muy pendiente de las expresiones de Christal, la

mayoría de las veces el lenguaje corporal era mucho más esclarecedor.

—Sí.

—No soy abogada de familia, pero todas sabemos que cualquiera en su situación ya habría continuado con su vida, sin importarle su ex.

A Christal se le hundieron los hombros. Amaba a ese hombre, le había prometido esperar a que se aclarara sus asuntos.

—Chicas, que estamos de celebración, olvidémonos de los hombres —alertó Kathy, que vio la reacción de su amiga—. Nadie sabe lo que sucederá mañana, por lo pronto hoy vamos a celebrar que Christal y su proyecto van a salir en los periódicos.

Todas le siguieron la corriente y ella se dejó llevar. Como había dicho Kathy, se limitaría a disfrutar del momento.

Capítulo 25

Christal tuvo que viajar a presentar su patente a diferentes puntos del país, y eso no le gustó a James. Sí que lo hacía los fines de semana, eran los días idóneos para no trastocar las clases, aun así, no le causaba ninguna gracia. Seguro que conocería a gente nueva, además de los profesores. Ella era muy bonita e inteligente, cualquiera que no fuera ciego se daría cuenta. ¿Estaba celoso? «Sí», le gritó su mente. Estaba enamorado de aquella mujer, la amaba. ¿Por qué no estaban juntos? «Porque fuiste un tonto», pensaba. Tenía que haberle expresado sus sentimientos y no dejar que se fuera de su lado. Su estúpido orgullo lo hizo creerse superior, y se molestó cuando le dijo que su casa era desangelada. Era lógico, ni él había colocado sus cosas, parecía que estuviera viviendo en un hotel.

En esos momentos que veía marcharse a todo el personal docente desde detrás de los cristales, se daba cuenta de lo mucho que la echaba de menos. Se quedó allí largo rato, en el centro solo quedaba el personal de la limpieza, y él no tenía ningunas ganas de volver a casa.

Tenía que poner remedio a eso, o irse al piso de ella, que era mucho más acogedor. Ante esas dos opciones, y con ella clavada en su mente, le vino a la cabeza Christal con un hijo en brazos. Seguro que querría tener varios, le encantaban los niños; puñetas, a él también.

Ese fin de semana, ella había viajado a Nueva York, y él tenía unas ganas tremendas de coger el primer avión e ir tras ella. «¿Y entonces qué?», se preguntó. «¿Le dirás que la amas y que no puedes vivir sin ella?». ¡Claro que sí! Estaba seguro de que eso era lo que quería escuchar.

Con los ánimos por las nubes, volvió a su casa y subió las cajas con sus cosas del trastero: sus libros, sus trofeos de ajedrez, los cuadros de las estrellas de béisbol, y los cacharros que había acumulado durante toda su vida. No tenía ni idea de decoración; sin embargo, estaba seguro de que, lo colocara como lo colocara, a ella le gustaría ver que al fin consideraba a aquellas paredes su hogar.

Harry contribuyó en que él diera ese paso, pensó. Tenerlo había hecho que a él dejara de importarle si había pelo en el sofá, o si le caía la baba al suelo. Gracias a su mascota, un chucho grande y peludo que lo miraba con aquellos ojos inteligentes de un marrón vivo, que lo esperaba en casa, había dejado de estar solo, y ahora quería mucho más. La quería a ella.

Con las cajas esparcidas por el salón, salió a pasear a Harry, tenía el sábado y el domingo para colocarlo todo. Se quedó a cenar en una terraza donde le sirvieron una hamburguesa que le recordó el día que habían hecho el amor por primera vez —porque lo que tuvieron hacía años no fue amor—. Ese día, él descubrió que ella llenaba todo con su sola presencia, que lo había hecho gritar y saltar viendo un partido en la televisión, no se habían guardado ninguna de sus emociones.

Tuvo dos días para pensar en cómo demostrarle su amor, mientras colocaba libros en los estantes donde había dejado lo que venía en la casa: fotos con paisajes, jarrones y cuadros sin personalidad.

Al fin se le ocurrió lo que debía hacer.

***

El domingo, llamó al aeropuerto para saber a qué hora llegaba el vuelo de Nueva York. Se vistió con unos vaqueros y una camisa gris marengo y fue a casa de Christal, allí la esperaría con Harry. De camino, paró en una floristería y compró un ramo de rosas rojas. Aparcó frente al edificio y bajó del coche, miró la hora, no podía tardar, pensó. Se apoyó en el capó delantero y esperó. Harry se sentó sobre sus cuartos traseros a su lado y sus ojos lo miraban como si se

preguntara qué estaban haciendo allí.

La espera se hizo larga, en su cabeza ponía orden a lo que deseaba decirle en cuanto la viera; sin embargo, todo quedó en el olvido cuando la vio bajarse de un taxi. ¡Era tan bonita!

Christal lo había reconocido en cuanto el coche giró la esquina y sintió un aleteo en su interior que le hizo contener el aliento. Le pagó al conductor, mientras este sacaba el equipaje del maletero, y clavó la mirada en James al tiempo que el vehículo se alejaba. Vio que abría la puerta del jeep y sacaba un precioso ramo de rosas. Con su característico andar firme y elástico se dirigió hacia ella, Harry lo seguía a su lado.

—Bienvenida, cariño —dijo tendiéndole las flores.

—Oh, me encantan. —Christal olfateó un capullo y sus ojos se cerraron de gusto—. Gracias, no tenías por qué hacerlo.

—Ya lo creo que sí. —James le puso una mano en la nuca y la atrajo, bajó la cabeza y le dio un suave beso en los labios—. ¿Cómo ha ido el viaje?

—Muy bien.

—Este es Harry. —El perro estaba pendiente de su dueño, y ella se agachó y le rascó detrás de las orejas.

—Encantada de conocerte, Harry. —Al tener su atención, el chucho le dio un lametazo en la nariz y ella se rio—. Tú también me gustas. —Se incorporó y vio la mirada satisfecha de James clavada en ella, se la sostuvieron unos segundos, o fueron minutos, el tiempo se había detenido a su alrededor.

—Te he echado de menos. —La voz de James era íntima y sensual, lo que hizo que ella le envolviera el cuello entre sus brazos y lo besara con todo el amor que anidaba en su corazón, despertando en él sensaciones nuevas. Era como si toda su vida se hubiese estado preparando para ese momento—. Llámame «tonto» si quieres —habló en cuanto ella le dio un respiro a esa demostración de lo que él también sentía—. Debí decírtelo antes, quería terminar primero con mi ex, pero me es imposible mantenerme alejado de ti. Te amo como jamás lo hice con nadie, eres mi amanecer y mi ocaso, y si no te tengo a mi lado, muero. La vida no tiene sentido sin ti.

Aquellas palabras hicieron que a Christal se le erizara todo el vello del cuerpo. Le parecía que había esperado una eternidad para

escucharlas.

—Yo también te amo —susurró contra los labios masculinos antes de volverlos a atrapar en un beso apasionado.

Subieron al piso de ella y se pasaron la noche demostrándose ese amor que al fin se habían atrevido a expresar con palabras. Fue una noche mágica y llena de promesas que ninguno olvidaría jamás.

Epílogo

Meses después Christal se había trasladado a vivir a casa de él, era mucho más espaciosa. Además, cuando ella había visto que él al fin se había fusionado, que había hecho su hogar de aquellas paredes, supo que había hallado la paz espiritual que buscaba. La que ella quería compartir con él.

—Fuiste tú quien me dio el empujón —le dijo James.

—¡¿Yo?!

—Sí, me abriste los ojos al decirme que estaba desangelada. Tenías razón, desde luego. Solo la usaba para dormir, como si viviera en un hotel. Entre tú y la vuelta de Harry me hicisteis dar cuenta de que lo que me hacía falta era echar raíces.

Ella lo había mirado con los ojos muy abiertos.

—Creo que tenemos diferente forma de entender eso que acabas de decir.

—¿Cómo lo interpretas tú? —Quiso saber él, sabiendo que le estaba tomando el pelo.

—Yo pienso en un árbol, cuando se enraíza empiezan a salirle ramas.

—Entiendo que me estás comparando con un cerezo o un roble, no creo que empiece a florecer por las orejas. —Se guaseó James—. O sí. Mírame si ya empiezan a salir. —Él se le acercó, mostrándole el

lado de la cara.

—¡Qué tonto eres! —Se rio ella.

Al estar tan cerca, la cogió por la cintura, la levantó y la besó con ardor. Christal se colgó de su cuello; y cuando se separaron, él la sorprendió con una pregunta.

—¿Cuántos hijos quieres tener?

Ella lo miró con la boca abierta, había entendido desde el principio lo que ella quería decir.

—Familia numerosa.

—Okey, yo también. —Le estampó un beso en los labios—. ¿Y eso cuándo será, antes o después de casarnos?

—¿Me estás pidiendo que me case contigo? —Apenas le salía la voz.

James la dejó sobre sus propios pies, fue hacia una estantería donde tenía una caja de madera tallada llena de canicas de cuando era niño. Sacó un sobre y una cajita de terciopelo rojo, la abrió y volvió a su lado.

—Christal Barret, ¿me harías el honor de convertirte en mi mujer? Quiero hacerte feliz todos los días de mi vida, quiero darte todos los hijos que quieras. Deseo despertar a tu lado cada mañana del resto de nuestra existencia. Te amo tanto que a veces creo que me va a explotar el corazón. Eres la luz que ilumina mis noches y mis días.

—Sí, quiero; sí, quiero; sí, quiero —repetía ella lanzándose contra su pecho amplio—. Sé que tendremos que esperar a que te den el divorcio, pero lo haré gustosa. Te amo más que a mi vida.

James le puso un maravilloso anillo en el dedo anular.

—Es la sortija de mi abuela, nunca la ha llevado Anais, creo que en el fondo de mi corazón sabía que lo nuestro no era definitivo.

—¡Es fabulosa! —exclamó ella apreciando el bonito y antiguo diseño.

—En cuanto a lo de esperar... —James le tendió el sobre para que leyera la misiva del interior—. Aquí está la resolución del juez. Estoy oficialmente divorciado.

—¿Desde cuándo? ¿Por qué no me lo dijiste?

—La tengo desde ayer, y quería darte una sorpresa. Ella no nos volverá a incordiar. —Christal no cabía en sí de gozo, lo abrazó por la cintura, apretándose contra él como si quisiera formar parte de aquel

cuerpo fornido que la hacía sentir en un cálido nido de amor—. ¿Qué te parece si nos casamos en primavera?

—¿Y si nos vamos al juzgado y firmamos los papeles?

A él le gustaba que ella tuviera tanta prisa en convertirse en su mujer.

—Creía que querrías una gran ceremonia con todos nuestros amigos.

—¿Cuánto se tarda en organizar una boda así? —Quiso saber ella.

—Unos meses, creo.

—Entonces cuando nos casemos estaré redonda como una sandía. —James la miró con una ceja levantada—. Claro que a nadie le extrañará, nosotros siempre hacemos las cosas al revés. Discutimos antes de ser pareja y encargamos niños antes de casarnos.

—¿Me estás diciendo...?

—Sí, amor mío. —Christal le cogió una mano y se la puso en la tripa todavía plana—. Aquí está creciendo tu hijo... o hija.

James cayó de rodillas ante ella y le besó la barriga.

—Hola, hijo mío, soy tan feliz...

Nota de autora

Documentarme sobre Nueva Orleans ha hecho que deseara visitar esa ciudad, aunque mi miedo a volar... no creo que me atreviera a cruzar el charco. Tendrían que darme un buen castañazo para dejarme inconsciente durante las horas de vuelo, ja, ja, ja.

Quiero comentaros que le puse «Rodríguez Miró» a la escuela en honor a un gobernador de Luisiana que nació en Reus, mi ciudad natal, al descubrirlo me hizo mucha gracia.

Si habéis llegado hasta aquí, habréis reconocido a Kathy, la protagonista de *La tentación del corazón de jade*, fueron ella y sus amigas las que me empujaron a buscar información sobre Nueva Orleans, a leer sobre la ciudad más encantada de Estados Unidos, y a escribir sus propias historias. También os habréis encontrado con Walter y Moira, los protagonistas de *La caricia del topacio azul.*

¡Sorprendente lo que podemos descubrir cuando investigamos!

Si a ti también te ha gustado, házmelo saber en cualquier red social.

Facebook: Marian Arpa

Instagram: @marian_arpa Twitter: Marian Arpa15

Y si quieres saber más sobre mí, te invito a mi blog: marianarpa.wordpress.com Los escritores nos alimentamos de vuestros comentarios. Muchas gracias.

Agradecimientos

Primero que todo, le agradezco a Lola Gude ese cariño que me regala a manos llenas. Esa preocupación que me muestra y siento desde la distancia. Ese ánimo que no para de mandarme y que me llega al corazón. Gracias, Lola, te quiero.

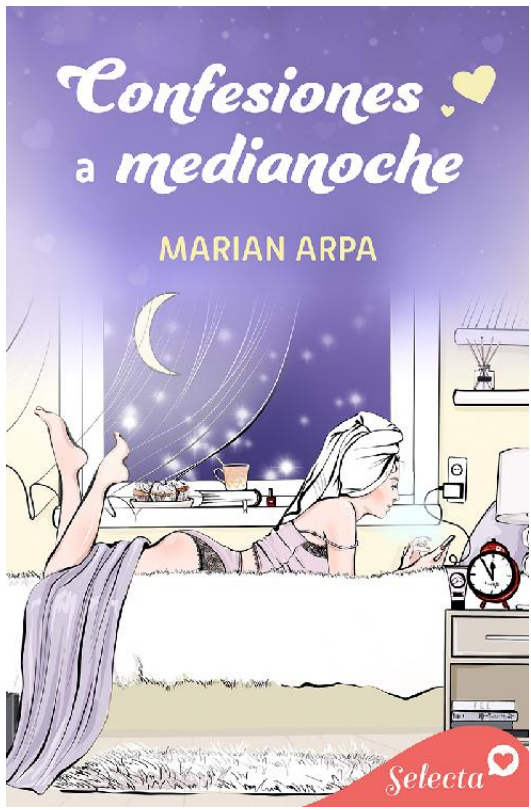
También quiero incluir aquí a Vero, mi compañera, amiga, hermana de letras; en nuestras largas conversaciones arreglamos el mundo, a la par que salen unas ideas para novelas locas, locas, locas. Nos reímos de lo lindo. Dicen que el oficio del escritor es solitario, yo no me siento así gracias a ti. Un besazo, guapi.

Por último quiero agradecerte a ti, sí, a ti, a la que está leyendo estas palabras. Espero que hayas disfrutado de la historia de Christal y James. Un abrazo muy grande.

Si te ha gustado

Prohibido liarse con el jefe

puedes disfrutar de estas



Selección RNR
MINA VERA
Suculento peligro
Suspense romántico

Selecta

Atrapada en el botón de tu vaquero

Mayeda Laurens

Sandra Bree
WORK
Y SI NO FUERA TU AMIGA, ¿QUÉ?
Serie Si yo lo llego a saber... 3
coffee
IDEAS
Selecta

ANA F. MALORY
A la orilla del mar
Selecta

NOA ALFÉREZ
CADA VEZ QUE
te amo
Los hermanos Craven 1
Selecta

ANA ÁLVAREZ
Galán de noche
Selecta

RUTH M. LERGA

Publicada originalmente como
Brandy Manhattan

Amantes con conservantes y colorantes

Selecta

Nueva serie de Marian Arpa: Cuatro amigas inseparables, cuatro formas de amar diferentes. Nueva Orleans será testigo de unas historias arrolladoras.

Los «te amo» falsos dejaban una huella difícil de borrar. Le hacían pensar que su amor no valía nada, hasta que reparó que la rutina había sido su peor enemigo.

James Rice era director de un centro escolar muy prestigioso de Nueva Orleans. Era cordial con todos sus compañeros, hasta que de pronto todo cambió y se volvió un hombre taciturno al que todos evitaban.

¿Dónde quedaron aquellos días en que siempre tenía una palabra amable para todo el mundo?

Christal Barret era maestra de educación infantil. Su cariño, su sonrisa y su energía hacían de ella una maestra a la que todo el mundo adoraba. Su implicación en su profesión la llevó a subir con rapidez escalones en su trabajo; y su decisión y empuje la metieron en

un gran problema.
¿Era cierto ese dicho de «quién se pelea se desea»?

Ambos tuvieron en el pasado una aventura pasajera, y al reencontrarse, él pareció no querer rememorar esa etapa de su vida. Lo que ella respetó, pues en esos momentos, él estaba casado. Su trabajo en el Rodríguez Miró era satisfactorio para los dos hasta que, de la noche a la mañana, él se volvió amargado y empezó a encontrar defectos en todo lo que hacían sus compañeros, principalmente ella. Eso hizo que Christal sacase el carácter y discutieran por cualquier cosa. Sus broncas no tenían fin, hasta el punto que ella pensó en abandonar ese prestigioso centro.

¿Lograrían solventar sus diferencias?

Marian Arpa es el seudónimo con que María Antonia Ariño Parra firma sus novelas románticas. Vive en Reus, su ciudad natal, con los tres amores de su vida: su marido y sus dos hijos. Su afición por la lectura la llevó a leer todo lo que caía en sus manos desde muy joven, hasta que un día la novela romántica la atrapó, y sumida en relatos de castillos y damas en apuros, Escocia, Irlanda e Inglaterra, pensó que también podía haber historias de amor actuales. Desde ese momento dejó volar su imaginación y empezó a escribir.

Penguin Random House Grupo Editorial

Edición en formato digital: febrero de 2024
© 2024, Marian Arpa
© 2024, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Moreyba Martín Leal
Imágenes: Shutterstock
Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
ISBN: 978-84-19117-95-3
Conversión digital: leerendigital.com Facebook: penguinebooks Facebook: SomosSelecta Twitter: penguinlibros Instagram: somosselecta Youtube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

Prohibido liarse con el jefe

Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Epílogo
Nota de autora
Agradecimientos

Si te ha gustado esta novela
Sobre este libro
Sobre Marian Arpa
Créditos

MARIAN ARPA

Sé valiente y dime que no me amas

NUEVA ORLEANS 2

Selecta

Sé valiente y dime que no me amas

SERIE

Nueva Orleans 2

Marian Arpa

Selecta

Esta novela la dedico a todas las madres que, como yo, damos espacio a nuestros hijos. Ellos deben vivir su vida al igual que hemos hecho nosotras. Un besazo a todas.

Introducción

Nueva Orleans, la ciudad más encantada del mundo. Donde habitan un crisol de culturas, con una vibrante vida nocturna, numerosos festivales, el hogar espiritual del jazz, el cual atrae fans de todo el mundo. Con la cultura *go-cup*, de beber en la calle en el Barrio Francés. Con su arquitectura colonial, aderezado con una comunidad de vampiros reales, el vudú, la bruja, el fantasma y su vínculo con lo oculto. Con sus visitas guiadas por los cuarenta y dos cementerios históricos y espeluznantes.

Los cuentos populares sobre almas inquietas que habitan el lujoso restaurante Muriel's, donde todavía se llevan a cabo sesiones espiritistas; el niño fantasma del hotel Monteleone; la masacre sangrienta, espantosa y sin resolver en la mansión Gardette-LePetre del Barrio Francés; asesinatos cometidos por Delphine Lalaurie en su propiedad de Royal Street.

Sus fiestas interminables en el Mardi Gras. Los cruceros de jazz por el Mississippi, su comida cajún y criolla. Todo ello hace de Nueva Orleans un entorno único y apasionante.

Su lema nos invita a internarnos en ella, y dejarnos llevar: «Disfruta al máximo, que no pare la diversión».

Zoe junto con Kathy eran las únicas de las cinco amigas que tenían una relación estable. Sin embargo, la de Zoe estaba llena de altibajos; el ego, la vanidad y el orgullo de su pareja hacían que la felicidad no fuera plena.

Meg y Ashley no querían saber nada del amor, y Christal estaba viviendo desde hacía poco su particular historia.

¿Lograría Zoe salvar los obstáculos que el destino ponía en su camino una y otra vez?

Prólogo

Colette estaba que no cabía en sí de gozo, al fin su hijo se había separado de esa mujer que solo estaba con él por ser quien era. Steve se merecía casarse con la hija de algunos de sus conocidos adinerados. Al ser la viuda del embajador francés en Nueva Orleans tenía conocidos por todo el mundo, había viajado mucho cuando su esposo aún vivía y había cultivado unas amistades exquisitas.

Steve debería haber sido un diplomático como su padre, ese había sido siempre el deseo de Colette. Lo habría llevado a cualquier lugar del mundo donde él quisiera, pues siempre había tirado de sus ricos amigos para conseguir sus fines, y, por supuesto, ella habría viajado con él, después de todo era su único hijo. Sin embargo, se había dedicado a la medicina y era un cirujano de renombre, con lo que su madre tenía que conformarse, no así con la mujer que él había elegido, una enfermera que lo había enredado y se lo había llevado de su lado en pocos meses.

Desde ese momento, ella había puesto una cara delante de Zoe, la pareja de Steve, mientras a él le decía lo inapropiado de aquella relación. Le había presentado a muchas mujeres bellas, pero él creía estar enamorado de esa chica desgarbada con aquella melena morena y con esos ojos de gata.

Al fin había logrado que él entrara en razón y se separara de ella.

Aunque su felicidad no era completa, pues él no había vuelto a su casa, había alquilado un apartamento cerca del centro hospitalario donde trabajaba. «Mamá, ya no soy un niño», le había dicho, «necesito intimidad». ¿Qué había querido decirle? ¿Acaso tenía a otra tan inadecuada como Zoe? ¡Quizá había salido del fuego para caer en las brasas! Ya se encargaría ella de saber con quién se relacionaba Steve. Se había librado de una, no le costaría hacerlo de otra.

«Ya se enterarán todas esas lagartas de quién es Colette Meraux». ¡Que se preparen!

Capítulo 1

Steve Meraux, renombrado cirujano del Tulane Medical Center, era de ascendencia francesa. Su padre había sido embajador y había viajado por muchos países, lo que lo llevó a estudiar en varias lenguas. Al fin se quedó en Nueva Orleans, donde su progenitor falleció, y él terminó su carrera de médico, especializándose en cirugía traumatológica.

Su madre siempre le había reprochado que no fuera diplomático como su padre, se había enfadado mucho con él cuando eligió la carrera. Aún recordaba aquellas discusiones...

—¿Qué tiene de malo que yo quiera ser médico? Me gusta ayudar a los demás, y así podré hacerlo. —Le había echado en cara él.

—Mientras tu padre vivió has viajado por todo el mundo. ¿Te crees que no te vas a cansar de estar siempre en el mismo sitio? —había estallado ella.

—Quizá ya estoy harto de ir de acá para allá. Nueva Orleans me gusta y lo encuentro un buen lugar para echar raíces. Para poder llamar «casa» al lugar donde yo elija.

—¿Cómo que tú? Somos una familia, tú y yo. Ya me encargaré de buscar un lugar para vivir.

—Madre, de momento voy a quedarme en el campus.

—¡¿Qué?! —exclamó ella—. ¿Allí, con todos los estudiantes?

Steve, que estaba deseando la independencia que le daría vivir con sus compañeros, se cargó de paciencia. Reconocía que su madre había enviudado en la flor de la vida y que estaba acostumbrada a codearse con lo más granado de la sociedad.

—Tú puedes seguir haciendo tu vida, papá te dejó muy bien posicionada, y no tienes por qué quedarte en Nueva Orleans. ¿Qué te impide viajar, y visitar a tus amigos?

—¿Yo sola? —se escandalizó.

—¿Por qué no? Sabes moverte por el mundo mejor que yo. —Al ver su cara afligida, añadió—: Si quieres podemos buscarte un acompañante.

La mujer pareció horrorizada por la simple idea.

—¿Me estás echando de tu lado?

—No, solo te estoy apoyando si tú decides seguir con tu ritmo de vida.

—¿Qué pensarían mis amistades de mí si te dejara solo en esta ciudad?

Steve cogió aire con fuerza, se le estaba acabando la paciencia.

—Ya soy mayorcito, madre, y me importa un cuerno lo que piense nadie, y a ti también debería. Puedes hacer lo que te dé la gana.

—No te voy a dejar aquí solo. Nadie va a tacharme de mala madre.

—Todo eso son imaginaciones tuyas —replicó él—. Haz lo que quieras, yo estaré en el campus. Allí podré concentrarme en mis estudios.

Colette había comprado una casa en las afueras, lo más acertado era llamarlo «mansión», él no entendía por qué la necesitaba tan grande solo para ella. Hasta que en una de sus visitas se encontró con una gran fiesta, a su madre le gustaba la opulencia y la disfrutaba a tope. Había contratado varios sirvientes, situación con la que él se sentía incómodo, no le gustaba esa vida de lujos; sin embargo, terminó acostumbrándose a ellos y hasta se hicieron amigos, cosa que a su madre le molestaba.

«Cada cual en su lugar, Steve», siempre le decía, y él no le hacía ni caso. Le daba la razón, pero seguía tratándolos como si fueran compañeros. No era extraño encontrarlo en la cocina tomándose una copa con ellos cuando iba un fin de semana a visitarla.

En sus idas siempre se encontraba con alguna de sus amigas y sus hijas. Ver cómo ella presumía de su hijo, alabándolo continuamente, exhibiendo sus virtudes, lo avergonzaba, pero era consciente de que ella estaba sola y lo tomaba con paciencia. Total, no iba mucho por casa, lo que desencadenó que ella empezara a llamarlo por teléfono muy a menudo, y al ver que no lo hacía por ninguna urgencia, Steve lo ponía en modo silencioso y no le contestaba hasta el final del día.

—Hola, mamá, ¿te encuentras bien?

—Claro que me siento bien, no soy ninguna vieja chocha.

—Como he visto que me has llamado cinco veces, pensé que...

—Y no me has contestado —lo interrumpía ella en tono de reproche.

—Me era imposible hacerlo en esos momentos, te voy a dar otro número por si alguna vez me necesitas de verdad.

—¡¿Qué quieres decir con eso?! —exclamó ella—. ¿Es que no puedo hablar con mi hijo?

—Sí, mamá, ahora mismo lo estamos haciendo, pero no puedo estar todo el día pendiente del teléfono. —Él escuchó un gruñido y supo que aquellas palabras no le habían sentado bien—. Toma nota del número que te voy a dar, la chica te pasará conmigo. —Ya se encargaría él de que le dijeran que estaba ocupado. En cuanto habían empezado las llamadas, él había hablado con Olivia, una de las sirvientas de confianza, y le había dicho que se comunicara con él si lo necesitaba en caso de urgencia.

***

Durante la universidad y las posteriores prácticas, Steve había conocido a Zoe, una enfermera que estaba para mojar pan. Tenía unos ojos verdes almendrados que parecían los de una gata, siempre risueños; una melena negra que brillaba con luz propia; unos labios que parecían decir: «Bésame, bésame», y un cuerpo... Era alta y tenía las curvas justas, las que él amasaría con gusto. Lo que más le encantó de ella fue su sentido del humor, era bromista y se reía de su propia sombra, haciendo que los que estaban a su alrededor se prendaran de ella. Caía bien a todo el mundo y tuvo la suerte de que se fijara en él.

Estuvieron saliendo un tiempo y se fueron a vivir juntos al cabo de unos meses. Llevaban dos años con una relación que iba sobre ruedas,

y estaban estupendamente. Al tener los dos un fuerte carácter, también chocaban; sin embargo, siempre lograban solucionar sus discusiones, y las reconciliaciones eran fantásticas.

En los últimos tiempos él había notado que a Zoe le molestaba que siempre fuera rodeado de las enfermeras del hospital. ¡Estaba celosa! Eso quería decir que lo quería solo para ella, y su vanidad no conocía límites. Era consciente de su atractivo y le hacía gracia que aquellas no tuvieran reparo en mostrar sus deseos hacia él.

—¿No te cansas de que te vayan detrás como si fueran gatas en celo? —le preguntó una mañana Don, un paciente de cuarenta años al que había operado después de un accidente de tráfico. Las chicas estaban haciendo el tonto a su alrededor, como las abejas a las flores —. Tengo entendido que tú ya tienes pareja.

—Y solo tengo ojos para ella —contestó Steve molesto porque aquel hombre se tomara la libertad de ponerse en su vida.

—Pues si yo fuera ella, sacaría las garras —se burló el hombre.

—¿Acaso has escuchado algún comentario?

—Alguien me dijo quién era ella, y te aseguro que yo iría con cuidado de que se canse de toda esta tontería. —Don lo miró a los ojos con intensidad—. Es muy bonita, y seguro que tendría al hombre que quisiera solo con chasquear los dedos. Yo mismo, si no tuviera a mi Sammy, le echaría los tejos.

Ese comentario no le gustó a Steve, y frunció el ceño. Estuvo todo el día mal humorado, todas aquellas tontainas le podían causar problemas con Zoe. Por si eso fuera poco, al llegar a casa, ella no estaba; le había dicho aquella mañana que tenía cena con sus amigas, y cuando esto ocurría, solía regresar muy tarde.

Capítulo 2

Zoe Rewsbury era una enfermera querida por todos sus compañeros, y los pacientes la adoraban. Siempre tenía una palabra amable y de ánimo para todo el mundo. Trabajaba en el Tulane Medical Center, en la planta de Traumatología, y transmitía alegría en donde estuviera. Era muy empática con todos, y no dudaba en bromear con los enfermos, tratando de aliviar sus males. Después de unas risas todo se veía de otro modo.

—No sé cómo te lo haces, sin embargo, logras que todos se pongan en pie muy pronto —le comentó Carter una mañana.

—Les digo que si no lo hacen voy a empezar a tratarlos mal y que desearán irse —bromeó ella a su compañero, mientras se tomaban un café a media mañana en la sala de enfermeros, donde tenían una cafetera eléctrica y un microondas para calentarse cualquier cosa que quisieran comer.

—Todo el mundo desea irse del hospital, eso no es una amenaza.

—Vale, me has pillado, les digo que te mandaré a ti en mi lugar, y que no los manejarás con tanto cuidado como yo. —Aquel comentario les sacó unas carcajadas.

Zoe bromeaba con todo el mundo y el trabajo se hacía mucho más ameno. Claro que aparte de los compañeros que la consideraban una buena amiga, también había las envidiosas que le tenían ojeriza por el

simple hecho de que era la pareja del cirujano de Traumatología, Steve Meraux, un hombre guapísimo al que querrían para ellas, y no eran ni una ni dos, toda la plantilla de mujeres andaba revolucionada cuando él pasaba visita a los pacientes.

Ella veía las risitas tontas, las caídas de pestañas, y las boberías que hacían para llamar su atención, y le daba vergüenza ajena. Zoe nunca se había comportado así con él, se habían conocido en la universidad; sin embargo, no fue allí donde se fraguó su relación. Una noche coincidieron en un local a las orillas del Mississippi, y fue allí donde entablaron conversación y empezaron a conocerse.

Después de una cita vino otra, y acabaron enamorándose. Su amor fue como una tormenta de verano y se fueron a vivir juntos al cabo de pocos meses.

De eso hacía ya dos años, y seguían con la misma efervescencia del primer día; no obstante, tenían sus pequeñas disputas, que siempre solucionaban razonando y entre las sábanas. Allí se olvidaban hasta de sus propios nombres, se entregaban el uno al otro con todo el amor que anidaba en sus corazones.

A ella empezó a molestarla la atención desmesurada que él recibía de sus compañeras; sin embargo, no se lo decía, las otras podían coquetear todo lo que quisieran, pero al terminar el día con quien se iba era con ella.

Le encantaba pasear de la mano de él, o cuando le pasaba el brazo por encima de sus hombros en actitud posesiva. Se sentía en la gloria rodeada de aquellos musculosos brazos, y de aquellas manos que la hacían delirar. Por no decir de los besos apasionados que le daba cuando pensaba que nadie los veía. Steve era su sueño hecho realidad, nunca se había imaginado con un hombre como él. Era guapo a rabiar, era alto como le gustaban a ella; en su juventud se habían burlado muy a menudo de ella por ser más alta que la media, con él se sentía pequeña, con su metro noventa ya podía ponerse tacones que no lo sobrepasaba. Su apostura era impresionante, con aquellos ojos gris claro, que depende de la luz se volvían plateados, con esa sonrisa de escándalo y su pelo castaño claro rizado, que lo llevaba corto, muchas eran las mujeres que se giraban a su paso. A él le gustaba causar ese efecto y se hinchaba como un pavo real.

Una tarde en la que los dos habían librado, estaban paseando por

el Barrio Francés, una descarada se giró y le lanzó un beso con los labios muy pintados. Ella pensó en la desfachatez de aquella.

—Soy feliz de que tu corazón me pertenezca —decía ella con sarcasmo al verlo tan pagado de sí mismo.

Steve notó el tono burlón de ella, y supo que se reía de él.

—¿Por qué dices eso?

—Yo... no... por nada en absoluto. —Zoe se aguantaba la risa.

—¿Te estás guaseando de mí? —Steve le hacía cosquillas, sabía que ella no las aguantaba.

—Sí, sí, vale, lo reconozco. —Zoe trataba de huir de aquellos dedos juguetones—. Te gusta que las mujeres se giren a tu paso y te lancen besos, ¿eh?

Steve sonrió.

—Es muy halagador.

—¿Te estás escuchando? Ni que fueras un modelo.

—Podría haberlo sido.

—¿Y por qué no te dedicaste a ello?

—A mi madre le hubiese dado un patatús.

Ella se rio con ganas.

—¿Esa fue la razón? Porque, por lo que le he escuchado más de una vez, tú deberías haber sido diplomático como tu padre.

—Ese era su sueño, no el mío. A mí me gusta lo que hago.

—También te encanta causar ese efecto en las mujeres.

—A nadie amarga un dulce.

—¿Qué quieres decir con eso? ¿Te gustaría que fuera todo el día llamándote «guapo, macizo, cañón»?

Steve se burló de ella.

—Tú no harías eso.

—Claro que no, ya te lo tienes bastante creído. —Los ojos verdes de ella seguían siendo burlones.

—¿Me estás diciendo que es un defecto ser demasiado guapo? —Él, que la llevaba cogida de la mano, se paró en medio de la calle a escuchar su respuesta.

—¿Te estás escuchando? No he conocido a ninguna mujer que sea tan pretenciosa.

Steve la miró haciendo una mueca.

—Cualquiera diría que tengo alguna tara. —Parecía ofendido, y a

ella le hizo gracia.

—Tu único desperfecto es tu vanidad.

Él estaba consternado de que ella pensara eso. Zoe se dio cuenta y, cambiando de conversación, se internó arrastrándolo a un mercadillo de amuletos, donde había pitonisas leyendo las manos a los turistas, y hombres disfrazados de piratas que daban publicidad de los locales cercanos, tratando de atraer a clientes.

Capítulo 3

Esa noche, Steve no estaba del mejor de los humores, Zoe había salido con las chicas y aún le resonaba en la memoria el comentario de su paciente. Para rizar más el rizo, cuando salió de la ducha y miró su teléfono, su madre lo había llamado cuatro veces en el tiempo que él se relajaba bajo el agua. De mala gana, la llamó:

—Hola, madre, ¿cómo estás?

—¿Que cómo estoy? —La voz de Colette se oía enojada—. ¿Cómo quieres que esté? ¿Cuánto tiempo hace que no vienes a verme?

—Sabes que estoy trabajando, ¿verdad? En mi próximo día libre iré a visitarte.

—Claro, para mí no tienes tiempo, pero seguro que ahora mismo estás con Zoe, para ella siempre estás.

Steve cogió aire con fuerza y lo soltó poco a poco.

—En eso estás equivocada, hoy estoy solo. Voy a prepararme algo para cenar y me pondré en la cama.

—¿Dónde demonios está? Ya sabía yo que cualquier día te dejaría tirado, es de esas que les gusta que les bailen el agua. —El tono de Colette era tan ofendido que Steve se preguntó si estaría bien—. Tú eres demasiado hombre para ella. A saber con quién estará.

—Está con sus amigas, suelen encontrarse de vez en cuando.

—Eso es lo que tú te crees, eres un tonto.

—¡Madre! —exclamó.

—Hijo, que yo sé mucho de eso. Seguro que estará revolcándose por ahí con vete a saber quién.

—No te permitiré que hables así de Zoe, es mi mujer, por mucho que te pese.

Colette se dio cuenta de que se había pasado con sus comentarios y dio un paso atrás. Su voz se dulcificó.

—Lo siento, hijo. Se me ha ido la cabeza, solo de pensar en que pudiera haberte abandonado me pone enferma. Ya que estás solo, ¿por qué no te vienes a cenar a casa?

No tendría que haberle dicho que estaba solo, pensó Steve. De hecho, mejor así, si la avisaba con tiempo, ella siempre tenía alguna moza con la que pretendía tentarlo. De esa forma improvisada, cenaría con ella y luego volvería a casa. No podía estar más equivocado.

***

Colette sonrió con malicia al cortar la llamada. Ella era una mujer de recursos; al tiempo que iba a decirle a la cocinera que hiciera cena para cinco, llamó a su amiga Isabel para invitarla a cenar junto a su marido y su hija Noelia. Estos vivían en la misma calle, unas casas más allá, y eran propietarios de un importante negocio de importación y exportación. Eran la clase de amistades que ella cultivaba, personas adineradas que disfrutaban de su estatus social.

Cuando Steve llegó a cenar, su madre lucía un extravagante traje de noche de color granate con cristales bordados en el cuerpo, se había peinado su media melena rubia en un moño alto, del que salían rizos en lo alto de la cabeza, y estaba maquillada como si esperara a un rey.

Él, que se había puesto unos vaqueros y una camisa negra, se la quedó mirando al acercarse a darle un beso en la mejilla.

—Caray, mamá, te has puesto muy guapa.

Ella lo miró de arriba abajo con una mueca en los labios.

—Y tú podrías arreglarte más para visitar a tu madre, sabes que nunca me ha gustado esa moda desenfadada. —Ella movió la cabeza negando—. Suerte que tienes una madre que piensa en todo, sube a tu habitación, encima de la cama he dejado ropa para que te cambies.

—¿Por qué he de hacerlo?

—Porque estoy esperando visitas.

Steve se la quedó mirando con los ojos entrecerrados.

—¿Por eso me has dicho que viniera? Podría haberlo hecho cualquier otro día, y no te hubiese trastocado tus planes.

—Mi hijo siempre es bienvenido, no lo dudes nunca —dijo ella acariciándole la mejilla—. Anda, corre, antes de que lleguen...

En ese instante el timbre de la puerta sonó, y Steve se mordió la parte interior de la boca para no soltar la carcajada que le subía del pecho al ver a Olivia, la sirvienta de confianza de su madre, que abría y daba paso a aquellos extraños.

El matrimonio lo miró de arriba abajo con una ceja alzada, y él posó sus ojos plateados en la chica, que hacía cara de querer estar en cualquier parte menos allí.

—Mamá, ¿puedes presentarme a tus amigos? —dijo él con toda la intención, al ver que su madre apretaba los labios en una mueca—. Deben disculpar mi intromisión, he venido a visitarla sin avisar y creo que no voy vestido correctamente. Soy Steve. —Le tendió la mano al hombre, luego a la que dijo llamarse Isabel, y por último a Noelia, la hija de ambos.

—Es un placer, joven. Colette nos ha hablado mucho de ti —respondió la mujer.

—Todo cosas buenas, espero. —Steve les regaló una de sus deslumbrantes sonrisas.

—Desde luego. —Su madre ya había recuperado el habla.

—Ahora no sé si quedarme a cenar, ustedes parece que están de celebración, por lo que veo. —Sus pupilas se clavaron en las de Colette, retándola, esperando que ella decidiera si quería que se quedara, porque desde luego él no pensaba subir a cambiarse. Su madre conservaba su habitación tal como él la dejó al mudarse con Zoe, como si esperara que él volviera cualquier día.

—Claro que te quedas, tú estás guapo te vistas como te vistas —lo halagó ella cogiéndolo del brazo y tirando de él hacia el comedor.

Steve vio que la mesa estaba puesta para cinco y supo de las maquinaciones de su madre, estaba seguro de que empezaría a presumir de él en cualquier momento y que empujaría a Noelia en sus alabanzas. No se equivocó, al sentarse en la mesa se encontró al lado de aquella joven a la que aún no le había oído la voz.

—Me siento ridículo a tu lado —la piropeó él acercándose para que solo ella lo oyera—. Aunque creo que tú tampoco te sientes muy feliz de estar aquí.

Noelia le sonrió con picardía, asintiendo con la cabeza imperceptiblemente.

Durante la cena, en la que le sirvieron platos europeos que le recordaban su ascendencia francesa, Steve llevó la voz cantante, les explicaba sus experiencias en los países donde estuvo antes de que su padre muriera y de lo instructivo que le resultó estudiar en ellos y convivir con sus habitantes.

—Debía ser muy divertido ir de un lugar a otro, debes conocer a mucha gente. —La voz de Noelia era suave y sensual—. Me gustaría viajar.

—Fue entonces cuando empezó a interesarme la carrera, hay muchas personas que no tienen acceso a la medicina.

Colette se lo quedó mirando con los ojos muy abiertos.

—Me dijiste que pensabas quedarte en Nueva Orleans, no que tuvieras ninguna intención de trasladarte a algún otro país.

—Nunca se sabe, madre —lo dijo a propósito.

—Pero nos dijo Colette que eras uno de los mejores cirujanos de la ciudad —señaló el padre de Noelia.

—El mejor —remarcó su madre.

—Hay muchos buenos, tengo unos compañeros fantásticos, y estoy muy a gusto en el Tulane, eso no quiere decir que si me necesitan en otra parte, haga las maletas y me marche. —Con una sonrisa en los labios estaba advirtiendo a su madre que no le había gustado aquella encerrona.

Ella tomó la palabra, y mientras se comía el lenguado a la *menier*, estuvo alabando a Noelia.

—Me encanta este vestido que llevas, resalta tu cuerpo esbelto, estás preciosa.

—Es usted muy amable —habló ella con la boca chica, y Steve se daba cuenta de que preferiría ir en vaqueros como él.

Al terminar la opípara cena, se sirvieron unas copas de licor y él invitó a Noelia a dar un paseo por el jardín al ver que, al igual que él, ella no tomaba nada.

—¿No tienes la sensación de que a nuestros padres les gustaría

vernos juntos? —preguntó él para tantearla.

—Los míos no aceptan al hombre que amo.

—Entiendo cómo te sientes. Yo estoy viviendo en pareja y mi madre no para de presentarme a otras mujeres.

Al escucharlo, ella se quedó alucinada.

—Eso la debe molestar.

—Nunca se lo he dicho.

—Deberías ser sincero con ella, si llega a enterarse te va a liar la gorda. Es lo que yo haría.

—Quizá siga tu consejo, pero no quiero romper la calma que hay entre ellas.

Noelia se lo quedó mirando.

—¿De verdad crees en esa calma que dices? —Ella levantó una ceja perfectamente depilada—. No dudo que la haya por parte de tu pareja, pero en el caso de tu madre... —Se calló al darse cuenta de que iba a criticar a Colette delante de su hijo.

—Puedes terminar lo que ibas a decir, ya sé que es un poco egocéntrica.

—Si está tratando de separarte de esa mujer, no me imagino que estén bien juntas, por lo menos en lo que a tu madre se trata. Debe ser muy buena actriz, para mostrarse amigable con ella.

Aquella jovencita tenía las ideas muy claras, pensó Steve. Tal vez se debía a que ella se encontraba en la misma situación que él. Tendría que estar más alerta cuando juntara a Zoe con su madre.

Cuando Steve conducía hacia su casa, en su cabeza le daba vueltas a lo que había hablado con Noelia. Zoe nunca se había quejado de ningún desplante de su madre, claro que ella jamás lo pondría en la tesitura de separarlo de su progenitora. Tenía la suficiente paciencia, y el buen hacer, para no hacerlo.

***

Al llegar a casa, se acababa de poner en la cama a leer un rato cuando Zoe llegó. Venía con una gran sonrisa, y al encontrarlo despierto se tumbó en la cama a su lado.

—Por tu expresión, veo que la reunión con las chicas ha ido de lujo.

—Oh, sí. Nos hemos reído un montón. ¿Recuerdas que te hablé de

ese hombre que le hacía la vida imposible a Christal?

—Sí, también me contaste que hicieron las paces y que estaban muy felices.

—¡Vamos de boda!

—¿Qué dices? ¿Se va a casar con él?

—Sí, están esperando un hijo.

—Eso es fantástico.

Christal era una de las amigas de Zoe, había tenido algunos problemas con el hombre con el que en esos momentos planeaba casarse, y todas las chicas estaban felices por ella.

Steve la veía tan contenta, aquella sonrisa que a él lo tenía embobado no se le iba de la boca. Se inclinó sobre ella y le capturó los labios, dándole un apasionado beso. Ella se colgó de su cuello y la caricia se volvió tórrida, ardiente. Sin separarse, él le desabrochó la camisa y tocó la piel sedosa que encontraba con las yemas de los dedos. Coló la mano en la espalda y la liberó del sujetador de encaje, amasando sus pechos, eran como flanes y le encantaba ponerlos en su boca. No perdió ni un segundo y así lo hizo, mordisqueando los pezones coralinos.

Ella se excitaba con rapidez, y sus manos recorrieron el ancho pecho masculino arañándolo con suavidad; al llegar a la sábana con la que él se cubría las caderas, la apartó y capturó el pene entre sus dedos. Él cogió aire al sentirlo.

—Vienes juguetona, ¿eh?

—Sí, mucho —dijo ella con voz ronca por el deseo.

—Me siento en desventaja, aún llevas los pantalones puestos.

Ella soltó una risita al escucharlo. Se puso en pie sobre la cama, lanzó los zapatos a los lados y con las piernas a cada costado de las caderas de él se soltó el botón y empezó a bajarlos.

—Tira de la pernera —articuló levantando un pie y viendo el deseo en aquellos ojos plateados encendidos de pasión.

A él se le resecó la boca, ella era seductora hasta la médula de los huesos. Repitieron la acción con el otro pie y él se incorporó y le cogió el tanga con los dientes, bajándolo hasta deshacerse de él.

—¡Ah! —gritó ella al sentir su aliento en su entrepierna palpitante.

—Te voy a comer —murmuró él al sentir el aroma de la

excitación de ella. La cogió por las caderas y la colocó encima de su cara, ella se agarró al cabezal de la cama y notó cómo él la mordía con suavidad. Le recorrió con la lengua todos los rincones de la vagina; y cuando ella gritó de gozo, él introdujo un dedo en el estrecho canal. Lo movió con pericia haciéndola enloquecer, y la bajó para sustituirlo por su pene engrosado.

Enloquecidos de pasión, se movieron con garbo, dándose un placer extraordinario que los llevó al clímax.

—Te amo, te amo, te amo... —gritaba ella al ser recorrida por aquellas oleadas de placer embriagador que la dejaron desmadejada encima de él.

—Yo también te amo, amor mío —susurró él al recuperar el aliento. La cobijó contra su pecho y se quedaron dormidos bien abrazados.

Capítulo 4

Al día siguiente, Colette empezó a llamar a Steve antes que de costumbre; él ignoró las llamadas. Estaba seguro de que su madre le querría hacer un tercer grado con respecto a Noelia y él no tenía nada que decirle.

Pensaba llamarla desde casa, y para su sorpresa se la encontró en frente, cuando llegaba con Zoe.

—Hola, madre, qué grato que vengas por aquí.

Zoe se le acercó y le dio dos besos en las mejillas.

—Colette, que alegría verte. Sube, ya era hora de que vinieras. Siempre somos nosotros los que vamos a tu casa.

Steve vio que lo miraba con censura y supo que estaba enfurecida por no haberle hablado durante el día.

—Hoy he pensado lo mismo, quería avisar, pero Steve no me ha cogido el teléfono; y ese número que me diste, siempre me dicen que estás ocupado —manifestó mirándolo a él con la nariz alzada.

—Te he repetido mil veces que estoy trabajando, que no voy al hospital a pasar las horas.

Zoe se daba cuenta de la tensión que había entre ambos y quiso intervenir.

—Colette, los médicos no pueden dejar a un paciente esperando mientras hablan por teléfono, reconócelo, tú también te quejarías si lo

hicieran contigo.

—Por eso yo tengo mi mutua privada.

—¿Y te gustaría que mientras te están atendiendo te dejaran esperando? —La voz de Steve le decía que no estaba para tonterías.

—Claro que no.

—Dejadlo, ¿queréis? Subamos, nos tomaremos algo fresco en la terraza. —Puso paz Zoe.

Colette nunca había querido ir al ático de su hijo. Le reprochaba que no viviera con ella, dado que la casa era muy grande. Sin embargo, él había estado allí muy poco tiempo, y ella, enrabietada, no quiso saber nada de su nueva vivienda. Le sorprendió que el ascensor llevara hasta dentro de su casa, la decoración era muy acogedora, y todo estaba en su sitio. No se imaginaba a Zoe manteniendo aquel orden, seguro que tenían a una mujer que les hiciera las tareas del hogar. No paraba de mirar por todas partes para encontrar defectos, pero no halló ninguno.

—Me gusta este piso —dijo al pasar al salón comedor.

—Espera que te enseñe el resto de la casa —señaló Zoe—. Te va a encantar.

Steve se puso en la cocina a preparar unos aperitivos.

—Ve, cariño, enséñale a mi madre que no vivimos bajo el puente. —Su sonrisa era forzada, y Zoe se preguntaba por qué. Le mostró todo a Colette: su dormitorio con el baño en la misma habitación; los otros cuartos, que eran bastante grandes; el despacho de él, las dos terrazas; y luego subió con ella a la superior, donde tenían una barbacoa, una gran mesa de madera y un montón de sillas bajo un toldo para resguardarse del sol. Había macetas con flores y se veían lustrosas y bien cuidadas, Colette se preguntó quién se ocuparía de todo.

—¿Qué te parece nuestra casa? —preguntó Zoe, cuando se pararon a mirar por encima de la baranda y veían hasta el mar y el río.

—Está muy bien, ¿quién la decoró?

—Lo hicimos nosotros mismos, compramos revistas de decoración y nos pasamos muchas horas para escoger lo que más nos gustaba. —Ella estaba muy satisfecha del resultado, habían hecho un hogar juntos.

—¿Es que mi hijo cobra tan poco que no puede permitirse

contratar a un profesional?

El tono de Colette hizo que Zoe se la quedara mirando extrañada. ¿Esperaba que le mostrara un extracto de sus finanzas? ¿Y qué tenía de malo que lo hubiesen hecho ellos mismos? Por ese motivo lo consideraban su nido de amor, lo hicieron entre los dos. No era en absoluto impersonal como otras casas.

En ese momento subió Steve con una bandeja repleta de exquisiteces para picar, y aparte de las cervezas que les gustaban a ellos, había añadido un cóctel para su madre, ella nunca sería tan vulgar como para beber cerveza.

—Guau, cariño, tendré que decirle a Colette que venga más a menudo —señaló con una de sus sonrisas guasonas—. Cuando estamos solos, subes unas patatas fritas y ya está.

—Es una forma de celebrar que al fin se ha dignado a venir a nuestra casa. —Steve se preguntaba a qué se debería aquella inesperada visita.

Se sentaron en la mesa donde él había dejado la bandeja.

—¿Qué te ha parecido, madre? ¿Das tu visto bueno?

—Nunca pensé que en esta zona hubiese estos pisazos, aunque sigo pensando que un chalet en las afueras sería más apropiado para un médico de tu posición.

—¿Es que no te cansas de presumir de adinerada? —Él dio un trago a su bebida—. Entiendo que lo hagas ante tus amistades; sin embargo, estamos en familia.

—Cariño, todas las madres quieren lo mejor para sus hijos —remarcó Zoe, no sabía lo que ocurría entre esos dos, pero no quería que Colette acabara marchándose por el extraño humor que parecía que se había apoderado de Steve en cuanto la vio. Ella había perdido a sus padres en un accidente de tráfico, en plena adolescencia, sabía muy bien lo que había sufrido y no lo deseaba para él, aunque ya fuera un hombre hecho y derecho.

—Ella tiene razón. —Se escudó Colette.

Él sabía muy bien que Zoe no deseaba que se enemistara con su madre, ella misma echaba mucho de menos a la suya.

—¿Dos contra uno? Me siento en desventaja. —Cogió la mano de Zoe, que acababa de alargarla hacia un trozo de marisco, y se la puso en la boca, mordisqueándole los dedos al comerse aquel bocado

exquisito. Las miradas de ambos chocaron y no pudieron ver cómo Colette apretaba la mandíbula—. Mamá, yo no dije nada cuando te compraste esa enorme casa, es tu vida y la respeto, haz tú lo mismo conmigo. Estamos en pleno centro de Nueva Orleans, podemos ir donde queramos sin necesidad de coger el coche, y nos gusta la zona.

Ver aquellas muestras de cariño de su hijo hacia Zoe la ponía enferma, se acabó deprisa el cóctel que estaba tomando.

—Querida, ¿puedes hacerme otro? Estoy sedienta, será el aire del mar que llega hasta aquí.

—Claro que sí, ahora mismo. —Zoe se libró de la mano de Steve y se levantó para cumplir con ese deseo de Colette.

Al volver a subir, no se dio cuenta de que a través del espejo que tenían en la parte alta de la escalera, estaba siendo observada por la madre de Steve.

—Me ha dicho Noelia que ayer se lo pasó muy bien contigo por el jardín —hablaba Colette, y ella no sabía a qué se refería, se quedó parada a escuchar.

—Madre, no te creo, esa chica hubiese preferido estar en cualquier otra parte que en tu casa con sus padres. —Al decirlo, Steve vio cómo le cambiaba la cara. No iba a explicarle que estaba enamorada, mucho se temía que si lo hacía la noticia correría hacia los oídos de sus amigos, y no quería meter a Noelia en ningún lío.

—¿Cómo sabes eso?

—Porque no soy tonto.

—Pues te echaba ojitos.

—Solo ves lo que quieres ver. Noelia es una mujer muy agradable, pero no le intereso en lo más mínimo.

—¡Qué tonterías dices!

Ese momento fue el elegido por Zoe para salir a la terraza. Puso sobre la mesa el cóctel y dos cervezas que había subido.

Colette, que sabía que lo había escuchado todo, lucía una sonrisa relamida. Esperaba que Zoe preguntara quién era Noelia; sin embargo, eso no ocurrió, y arrugó la nariz, quizá tenía que ser más directa.

Ella, al ver que los dos se habían quedado en silencio, pensó que igual tenían algo de lo que hablar y querían estar solos.

—¿He interrumpido alguna conversación importante?

—Sí —afirmó Colette.

—No, cariño —habló él cogiéndola de la mano.

—Anoche me dijo Steve que estabas con tus amigas, ¿te lo pasaste bien?

¿Desde cuándo él le iba contando a su madre sus correrías?, se preguntó.

—Sí, estupendamente. Una de ellas se va a casar muy pronto, y somos felices por ella.

—Ya sabes lo que se dice, madre, que de una boda siempre sale otra —soltó él a propósito, y vio que ella apretaba las muelas. Recordó la conversación con Noelia y supo que tenía toda la razón del mundo. Estaba intentando boicotear su relación.

Capítulo 5

Al quedarse solos, se sentaron en su rincón *chill out*, y Zoe no tardó en encarar el tema que la tenía perpleja. Estaban relajados al frescor de la noche.

—¿Por qué le dijiste a tu madre que yo me había ido con mis amigas? —No le importaba demasiado, era adulta y no tenía que dar explicaciones a nadie más que a Steve; sin embargo, que él se lo dijera a su madre la tenía desconcertada.

—Ya sabes que me llama mil veces durante el día, hablé con ella al llegar y al saber que estaba solo me dijo que fuera a cenar a su casa. —Steve pensó que si quería trucar los planes de su madre, tendría que ser completamente sincero con Zoe.

—No entiendo por qué le interesa lo que yo haga.

—Está sola, cariño. —Trató de excusarla para no decirle a Zoe que su madre le presentaba a otras mujeres que, según ella, eran más apropiadas para él.

—Y tú eres su único hijito. —El tono de ella había cambiado, parecía molesta.

—Cuando fui, resultó que tenía una cena con unos amigos, y me los presentó. Entre ellos a Noelia, una muchacha que está enamorada de un hombre al que sus padres no aprueban.

—Qué pena, por Dios. —Zoe no podía creer que en pleno siglo XXI

hubiera familias que coartaran la libertad de sus hijas de ese modo.

—Ya te digo. —Él la envolvió entre sus brazos, la arrastró hasta su regazo y le dio un suave beso en la boca—. Sin embargo, no creo que se dé por vencida, noté que tenía mucho carácter. No se va a rendir.

—Si yo fuera ella, me fugaría con él.

—Tal vez no lo hace por el dinero de papá —susurró él junto a sus labios, con la mirada prendida de aquellos ojos verde esmeralda.

—¿Es que esa mujer no tiene dos manos para ponerse a trabajar? Yo prefiero estar con el hombre al que amo y no vivir de la sopa boba de papi.

—No todo el mundo piensa como tú.

—Ya veo. —Los labios de él empezaron a hacerle cosquillas al lado de la boca.

Ella lo cogió por las mejillas y, capturando su mirada, dijo lo que pensaba:

—Suerte he tenido de que tú no has claudicado a los deseos de tu madre.

Él frunció el ceño al escucharla.

—¿Acaso te ha estado molestando?

—No hace falta ser ninguna lumbreras para darse cuenta de que preferiría que estuvieras con la hija de alguien rico como sus amigos, y que vivieras con ella.

Steve se daba cuenta de que ella se había percatado de la animadversión de su madre antes que él; por mucho que su progenitora intentara hacer el paripé, Zoe sabía lo que la mujer pensaba.

—Si en algún momento se mete contigo, quiero saberlo.

—¿Y qué harás? —preguntó ella enmarcándole las mejillas con sus manos.

—Le pararé los pies.

—Eso puedo hacerlo yo sola, si tiene que enfadarse con alguien que sea conmigo.

—¿Por qué? —Steve frunció el ceño.

—Porque es tu madre, y a la larga tendrá que aceptar que estamos juntos. No quiero ser la causante de que tengáis problemas.

Él no terminó de entender.

—¿De qué problemas me hablas?

—¡Es tu madre! —exclamó Zoe como si aquello lo explicara todo.

—No me has contestado.

Ella le pasó las yemas de los dedos por las arrugas que se le formaban en la frente, al mirarla con ceño.

—Sabes que perdí a mis padres muy joven. —Él asintió—. A veces los echo mucho de menos. No quiero que por tonterías te distancies de ella, no quiero que nunca te sientas como yo.

El amor que le demostraba con aquellas palabras desarmó a Steve, ella estaba dispuesta a aguantar las impertinencias de su madre para que él no sufriera. La encerró entre sus brazos y la besó con ternura.

—Eres lo mejor que me ha pasado en la vida. —Él se daba cuenta de que cualquier mujer lo habría mandado a freír espárragos al conocer a su calculadora madre; sin embargo, ella le ponía buena cara, incluso sabiendo que era una puñetera y que trataba de meterse entre ambos. La prueba la tenía en esa misma tarde, se había dado cuenta de que Zoe tardaba mucho en subir con los refrescos, estaba seguro de que había oído lo que su madre decía sobre Noelia. No dudaba de que había hablado sabiendo que ella estaría lo suficientemente cerca para escucharla.

Capítulo 6

Colette volvió a su casa que se la llevaban los demonios, su mente no dejaba de cavilar lo que podía hacer para que su hijo se separara de Zoe. Ciertamente le había presentado a mujeres preciosas, las que lucirían de lujo colgadas del brazo de Steve, y, quién sabía, tal vez le hicieran cambiar de opinión respecto a su trabajo y se dedicara a los negocios de sus suegros.

Ya que él parecía impune a la belleza de esas chicas, tenía que modificar la táctica. Debía encarar el tema por la parte de Zoe, si era ella la que lo dejara nadie la creería, y el orgullo de su hijo estaría a salvo. ¿Quién se iba a tragar que había abandonado a un buen partido como él? Quedaría como una perfecta tonta.

Para llevar a cabo sus planes tenía que saber más sobre ella, su familia y amigos, quizá algún trapo sucio del pasado. Cuando esa idea le pasó por la cabeza, supo que tenía que contratar a un investigador privado. Solo sabiendo todo de su oponente, lograría librarse de ella.

A la mañana siguiente se entrevistó con Baker, un tipo que descubría hasta la talla de ropa interior de sus objetivos. Había tenido tratos con él con anterioridad, siempre jugaba sobre seguro y hacía investigar a sus posibles amistades, así no se llevaba ninguna sorpresa de que fingieran ser lo que no eran. No le interesaba tener cerca a nadie sin una abultada cuenta corriente.

—Baker, quiero que investigues a esta chica. —Le enseñó una fotografía donde salían ella y Steve—. Se llama Zoe Rewsbury, trabaja en el Tulane Medical Center.

—¿No es allí donde ejerce tu hijo? —Con el tiempo que llevaban teniendo esa relación comercial, ya se tuteaban.

—Sí.

—¿Puedo preguntar qué te ha hecho?

—Es la pareja de mi Steve, he intentado que los ojos de él se fueran hacia otras, pero no lo logro, lo tiene comiendo de su mano.

El hombre esbozó una media sonrisa. Sabía que Colette era una egocéntrica de cuidado; no obstante, le cobraba unos buenos honorarios. Así le mandara investigar a toda la población de Nueva Orleans.

—¿Hace mucho que salen?

—Llevan dos años viviendo juntos.

Baker soltó un silbido.

—¿Y en todo este tiempo no has conseguido que tu hijo se fije en otra? —Iba a decirle que estaba perdiendo facultades o que su hijo estaba enamorado de su mujer, pero prefirió callar su opinión.

—Lo he echado en brazos de todas las apropiadas, y no resulta. Así que será mejor inclinar mis esfuerzos en ella.

«Esta mujer está como una cabra, no me gustaría tenerla cerca», pensó Baker.

—Muy bien, me pondré a ello ahora mismo.

—Ya sabes que quiero saber todo, y cuando digo todo, es todo. —Colette lo señalaba con el índice como si pretendiera amenazarlo, cosa que hacía siempre, y a él hasta le hacía gracia. Seguro que le resultaba con sus empleados, pero con las demás personas no lo creía.

—Sabes muy bien cómo trabajo, ¿te he fallado alguna vez?

—Que no sea esta la primera.

Si no le dejara tan buenas ganancias, la mandaría a tomar viento, pero esos clientes tan estúpidos eran los mejores.

—No te preocupes, te mantendré informada como siempre.

—No espero menos de ti.

Verla salir de su despacho como si fuera la mismísima reina de Inglaterra le hizo gracia. Esa mujer era lo más anormal que había conocido en su vida, y eso que había conocido a muchas personas.

Capítulo 7

Zoe y Steve planearon un fin de semana romántico, se cambiaron turnos con sus compañeros e hicieron las maletas para irse de la ciudad. Viajarían a Miami en avión y se pasarían unos días disfrutando de las playas y el sol, sin tener que preocuparse de horarios ni trabajo.

El viernes fueron al aeropuerto, y antes de que subieran al avión, Colette ya estaba llamando a su hijo. Él la ignoró y apagó el teléfono.

Un taxi los llevó desde el aeropuerto internacional de Miami hasta el Trump National Doral Golf Resort, un botones los llevó a la suite del ático. Zoe alucinaba en colorines, nunca había estado en un lugar tan lujoso como aquel. Sin que ella lo supiera, él se había encargado de la reserva y había pretendido sorprenderla, la jugada le había salido redonda.

—Es más grande que mi viejo apartamento —decía mientras recorría el elegante salón, donde había un espléndido ramo de rosas rojas, una bombonera llena de chocolatitos y una fuente con fruta fresca, encima de una mesita de centro, ante un sofá color chocolate encarado hacia la terraza, desde donde podrían ver ponerse el sol. El dormitorio era como el de las películas, una gran cama oscura con cuatro postes presidía la espaciosa estancia, las paredes estaban pintadas de amarillo pálido, y un gran armario con puertas de espejo

ocupaba una de ellas—. Guau. —Zoe rio con ojos pícaros—. Nos veremos mientras...

Steve soltó una carcajada, se le acercó y la envolvió en sus brazos.

—Si quieres en casa podemos poner un espejo en el techo.

Ella rio la ocurrencia, se puso de puntillas y lo besó.

—Uf, te expondrías a que no te dejara salir de la cama —susurró mordisqueándole los labios.

—Quizá sería yo quien te mantuviera allí, cuando te excitas eres más bella todavía. No lo entiendo, pues ya eres la más bonita que he visto en mi vida. —Steve habló a propósito, sabía que ella estaba un poco celosa de las enfermeras del hospital que no lo dejaban en paz.

Al escucharlo, ella lo miró con los ojos brillantes.

—Si seguimos así, nos pasaremos estos días encerrados en la suite.

—¿Te importaría? A mí no. —Steve, mientras hablaba, le amasaba el trasero y la apretaba contra él.

—A mí tampoco, pero a no ser que quieras llamar al servicio de habitaciones, yo bajaría a comer antes de esa maratón que me propones. —Ella alzó una ceja, su mirada invitaba al paraíso.

—Tú siempre tan práctica, bajemos y te prometo una siesta muy larga —dijo inclinado sobre los tentadores labios de ella, antes de besarla con pasión.

Cogidos de la mano, bajaron al comedor y, con vistas a la piscina del hotel, comieron unas exquisiteces deliciosas. No prestaron atención a nada que no fueran ellos dos, ambos pensaban en lo que les esperaba en el último piso, y el rato que estuvieron allí fue un juego de seducción: una mirada encendida, una caricia, darse a probar alguna exquisitez. Todo contribuía a que la temperatura de sus cuerpos se disparara y desearan estar solos para dar rienda suelta a aquella pasión que veían en sus ojos.

Se pasaron toda la tarde en la suite, demostrándose su mutuo amor. Admiraron el atardecer desde las hamacas de la terraza con unos cócteles que les había subido el servicio de habitaciones, y estaban muy acaramelados cuando sonó el teléfono de Zoe. Era Maryanne, una de sus compañeras, enfermera del hospital.

—Nena, lamento mucho molestarte en tu fin de semana romántico, pero tu suegra ha estado aquí. —Se la escuchaba apurada.

—¿Qué le ha pasado? —preguntó alarmada, separándose del

pecho de Steve, donde estaba recostada.

—Nada, quería ver a Steve. Se quejaba de que llevaba llamándolo todo el día, y que no le cogía el teléfono. Que estaba muy preocupada por si le había pasado algo.

Esas neuras de Colette, ella ya las conocía.

—Gracias, Maryanne, ahora mismo la va a llamar y la dejará tranquila. Evitaremos que llame a la policía y nos pongan en busca y captura.

Aún se estaban riendo al cortar la llamada.

—¿Qué ocurre? —Quiso saber él.

—¿Has vuelto a encender el teléfono?

—No.

—Pues tu madre se ha presentado en el hospital.

Steve soltó un gruñido, se levantó y fue a llamarla. Ante las quejas que ella no paraba de echarle en cara, se guardó mucho de decirle dónde estaban, solo que se encontraban fuera de la ciudad.

***

Colette no perdió el tiempo en llamar a Baker para exigirle explicaciones sobre que no la había informado de que su hijo y Zoe habían salido de la ciudad. Este le contestó que ella le había pedido que investigara los posibles trapos sucios de la chica, no que los siguiera a los dos a todas partes.

—Pues ya te estás poniendo las pilas y averigua dónde se han ido.

Esa mujer estaba loca de atar, pensaba él.

—Cuando sepa algo te llamo —contestó de malos modos antes de cortar la llamada. Debido a la hora ya poco podía hacer. Si se habían marchado en coche podían estar en cualquier parte, y si... Como si de un pálpito se tratara, se puso en contacto con una azafata del aeropuerto con la que solía encontrarse de vez en cuando, y ella le confirmó que la pareja había cogido un avión hacia Miami esa misma mañana. Empezó a llamar a los hoteles y al décimo sonó la flauta, ya sabía dónde se alojaban.

Era más de media noche cuando supo esa información, y no dudó ni un segundo en llamar a Colette, esperaba que se molestara por la hora; si ella no respetaba sus horarios, él tampoco los de ella. Estaba empezando a sentir lástima por esa chica y por Steve.

Colette aún no se había acostado, y cuando escuchó lo que Baker le decía, su mente empezó a maquinar la forma de estropear ese fin de semana a la pareja. No tardó mucho en hacer planes.

Capítulo 8

Steve y Zoe se pasaron la mañana siguiente jugando al golf en las instalaciones del hotel, luego fueron al *spa*, y después de comer se tumbaron a la sombra de una hamaca de la piscina del hotel.

—Estas hamacas son la leche —decía Zoe recibiendo los arrumacos que le hacía Steve con las livianas cortinas soltadas.

—¿Verdad que sí? Tiene su morbo estar aquí rodeados de gente y poder acariciarte como quiera.

—Oh, sí —suspiró ella sintiendo la mano de él que trataba de colarse entre su piel y la braguita del biquini.

—Sh, cariño, contente o nos van a descubrir.

—Entonces mantén tus manos donde pueda verlas —lo dijo con aquella sonrisa que él sabía que quería decir exactamente lo contrario. Estaba de lado hacia ella, y dejó caer su cuerpo cubriéndola a medias. Ella notó que estaba excitado y levantó las caderas para enloquecerlo con el contacto.

—No quieres...

En ese momento la cortina se abrió, y Colette apareció con un vestido estampado en diversos verdes y una gran pamela en la cabeza, les sonrió tras unas enormes gafas de sol.

—¡Hola, chicos! ¡Qué agradable casualidad! —Dejó su bolsa de mimbre encima de la hamaca—. Cuando en recepción me han dicho

que había un tal Steve Meraux aquí, no me lo podía creer. —La mujer parecía que quería que todo el mundo se enterara de quién era, su voz chillona llegaba a los demás huéspedes que estaban disfrutando del sol de la tarde—. Qué bien que hayamos coincidido en el mismo hotel.

Steve y Zoe se habían quedado helados, la miraban como si esperaran que desapareciera de un momento a otro.

—¿Qué haces aquí, madre? —No pudo evitar que su tono sonara forzado.

—Pues mira, por lo visto hemos tenido la misma idea. —La mujer se comportaba como si la alegría la desbordase. Se sentó en un rincón poniendo sus pies descalzos sobre la hamaca, en una postura muy estudiada.

—Qué bien. —Zoe se movió con disimulo para sacar la mano de Steve de dentro de su braguita.

A él se le había bajado la excitación de golpe.

—¿Cómo es que anoche no me dijiste que pensabas venir a Miami? —preguntó Steve.

—Ha sido una decisión de última hora, estaba aburrida, y he pensado en venir a disfrutar del sol y las playas junto a mis amigos, los Tyler.

—De eso también tenemos en Nueva Orleans.

—Ay, hijo, cualquiera diría que tengo que informarte de todo lo que hago. —Los dos se quedaron mirando—. Ya soy mayorcita.

A Zoe se le había cortado el rollo y, preguntándose cómo los habría encontrado allí, se levantó de la hamaca.

—Puedes acomodarte mejor, Colette, yo voy a darme un baño. —Y sin mirar a Steve, se tiró a la piscina y empezó a nadar. Esperaba que con un rato de ejercicio se le pasara la desagradable sorpresa de saber que no se libraría en todo el fin de semana de la madre de Steve. ¡Vaya chasco! ¡Y encima había ido con amigos! Tenía unas ganas tremendas de hacer la maleta y volverse a casa.

Unos minutos más tarde, Steve se unió a ella en el agua. Se lo veía enojado, y no sabía por qué, no dijo nada para no malmeter contra su madre; sin embargo, se estaba cansando de tener que hacer siempre de colchón entre ellos.

—Lo siento, cielo, no sé cómo ha podido ocurrir.

Lo amaba y no quería verlo de mal humor, sobre todo después de

haberse tomado tantas molestias en planear esos días.

—¿Sabes lo que te digo? ¿Recuerdas que nos atrajo la idea de pasarnos el fin de semana encerrados en la suite? Ahora mismo me parecería genial.

—Me encantaría, pero como nos ha dicho, ha venido con unos amigos y nos han invitado a cenar. Seríamos muy desconsiderados si no acudiéramos.

Zoe hizo una mueca, no le apetecía ese plan.

—Como tú quieras, amor. —Al hablar se colgó de su cuello y vio que Colette fruncía el ceño y apretaba las muelas. ¿Qué se traería entre manos?

No tuvo que esperar muchas horas para descubrir el juego de la mujer. Esa noche, para bajar al comedor, se puso un vestido blanco con pequeñas florecillas bordadas, con un escote recto y anudado en la nuca. Se maquilló apenas, su piel morena ya relucía lo suficiente, un poco de mascara de pestañas y algo de brillo de labios. Se recogió su melena en una trenza floja que le bajaba por el hombro derecho, y se calzó unas cuñas bastante altas.

Steve se había puesto unos pantalones de vestir negros con una camisa gris marengo, lo que hacía resaltar el color castaño claro de su pelo. Se lo veía espectacular.

Al llegar al bar, donde los estaban esperando, se encontró con que las señoras iban vestidas como para asistir a la gala de los Oscar, y entre ellas le presentaron a Amanda, la hija de los Tyler, que lucía un vestido color azul pavo real que le quedaba fantástico. Zoe se sintió como una piltrafilla al lado de aquellos encorsetados.

Los Tyler tuvieron la amabilidad de saludarla cordialmente, no así la hija, que la miró como si fuera un insecto molesto, y Colette se le acercó al oído y le susurró:

—¿No has traído nada más adecuado?

—No sabía que iba a cenar con la realeza —contestó ella con una sonrisa forzada.

Steve se dio cuenta de la mirada de su madre; y en cuanto se dirigían a la mesa, la cogió por la cintura y, acercándose a su oreja, le dijo:

—Estás guapísima.

Ella se aupó y le dio un beso en la barbilla.

—Chicos, que no estáis solos —los amonestó Colette, a lo que él no respondió, pero se inclinó sobre Zoe y le rozó los labios. Luego miró a su madre, retándola a que dijera algo.

Al sentarse se encontró entre Amanda y Zoe, su madre había puesto una excusa tonta para que la chica le cambiara el lugar.

La cena fue distendida, los Tyler eran un matrimonio jovial que no eran tan presuntuosos como Colette, a pesar de que seguro que tenían las arcas más llenas. Rick se dedicaba a inversiones de bolsa y Janet, su esposa, era abogada y ejercía en su propio bufete junto a sus socios. Su hija Amanda estaba estudiando Abogacía, y estaban satisfechos de que siguiera los pasos de su madre.

—Ya me hubiese gustado a mí que Steve fuera diplomático como su padre —se quejaba Colette.

—Madre, no empecemos.

—¿Qué haríamos sin médicos? —Janet intervino apoyando a Steve—. Por lo que sé, es un profesional con mucha reputación.

—Sí. —Se notaba que a Colette no le gustaba que le llevaran la contraria.

—¿Y tú a qué te dedicas? —preguntó Rick a Zoe.

—Soy enfermera en el Tulane Center.

—¿Trabajáis juntos? —dijo Amanda mirándola con una ceja alzada.

—No exactamente —respondió Steve por ella, los ojos de la chica anunciaban alguna impertinencia, aquella podía tener muchos estudios y ser una gran profesional, no obstante, no le gustaba su forma de comérselo con la mirada—. Yo soy cirujano, ella está en planta. —No tenía por qué saber que él hacía un seguimiento de sus pacientes y se veían a menudo.

Zoe también había visto la forma de Amanda de mirar a Steve, ya estaba acostumbrada a que las mujeres le ofrecieran las bragas en bandeja. Lo sufría cada día de sus compañeras.

—¿Es verdad que las pacientes se enamoran de sus médicos? —preguntó Amanda con malicia mirándolo a él.

Los Tyler miraron a su hija con los ojos muy abiertos, no era normal que fuera tan descarada.

—Ese es un secreto entre médico y paciente —contestó Steve con diplomacia.

Zoe se estaba cansando de aquellos ojos marrones e insinuantes que no se apartaban de él.

—Cariño, puedes ser sincero con Amanda. —Ella lo cogió de la mano que él tenía sobre la mesa y se la apretó—. Claro que se enamoran de él, ¿tú te lo has mirado bien? Es un bombón, ¿por qué te crees que se dedicó a cirugía traumatológica? Porque las mujeres van dejando un rastro de babas a su paso, y luego él tiene que arreglar los huesos rotos de quien resbala.

A Steve se le escapaba una sonrisa, todos los de la mesa miraban a Zoe como si le hubiese salido un tercer ojo en la frente.

—Amor, deja de bromear que se lo van a creer.

Rick fue el primero en sonreír y luego se le unió su esposa, Janet. Él veía la expresión de Colette, que miraba a Zoe con rabia, y pensó que aquella joven debía amar mucho a Steve para aguantar las excentricidades de su madre. Había conocido a la mujer en una fiesta de unos amigos en común, y esta había congeniado con su esposa y su hija. A pesar de que él notaba que no era trigo limpio, no creía que pudiera hacer ningún mal en que se relacionasen. Miró a Zoe y le guiñó un ojo. Ni a él ni a Janet les habían regalado nada, los dos tuvieron que trabajar mucho para llegar a la posición en la que se encontraban, se imaginaba que aquella muchacha también lo habría tenido difícil. Muchas veces se arrepentía de haberle puesto a su hija las cosas tan fáciles, su comportamiento dejaba mucho que desear cuando se trataba de hombres.

—No digo más que la verdad, amor —señaló ella acercándose y dándole un suave beso.

En el centro del comedor había un lugar despejado donde los comensales bailaban al son de una música de piano.

—Anda, cuentista, vamos a bailar. —Steve sabía que ella no era tonta y que había cazado las miradas de Amanda, para mantener la paz entre ellos tendría que llevársela de allí lo antes posible.

Los que habían cenado con ellos no se perdían sus movimientos, sus miradas y sus sonrisas cómplices; y Colette deseaba ir hacia ellos y separarlos. Amanda se moría de envidia, y apretaba las mandíbulas.

La pareja no volvió a la mesa al terminar de bailar, se tomaron unas copas y salieron al jardín. Él le pasaba un brazo por la espalda y apoyaba la mano en la cintura de ella. El frescor de la noche hacía que

ella se cobijara en aquel abrazo. Paseaban en silencio escuchando que había más gente disfrutando del cielo estrellado sobre sus cabezas y de la luna llena que iluminaba todo el entorno, haciendo que las plantas exóticas parecieran de plata.

—¡Qué maravilla! —susurró ella mimosa, arrimándose a él.

—Sabía que te gustaría.

—Me gusta que me conozcas tanto.

Él le dio la vuelta quedando frente a ella y la besó con ansias, haciéndola vibrar de arriba abajo.

—Ya los hemos encontrado. —Oyeron la voz de Colette, que se acercaba con Amanda a la zaga. La joven lanzó una risita burlona—. Te he dicho que no podían andar muy lejos. —Steve notó que Zoe iba a separarse y no se lo permitió, la mantuvo abrazada, con un brazo sobre los hombros.

—¿Nos buscabais por algo en particular? —preguntó él mirando a su madre con una ceja alzada.

—Es muy descortés por tu parte no bailar con Amanda.

—Será porque ahí dentro no hay suficientes hombres a los que les gustaría bailar con ella. —Su tono sarcástico logró que Colette lo mirara sacando fuego por los ojos.

—Eres un...

Zoe vio que la mujer iba a armar un espectáculo, e intervino.

—Ve, baila con ella —dijo aupándose y dándole un beso en la barbilla.

Steve soltó aire ruidosamente.

—No te muevas de aquí, en unos minutos estaré contigo —habló alto para que las otras lo escucharan. Colette iba a replicar, él la miró y murmuró al pasar a su lado—: Madre, no te pases.

Las dos mujeres se quedaron allí. Zoe veía a Colette, que miraba a la pareja, satisfecha.

—Hacen buena pareja, ¿verdad?

—Perfecta —contestó ella con sarcasmo—. Pero cuando termine el baile volverá a mis brazos.

«No si puedo impedirlo», pensó Colette. Luego, muy tiesa, volvió al comedor.

Zoe se quedó allí, escuchó varias canciones, y Steve no salía, ¿qué lo estaría reteniendo?

Capítulo 9

Media hora más tarde, ella misma se cansó de esperar y entró en el comedor, no veía a Steve ni a Amanda por ningún lado. ¿Dónde estarían? Se acercó a la mesa donde estaban los Tyler y Colette.

—¿Cómo ha ido tu paseo por la playa? —preguntó Rick—. ¿No te has encontrado con Steve? Ha salido a buscarte.

Zoe vio que Colette la ignoraba, que miraba hacia otro lado.

—¿Quién le ha dicho que me iba a la playa? —Los ojos de los Tyler cayeron sobre Colette, y comprendió—. Me voy a acostar, ha sido un día muy largo. ¿Serían tan amables de decírselo a Steve cuando vuelva?

—Desde luego —afirmó Janet, dándose cuenta de lo que su amiga pretendía.

Cuando Zoe se alejó, Rick miró a Colette.

—No sé lo que te propones, pero mantén a mi hija fuera de tus juegos.

—¡¿Yo?!

—Sí, tú, estás tratando de sacar a Zoe de la vida de tu hijo, y estás utilizando a Amanda.

—Nunca haría una cosa así. —Colette se hizo la ofendida.

—Las dos sabemos que no te gusta Zoe —intervino Janet—. Me has dicho en más de una ocasión que Steve estaba perdiendo el tiempo

con ella. ¿Por eso nos has arrastrado hasta aquí? ¿Por eso has insistido tanto en que Amanda nos acompañara?

Rick y Janet la miraban con enojo, ambos se daban cuenta de que los había manipulado con ese viaje exprés a Miami, no había sido para divertirse, lo había planeado para hacerles la vida imposible a su hijo y a su pareja; y lo peor de todo era que quería utilizar a Amanda como peón para sus propósitos.

Colette trataba de hablar.

—¿Cómo podéis pensar eso de mí? —Se hizo la víctima.

—No consentiré que metas a mi hija en medio de tus intrigas. —Rick se levantó después de hablar y su mujer lo siguió—. Mañana cogeremos el primer avión hacia Nueva Orleans. —Dicho eso, salió del comedor hacia su habitación, dejando a Colette rabiando.

Aquella tenía las muelas tan apretadas que si no soltaba presión se le partirían. Sus planes se habían torcido. Amanda, al ver que no podía retener a Steve más que para un baile, se había retirado a su dormitorio, y ella había logrado que él la sacara a ella y a Janet. Luego les había mentido diciendo que Zoe había ido a pasear por la playa, con lo cual él la había seguido hasta allí, y debía estar buscándola.

***

Una hora más tarde, Steve, al no hallar a Zoe, volvió al hotel y fue directo a su suite. Zoe estaba sentada en el sofá con las piernas dobladas y se las abrazaba con la cabeza inclinada y apoyada en las rodillas. Se había quitado el vestido y los zapatos, y llevaba una camiseta de tirantes que le llegaba hasta el muslo.

—Cariño, nos debemos haber cruzado por la playa, he estado buscándote. —Steve se sentó en la mesita de centro ante ella, y le levantó la cabeza para mirarla a los ojos. En ellos vio enojo y no supo a qué venía—. ¿Qué ocurre?

Los ojos de Zoe se clavaron en él, ¿era posible que no se diera cuenta de las tretas de su madre? Había ido allí a amargarles el fin de semana, y bien que lo estaba consiguiendo. Se debatía entre dejarlo estar o sacudirlo y decírselo para que él se diera cuenta, pero entendía que Colette era una mujer que parecía depender mucho del cariño de su hijo.

—Quiero volver a casa —susurró con los ojos prendidos de los plateados.

Steve frunció el ceño, ¿a qué venía aquello?

—¿Te has molestado porque bailara con ellas? —No se lo podía creer, ella siempre presumía de que, por mucho de que trataran de embaucarlo, volvía a sus brazos. Zoe sabía que su corazón le pertenecía.

—Me conoces lo suficiente para saber la respuesta. —Zoe puso los pies en el suelo, y se levantó—. Olvídalo, me voy a la cama.

Steve no podía estar más desconcertado, ¿qué había pasado? Se quedó mirando la espalda de ella que se alejaba como si arrastrara un gran peso y no le gustó en absoluto. Repasó mentalmente lo ocurrido, supo que su madre lo había apartado de ella a propósito, para que se relacionara con esos amigos, y sobre todo con Amanda. Ya no lo había hecho a espaldas de Zoe, como solía hacerlo, no, lo hizo a la cara, como si pretendiera demostrarle que no era bastante para él. Lo más sangrante era que él le había seguido la corriente, y en esos momentos se arrepentía. Se había comportado como una marioneta manejada por su madre. Ese pensamiento lo hizo sentir mal; sin embargo, se justificaba a sí mismo diciéndose que la mujer solo lo tenía a él, qué tenía que hacer, ¿elegir entre las dos? No podía, amaba a Zoe, y su madre estaba sola, era normal que velara por él; por muy hombre que fuera, siempre sería su único hijo.

Deseando tener una docena de hermanos, se dirigió al dormitorio. Zoe estaba hecha un ovillo en su lado de la cama, se desnudó y se metió entre las sábanas. Ella dejó que la envolviera entre sus brazos, pero no se giró hacia él, lo que le dejaba bien claro que estaba dolida por sus acciones. ¿Fin de semana romántico? ¡Qué chasco!

Steve tardó mucho en dormirse, al contrario de ella, que cayó en brazos de Morfeo en cuanto él la arrimó a su cuerpo. Durante aquel insomnio, se preguntaba qué tenía que hacer con las dos mujeres de su vida.

***

Por la mañana había decidido que le dedicaría esas pocas horas que quedaban para volver a Nueva Orleans a Zoe. No obstante, ella tenía otras intenciones.

—No voy a esconderme en la suite —dijo ella cuando él le habló de pedir el desayuno al servicio de habitaciones—. Si no has dormido bien y quieres quedarte en la cama, yo bajaré y te excusaré.

—No tienes por qué hacerlo, no debo explicaciones a nadie. Quiero quedarme en la cama contigo. —Steve la cogió del brazo y la tumbó bajo él—. Recuerdo que ayer la idea te parecía atractiva. —Sus labios le capturaron la boca y la besó con ternura—. Todo lo que deseo está entre estas paredes.

Cuando Steve se lo proponía podía ser muy persuasivo; sin embargo, esta vez no le dio resultado. Aún dolía que la noche anterior Colette los hubiese manejado a su antojo. Había ido allí con la intención de fastidiarlos, pues bien por ella, lo había conseguido, pero no pensaba darle la satisfacción de que la viera hundida. Bajaría con su mejor sonrisa y le demostraría que entre ellos todo iba bien. Que sus intentos de boicotear su relación caían en saco roto.

—Te cojo la palabra, quédate como estás, yo bajo a desayunar para coger fuerzas para la maratón de la que disfrutaremos más tarde —aseguró ella.

Steve se la quedó mirando, veía a Zoe con una mirada decidida y no sabía lo que se proponía, la miró con los ojos entrecerrados, tratando de adivinar sus intenciones.

—Si crees que me voy a separar de ti ni un solo segundo en el día de hoy vas muy equivocada. —Steve sabía que Zoe no montaría ningún cirio en el comedor del hotel, no así su madre; aquella, cuando no se salía con la suya, le gustaba mucho hacerse la víctima, y no dudaba en que se enterara todo el mundo que tuviera alrededor—. Vamos a ponernos ciegos con el desayuno —señaló levantándose de la cama desnudo y caminando hacia ella, que estaba rebuscando en la maleta—. Tengo intenciones de que quememos muchas calorías antes de volver a casa. —Antes de irse al baño a ponerse en la ducha, se inclinó y le mordió el cuello, juguetón.

Al bajar del ascensor, vieron a los Tyler en recepción, y a un botones que en un gran carro cargaba sus maletas.

—¿Ya se van? —preguntó Zoe arrimándose a él.

—Eso es lo que parece. Vamos a despedirlos.

—No veo a tu madre por ninguna parte.

En ese momento se giró Amanda, y sus ojos marrones se clavaron

en los de Zoe. Le lanzó una mirada que esta no supo interpretar.

—¿Ya os marcháis? —La voz profunda de Steve hizo que Rick y Janet se giraran.

—Sí —afirmó el hombre—. Un negocio urgente. —Por la cara que puso, se vio que estaba mintiendo.

—Suele suceder —dijo Steve siguiéndole la corriente.

—Yo podría quedarme con Colette —precisó la hija con la mirada clavada en Steve—. Total, vuelve esta misma noche, ¿no?

—No, Amanda, tú te vienes con nosotros. —Janet se acercó a ellos para despedirse, le dio un beso en cada mejilla a él e hizo lo mismo con ella, al tiempo que susurraba—: Veo que la treta de Colette de anoche no causó daños. Ve con cuidado con esa mujer.

Zoe se quedó con la boca abierta al escucharla. Rick les estrechó la mano a los dos y salieron del hotel ignorando las quejas de Amanda.

Ambos se dirigieron al comedor y desayunaron unos huevos con jamón y tostadas. A Zoe no se le iban de la cabeza las palabras que Janet le había susurrado.

Steve y Zoe, al terminar, volvieron a su suite, ambos eran conscientes de que Colette no se había marchado con sus amigos, y no se arriesgarían a que se les pegara como una lapa. Él puso el cartelito de no molestar en la puerta y, al cerrarla, vio que Zoe se desprendía de las deportivas con sendos movimientos, la vio dirigirse al dormitorio y la siguió con una sonrisa. No pensaba desperdiciar ni un minuto, ese día era para ellos, para el placer, para gozar.

Capítulo 10

Colette se levantó casi al mediodía, la noche anterior le había costado mucho coger el sueño; que sus amigos se hubiesen dado cuenta de que pretendía separar a Steve utilizando a Amanda le decía que estaba perdiendo facultades. Siempre había sabido usar a todo el mundo sin que se percataran, y mucho se temía que, esta vez, a ellos no les sentó nada bien lo que presenciaron. Aunque su hija fuera una gran belleza, no la quería junto a su hijo, solo era un medio para conseguir un fin. Al fin tuvo que recurrir a sus pastillas, que la dejaban KO durante horas.

Tomó un baño y se arregló como si fuera a comer con el presidente, bajó y dio un paseo por los alrededores de la piscina, seguro que Steve estaría por allí con Zoe. Al no hallarlos, fue a recepción, el hotel ofrecía muchos servicios, a saber dónde estarían. La muchacha que atendía a los clientes le dijo que no sabía dónde podían encontrar.

—¿Qué clase de hotel es este? —preguntó elevando un poco la voz.

—Uno en el que se respeta la intimidad de sus huéspedes.

—Quiero ver al director. —Su tono no intimidaba a la chica, se había encontrado con clientes de todas clases. Había personas que por ser adineradas tenían la educación de un macaco, y esta parecía una

de ellas. Llamó por la línea interna, y a los pocos minutos un hombre con semblante serio se le acercó.

—Esta señora pregunta por usted.

—¿En qué puedo servirla? —el director se dirigió a Colette.

Con una sola mirada ella supo que aquel hombre de rostro severo le iba a poner las cosas difíciles, tendría que hacer un poco de teatro.

—Verá, he venido con mi hijo y con su pareja y no los encuentro. —Puso cara de cordero degollado, como si la hubiesen abandonado allí.

—¿Me puede decir el nombre de su hijo?

—Steve Meraux.

El hombre tecleó en el ordenador y vio que solo había una suite con ese nombre, y otra habitación con el mismo apellido que había sido reservada el día después de la llegada de la pareja.

—¿Dice usted que vino con su hijo?

—Sí, claro.

En ese momento, otro de los empleados que estaban tras el mostrador lo escuchó y la miró frunciendo el ceño. Él había sido quien les había hecho el *check-in* al llegar el día anterior, y el que había cobrado esa mañana la salida de las personas que acompañaban a esa mujer.

—Señora, sus amigos se han marchado esta mañana —intervino.

—Sí, bueno, eso ya lo sé. —Colette se mordió la lengua para no soltarle al mozo que se metiera en sus asuntos—. Mis amigos, sí, pero mi hijo no creo que se haya ido.

El director miraba a su empleado como si estuviera esperando una explicación. Veía en la pantalla que había una suite con el nombre que ella le había dicho y no entendía nada.

—Efectivamente, su hijo no ha dejado la suite todavía.

—¡¿Está en una suite?! —exclamó con indignación, ella se había alojado en una habitación y él llevaba a Zoe a... Cogió aire con fuerza para no soltar lo que le venía a la boca—. ¿Eso quiere decir que están arriba?

—Tal vez sí o no. —El recepcionista se daba cuenta de que ante sí tenía a una verdadera arpía—. Nosotros no sabemos ni nos incumbe lo que hagan nuestros clientes, deben estar paseando por la ciudad o tomando el sol en la playa, quizá hasta en la piscina o disfrutando en

alguna otra de las instalaciones del hotel.

—Dígame el número de la suite, yo misma subiré a ver si están allí. —El tono de voz de Colette había cambiado, en esos momentos se podía palpar la rabia.

—Espere un momento, por favor, yo mismo llamaré y le ahorraré el viaje. —El tipo cogió el teléfono y marcó; como él esperaba, nadie respondió—. Deben haber salido, no están.

—Y ahora, ¿qué hago yo? —En su cara se dibujó un rictus calculador, su mirada expresaba maldad, y el director miraba a aquella mujer que era como un camaleón, que tan pronto se hacía la pobrecita como de sus ojos saltaban rayos.

—Puede disfrutar de cualquier cosa que desee. —Cogió uno de los folletos del hotel y le mostró todo lo que ofrecían.

—¡Eso es para viejos! —exclamó al ver lo que le señalaba.

—Hay también entretenimiento para jóvenes —afirmó el recepcionista. No le extrañaba que el hijo de esa mujer se hubiese ido sin ella, era un verdadero incordio.

—Dígame el número de la suite, subiré de todas maneras, igual no han escuchado el teléfono.

—Llámelo al privado.

—No sirve de nada, nunca me lo coge.

—No me extraña —murmuró la mujer que la había atendido en primer lugar.

El director se lo dio y luego miró a sus empleados.

—Señor, no debería de habérselo dado, siempre nos recalca que no demos ese tipo de información.

—Por Dios, que es su madre.

—A la que yo quisiera bien lejos si pretendiera pasar un fin de semana tranquilo —indicó el recepcionista.

—¡Bobadas!

Ese hombre no sabía con el hueso que había tropezado.

Una hora más tarde, una empleada de la limpieza se ponía en contacto con la gobernanta del hotel y le decía que había una mujer en la última planta que no paraba de insistirle en que le abriera la puerta de una suite donde había el letrero de «No molestar». Esta se personó en aquel pasillo enmoquetado y preguntó qué pasaba.

—Tienes que abrir esa puerta —dijo Colette con aquella voz de

mando que siempre le funcionaba.

—¿Ah sí? ¿Ha perdido usted la llave? —preguntó la gobernanta, que no le gustó un pelo cómo aquella se había dirigido a ella.

—Sí. —Colette pensó que se le podía haber ocurrido antes, y no habría estado todo el tiempo sentada en un rincón donde había un par de sillones y una mesa con rosas frescas, desde donde veía la puerta en cuestión.

—Señora, si va a recepción le darán una copia, yo no puedo abrirla.

—Pero tú tienes la llave maestra, seguro que la mía me la he dejado dentro.

—Lo siento, tiene que ir abajo.

Colette ya estaba bastante furiosa para andarse con sutilezas.

—¿No te han dicho que te debes a los clientes? Voy a quejarme al director y en un abrir y cerrar de ojos estarás de patitas en la calle.

—Lo que usted diga, señora. —Se dio la vuelta para alejarse, y escuchó cómo murmuraba algo que no llegó a entender, seguro que se estaba cagando en todos sus muertos. No llegó al final del pasillo, pensó que aquella mujer no debía estar allí, que igual querría importunar a algún cliente, y se acercó a la limpiadora.

—¿Desde cuándo que está esta mujer aquí?

—Cuando he llegado ya estaba, no sé el tiempo que llevaría en el piso.

—Pues no debería quedarse, puede molestar a cualquiera de los huéspedes. —Volvió hacia ella—. Señora, no puedo permitir que siga aquí; si ha perdido la llave, vaya abajo y le darán otra —habló con calma, las miradas que veía que le lanzaba le hacían pensar que era una lunática.

—No voy a irme, cuando mi hijo llegue os pondrá a todos en vuestro lugar.

—¿Su hijo? —Ahora sí que pensaba que estaba como una cabra.

—Sí, mi hijo. Se aloja en esta suite y es posible que este en problemas mientras tú no quieres abrir la puerta.

—¿Cuántos años tiene su hijo?

—Treinta y siete.

La gobernanta y la limpiadora se miraron con las cejas alzadas.

—¿Tiene alguna enfermedad?

—No. —Entonces Colette pensó que esa excusa le podía servir—. Claro que le puede haber cogido algún ataque.

—Ataque ¿de qué?

—Un infarto, que sé yo.

Ante tal perspectiva, la gobernanta llamó al gerente y le contó lo que ocurría. Este llegó corriendo a la última planta con dos guardias de seguridad.

—¿Qué ocurre aquí? —Tronó la voz del hombre, que se había alarmado ante la posibilidad de un cliente moribundo.

—A mi hijo tiene que haberle ocurrido algo, él no es nada remolón en la cama y hoy todavía no lo he visto. —Colette le puso dramatismo al asunto.

—¿Está segura de que está ahí?

—Le digo que no lo he visto en toda la mañana. —Parecía desesperada, incluso se le saltaban las lágrimas.

El gerente no lo dudó ni un segundo y ordenó que abrieran la puerta. Colette se coló entre el personal del hotel y se encaminó hacia el dormitorio.

—¡Ah! —gritó.

Ante lo cual les pegó un susto tremendo a los dos que ocupaban la cama y que estaban muy entretenidos. El gerente, los de seguridad y las limpiadoras corrieron hacia ella y se encontraron con la pareja haciendo esfuerzos por cubrirse.

—¿Qué está pasando aquí? —Rugió la voz de Steve. La insonorización del dormitorio había impedido que escuchara nada. De todas maneras, estaba demasiado ocupado para reparar en cualquier cosa que no fuera su compañera de cama—. Fuera, no se muevan de ahí que ahora salgo.

Zoe apretó muy fuerte los labios para no soltar un montón de tacos que le venían a la boca, ¿es que no podían estar tranquilos ni detrás de una puerta cerrada?

Steve cogió aire con fuerza, aquello tenía que ser una pesadilla.

—Cariño, voy a despachar a todos esos indeseables. Vuelvo enseguida.

Ella lo tomó por las mejillas, lo miró a los ojos y le dio un suave beso.

—Haz lo que tengas que hacer, voy a preparar la maleta, nos

vamos de aquí.

Él entendió que aquello ya era la gota que había rebosado el vaso.

—Como tú quieras, amor. —Le besó los labios y se levantó. Se puso unos vaqueros y salió del dormitorio. En el salón había tal tensión que podía haberse cortado con un cuchillo, los unos se miraban a los otros preguntándose en qué momento había empezado aquella locura—. Que alguien me explique por qué han irrumpido aquí cuando recuerdo perfectamente haber colgado el cartelito de «No molestar». —Su voz era fría como el hielo.

—Lo siento, señor, pero la señora ha insistido en que le debía haber cogido un infarto —habló el gerente.

—Un infarto casi me coge cuando han irrumpido de esa forma. —Miró hacia las puertas de la terraza, donde su madre se había ido a refugiar.

—Lo lamento, pero no podíamos desoír una advertencia como esa. Póngase en mi lugar.

—La señora parecía una lunática —decía la gobernanta por lo bajo.

—Usted lo ha dicho, una lunática que no me deja en paz. —No tenía sentido discutir con aquellos que no tenían ninguna culpa de que su madre fuera como era.

—¿Quiere que nos la llevemos? —preguntó uno de los seguratas.

—Sí, sáquenla de aquí, ahora mismo estoy demasiado furioso para hablar con ella.

—¿Va a denunciarla?

Él se quedó mirando la espalda tensa de su madre, estaba seguro de que escuchaba todo lo que decían.

—No, no voy a hacerlo, solo llévensela de mi vista.

—Sí, señor.

Todos fueron desfilando, y al quedarse solo, cerró la puerta con rabia. Se tomó un whisky del minibar y volvió al dormitorio. Zoe estaba en la ducha y la maleta estaba a punto de cerrarse. Se reunió con ella bajo los chorros del agua y la abrazó.

—Siempre va a ser así, ¿verdad? —susurró ella apoyándose en él y oyendo el fuerte retumbar de su corazón.

Él soltó un suspiro que más bien pareció un rugido.

—Junto a ti puedo lidiar con todo.

Ella se separó y lo miró a los ojos, él vio que los verdes estaban apagados.

—Me alegro de que estés tan seguro, yo no lo estoy tanto. Te amo con toda mi alma, pero no me veo capaz de tener la paciencia que tú tienes con ella. No quiere que estés conmigo, y no parará hasta vernos separados.

—No lo voy a consentir —dijo él apretándola contra su cuerpo—. Lo tendrá que aceptar por las buenas o por las malas. Te quiero demasiado para dejarte escapar.

Ella dudaba de que Colette bajara del burro, se temía que se había convertido en una espina que la consumiría hasta que no quedara nada de ella misma. No se convertiría en una sumisa a los deseos de una mala mujer.

Capítulo 11

Llegaron a casa con el ánimo por los suelos, Colette había llamado varias veces a Steve y este había rechazado las llamadas. Aún no se le había pasado el enfado, necesitaba tiempo para digerir que su madre quería controlar su vida a su edad, cualquiera diría que era un crío de teta.

Al día siguiente en el trabajo, todos preguntaban cómo les había ido en aquella escapada, y ambos decían que fantásticamente. ¡Ay, si supieran!

Zoe evitaba a Steve, las veces que se cruzaron en los pasillos de planta, ella se hacía la distraída, y eso le molestaba mucho. Necesitaba sus sonrisas, sus guiños. Al terminar su turno, Steve fue a visitar a su madre. Esta lo había llamado diez veces ese día, y él no había hablado con ella en ninguna ocasión.

—Hola, Olivia, ¿dónde está su excelencia? —preguntó a la sirvienta de confianza de su madre.

—Está de un humor de mil demonios, yo me pondría un casco para reunirme con ella.

—Seguro que mi mala leche es mayor que la suya, igual le tienes que poner el casco a ella.

—¿Qué ha hecho esta vez?

—Mejor no preguntes.

—Uf, me lo pondré yo, ya veo que el horno no está para bollos.

Colette estaba en el porche de la parte de atrás de la casa, sentada en el columpio y con un martini en la mano.

—Hola, madre —saludó él al traspasar la puerta.

Ella se lo quedó mirando con el ceño fruncido, vio que se sentaba en uno de los sillones frente a ella, y por su expresión supo que se avecinaba una bronca. «La mejor defensa es un buen ataque», pensó.

—¡Ya era hora de que dieras señales de vida!

—Como puedes ver, al fin y al cabo, no me dio el infarto —dijo él aludiendo al caos que había desencadenado en Miami.

—Claro que no, solo lo dije para que abrieran la maldita puerta.

—¿Por qué? —Al no tener una excusa válida, ella no respondió, se lo quedó mirando—. En primer lugar... ¿Cómo supiste que estábamos allí?

—Fue pura casualidad.

Él supo que estaba mintiendo.

—¿No le habrás encargado una de tus investigaciones a tu amigo Baker? ¿Acaso me está siguiendo? —Steve sabía que su madre no daba puntada sin hilo, y que solía contratar los servicios de ese investigador privado cada vez que le presentaban a alguien. No quería entre su círculo de amistades a personas que no estuvieran a su nivel económico. Por la cara que ella puso supo que no iba desencaminado —. Me estoy acercando a la verdad; pues yo no tengo nada que esconder, y si lo tuviera me da igual que te enteres. Lo que me molesta es que montes un circo, que arrastres contigo a tus amigos, los cuales se fueron antes de lo previsto con una pobre excusa, y apostaría que ya no serás tan bien recibida en su casa. Ve manipulando a la gente y te quedarás sola.

—Te tendré a ti. Eres lo único que me importa.

Steve soltó un resoplido.

—Si sigues así, es posible que hasta yo termine alejándome.

Colette puso cara de terror, y cambió de táctica. Se cubrió el rostro con las manos y soltó unas lágrimas, sabía que él no era inmune a sus lloros.

—¡¿Cómo puedes decirle esto a tu madre?! —exclamó levantando la cabeza y mirándolo con los ojos muy abiertos.

Steve iba a decirle que lo suyo era para llevarla al psiquiatra, que

tenía fijación con él, pero no lo hizo.

—¿Te das cuenta de que hoy me has llamado diez veces? ¿Te encontrabas mal? ¿Me necesitabas para algo?

—Solo quería hablar contigo, te echo de menos. —Colette sacó un pañuelo y se sonó los mocos ruidosamente.

—Con el tiempo que llevo fuera de casa ya podrías haberte hecho a la idea de que soy adulto, tengo mi trabajo y no puedo estar todo el día de cháchara contigo. —Por la mirada de cachorrito abandonado que ella puso, él supo que no habría forma de razonar con ella—. Además, tienes una larga lista de amigas que tú misma has escogido, si las llamas estoy seguro de que estarán encantadas de charlar y hasta de ir al cine, a merendar o de tiendas, que eso os encanta a todas.

Colette se daba cuenta de que desde que había llegado no había nombrado a Zoe en ningún momento, ¿se habrían separado? ¿Habría logrado su propósito al ir a Miami?

—¿Cómo está Zoe? ¿Cómo es que no ha venido contigo?

El cambio de conversación lo pilló por sorpresa.

—Ha doblado turno para recuperar los días que estuvimos fuera.

Ella apretó las muelas.

—¿Es tu manera de decirme que ha salido con sus amigas?

—No, está trabajando. —Steve se daba cuenta de que cuando no le interesaba lo que decía, su madre cambiaba de conversación, y no le gustó el tonito que había empleado al preguntar por Zoe. Tenía que lograr un consenso para mantener la paz en su vida o sería él quien se volvería loco.

—Entonces puedes quedarte a cenar conmigo. —La expresión de su cara había cambiado, en esos momentos se le había pasado la congoja y estaba alegre.

—Me quedaré, siempre y cuando no llames a ninguno de tus amigos. Los dos solos.

Ella hizo una mueca que no le pasó desapercibida. Ya estaba volviendo a maquinar alguna de las suyas, pensó él.

—Aguafiestas —murmuró ella.

—¿Qué has dicho?

—¿Yo? Nada.

La había escuchado perfectamente.

—Mira, para que nos veamos un poco más, lo que haremos será

venir un día a la semana a cenar contigo.

—Cuatro días. —Trató de embaucarlo ella.

—Dos días —sentenció él.

—Tres.

—No, dos. Trabajo mucho y necesito descansar.

—Eso no ocurriría si te hubieses dedicado a la política como tu padre.

—No empieces. —Steve no quería escuchar otro sermón sobre lo que podría haber viajado si fuese diplomático.

Colette se calló, pero ya encontraría el momento para alejarlo de ese trabajo, pensó.

—Entonces vendrás dos días a la semana, me avisarás con tiempo para...

—No —la interrumpió él—. Vendremos cuando queramos.

—¡¿Vendréis?!

—Claro, Zoe vendrá conmigo, y creo que tu cocinera siempre tiene la despensa llena, no le costará hacernos cualquier cosa para cenar.

—Imaginé que lo harías solo, a ella no la echo de menos.

Steve la miró con una ceja alzada.

—Si te molesta, me quedaré en casa con ella.

Aquellas palabras le advertían que se había pasado.

—De ninguna manera, ¿cómo puedes pensar eso? —habló con la boca pequeña—. Aunque ya sabes que suelo invitar a mis amigos, tal vez ella no se sienta a gusto entre ellos.

—Es posible que la idea de avisarte para estar solos sea la mejor, no por Zoe, a ella la adora todo el mundo que la conoce, y suele divertirse en compañía de otras personas. Es por mí, me agotan esos encorsetados amigos tuyos. —Colette supo que aquello era un insulto hacia sus conocidos, se mordió la lengua para que Steve no diera un paso atrás—. Y otra cosa, seré yo quien te llame cada día en algún momento, deja a las muchachas del hospital en paz.

—Pero, hijo...

Él estaba marcando unas líneas que si ella sobrepasaba no habría trato.

—¿No te das cuenta de que te has convertido en el hazmerreír del centro?

—¡Serán maleducadas! —masculló.

Si ella supiera que se hacían apuestas entre las que atendían al teléfono para ver quién acertaba las veces que llamaría cada día.

Steve volvió a casa pensando que había hecho un gran progreso con su madre, no sabía él lo equivocado que estaba.

Capítulo 12

Cuando Zoe se enteró de la charla de Steve con su madre, no se podía creer que ella hubiese accedido a las exigencias de su hijo. Se preguntaba cuánto iba a durar aquella tregua.

—¿Estás seguro de que no se había fumado nada? —dijo una sorprendida Zoe, con los ojos llenos de picardía.

—No te pases. —Steve la envolvió entre sus brazos y sonrió—. Aunque no sé cuántos martinis se había tomado.

Ella levantó los ojos hacia él, y lo vio sonriendo como un demonio.

—No me lo estás contando todo, ¿verdad? —Zoe se temía que Colette no habría sido fácil de convencer.

—Digamos que hemos negociado un poco.

—Uy, miedo me dan esas negociaciones.

—Iremos a cenar dos días por semana.

Los ojos verdes de Zoe se abrieron con desmesura al escucharlo. ¿Es que se habían puesto de acuerdo los dos para torturarla?

—¿A cambio de...?

Él le contó las exigencias y ella no terminaba de fiarse de que ella hubiese aceptado, seguro que ya estaba haciendo planes para torturarla.

***

Colette hizo un esfuerzo titánico para contenerse de llamar a Steve, a cambio él cada día hablaba con ella un rato, aunque las veces que lo hacía desde el trabajo la dejaba con la palabra en la boca porque lo requerían en alguna parte.

El primer jueves que fueron a la mansión de Colette, esta mandó a la cocinera que les preparara una sopa de cebolla y un pollo al vino.

—No hace falta que le des tanto trabajo, Colette, con unos aperitivos y la sopa tenemos bastante —señaló Zoe, ellos no solían cenar tanto.

—Por un día que venís dejadme que os agasaje. Si me hubieseis avisado antes ya estaría preparado. —Los precedió hacia el jardín de atrás, y antes de salir le dijo a Olivia que les sirvieran unos aperitivos.

Zoe se calló al advertir que ya les estaba echando en cara ir sin prevenirla. Durante la hora siguiente, se vio relegada de la conversación entre madre e hijo. Colette le hacía un gesto con la mano cada vez que ella intentaba hablar. Le contaba a Steve sobre fulanito o menganito, a los cuales él conocía, se metía en sus vidas, en sus negocios y en sus familias, parecía saber todo de todo el mundo. ¿Cómo lo hacía?, se preguntaba ella.

En una ocasión que se calló para tomar un sorbo de su martini, ella aprovechó para hablar.

—Y los Tyler, ¿cómo están?

—No me relaciono con ellos, resultaron ser unos estirados. —El semblante de Colette era molesto.

A Zoe no se lo habían parecido en Miami, donde los conoció.

—A mí me gustaron.

—Aún eres muy joven para saber calar a la gente.

—Si tú lo dices. —Zoe recordó la rápida marcha de los Tyler al día siguiente de conocerlos; primero, el mensaje erróneo que le dieron a Steve, de que ella estaba en la playa, y luego el caos que ella había montado en el hotel. También le vinieron a la memoria las palabras de Janet al despedirse, advirtiéndola. Estaba segura de que se habían dado cuenta de lo manipuladora que era y por eso se marcharon.

Durante la cena, Zoe se mantuvo callada, dejó que Colette acaparara la atención de Steve, estaba segura de que si se levantaba y se iba a la cocina a hablar con las sirvientas se lo pasaría mejor que

sentada en aquella mesa lujosa, y seguro que no la echarían de menos.

La guinda del pastel vino al terminar la cena, mientras se estaban tomando un café, llamaron a la puerta.

—Boby, Alexis, ¡qué alegría veros! —Colette los saludó con efusividad, con sendos besos en las mejillas, a esa pareja de mediana edad, pero sin llegar a tocarse las caras—. Y habéis traído a Samanta y Rebeca, ¡qué guapas están! ¡Qué sorpresa que hayáis venido!

Zoe miró a Steve y este le hizo un gesto con los hombros, como queriéndole decir que no sabía nada de esa gente.

—Cuando les hemos dicho a las chicas que veníamos a tomar café, enseguida se han puesto en marcha. Ya sabes que te adoran —dijo Alexis con una gran sonrisa a Colette.

—Os presento a mi hijo Steve, ellos son los Cage. —Él se levantó y estrechó la mano a los cuatro.

—Ella es mi mujer, Zoe —habló él.

—¿Ya estáis casados? —preguntó con impertinencia Rebeca.

—¿De qué sirve un documento firmado? —Steve cogió a Zoe de la mano y, llevándosela a los labios, la besó—. No necesito papeles para estar con la mujer que amo.

Las mellizas se miraron la una a la otra, contrariadas.

Zoe veía que Colette ponía mala cara ante las palabras de su hijo, y supo que habría estado toda la semana reuniéndose con sus amigos después de cenar, para que alguien coincidiera con ellos, le era igual quien fuera. Estaba evaluando la reacción de su hijo ante aquellas chicas.

A los pocos minutos de la llegada de aquellos, apareció Olivia con una gran bandeja con cafés y copas. Steve y Boby se tomaron un coñac mientras hablaban del tiempo. Las mujeres bebían licor de naranja, y Zoe rehusó la copa que le servía Colette.

—Gracias, pero no, con el vino de la cena tengo suficiente.

—Un poco no te hará daño.

Ella se quedó mirando la copa de balón que estaba llena hasta la mitad. A las otras no les había puesto tanto, ¿es que pretendía emborracharla? Cogió la copa y no dio un solo trago, se limitó a sostenerla.

La atención de Colette hacia las chicas las hacía comportarse como si tuvieran quince años, a pesar de haber pasado los veinte en

mucho.

—Podemos salir al jardín, hoy hay unas estrellas preciosas —propuso Samanta.

—Claro que sí —asintió la dueña de la casa, complaciente.

En el momento que se giró para sonreír a la chica, Zoe volcó parte del licor de su copa en la de Colette. Al levantarse para seguir a todos al exterior, le dijo a esta:

—Tenías razón, este licor está muy bueno, no te dejes la copa.

Samanta explicó que estaba estudiando Astronomía.

—Es un *hobby* que tengo desde niña, es apasionante el firmamento.

Zoe los dejó a todos allí, admirando el firmamento y alabando a la chica que presumía de sabiduría, iba hacia el servicio cuando vio a Olivia, que estaba pendiente de que no les faltara nada a los invitados.

—Lleva toda la semana reuniéndose con sus amigos a la hora del café, ¿verdad? —preguntó al pasar al lado de la sirvienta.

—¿Cómo lo has sabido?

—Ha sido una intuición.

—¡Chica lista! —señaló Olivia.

Al volver al jardín, y mientras Samanta les señalaba los cuerpos celestes a todos, que se habían reunido a su lado viendo lo que ella les enseñaba, Zoe acabó de echar el licor en la copa de Colette, no le iría mal levantarse con resaca a la mañana siguiente, así se acordaría de ella, pensando que estaría igual.

Steve vio que ella se había quedado sentada en uno de los sillones y se le acercó.

—No te interesa el tema, ¿verdad?

—Ahora mismo no, quizá otra noche.

—Es hora de que volvamos a casa —dijo él mirando el reloj—. Señores, la compañía es muy buena, pero nosotros mañana tenemos que madrugar. —Steve llamó la atención de todos.

—¿Ya os vais? —preguntó una contrariada Colette—. La noche es joven.

Zoe vio una alegría y un extraño brillo en los ojos de la mujer, miró la copa, y estaba vacía.

—Tómate otra copa por nosotros —la animó Zoe con una gran sonrisa—. Gracias por esta velada tan entretenida. Hasta otro día.

Steve conducía y notaba a Zoe extrañamente callada.

—¿En qué piensas?

—En que por muchas normas que le pongas a tu madre, siempre encontrará la forma de saltárselas. ¿Sabes que lleva toda la semana recibiendo a sus amigos a tomar café?

—¿Cómo sabes eso?

—Cariño, ¿tengo cara de tonta?

Él también había llegado a esa conclusión.

—No, cielo, me lo había imaginado.

Steve se había dado cuenta de que su madre ya no esperaba a que Zoe no estuviera presente para presentarle a jóvenes bonitas, y lo malo era que ellas le seguían la corriente, aunque supieran que él tenía pareja. ¿Con qué clase de personas se codeaba?

Capítulo 13

Zoe estaba triste, ese día en el hospital había resultado duro, solo quería llegar a casa para acurrucarse en el pecho de Steve y que este le murmurara palabras que, aunque no representaran nada, la tranquilizaran. Sin embargo, él malinterpretó su estado de ánimo, y su ego se hinchó como un pavo real.

—No tienes de qué preocuparte, sabes que solo tengo ojos para ti.

Que no se interesara por lo que realmente le ocurría la molestó.

—Sabes que no todo el mundo gira a tu alrededor, ¿verdad? —Su tono debería haberlo alertado de que no estaba así por él, pero no lo hizo.

Zoe estaba harta de que cada vez que se cruzaba con Steve en el hospital, este iba rodeado de enfermeras que parecían ofrecerle sus bragas en bandeja de plata, y él se dejaba querer. Regalaba sonrisas a todas esas tontas que sabían muy bien que era su pareja, que hacía dos años que convivían; no obstante, no dudaban en arrimarse más de la cuenta, sobre todo cuando sabían que ella andaba cerca. Lo hacían a propósito, y ella estaba cada día más irritable. ¿Pretendían que su relación terminara para poder llevárselo al huerto? De lo que no se daban cuenta las muy idiotas era de que, aunque ella se cansara de la situación y lo mandara a freír espárragos, seguirían teniendo competencia. Eran todas las de la planta de cirugía traumatológica las

que le dedicaban caídas de pestañas y miradas lujuriosas.

Steve era muy consciente de que a Zoe le molestaba.

—Sabes que nadie me importa más que tú.

—¡No estoy celosa! —exclamó esa noche, cuando él le hablaba de una recién operada y ella hizo una mueca—. Y no lograrás convencerme por una paciente, es sabido que suelen enamorarse de sus médicos, lo que se les pasa en cuanto salen del hospital.

—¿Quieres decir que solo te molestan las chicas de trauma?

—No me escuchas. Lo que no soporto es que andes por ahí como un maharajá con su corte de concubinas. Cualquier día sus babas harán resbalar a algún paciente.

Él se rio ante la ocurrencia de ella, que no era la primera vez que la escuchaba. Se le acercó y le besó el cuello.

—¿No me digas que no estás ni un poco celosita? —dijo dándole un suave mordisquito bajo la oreja.

—¿Debería?

—No lo sé, yo sí lo estaría si los hombres te miraran como a mí. —Trataba de provocarla y ella lo sabía.

—¿Quién te dice que no lo hacen? Lo que pasa es que son más listos y esperan a que no haya público alrededor.

La mandíbula de Steve se abrió por la sorpresa. Sabía que el carácter desenfadado y bromista de ella gustaba a todo el mundo. Además, era una mujer muy guapa y segura de sí misma, lo que a él lo había enamorado, y escucharla decir que los hombres le tiraban los tejos no le gustó nada.

—¿Pretendes que me ponga celoso yo? —preguntó entre dientes.

—De ninguna manera, solo ha sido un comentario para que ese ego tan grande que tienes se deshinchara un poco.

—¿Me estás llamando «arrogante»? —Su voz era molesta, y ella pensó que le iría bien probar un poco de su propia medicina.

—Yo no lo he dicho, lo has dicho tú.

Steve frunció el ceño, y la miró con sus ojos gris claro transmitiéndole enojo.

—¡Yo no soy engreído!

—Si tú lo dices... —El tono de ella mostraba que le daba la razón como a los tontos.

—Pues no sé lo que haces con un tipo tan ególatra como yo.

—Vamos a dejarlo, ¿quieres? —propuso Zoe al ver que se estaba enfadando por una nimiedad.

—No, quiero terminar esta conversación —insistió él.

—Pues yo no. —Se empecinó ella, que veía los nubarrones de tormenta en los iris plateados.

—¿Por qué no? ¿Acaso ya no te importa que mis ojos vean más allá de ti? —repuso Steve.

—¿Estás tratando de decirme algo? ¿Alguna de esas estúpidas te gusta? —Zoe se estaba enojando con mucha rapidez.

—Son todas muy majas. —A Steve lo había molestado saber que ella recibía atenciones de otros hombres, y pretendía que ella sintiera lo mismo. Que ella admitiera que no estaba celosa de todas esas chicas que se lo comían con los ojos y que competían entre ellas para ver quién se llevaba algún elogio o piropo de su parte le había sentado mal. Sobre todo, porque se dio cuenta de que no le hacía ninguna gracia que otros vieran en ella lo que a él lo había embobado.

—Entonces ¿qué estás esperando, que yo te dé mi bendición para irte con la más tetuda? Sé muy bien que te gustan las mujeres con buenos pechos, cosa que yo no tengo. —El tono de voz de Zoe demostraba que su cabreo iba en aumento.

—Ahora que lo dices... —Ya había conseguido que a ella se le calentara la sangre como sentía la suya.

Zoe sabía que le molestaba que ella no se mostrara celosa, lo estaba; no obstante, no iba a demostrárselo, su engreimiento subiría hasta las nubes.

—Oye, que no te mantengo atado a la pata de la cama.

—¿Quieres decir que no te importaría si yo me fuera de copas con alguna de ellas?

A Zoe se le había acabado la paciencia. ¿A qué venían todas esas gilipolleces?

—¿Quieres hacerlo? —Él no contestó, y ella lo tomó como una afirmación, su genio estaba a punto de explotar—. Adelante, ve, no seré yo quien te detenga. —Sus ojos no se separaban, eran como dos titanes desafiándose—. ¿Tú eres tonto o qué? Si quieres hacerlo eres muy libre; es más, si lo deseas, lo vas a hacer a mis espaldas. Lo único que te pido es que si prefieres estar con otra, tengas huevos y me lo digas a la cara. No soporto que me engañen y me tomen por imbécil.

—En su enfado, Zoe gesticulaba con las manos.

Steve estaba molesto por el desapego que mostraba ella, parecía que deseara que se apartara.

—Si ya me decía mi madre que yo era demasiado hombre para ti.

Aquello ya era el colmo, pensó Zoe, que se había quedado con la boca abierta al escucharlo.

—¡¿Qué dices?! —exclamó ella lanzando rayos por sus brillantes ojos verdes—. ¿Le vas contando nuestras cosas a tu mami?

—No, ella es muy observadora.

Aquellas palabras le sentaron a ella como un jarro de agua helada en la espalda.

Zoe hizo una mueca con la boca.

—Querrás decir «manipuladora».

—Eso también —reconoció el.

—¿Me estás diciendo que después de dos años viviendo juntos, tu madre te entiende mejor que yo?

—Ella me conoce muy bien. —Steve se daba cuenta de que su enojo por enterarse de que ella gustaba a otros hombres había disminuido y estaba diciendo estupideces. A medida que subía el cabreo de ella, el suyo bajaba. Era muy consciente de que su madre se había dedicado a meterse en su relación, a amargarles la existencia; que Zoe se había mordido la lengua más de una vez para no soltarle cuatro frescas.

—Mejor que yo, por lo que veo. Nunca me habría imaginado que un hombre que yo suponía hecho y derecho se dejara mangonear por su madre. —Los ojos verdes de ella lanzaban chispas, había aguantado lo indecible de Colette, y en ese momento él le salía con esas. No se lo podía creer.

—Estás tergiversando todo lo que digo.

—Creo que no, lo has dejado muy claro, no me tomes por imbécil; por primera vez entiendo esas miradas relamidas que siempre me ha lanzado. Yo he sido el pasatiempo de su hijo mientras ella... ¿acaso te ha estado buscando a alguien durante este tiempo?

Ambos sabían que sí, ella solo quería que lo reconociera.

—No digas idioteces, mi madre siempre ha apoyado nuestra relación.

—Eso no te lo crees tú ni borracho. —La lengua de Zoe ya estaba

desatada.

Un silencio denso los cubrió.

—Lo ha hecho; sin embargo, yo siempre te preferí a ti.

—Hablas en tiempo pasado —gritó ella—. Ya estoy harta, vete con tu mamá. O con todas esas calientabraguetas que te gustan tanto.

Él dio un paso hacia ella, y ella retrocedió. Todo había empezado con querer chincharla un rato y se había torcido de mala manera.

—¡¿Qué estás diciendo?! —exclamó él, que no se esperaba aquellas palabras llenas de ira.

—Yo, al contrario que tú, escucho, y desde que has abierto la boca no has dicho más que sandeces. —Zoe hablaba con rabia—. Te encanta que todas las mujeres vayan detrás de ti; además, tu querida mamá te busca pareja, y no le ves nada malo, lo aceptas sin rechistar dándole alas a que siga haciéndolo. Ahora veo lo poco que me respetas. —Con aquella parrafada se estaba quedando sin aliento—. ¿Sabes qué te digo? No hace falta que te vayas, soy yo la que me largo de aquí. No te podrás quejar, te dejo el camino libre para que todas tus amiguitas vengan a consolarte, y no te olvides de decirle a mamá que me he ido.

Furiosa como estaba, iba a pasar por al lado de él, cuando sintió su mano en el brazo.

—No puedes estar hablando en serio.

—¿Que no? Mírame. —Zoe se libró del amarre, cogió su bolso y, cuando llegaba a la puerta del piso, se giró—. Mañana vendré a recoger mis cosas.

Steve se quedó mirando la puerta que se cerró con un chasquido sordo, preguntándose qué había ocurrido.

Capítulo 14

Zoe fue al aparcamiento del edificio, cogió su Mini Cooper Clubman blanco y salió de allí. Condujo sin destino hasta llegar al faro del canal nuevo. Allí paró y dejó que esas lágrimas que estaba reteniendo se desbordaran.

Sabía muy bien a qué venía el extraño humor que la agobiaba. Esa tarde la habían reclamado en urgencias por una compañera que estaba enferma, y durante el turno había llegado al hospital un niño que se había caído desde una terraza con múltiples roturas de huesos, y no pudieron hacer nada para salvarle la vida. El pequeño había luchado como un campeón; sin embargo, los médicos nada pudieron hacer.

Al salir solo deseaba volver a casa para que Steve la abrazara, y al llegar él había empezado a chincharla con la tontería de los celos. ¿Es que no la conocía lo suficiente para saber que no era eso lo que la había trastocado, que ella pasaba de esas tontainas que se morían por una sonrisa suya?

Todo se había desmadrado y los dos dijeron cosas que realmente no pensaban. Lo que le hizo más daño fue que él confesara a las bravas que su madre lo conocía muy bien y que reconociera que le presentaba a amiguitas suyas para sacarla de su vida. Aquello la había sacado de quicio, y terminó marchándose para no tirarle algo a la cabeza. ¿Qué hombre a sus treinta y siete años dejaba que su madre

controlara su vida? Lo amaba, lo amaba mucho; sin embargo, ya estaba harta de lidiar con Colette, ella nunca los dejaría en paz si él no le paraba los pies con firmeza, y por lo visto ese día aún no había llegado.

No supo el tiempo que pasó allí, mirando el mar que se estrellaba muchos metros más abajo, el cielo anunciaba tormenta, parecía estar acorde con su humor. Dejó que toda la congoja saliera, y cuando ya no le quedaban lágrimas por derramar, llamó a Meg, una de sus amigas:

—Hola, guapi, ¿cómo estás? —respondió esta al segundo timbre.

—¿Estás sola?

Meg apreció el ánimo de Zoe y supo que algo pasaba.

—Claro que sí, ¿con quién debería estar?

—¿Puedo pasar la noche en tu casa?

—¿Qué ha ocurrido con Steve? —Después de preguntar se dio cuenta de que no hacía falta que se lo contara, era evidente que su amiga la necesitaba, y cuando la viera ya le contaría lo ocurrido—. No, no me respondas, ¿quieres que vaya a buscarte?

—No, voy para allá.

Meg vivía en un espacioso apartamento en Pirate Alley, mientras esperaba a Zoe se estuvo preguntando qué habría pasado con Steve. Sabía que este tenía una madre que era un coñazo, pero que la mantenía a raya.

Cuando vio el aspecto de su amiga, la tristeza y los ojos hinchados, la abrazó contra su cuerpo y Zoe se desmoronó. La guio hasta el salón que comunicaba con la cocina, que era la estancia mayor del piso, donde se reunían las amigas en más de una ocasión. Dejó que sacara toda la angustia que Zoe llevaba dentro, que las lágrimas liberaran el dolor que había visto en sus ojos esmeraldas que en esos momentos no lucían brillantes como siempre, parecía que su luz interior se hubiera apagado. Cuando notó que empezaba a hipar, le sirvió un vaso de agua.

—Tranquila, cielo, no sé qué ha pasado, pero seguro que tiene solución.

—No, estoy harta —habló entrecortadamente Zoe—. No pienso volver.

—Volver, ¿dónde? —Meg le acercó una caja de pañuelos de papel que tenía sobre una mesita auxiliar.

—No voy a volver a casa con Steve... lo quiero... pero no soporto su vanidad, su ego, ni a su madre.

—A ver, empieza por el principio y cuéntame lo que ha ocurrido. —Meg vio la mirada de su amiga, era triste y le dieron ganas de ir en busca de Steve y romperle la cara, no se merecía la angustia que veía en los ojos de Zoe. Después de escuchar a su amiga, se sentía furiosa con aquel idiota sin corazón—. ¿Tienes hambre? —preguntó, a ella se le había pasado.

—No.

—Deja que te prepare una infusión, necesitas descansar. Mañana será otro día.

Aquella noche, Zoe apenas pegó ojo. A la mañana siguiente, se vistió con ropa de su amiga, y solucionó con maquillaje las ojeras de no haber dormido. No tenía ningunas ganas de ir a trabajar; sin embargo, no le daría a Steve la satisfacción de verla derrotada. ¿Cómo iba a lograrlo?, pensaba mientras conducía hacia el Tulane Center.

Capítulo 15

Tirado en la cama, solo, Steve se preguntaba qué había pasado con Zoe. Solían tener encontronazos por su éxito con las mujeres; no obstante, esa noche había sido distinto. Que ella mencionara que había hombres que le regalaban los oídos lo sacó de sí, unos celos que no había sentido hasta el momento se enroscaron en su estómago y no controló lo que decía.

Sabía que en su enfado había dicho cosas que la habían herido. Hablarle de las mujeres que solía presentarle su madre, sumado a las tontas enfermeras que reclamaban su atención, no había sido lo más inteligente con lo que últimamente habían pasado. Cualquier mujer en su lugar lo habría mandado al carajo mucho antes, no habría aguantado lo que ella, tenía más paciencia que una santa.

En algún momento de la noche, en alguna vuelta en aquella cama deshecha por completo, pensó que su madre se había propuesto separarlos y lo había conseguido. «¡No!», le gritaba su mente. Sin embargo, desde el fondo de su corazón, algo le decía que aquella súbita marcha quería decir que ella había llegado al tope de su resistencia, y no la culpaba.

Reconocía que sí, era halagador que las mujeres se giraran a mirarlo; no obstante, su vanidad le había costado muy cara. Debía hacer lo que fuera necesario para recuperarla, ella era su amor, la otra

mitad de su alma, era preciosa, cariñosa, divertida y lo hacía feliz, ¿qué más le podía pedir a la vida?

Recordó lo que ella le había confesado al día siguiente de cenar con su madre, y que esta se quejaba de una fuerte jaqueca. Había sido lista y le había devuelto la pelota sin armar ningún escándalo. La resaca de Colette los había hecho reír en más de una ocasión.

También le vino a la memoria su madre, chismorreando sobre Zoe y sus amigas cuando estaban solos, así descubrió que el amiguete investigador privado se había dedicado a hacer averiguaciones sobre todas ellas.

—No tienes ningún derecho a fisgar en las vidas de estas mujeres —le había reprochado él.

—Claro que sí, ¿qué te crees que hago cada vez que me presentan a alguien? No quiero a buscavidas cerca de mí... y de ti tampoco.

—Madre, ya no soy un niño, sé con quién me relaciono, en quién confiar.

—¡Ja! —había exclamado ella—. Si tú lo dices.

—Sí, yo lo digo, y si me entero que alguien las molesta, las animaré a que te pongan una denuncia. ¿Qué pensarían tus amigos si supieran que los has investigado? Estoy seguro de que más de uno te volvería la espalda y empezarían a alejarse de ti como si fueras una apestada. No, no, ¿qué digo? Nadie quiere estar con alguien en quien no puede confiar, que se mete en los asuntos personales y financieros. Sería interesante ver a quién le importa o no lo que estás haciendo. —Al ver la cara de superioridad de ella, apretó un poco más las clavijas —. Sería cuestión de hacer la prueba.

—No harías eso a tu madre, ¿verdad? —Ella lo miraba con los ojos muy abiertos.

—No me pongas a prueba.

La había dejado con aquellas palabras y con la duda de lo que podía pasar si alguien descubría que Baker había investigado a todos sus amigos.

En esos momentos, reconoció que a su madre no le iría mal una visita al psiquiatra. Sus manías y sus aires de superioridad eran enfermizos, además de su manía persecutoria hacia él.

***

A la mañana siguiente, acudió al trabajo con ganas de ver a Zoe y hablar con ella, tenía que aclarar lo ocurrido; sin embargo, no tuvo ocasión, ese día tenía varias operaciones programadas, y cuando terminó ella ya se había marchado. La contactó por teléfono para verla, y ella rechazó la llamada. ¿Dónde estaría?

Al llegar a casa vio que ella había estado allí, que se había llevado toda su ropa, nada más. La habían decorado juntos, había fotografías de ellos dos por todas partes; sin embargo, no se llevó ninguna. Todo estaba en su sitio menos el armario, que estaba medio vacío. Se sentó en la cama ante las estanterías que habían contenido sus pertenencias personales, y su mente no paraba de repetirle que la había cagado a base de bien.

Recorrió la casa y le llamó la atención el llavero que descansaba sobre la mesa del vestíbulo, ella había dejado las llaves. No pensaba volver. Sintió como si una garra le apretara el corazón, la había perdido por una estúpida discusión que había empezado él.

Capítulo 16

Zoe aún no entendía lo que había ocurrido. Había estado dos años viviendo con Steve, habían sido felices, habían compartido todo, se habían amado, y de repente una absurda discusión bastó para que todo se fuera a la mierda.

El Consejo de sabias, como ella y sus amigas se llamaban en coña, se había reunido para darle su apoyo en cuanto se enteraron de lo ocurrido. Eran cinco mujeres muy distintas entre sí, cada una aportaba su opinión y trataba de animarla a su manera. De igual forma, ponían a Steve a caer de un burro, no entendían cómo había podido fingir durante dos largos años que la amaba.

—Yo no creo que fingiera —dijo Kathy, que estaba enamorada hasta el tuétano de Michael, su pareja—. Puede ser que se terminara el amor de tanto usarlo.

—Eso no es posible, guapa —replicó Ashley, ella era abogada—. ¿O acaso me estás diciendo que esperas que te pase lo mismo?

—No, de ninguna manera.

—Eso debió pasar porque encontró a otra, ya sabemos que candidatas no le faltaban —intervino Meg. Ella misma había pasado por una ruptura con un novio porque este se quejaba de sus horarios de trabajo, ¿qué esperaba, que le dijera a los delincuentes que se tomaran el día libre? Sus discusiones eran constantes, hasta que cada

uno se fue por su lado.

—Es que los hombres son de otra galaxia —sentenció Christal, esta era maestra de preescolar en el colegio Rodríguez Miró y no hacía mucho que había tenido problemas con su jefe, que en la actualidad era su pareja—. Ya sabéis que no hace tanto que habría cogido a James por el cuello y se lo habría retorcido.

—Por suerte, Michael no tuvo que intervenir —afirmó Kathy, su pareja era agente de policía.

—Hubo momentos en que no pensaba precisamente en las consecuencias, solo le miraba el cuello y apretaba los puños. Estaba tan borde que le hubiese pegado.

—Lo tuyo era violencia apasionada —Ashley se burlaba de su amiga.

—Nenas, dejaos de tonterías. Steve ha sido un cabronazo —rumió Meg—. Si quería terminar con Zoe podría haber tenido los huevos suficientes para hablar claro, no arrastrarla a una discusión sin sentido.

—Cariño, tú no desencadenaste la ruptura, está claro que él quería acabar contigo y fue muy poco hombre, estás mejor sin él. —Ashley se expresaba de tal forma que era muy convincente.

Zoe pensaba que tal vez tuviera razón, había sido tan absurdo que no lo entendía. En los años que vivieron juntos habían tenido otras discusiones, pero aquella había sido surrealista.

—Yo no estoy tan segura de que quisiera que nos separáramos —dijo Zoe.

—Estás confusa, cielo —habló Meg—. Es normal, después de todo este tiempo con él, y aguantando las excentricidades de su madre, es lógico que estés perpleja. Aún lo amas, ¿verdad?

—Claro que lo amo, ayer tuve un día difícil, estuve en urgencias y se nos murió un niño, estaba destrozada y solo quería que él me abrazara, necesitaba su fuerza.

—Y él no se dio ni cuenta de lo que tú precisabas, apostaría que... —Kathy se imaginó que Steve no le dio el apoyo que ella demandaba.

—Sabéis que siempre lo persiguen las enfermeras de planta —señaló Zoe, y las demás asintieron—. Le hace gracia, y pretendía ponerme celosa.

—¿De verdad no te molesta? —preguntó Ashley.

—Claro que me molesta, pero si ya tiene un ego tan grande como el Mississippi, solo haría falta que le dijera que estoy celosa. —Zoe miraba a sus amigas y vio su aprobación—. Para bajarle los humos le comenté que los hombres se fijan en mí, y fue entonces cuando empezó a decir estupideces. Su madre no para de presentarle mujeres.

—Ya sabemos que esa tipa está medio loca —intervino Meg.

—Yo diría que loca del todo, está para encerrar —afirmó Kathy—. Todas sabemos lo que hizo en Miami.

—Nunca me va a aceptar. —Zoe parecía derrotada.

—Si él tuviera las pelotas en su sitio le habría parado los pies —Christal soltó lo que pensaba.

—Lo ha intentado, pero no hay quien pueda con ella.

—No lo defiendas, si él te quisiera, la habría puesto en su lugar. —A Meg no le gustaba que encima lo excusara.

—No quiero obligarlo a elegir entre ella o yo. —Al decirlo una lágrima escapó de sus ojos.

—No se te ocurra ponerte a llorar por un tipo que no te merece —alertó Kathy—. Estoy de acuerdo con Meg, si te amara como tú lo amas a él, no dejaría que ella te menospreciara.

—¡Está sola! —exclamó Zoe—. Solo lo tiene a él.

—Si todas las viudas se dedicaran a controlar tanto a sus hijos, los tíos estarían en centros mentales. No habría ninguno con los tornillos en su sitio. —Meg se había encontrado en alguno de sus casos con lunáticos y aquello le parecía superior a todo lo visto.

Ashley se daba cuenta de que Zoe tenía una espina clavada en el corazón, sabía que tendría que darse tiempo para que la herida cicatrizara, que no lo iba a superar de la noche a la mañana.

—Chicas, no hay más ciego que el que no quiere ver —intervino —. Hasta que Steve no se dé cuenta de que su madre es tóxica, que en su afán sobreprotector le está amargando la existencia, aquí no hay remedio. Él es el único que puede trazar los límites de su calculadora madre. —Miró a Zoe y puso una mano encima de la de su amiga—. Te aconsejaría que no te dejaras mangonear más, que hasta que él arregle sus asuntos con esa mujer te mantengas alejada. —Al ver los ojos verdes acuosos, añadió—: Sé que va a ser muy duro para ti, pero ha llegado el momento de que te hagas valer. Que no dejes que nadie te menosprecie, nena, tú vales mucho.

Zoe se lanzó a sus brazos y lloró, se daba cuenta de que lo que decían sus amigas iba destinado a que no sufriera. Ellas la entendían mejor que nadie. ¡Qué suerte tenía de tenerlas! ¡Sus incondicionales que la apoyarían pasase lo que pasase!

Capítulo 17

Dos días más tarde, Steve al fin vio a Zoe; ella estaba atendiendo a un recién operado, y su voz, al dirigirse al hombre, le pareció música celestial. Con aquel tono y cariño se ganaba a todo el mundo, y él deseó que solo estuviera dirigido a él.

Ella levantó la mirada del hombre que atendía y lo vio rodeado de sus compañeras, lo ignoró y siguió acomodando al paciente. ¡Cómo le dolió verlo!

Él había clavado su mirada en ella, y había contenido el aliento, no tenía buena cara y su perpetua sonrisa no estaba en sus labios. En esos instantes maldijo estar rodeado de todas aquellas bobas que no paraban de reírle las gracias.

—Zoe, ¿podemos tomarnos un café cuando termines de atender al señor? —Necesitaba estar con ella a solas para hablar, para aclarar lo ocurrido.

—Imposible, me están esperando en fisio —contestó ella sin mirarlo.

—¿Cuando termines? —Él deseaba poder aclarar aquel desaguisado lo antes posible.

—Lo siento, no puedo, voy a doblar turno, una compañera de Urgencias ha cogido la baja por maternidad y saldré tarde. —Zoe le hablaba sin mirarlo; no obstante, por el reflejo de las ventanas veía

que las chicas que lo acompañaban escuchaban muy interesadas y algunas de ellas se atusaban el pelo o se recomponían alguna arruga imaginaria del uniforme. ¡Serían estúpidas!

Él también se dio cuenta de que de pronto lo verían como un trozo de carne sin dueña, un filete para degustar a su antojo. Era evidente que se habían percatado de que ya no llegaban juntos al hospital, que algo no iba bien entre ellos. Se tragó un taco.

—Muy bien, entonces ya nos veremos luego. —Hizo ese comentario esperando que lo interpretaran como si estuvieran juntos. No tuvo esa suerte, al salir de aquella habitación una de ellas lo invitó a tomarse un café cuando terminara de pasar consulta. Él rehusó y siguió con su trabajo, su humor se había agriado y no estaba para seguir con las tonterías de aquellas pánfilas.

***

Por la noche, al terminar su turno, Zoe se dirigía a su coche cuando reparó en el Chevrolet gris azulado de Steve, aparcado en la zona de médicos. Se apresuró en llegar al suyo, y la sorpresa fue mayúscula cuando lo vio apoyado en el capó delantero de su Mini.

—¿Qué haces aquí?

—Esperándote, ¿no es evidente? —Steve deseaba ir hacia ella y abrazarla, perderse en aquellos ojos que parecían lagos esmeraldas; sin embargo, ella se había parado en cuanto lo vio, como si quisiera mantener las distancias—. Tenemos que hablar.

—Sí, pero no aquí. —Zoe sabía que en cualquier momento alguien los vería y al día siguiente serían la comidilla del centro. Ya le habían preguntado con descaro si tenía problemas con el guapo doctor, era evidente que esperaban que ella confirmara que no estaban juntos para tirársele al cuello como vampiresas.

—De acuerdo, ¿dónde sugieres?

—Sígueme, vamos a un lugar tranquilo. —No quería espectadores si perdía los estribos y su lengua se desbocaba.

Zoe subió a su coche y él se apresuró hacia el suyo, salieron del recinto y ella condujo hasta el Crescent Park, un lugar a orillas del Mississippi que a esas horas estaba bastante tranquilo, había poca gente paseando a sus perros o corriendo por las rutas del parque. Aparcó y él lo hizo a su lado. Como estaba cansada después del

trabajo, se apoyó en su coche y se lo quedó mirando.

—¿Cómo estás? —preguntó Steve, no apreciaba en ella la energía que la caracterizaba.

—Cansada.

Las miradas de ambos no se separaban. El muro que ella había construido a su alrededor era palpable.

—Se nota, estás trabajando demasiado.

Ella iba a decirle que era la única forma de no estar todo el día pensando en él; no lo hizo, su ego subiría a alturas insospechadas.

—Ya sabes que me gusta lo que hago.

—Por lo que me han dicho, no siempre. —Él, mientras la esperaba, estuvo charlando con un colega, y este le contó que hacía unos días habían perdido a un niño, que Zoe había estado allí y que la vio marcharse con lágrimas en los ojos.

—¿A qué te refieres?

—Urgencias es un lugar muy duro. —Ella asintió con la cabeza, recordando a aquel pequeño—. ¿Por qué no me dijiste lo que había ocurrido?

—No tuve oportunidad, ese día tenías la vanidad por las nubes.

—Se me habría bajado si hubiese sabido que no estabas bien.

—¿Te estás escuchando?

Steve se dio cuenta de que, en otro momento, esas palabras se las habría gritado.

—Sí, parezco idiota. —Ella no lo desmintió, simplemente se lo quedó mirando—. Quiero que vuelvas a casa.

—¿Por qué? ¿Para seguir como hasta ahora? No, estoy cansada de todo este cuento. —Zoe se estaba rompiendo por dentro.

—¿De qué hablas?

—¿De verdad tienes que preguntar? —Ante la mirada plateada que la atravesaba, que se le clavaba en el corazón, cogió aire—. Ya no tengo fuerza para seguir luchando por una relación que no sé dónde nos lleva, que ahora mismo veo abocada al fracaso. —Él intentó hablar y ella levantó la mano para que la dejara terminar—. Tu madre nunca me aceptará, y las mujeres nunca dejarán de perseguirte. Te gusta demasiado tener a esa corte de descerebradas detrás de ti.

—Y ¿qué puedo hacer yo? Yo no elegí nacer con esta cara. —Steve estaba a la defensiva.

—Déjame decirte que la belleza está en el interior —lo cortó ella—. No es ningún tópico, no es una excusa de la gente mal parecida. Hay personas que son como cardos borriqueros; sin embargo, en cuanto los conoces, ves que tienen su gracia, su bondad, su humanidad, y dejas de notar su fealdad, son preciosas por dentro y eso es lo que importa.

Al escucharla se indignó, nunca había pensado que su rostro fuera a traerle problemas.

—¿Qué me sugieres que haga? ¿Una cirugía estética, tal vez?

En otra ocasión le hubiese rugido, estaba agotada incluso para eso. No le quedaban energías para batallar por una relación que solo le podía acarrear sufrimiento, y mucho se temía que cuando él se diera cuenta de que lo que les atraía a las mujeres solo era su físico, habría desperdiciado su vida. Lo amaba y no deseaba el negro futuro para él; no obstante, si no cambiaba, ella no podía hacer nada para proporcionarle una vida llena de dicha.

—¿Estás tonto o qué? No me estás escuchando, deja que salga el hombre del cual me enamoré, olvida esos humos de «soy lo más guapo que podía parir mi madre». —Zoe estaba perdiendo la paciencia; con lo inteligente que era Steve, no debería hacer falta que le dijera esas cosas—. Todas esas mujeres que te tiran besitos por las calles, o que te guiñan los ojos, solo ven en ti a alguien para pasar un buen rato, después de eso, puerta. —Ella veía incomprensión en los ojos plateados y se obligó a seguir—. Te crees que eres el médico más fenómeno del Tulane, ¿verdad? Estás muy equivocado, hay otros igual o más guapos que tú, lo que pasa que no dejan que los persiga nadie, ponen a cada cual en su lugar.

Steve se la quedó mirando muy serio, sus últimas palabras habían dolido.

—Todo lo que estás diciendo es porque estás celosa —habló como si quisiera hacerle daño.

—Los celos son falta de confianza, y ese no es mi mal.

—Entonces dime, ¿qué es lo que te hizo salir corriendo de casa?

—Tu actitud.

Steve pareció haber recibido un puñetazo en el estómago, se sentía mal porque reconocía que ella tenía razón en todo lo que había dicho. Lo hería en lo más hondo que ella le expresara sus válidas

razones y no saber qué replicarle. Zoe parecía tranquila y eso lo molestó más todavía. Deseó plantarle ante su cara defectos que la lastimaran, como ella había hecho con él, pero no encontró ninguno.

—Y ahora, ¿qué vamos a hacer? —Steve se obligó a hablar sin que se le notara que se sentía ofendido.

Zoe no estaba tan tranquila como quería aparentar, notaba que le temblaba el alma. Sin embargo, le había dicho todo lo que pensaba y él apenas había reaccionado. Se comportaba como si le estuviera hablando del tiempo, como si no tuvieran ningún problema, debía pensar que era tonta y que seguiría como si nada ocurriera.

—Necesito tiempo. —Al decirlo vio que los ojos plateados se oscurecían, no estaba tan tranquilo como aparentaba.

—¡Cuando alguien dice eso es un adiós! —exclamó él.

—No, necesito pensar con tranquilidad, y ver si soy capaz de ser esa mujer que todo el mundo espera que sea.

Aquellas palabras eran una clara alusión a su madre, y él apretó las muelas.

Ambos se daban cuenta de que no habían hablado del amor que se profesaban.

—Pamplinas, tú eres tú y nadie va a cambiarte. —Steve esperaba que aquello le dijera que él la quería tal como era.

—Estoy confusa, ya no sé si eso es así. He perdido mi capacidad de ver todo de color de rosa.

—No te creo. Sé valiente y dime que no me amas.

Aquellas palabras dichas con rabia por Steve la hundieron, no se lo podía decir porque ella lo amaba con toda su alma. Notó que le faltaba el aliento, tenía que alejarse de él antes de lanzarse a sus brazos y dejar que la consolara.

—No puedo —susurró. Se subió a su coche con los ojos anegados en lágrimas y se fue de allí.

En la oscuridad solo rota por unas farolas que alumbraban el parque a medias, él no vio el daño que sus palabras habían causado ni esos regueros que mojaban las mejillas de Zoe. Sintió que la sangre se espesaba en sus venas, y en un arrebato soltó el puño sobre el capó de su coche maldiciendo su suerte.

Capítulo 18

Tres años más tarde

Zoe trabajaba de enfermera en el Children's Hospital New Orleans; después de lo ocurrido con Steve, no soportó verlo cada día en el Tulane y fingir que no le importaba. Así que renunció a su puesto para perderlo de vista y recuperarse del duro golpe que supuso aquella ruptura. Si era sincera consigo misma, no entendía qué le había pasado, habían tenido piques semejantes en varias ocasiones; él se sabía guapo y seductor, y cuando llegaba a casa con el ego disparado, terminaban discutiendo. Sin embargo, aquellas disputas acababan entre las sábanas, haciendo el amor con tanto ardor que a ella no le quedaba ninguna duda de que la amaba.

No obstante, ese día, en el acaloramiento, él había dicho muchas estupideces entre las cuales salió su madre, esa mujer de dos caras que le mostraba una a ella y que luego, por lo visto, la destripaba al hablar con Steve. Que él admitiera tan fresco que le decía que era demasiado hombre para ella la sacó de sus casillas y había explotado.

Por si aquello hubiese sido poco, al día siguiente del que hablaron en el parque y ella le había expuesto lo que sentía, él se comportó como si Zoe fuera invisible. Pasaban los días y ella se ponía enferma cada vez que lo miraba y veía aquella indiferencia en sus ojos. Así que dejó su puesto y en poco tiempo ya tenía otro empleo en donde

practicaba su profesión.

A pesar de haber pasado tres años desde aquellos días, ella los tenía grabados a fuego en su cerebro, nunca más volvería a confiar en un hombre. En el momento menos pensado se les cruzaban las neuronas y se volvían estúpidos. Sola estaba perfectamente bien, había alquilado un apartamento cerca del hospital donde trabajaba y disfrutaba de la vida. Tenía encuentros esporádicos que solo representaban sexo, y cada uno que se apañara por su lado. Ni lavar, ni planchar ni cocinar para nadie que no fuera ella o sus amigas cuando las invitaba a una reunión del Consejo de sabias. Esos días se pasaban horas explicándose sus cosas y arreglando el mundo, como solían cachondearse.

Cada día al acostarse sus pensamientos estaban con él; sin embargo, sabía que no era posible un futuro común. Lo había amado mucho, y le había costado superar aquel dolor de perderlo, ese que aún le arañaba el corazón al imaginárselo con otra mujer. Pero debía ser fuerte y salir adelante sin él. Era consciente de que aquel amor no volvería a sentirlo jamás, ese tren ya había pasado, y se había convencido de que debía tomarse la vida como viniera, sola y sin ningún hombre.

En los momentos de soledad en la gran cama de su dormitorio, se preguntaba qué habría sido de su vida. ¿Habría encontrado a otra o estaría disfrutando de su legión de estúpidas que lo seguían a todas partes? ¿Habría formado una familia o estaría viviendo con Colette? ¿Habría hallado al alguien que le cayera bien a su madre?

«Nenas, esta noche tengo ganas de ir al Barrio Francés a tomarme unas copas, ¿quién se apunta?», escribió un wasap.

Al momento tenía la respuesta de Ashley y Meg. Kathy y Christal se habían descolgado de sus salidas nocturnas de copeo. Se encontraban con ellas cuando salían de compras, a comer o había algún problema; si era así, todas ellas acudían en tropel a buscar soluciones, Michael y James, sus parejas, respetaban la gran amistad que las unía.

Las tres coincidieron a las seis y fueron a dar una vuelta antes de entrar en cualquier local, el ambiente era festivo, como siempre en aquella parte de la ciudad. Caminaban por la Royal St. y se detuvieron en la célebre casa encantada LaLaurie Mansion, por los alrededores

siempre había mujeres leyendo las manos o tirando las cartas del tarot. A unos metros de ellas había una con unas faldas negras hasta los pies, con una camisa blanca rematada de abalorios de colores y en la cintura llevaba un pañuelo anudado con cuentas doradas. Estaba sentada ante una mesita redonda cubierta por un paño de terciopelo rojo pasión y a su espalda, en la pared del edificio, había un letrero que rezaba «Madame Giselle».

—Guapas, ¿queréis saber el futuro que os espera? —dijo la mujer con una voz sedosa y acariciante.

Las unas se miraron a las otras con una sonrisa. Ashley y Meg empujaron a Zoe a la silla que la pitonisa tenía enfrente.

—Seréis tontas, ya sabéis que no creo en estas cosas —musitó para que la mujer no la oyera; no obstante, lo hizo.

—Dame la mano izquierda, preciosa, vamos a ver si adivino algo de todo eso en lo que no crees.

—Lo siento, señora, no quería ofenderla.

—No lo has hecho, cariño, hay muchos como tú que se sorprenden. —La mujer pasó los dedos por su mano con mucha suavidad—. Celos, has sufrido por celos. —Los ojos de madame Giselle se clavaron en los suyos, ella negaba con la cabeza, no había vuelto a sentirse así desde que se alejó de Steve—. No estoy hablando de ahora, hace tiempo, y veo que te cerraste al amor. —Zoe tiró de la mano y sus ojos se clavaron en los azules clarísimos de aquella mujer —. He acertado, ¿verdad?

—Sí, y ahora me dirá que ese no era mi hombre, que hay otro que me voy a encontrar en cualquier parte que llenará de amor mi corazón —dijo ella con sarcasmo.

—Dame tu mano derecha. —La voz de madame Giselle era tan suave e invitadora que sin apenas darse cuenta la puso sobre la mesa, notó que la mujer le recorría las líneas con mucha suavidad y se detenía de vez en cuando frunciendo el ceño.

—Por su cara diría que está viendo que me voy a encontrar con un alien o con un hombre con dos cabezas —susurró a Meg y a Ashley, que disimulaban unas sonrisas. En cuanto la mujer levantó la cabeza y la miró a los ojos, Zoe fue recorrida por un estremecimiento—. ¿Qué ha visto? ¿Mi príncipe azul está a la vuelta de la esquina? —Zoe había recuperado la energía y la capacidad de reírse de sí misma.

—No, tu «príncipe azul», como lo llamas, ya lo conoces. Te espera un camino tortuoso hasta llegar a una felicidad sublime.

—¡Vaya!

—No esperabas que te dijera eso, ¿verdad? —Madame Giselle tenía sus impresionantes ojos clavados en ella.

—No, creí que me endulzaría los oídos con cuentos de un amor eterno.

—Lo tendrás, pero el camino no será fácil.

—Pues mira qué bien, ¿no? Creo que voy a permanecer sola toda la vida. —Zoe había cerrado su corazón a cal y canto, y no repetiría los errores del pasado—. Gracias, madame Giselle, pero ya le he dicho que no creo en el amor. —Sacó un billete de cinco dólares del bolso y lo dejó sobre la mesa—. Eso son cuentos para niñas pequeñas.

—Estás muy equivocada, me recordarás cuando estés viviendo feliz como nunca has soñado.

—¿Es una predicción?

—Sí.

—Si eso ocurre vendré a verla.

—Aquí me encontrarás.

Con una sonrisa se despidieron de la mujer y siguieron hacia Bourbon Street, allí los locales estaban llenos y la gente entraba y salía con ganas de pasarlo bien. Se sentaron en una barra y pidieron unos mojitos; al instante varios hombres se les acercaron a charlar, y entre copa y copa, se rieron de lo lindo.

Cuando las chicas decidieron marcharse, intercambiaron teléfonos para salir en otra ocasión.

—Pensaba que ibas de ligoteo —dijo Meg a Zoe.

Esta se rio.

—¿Y si cualquiera de ellos es el tortuoso? —contestó refiriéndose a lo que le había dicho la pitonisa.

—A ver si ahora te nos vas a meter a monja para no encontrártelo.

—No llegaré a tanto. —Su cara de picardía las hizo carcajearse.

Capítulo 19

Steve Meraux se había convertido en el cirujano jefe del Tulane Medical Center, sus interminables jornadas de trabajo habían dado sus frutos y estaba satisfecho. Sin embargo, su vida amorosa se basaba en encuentros apresurados con mujeres que se le ofrecían como si fueran un pedazo de carne, de las cuales no recordaba el nombre de la mayoría de ellas, se trataba solo de sexo, sin sentimientos, sin promesas ni compromisos. Por mucho que ellas trataban de arrancarle palabras amorosas, él no las pronunciaba. El día que Zoe se marchó de su lado, una parte de él se mustió. Ya no le salían esas expresiones cariñosas.

Era muy consciente que todas las que se acostaban con él lo hacían por su físico o porque sabían que su familia era adinerada, mejor dicho, su madre. Él se ganaba muy bien la vida, pero lo que ellas ambicionaban era la posición en la sociedad diplomática que tenía su progenitora.

Esa noche, Colette había organizado una fiesta con motivo del Mardi Gras, su mansión estaba llena de colores de los disfraces de sus adinerados invitados. Steve llegó tarde vestido de pirata. No era la primera vez que usaba aquel disfraz, se lo había comprado Zoe varios años atrás y lo tenía colgado en el armario. Al salir tarde del hospital, y con las pocas ganas que tenía de acudir a la fiesta, se lo puso para

no escuchar los reproches de su madre.

—¿No tenías otro más a tono? —le susurró ella al oído cuando se acercó a besarlo.

—Da gracias que me lo he puesto, ya sabes que no me gustan estas grandes fiestas que haces con tus amigos.

—No seas muermo, sonríe, todo el mundo te está mirando.

Él cogió aire y lo hizo. No soportaba aquellas reuniones donde cada uno presumía de sus abultadas carteras, de sus propiedades y de sus coches. Las mujeres se destripaban las unas a las otras y le solían dorar la píldora, presentándole a sus hijas, unas descerebradas que se reían de todo lo que decía, aunque no dijera nada gracioso; aquellas risitas lo ponían de mal humor.

—Creo que será mejor que vaya a la cocina a comer algo antes de juntarme con sus excelencias.

—No seas impertinente.

—No lo soy, por ahí he visto a un Luis XIV, a un Enrique VIII, a una María Antonieta y...

—¿No dices nada de mi vestido?

La miró con detenimiento y notó que aquel exagerado escote se lo había puesto para impresionar a sus amigos.

—Cleopatra. Te queda mejor que a Elizabeth Taylor —mintió. Ella lo creyó y sonrió como una niña de quince años—. Ahora te dejo, vuelvo enseguida —dijo con la intención de alargar la cena todo lo que pudiera.

Olivia estaba pendiente de una larga mesa con canapés que habían situado en el gran salón, iba vestida de arlequín, como las otras muchachas que había contratado su madre para atender a sus invitados.

—Ya era hora de que llegaras, pirata —lo saludó cuando pasó por su lado—. Tu madre estaba empezando a impacientarse.

—Te queda bien el disfraz —bromeó él al ver que parecía incómoda.

—¿Quieres que te tire un canapé por la cabeza?

—Los piratas son famosos por no ir limpios, puedes hacerlo si eso te hace sentir mejor.

—Lárgate antes de que la tentación sea grande, bandido. —Olivia le sonrió. Steve siempre le había caído bien, admiraba la paciencia

que tenía con su madre, cualquier otro se habría marchado del país sin dejar señas solo para perder a la patrona de vista.

—Espero que en la cocina haya algo más que estas cosas para comer, tengo un hambre canina.

—En el frigorífico encontrarás comida de verdad.

—Así me gusta —asintió él guiñándole un ojo.

Steve se sentó en la isla de la cocina con una copa de vino y un plato de guiso de cangrejo de río. La cocinera le sonreía al verlo comer con aquel gusto. Él se entretuvo viendo a las chicas que, vestidas como Olivia, cargaban bandejas con copas de champán y entraban y salían muy a menudo. ¡Menuda cogorza se cogería más de uno!, pensó.

En una de estas idas y venidas, una de ellas le dijo que la señora lo estaba buscando.

—¿A mí?

—Ha dicho a un pirata.

—Ese soy yo. —Ya se le había terminado la tranquilidad, rumió. Se terminó la copa de vino y salió, las risas inundaban el salón. No le extrañaba, con lo que estaban trasegando...

Su madre lo interceptó en cuanto traspasó la jamba que llevaba al salón.

—Ya era hora, te están esperando.

—No creo que nadie me espere a mí.

—Claro que sí, esta es Annie. —A su lado, una jovencita de unos diecisiete años lo miraba con los ojos muy abiertos. Iba disfrazada al estilo de Scarlett O'Hara de la película *Lo que el viento se llevó*.

—Encantado, Annie, yo soy Steve. —Le estrechó la mano y miró a su madre queriéndole preguntar a qué venía aquello. ¿Es que se había creído que era un asaltacunas?

A la chiquilla no le salían las palabras.

—Annie, ve a tomarte unos canapés, cielo. —La despachó su madre, y la muchacha se alejó presurosa.

—Madre, soy mayorcito para buscarme mis propios ligues. No hace falta que hagas de celestina.

—Querido, conozco a todas estas mujeres, y sé las que más te pueden gustar. —Lo cogió del brazo y se fue al otro lado del salón.

—Genna, este es mi hijo Steve. —Una mujer vestida de Gilda se giró al oír su nombre y le dedicó a una sonrisa empalagosa. Sus ojos

marrón oscuro lo recorrieron de arriba abajo, y se pasó la lengua por los labios pintados de rojo.

Él alargó la mano y ella hizo como que no la veía y le dio besos en sus mejillas, lo que le dio una espléndida visión de sus generosos pechos y olfateó un perfume que le anegó las fosas nasales.

—Es un placer conocerte, Genna. —Steve le devolvió aquella mirada lujuriosa, las curvas de aquella mujer estaban todas a la vista con aquel ceñido vestido negro.

—Chicos, Julio César me está llamando, os dejo para que os conozcáis mejor. —Colette se alejó y se fue hacia las ventanas abiertas que daban al jardín. Steve miró y no vio a nadie esperando a su madre. ¡Nunca cambiará!, pensó.

—¿Te apetece una copa, querido? —preguntó Genna enlazando su brazo en el de él.

—Claro que sí.

Con una copa de champán entre los dedos pasearon por entre los invitados. Él se fijó que ella conocía a todo el mundo, los saludaba llamándolos por sus nombres, y muchas miradas se quedaban prendidas en ellos.

—Es extraño que no nos hayamos conocido antes, tu madre y yo somos muy amigas. Nos conocemos desde hace años. —Genna hablaba arrimándose a él, como si lo que le estaba diciendo fuera un secreto.

—No vengo a todas sus fiestas, muchas veces salgo del hospital sin ganas de juergas.

—Cariño, no deberías trabajar tanto —decía ella toqueteándolo como si fuera de su propiedad.

—Quizá deberías probar de hacerlo en alguna ocasión, es algo que da satisfacción —repuso él.

—Yo no puedo hacerlo, ¿qué creerían mis amigas? Pensarían que me he arruinado.

Aquellas palabras le resultaron tan familiares, su madre acababa de presentarle a Genna y esta ya estaba hablándole como si trabajar fuera un gran pecado.

—A mí no me importa lo que piense la gente, estoy orgulloso del trabajo que hago —habló tratando de esquivar las manos de la mujer, que las movía acariciándole el torso.

Colette miraba a su hijo con satisfacción, si alguien podía

enloquecerlo de pasión, esa era Genna. Y si él caía bajo su embrujo lograría que volviera a casa, aunque nunca se casarían, ella era demasiado ligera de cascos para atarse a ningún hombre. Steve lo vería como lo que era: un ligue disponible a su antojo cuando él lo deseara.

—Querido, vamos al jardín, aquí dentro hace mucho calor. —Él accedió a la demanda y vio que ella lo llevaba hacia la oscuridad en el lateral de la casa. No tardó mucho en notar las manos de ella en la nuca, que lo atraían hacia aquellos labios rojos. Lo besó apasionadamente, y Steve sentía las manos de Genna que le recorrían el cuerpo con lujuria. Él, una vez metido en faena, no se quedó atrás, aquella mujer era como una tigresa, sus dedos de uñas largas se colaban bajo la ropa de él, y lo excitó.

Steve pensaba en entrar por la puerta de atrás y colarse en la que fue su habitación por poco tiempo; sin embargo, no tuvo oportunidad. En cuanto ella notó el resultado de sus manipulaciones, se le colgó de las caderas, rodeándolo con sus largas piernas. Los pantalones los tenía a la altura de las rodillas y su chaqueta estaba abierta. En el momento que él la sostuvo por el trasero se dio cuenta de que no llevaba bragas, lo que tocaba era piel caliente y suave, la humedad que se restregaba contra su pene lo puso cardiaco, y entró en ella con absoluta fluidez.

Genna lo cabalgó con garbo, mordiéndole la piel de su pecho que había descubierto, el cuello musculoso y besándolo profundamente para apagar los sonidos que se les escapaban a los dos.

Al llegar al clímax, estaban sudorosos y satisfechos.

—Propongo que vayamos a un lugar más privado —dijo él queriendo seguir.

—Nos van a echar de menos, tenemos que volver junto a los invitados.

El comentario dejó a Steve descolocado, para él la fiesta acababa de empezar. La vio bajarse el vestido y atusarse el cabello mientras él se recolocaba la ropa. Cogió el tricornio que complementaba su disfraz, que estaba en el suelo, y ella lo cogió de la mano y tiró para regresar al salón. Al pasar por el delantero del jardín se oían sonidos apagados, y él imaginó que habría más de uno disfrutando como habían hecho ellos.

¡Vaya fiestecitas que organizaba su madre!

Al llegar al salón, Genna le dijo que enseguida se reunía con él, que iba a saludar a un conocido, y se alejó. La vio coquetear con un mosquetero y toquetear al cardenal que acompañaba al primero. ¡Joder! Tenía que salir de allí, por una noche ya había visto bastante. Se acercó a su madre y le dijo que se marchaba.

—¿Tan pronto?

—Sí, ya he tenido suficiente.

—¿Es que Genna no te ha gustado? —preguntó ella con interés—. Me ha parecido que te divertías con ella.

¿Habría preparado su madre ese encuentro apasionado sabiendo lo que iba a pasar?

Capítulo 20

Las chicas se habían disfrazado y paseaban por la avenida Saint Charles, donde se hacían desfiles y todo el mundo se reunía allí con ganas de pasarlo bien.

Kathy y su pareja iban disfrazados de piratas; Christal, de Campanilla; James, su pareja, de Peter Pan; Ashley, de Cruella de Vil; Meg, de hawaiana y Zoe, de animadora.

Las peñas con sus carrozas llenaban las calles de color, música y juerga, los siete se divertían bailando entre ellos y con personas que como ellos habían ido a entretenerse.

A la hora de la cena, y cansados de dar saltos, entraron en un local y dieron buena cuenta de unos tacos mejicanos, con los que se relamieron.

—Ya estoy preparada para seguir la fiesta —anunció Zoe, después de zamparse dos.

—Nena, cualquiera diría que no has comido al mediodía. —Se rio Ashley.

—Sí, lo he hecho, ya sabes que no me salto ninguna comida, luego ya lo quemo de alguna forma.

James la miró divertido.

—¿Quieres que te pida otro? Si necesitas una excusa para hacer ejercicio...

En los últimos años, Zoe había estado más con sus amigas, y sus parejas se habían acostumbrado a verla entrar y salir de sus casas.

—No, guapito, ya tengo bastante, que luego tendré que ir a correr para poder dormir.

—Hay otras formas de quemar energías. —Se guaseó Ashley.

—¿Me dejarás tu bicicleta estática?

—Ya sabes a lo que me refiero.

—Sí, a un buen maromo —se burló ella—. Pero hoy te puedes encontrar cualquier cosa debajo de las máscaras. Prefiero salir a ligar otro día; ahora, entre la juerga y los antifaces...

Todos sabían que Zoe se había vuelto muy selectiva en cuanto a sus parejas de juegos, porque eso era lo que eran. No aspiraba a encontrar a ningún hombre por el que valiera la pena perder una hora de sueño. Tenía algún encuentro esporádico, y cuando no, utilizaba sus juguetes que se compraba en el *sex shop*.

En la mesa de al lado había un grupo de hombres que iban disfrazados de jugadores de béisbol, y al haber tanto jaleo tanto dentro como fuera, todos se veían obligados a hablar en voz alta.

Uno de ellos se levantó para ir a buscar más bebida a la barra al mismo tiempo que Zoe se levantaba riéndose de su propio comentario, para ir al servicio. Ella chocó con un fuerte pecho y notó que el hombre la cogía por los brazos para que no terminara en el suelo.

—Perdona, iba distraída.

—Yo no lo lamento, me dejaría atropellar por ti todas las veces que quieras.

El hombre era muy guapo, iba sin máscara, tenía unos profundos ojos negros, era alto como una torre y parecía muy musculoso, claro que podía tratarse del disfraz, igual cuando se lo sacaba era como un espagueti.

—Eso que acabas de decir se merecería un baile con mis pompones. —Le siguió la corriente ella—. Lástima que ahora no los llevo.

Él rio ante el comentario.

—Te invito a una copa si me haces ese baile.

—Yo no muevo el culo ante cualquiera.

—Soy Austin, me gusta el béisbol y de vez en cuando nos tiramos algunas pelotas con mis amigos.

—Me llaman Zoe, y nunca he jugado al béisbol. —Ella no solía dar mucha información de sí misma a nadie.

—Bonito nombre, ¿te gustaría probar?

—Probar ¿qué?

—A lanzar unas pelotas.

—¿Yo, con un bate? —Zoe se rio—. Te advierto que puedo ser un peligro.

Ambos se carcajearon.

—No será para tanto, seguro que le coges el truquillo enseguida.

—No sé, no sé.

—Si te decides, por la mañana estaremos en el Louisiana Superdome.

Al escuchar el nombre del lugar donde él y sus amigos le daban a su afición, pensó que le estaba tomando el pelo.

—Sí, claro, y yo estaré haciendo equilibrio en la aguja de la catedral de Saint Louis. —Zoe se rio de su propia ocurrencia.

—¿No me crees? —Austin la miraba desde arriba y se dio cuenta de que Zoe creía que estaba bromeando.

—No.

—¿Te lo creerás si te lo dicen ellos?

Ella negó con la cabeza con esa sonrisa que tanto gustaba a los hombres.

—Pregúntale a mi amigo que es más embustero que yo, ¿verdad? —Soltó ella.

—Se van a reír de lo lindo cuando se lo cuente.

—No pierdas el tiempo, corre a decírselo.

Austin había jugado al béisbol en la universidad junto a sus amigos, y de vez en cuando se reunían para hacer ejercicio y divertirse unas horas. Todos tenían pase libre a aquella instalación prestigiosa.

—Veo que estás convencida de que miento.

—Nooo, qué va... —La cara de ella mostraba diversión y una picardía que le encantaba a Austin.

—Ven, vamos a tomarnos una copa, a ver si puedo convencerte.

—Tendrás que esperar, iba a un sitio donde solo puedo ir sola. —Con la cabeza hizo un gesto hacia la puerta de los aseos.

Él rio.

—Okey, te espero en la barra.

Zoe se alejó trotando, como solían hacerlo las animadoras, y él pensó que estaba muy puesta en su papel. Esa mujer parecía divertida y estaba ansioso por conocerla un poco más.

—Ya estoy de vuelta —dijo ella al situarse a su lado en la barra.

—No he pedido aún, no sé lo que te apetece.

—Agua con gas.

La mirada de él mostró extrañeza.

—¿Agua?

—Sí, he cenado unos tacos y eran bastante potentes, me gusta el picante y tengo la boca como la de un dragón.

El comentario hizo que los dos se carcajearan, y él pidió una botella de agua y un gin-tonic para él. Se sentaron en taburetes uno al lado del otro.

—No te convenceré de que vengas mañana, ¿verdad? —Ella lo miró alzando una ceja—. ¿Qué dirías si te cuento que todos jugamos al béisbol en la universidad? Desde entonces tenemos pases para el Louisiana Superdome.

—Sigo pensando que estás bromeando.

—¿Te convencería si te pasara a buscar en mi coche?

—Nos acabamos de conocer, ¿estás ligando conmigo? —Zoe ya sabía la respuesta, lo veía en aquellos ojos negros que la miraban con interés y con diversión, y por su insistencia en que fuera al día siguiente.

—¿Te molesta?

—De ninguna manera —reconoció. Veía ese cuello musculoso, y el disfraz no era de aquellos a los que se ponía relleno. El tipo era muy atractivo y le gustaba la broma, al igual que a ella—. Cuéntame de tu época en la universidad.

Él le estuvo contando las trastadas que hacían con sus colegas, y que tuvieron que dejar de hacer en el momento en que empezaron con el deporte que les apasionaba. Zoe se tronchaba de la risa.

—Erais unos piezas de cuidado.

—Sí, tienes razón, y los profesores nos pusieron firmes con el béisbol, si no aprobábamos las materias nos quedábamos sin jugar.

—¿Te quedaste mucho en el banquillo?

—Al principio sí, luego aprendí a nadar y guardar la ropa. —En su mirada se apreciaba la diversión.

—O sea que no te convertiste en un santo.

—De ninguna manera. —Ambos se carcajearon.

Zoe hacía mucho tiempo que no se reía tanto con un hombre, y aprovechó la ocasión.

—Voy a salir a dar unos saltos, ¿te apuntas?

—¿Lo dudas?

Los dos se despidieron de sus amigos y salieron del local. Se unieron a una de las peñas y bailaron un buen rato, con la música que sonaba por todas partes. Eran las tres de la madrugada cuando ella puso fin a la jarana.

—He estado todo el día trabajando, me vendrá bien descansar un rato si mañana tengo que lanzar algunas bolas.

—Así me gusta, que te atrevas, ya verás cómo te vas a divertir.

Austin le pasó un brazo por encima de los hombros, a su lado ella era como un retaco, a pesar de que era alta. La acompañó hasta su coche y ella sacó la llave de un bolsillo que llevaba en el pantaloncito, debajo de la corta falda de animadora.

—Vaya, me he dejado los pompones.

—¿Quieres que volvamos a buscarlos?

—No, mis amigas los habrán recogido. —Al hablar levantó la cabeza y él aprovechó para darle un suave beso en los labios. Se separó un poco y vio que la había sorprendido.

—Me lo he pasado muy bien.

—Yo también —dijo ella—. Mañana acudiré al Superdome, como no estés allí, te encontraré y te haré correr a base de darte con el bate en el culo.

Austin rio, aquella mujer era muy graciosa, bonita y divertida. Contaría las horas para volver a encontrarse con ella.

A la mañana siguiente fue el primero en llegar al Louisiana Superdome, esperó en el aparcamiento, apoyado en el capó de su Dodge negro. La vio pararse frente a las barreras que mantenían a los intrusos fuera de las instalaciones y le hizo una señal al guardia de que la dejara pasar.

—¿Te lo crees ahora? —dijo con una radiante sonrisa a Zoe, cuando ella aparcó junto a su coche.

—Sí, veo que no me tomabas el pelo, aunque aún no te he visto con el bate en las manos.

—Vamos.

Estaban lanzándose unas bolas con aquel guante que a Zoe le quedaba grandísimo, cuando fueron llegando los amigos de Austin que ella había visto la noche anterior.

—Vaya, tío, al final la convenciste —habló uno de ellos.

—Ya veremos lo que me demostráis con el bate en las manos —se burló Zoe.

Los que habían llegado se la quedaron mirando como bobos.

—¿No le dijiste que fuimos campeones de nuestra categoría? —preguntó uno de ellos, que era como una mole y que tenía vozarrón de barítono.

—Eso fue hace tantos años que no quería que se hiciera falsas expectativas —Austin los provocaba, siempre estaban haciéndolo los unos con los otros, y terminaron riéndose a carcajadas.

Zoe se pasó una mañana muy divertida, primero habían estado jugando ellos y ella se había sentado en la grada viéndolos. Luego la habían hecho bajar al campo, y después de varios intentos logró darle a la pelota. Se lo pasó bien con aquellos tipos a los que no conocía, pero que la trataron como si fuera uno de ellos.

Al mediodía tuvo que despedirse.

—¿No te vienes a comer con nosotros? —preguntó Austin contrariado.

—Esta tarde trabajo, otro día será.

—¿Dónde trabajas?

—En el Children's Hospital. Soy enfermera.

Él se dio cuenta de que no sabía nada de ella, que Zoe no le había contado nada de sí misma. Él había estado tan a gusto con ella y sus ocurrencias que no había reparado en ese detalle, y tuvo la sensación de que no se abría fácilmente a los demás.

—¿Volveremos a vernos?

—Es posible, dame tu número de teléfono.

Ahí tenía otra prueba de que ella era quien marcaba las pautas, no le daba el suyo. Le daba la impresión de que había algún hombre que había dejado un regusto amargo en Zoe. No sabía lo acertado que estaba.

Capítulo 21

Steve estaba en su despacho cuando lo llamaron por teléfono anunciándole que su madre había tenido un accidente de tráfico. Preguntó dónde la llevaban y le dijeron que al Tulane Medical Center, donde él trabajaba. Bajó con premura a urgencias a la espera de que llegara, mientras tanto pensaba en que no podía ser nada grave, su madre no solía correr demasiado con el coche, claro que no sabía si iba en el de ella o en otro. Tampoco si fue sola o había otros coches implicados.

Al llegar la ambulancia, el director de urgencias le dijo que se apartara y los dejara trabajar. Él preguntó a los sanitarios que la llevaron allí, y estos le dijeron que iba a gran velocidad —según los testigos se había pasado un *stop*—, que había perdido el control del vehículo y que había terminado chocando con otro coche. ¿Su madre a gran velocidad? ¡Imposible!, pensaba, mientras la atendían los compañeros.

Cuando al fin pudo pasar a verla, ella estaba semiinconsciente, y se quejaba, no entendía lo que decía y supuso que le habrían dado algún calmante. Su colega le dijo que necesitaba una cirugía en la pierna derecha, se había roto la tibia y el peroné, y el tobillo estaba mal parado. Tenía diversas lesiones en el cuerpo y en la cara.

—¿Te han dicho cómo ha sido? —preguntó Steve.

—No, pero puedo imaginarlo —respondió el médico que la había atendido pasándole la tablilla con los resultados de las pruebas que le habían hecho. Al ver la analítica con el índice de alcohol en sangre, se le abrieron los ojos como platos—. Ves a lo que me refiero, ¿verdad?

—¡No puedo creerlo! ¿Has mandado que repitieran la prueba?

—Sí, los resultados no varían mucho.

Steve se podía imaginar que se habría tomado varios martinis, a los que era muy aficionada, antes de ponerse al volante. Soltó un resoplido, negando con la cabeza.

—Bien, que la suban a planta, Santore se encargará de ella.

En el hospital tenían la norma de no atender a parientes, era mejor que otros con objetividad cuidaran del enfermo. En ese caso Steve se fiaba de Santore, un colega en el que tenía toda la confianza.

En cuanto los celadores y las enfermeras hubieron acomodado a Colette en una habitación, Santore ya estaba allí revisando las gráficas.

—No voy a darle ningún calmante, con estos niveles de alcohol...

—Mejor que no —repuso Steve.

—Pasaré a verla más tarde.

—Bien, yo me quedaré con ella.

Su madre no dejaba de balbucear, de quejarse y de pedirle a Steve que le dieran algo para que se le pasara el dolor. Lloraba, trataba de moverse, se revolvía inquieta. Él había tratado de tranquilizarla.

—Quieta, como más te muevas, más va a dolerte.

—Pues dame algo.

—Yo no soy tu médico.

—¡¿Cómo que no?! —exclamó ella—. Yo quiero que me atiendas tú.

—Imposible, normas del hospital.

—Vaya antro donde trabajas. —El desprecio en la voz de su madre era palpable.

Él no se dignó en responderle, sabía que el dolor debía ser intenso, pero no se expondría a darle nada, podía ser peor el remedio que la enfermedad, medicamentos con su nivel de alcohol le podía ocasionar un paro cardiaco.

Pasaban las horas y ella estaba más irritable. Le iban haciendo analíticas para controlar cuando su cuerpo metabolizara el alcohol.

—Colette, voy a sacarte sangre —anunció una enfermera que entró en la habitación.

—Cualquiera diría que tengo que llenar el banco de sangre antes de que me deis algo para el dolor.

—Depende de cómo salga esta vez, es posible que podamos dártelo. —La chica respondió con dulzura a la impertinencia de Colette.

—Nunca había visto nada igual —se quejó cuando la muchacha los dejó solos otra vez—. Yo, muriéndome de dolor; y tú, tan fresco.

—No, madre, no estoy tan fresco, estoy aquí, y como veo que tienes ganas de hablar, me puedes contar qué ha pasado.

Colette lo miró e hizo una mueca con la boca que le causó molestias en los puntos que le habían dado en la mejilla y en la frente. Levantó la mano para tocarse el lugar dolorido y notó los apósitos que llevaba.

—¡¿Cómo tengo la cara?! —exclamó con los ojos que se le salían de las órbitas—. Tráeme un espejo.

—No estás en un salón de belleza, madre. Has tenido un accidente, ¿recuerdas?

Ella asintió.

—Claro que lo recuerdo, no estoy senil.

—Entonces, dime qué ha pasado.

—Que me iba a la playa a encontrarme con una amiga, maldita la hora, ya ves. —No paraba de palparse la cara y hacía muecas cuando tocaba algún punto sensible, que era en casi todo el rostro—. Supongo que no se me notarán las cicatrices.

—Eso tenías que haberlo pensado antes de coger el coche habiendo bebido. —Steve sabía que los puntos se los había dado un cirujano plástico, lo que reducía la posibilidad de marcas; sin embargo, no se lo diría de momento, quería que ella fuera consciente de lo que había hecho.

—¿Me estás tratando de borracha? —Su tono de voz era muy molesto.

—Solo digo lo que ha salido en tus análisis.

—Bobadas.

Steve levantó una ceja al escucharla.

—No te tomes eso a la ligera, ¿qué habría ocurrido si hubieses

matado a alguien? Podrías haber terminado en la cárcel, los seguros no se hacen cargo de los daños cuando el conductor va bebido.

Colette iba a replicar cuando cayó en la cuenta de que tendría que hacerse cargo de la reparación de su coche, y del otro involucrado. Cerró la boca y el simple gesto le hizo soltar un gemido al dolerle toda la cara.

—¿Quieres decir...?

No terminó de hablar al ver que él asentía.

—Es muy probable que tengas que pagar una indemnización a la parte contraria, y además van a retirarte la licencia de conducir.

Ella se removió, solo de pensar que eso ocurriría le ponía los pelos de punta.

—Dame algo para el dolor. —Él negó con la cabeza—. Un vaso de agua.

—No, madre, cuando tu analítica salga bien, te van a operar la pierna. Estate quieta y no te dolerá tanto.

—¡¿Operar?! —El color le abandonó la cara.

—Sí, tienes la pierna rota.

—¿No me digas que voy a quedarme coja?

Steve se daba cuenta de la vanidad de su madre, y recordó que Zoe le decía que le molestaba la suya. En ese instante se dio cuenta de lo mucho que había aguantado ella. No entendía cómo no lo había mandado a paseo mucho antes. Debía haberlo amado de verdad para no hacerlo. Si cuando se separaron había dudado de ese amor, en ese instante se percataba de que había sido grande y verdadero. Ella había soportado sus excentricidades y las de su madre, que les hizo la vida imposible hasta que todo terminó.

Con esas elucubraciones, le vinieron a la cabeza las mujeres que su progenitora no paraba de presentarle, estaba seguro de que no aprobaría a ninguna de ellas, si él llegaba a mostrar el más leve interés por cualquiera de ellas, le encontraría todos los defectos habidos y por haber. Entonces ¿por qué lo arrastraba a esos encuentros? ¿Es que no quería que hallara la estabilidad junto a una mujer? A juzgar por el que tuvo unos días antes en el Mardi Gras con Genna...

Capítulo 22

Zoe se había registrado en una web donde el personal sanitario como ella se contaba sus vivencias y se ponía al día de los avances en algunos tratamientos. Hacía dos años que chateaba con compañeros, era agradable después de un largo día poder desfogarse con personas que entendían lo que era pasar las horas al lado de enfermos a los que no siempre se podía ayudar.

Allí también bromaban y se contaban anécdotas de su día a día. Era su forma de estar comunicados y saber que al otro lado había alguien que entendía sus ánimos.

En aquellas charlas también se comunicaban si había alguna oferta de trabajo por horas, algo que muchos hacían para sacarse un dinero extra. Ella lo hacía de vez en cuando, no por falta de pasta, sino porque le agradaba ayudar a las personas que por alguna razón no podían atender a sus familiares enfermos o viejecitos.

La mayor demanda de esas ayudas era para las noches, y eso era lo que ella ofrecía, así los que los cuidaban de día podían descansar tranquilos.

En la web se había puesto el apodo de Mulan, le gustaba mucho aquella película de Disney en la que una mujer se hacía pasar por hombre para proteger a su padre, para evitar que fuera a la guerra.

—Nena, trabajas demasiado —le solían decir sus amigas cuando se

enteraban de que había cogido alguno de esos trabajos—. ¿Es que no tienes bastante con lo que cobras en el hospital?

—Claro que tengo, lo que pasa es que así me hago un colchón para cuando me dé por viajar, por dar la vuelta al mundo. —Todas ellas sabían que bromeaba, desde su ruptura con Steve se cobijaba en las guasas para no reconocer que la solitud por la noche le pesaba.

—*Wow*, yo también quiero —dijo Ashley una noche que se habían reunido para cenar juntas—. ¿No sabrás de algún trabajo que yo pueda hacer?

—Ashley, las dos sabemos que no te hace falta, que estás a punto de que te hagan socia del bufete —le indicó Zoe después de dar un trago a la cerveza helada que se estaba bebiendo—. Cuando eso suceda, podemos hacer un viaje con las chicas. ¿Recuerdas que cuando fuimos a Nueva York al terminar los estudios dijimos que volveríamos para un fin de año?

—Oh, sí, tiene que ser la leche en Times Square.

—Aunque tendremos que llevarnos a James y a Michael —anunció Zoe—. Se van a poner como motos si los dejamos en una fecha tan señalada.

—A mí no me molestan.

—A mí tampoco.

—Pues decidido, este año nos vamos a Nueva York.

—No te embales, a ver que dicen ellas —razonó Zoe—. Además, Christal está esperando un bebé, no sé si querrá viajar en su estado.

—Bobadas, tenemos más de la mitad del año para animarlas.

—Creo que no hará falta que les retorzamos los brazos, ya verás cómo se apuntan enseguida. —Las dos rieron, sabían que así ocurriría.

Cuando Ashley se marchó a su casa, Zoe entró en aquella web y vio que estaban chateando varios compañeros. Uno de ellos hablaba sobre un accidente en el cual la conductora iba bebida y se llevó a otro coche por delante.

«Por lo que he escuchado, ella ha sido la más perjudicada, después de todo parece que hay justicia divina», escribía Gigante. Todos se habían puesto sus apodos.

—Que la encierren —soltó Perla.

—Eso es lo que va a ocurrir —añadió Pirata.

—Yo no estoy tan seguro, es una mujer con pasta, seguro que lo

soluciona pagando —informó Gigante.

Zoe había perdido a sus padres en un accidente de tráfico, y aquello le traía malos recuerdos, así que salió de la web sin decir nada.

Capítulo 23

Después de la operación, Colette volvió locas a todas las enfermeras del hospital. Primero, por las pequeñas marcas que le quedaron en la cara; y luego, por tener la movilidad reducida.

Mientras estuvo ingresada, Steve trató de mantenerse al margen y dejaba que Santore, el cirujano que la había operado, le parara los pies.

—Colette, con tus quejas no solucionas nada, las enfermeras te dan los calmantes que necesitas —le decía él.

—Pues me duele la pierna.

—No puede dolerte.

—¿¡A mí me lo vas a decir!? —reaccionaba ella de mala manera.

—Sé que estás incómoda, pero es normal después de una operación. —Santore trataba de ser paciente, pero le entraban ganas de mandarla a paseo.

—Quiero que venga mi hijo —Colette hablaba con aquella soberbia que espantaba al personal sanitario.

—Muy bien, ahora lo aviso. —No pensaba hacerlo, desde luego, le daba la excusa perfecta para salir de aquella habitación.

Luego ella se pasaba el día tocando el timbre para que acudieran las enfermeras, y ellas la rehuían, habían acabado por hacer turnos para atenderla, ninguna de ellas lo hacía dos veces seguidas.

Cuando le dieron el alta hospitalaria, Steve la llevó a su casa y la dejó al cuidado de sus sirvientas, a las cuales les hacía la vida imposible; cuando él iba a visitarla cada noche tenía que aguantar las quejas de unas y otras.

Olivia se había convertido con los años en la persona de confianza de Colette y había acabado viviendo en la casa. Desde siempre trataba de poner paz cuando ella se ponía quisquillosa, caprichosa y explotaba en rabietas. Le decía que si seguía sin respetar a las mujeres que trabajaban para ella, se marcharían y quedaría sola.

—¿Y dónde las cogerán? Tienen que estarme agradecidas, nadie las contratará sin una buena carta de recomendación.

—Eso es lo que tú te crees, son todas muy buena gente, saben lo que hacen y no necesitan tus influencias. Saldrían adelante muy pronto.

—Si eso es cierto, ¿por qué no se van?

—Tú sigue apretando las clavijas y ya verás como lo hacen.

Esa conversación la habían tenido antes del accidente; en esos momentos, Olivia temía que cualquier día empezaran a despedirse.

Cuando esa tarde llegó Steve, Colette estaba sentada en un sillón en la sala, con el pie en alto y una manta que le cubría las piernas.

—¿Ha venido el fisio? —le preguntó a su madre. En los últimos días, ella solía recibirlo en la cama.

—Sí, es un inútil, con ese niñato nunca más volveré a caminar, solo ha logrado que me moviera hasta aquí.

—Tienes que poner de tu parte y hacer los ejercicios que él te enseña, si no sí que quedarás coja para toda la vida. —Él trataba de ponerle miedo para que ella se esforzara—. ¿Acaso quieres quedarte en una silla de ruedas?

—Claro que no, pero ese es mi destino.

—No. Tienes que empezar a moverte con las muletas, te sentirás mejor si caminas un poco cada día.

—¿Si lo hago volveré a caminar como antes?

—Eso depende de ti.

—No trates de engañarme, ya sé que estaré coja.

—Pero hay cojeras que apenas se notan, que con un bastón podrías hacer una vida normal.

—¡¿Normal?! —gritaba ella fuera de sí—. Lo que pasa es que me

dejaste en manos de un incompetente; pues si es necesario, me iré a Nueva York a que me operen de nuevo y quedar como antes. —Steve se daba cuenta de que ella se había vuelto una bruja, que necesitaba culpar a alguien de su propia inconsciencia—. Mira qué cicatrices me dejaron en la cara.

—No se te nota nada.

—Me lo dirás a mí. —Su impertinencia era abrumadora—. Tengo espejos, y veo las cicatrices.

—Te las debes buscar con una lupa, te cosió el mejor cirujano plástico de la ciudad.

—Un incompetente, seguro.

—Lo que tú digas. —La paciencia de Steve no era infinita—. Me han llamado de la aseguradora del coche.

—¿Qué dicen esos imbéciles?

—Que no se hacen cargo de nada. Que tendrás que pagar de tu bolsillo todos los desperfectos que causaste. —La cara de ella se tornó de un subido rojo—. La familia que viajaba en el otro coche demanda una indemnización por daños psicológicos, otra por no poder asistir al trabajo, y la reparación del vehículo.

—¿Qué se han creído, que los voy a mantener? —Estaba indignadísima.

—Si no accedes, será el juez quien ponga el precio.

—Bah, tengo amigos letrados que se encargarán de que esto no llegue a juicio.

¿Qué estaría tramando su madre?, se preguntaba él.

—No creo que te resulte tan fácil. ¿Has consultado con alguno de ellos?

Ella apretó los labios, desde que tuvo el accidente fueron muy pocos a interesarse por su estado de salud. Las que habían ido eran algunas mujeres con sus hijas, que iban a interesarse más por cuándo aparecería su hijo por allí que por otra cosa, y todas aquellas chiquillas eran unas sosainas. Empezaba a darse cuenta de que aquellas solo la querían para que intercediera con su hijo y se las presentara. ¡Menudas pájaras!

—Podías haber arreglado los papeles de las analíticas para que nadie supiera que había bebido —habló con enojo, y él no estaba para tonterías.

—¿Y jugarme mi carrera? No, madre, me ha costado mucho llegar donde estoy para echarlo a perder falseando documentos. Tendría que darte vergüenza solo de pensar en algo así.

—Nadie iba a enterarse.

—El personal de Urgencias. ¿Te parece poco? —Steve la miraba con rayos en los ojos—. Todos lo saben, además salió en el periódico del día siguiente en la sección de noticias.

—¡¿En el periódico?! —gritó fuera de sí.

—Sí, con tus acciones te coronaste.

En ese momento entendió la falta de visitas, y que cuando llamaba a una u otra amiga, algunas nunca estaban en casa, y en los móviles no le atendían las llamadas. Le habían girado la espalda, serían brujas, cualquiera diría que ellas no se tomaban las copas que querían.

—¡No me riñas que no estoy de humor! —exclamó Colette.

—Pues tú no digas barbaridades.

—Márchate, quiero estar sola.

A Steve no hizo falta que se lo repitiera, no podía creer que le hubiese dicho que falseara su analítica. ¿Es que no se daba cuenta de que aquello era un delito?

Conduciendo hacia su casa, pensaba en su madre, en su diatriba y su poca sesera. Siempre había sido excéntrica, pero desde que Zoe se fue, sus ansias de controlarlo habían aumentado, y, tonto de él, le había seguido la corriente. Había salido con las mujeres que ella le había presentado, alguna en más de una ocasión, claro que no todos los rolletes eran con esas, él era bastante adulto para buscarse sus ligues.

***

Al llegar a casa, notó más que nunca la soledad; por algún extraño motivo, la discusión con su madre le había recordado a Zoe. Se preguntaba si habría rehecho su vida, si estaría con alguien, cómo le irían las cosas. Desde aquella noche en la que lo dejó plantado en Crescent Park que no había vuelto a saber de ella. Sabía dónde podía encontrarla con sus amigas, incluso tenía sus teléfonos; durante los dos años que estuvieron compartiendo su vida, las conoció a todas, y sospechaba que en esos momentos ninguna de ellas le daría ni los buenos días. Eran como hermanas, y seguro que junto a ellas había

encontrado la paz que no tuvo a su lado.

Con un extraño humor se puso en la cama, pulsó el mando de la televisión, pero nada le llamaba la atención. Su mente estaba repleta de recuerdos con Zoe, no había conocido a ninguna mujer que le inspirara los sentimientos que lo envolvían estando a su lado, y había sido un idiota al dejarla escapar.

Ya había pasado la medianoche cuando su teléfono empezó a sonar, lo cogió y vio que se trataba de Olivia, la mujer que gobernaba la casa de su madre.

—Olivia, ¿ha ocurrido algo? —preguntó alarmado. Aquella no solía llamarlo por las tonterías de su madre.

—Colette no está bien. —Hacía tanto tiempo que trabajaba para ella, y era tanta la confianza, que la llamaba por su nombre de pila.

—Eso ya lo sabemos, ¿qué pasa esta vez? —Steve pensó que habría cogido una de sus rabietas, ciertamente la había dejado enojada.

—Ha estado llorando desde que te fuiste, no ha cenado tampoco, y le he preparado una infusión para que durmiera y me le ha tirado a la cabeza.

Ambos sabían del genio de su madre cuando no se le seguía la corriente; sin embargo, nunca había llegado a tales extremos.

—¿Estás bien?

—Sí, he esquivado la taza. La que me preocupa es ella, creo que le ha cogido un ataque de nervios.

Steve resopló.

—Está bien, ahora mismo voy. Díselo a ver si se calma.

—Okey.

Cortaron la comunicación, él se vistió y acudió a ver qué le ocurría a su madre. Al llegar, Olivia le dijo que no quería ver a nadie, que cuando le había comunicado que él iba, ella se había puesto como una fiera por haberlo avisado.

—Tranquila, me verá —dijo él yendo hacia la habitación que ocupaba desde que tuvo el accidente, se negaba a subir a la suya con la excusa de que no podía.

Olivia lo siguió y se quedó fuera esperando que estallaran los fuegos artificiales. La escuchó gritar.

—¿Es que Olivia no te ha dicho que no quiero ver a nadie? —Su

genio estaba desatado; y sus ojos, rojos de llorar.

Él no hizo caso a sus palabras.

—¿Qué pasa, madre? ¿Por qué estás así?

—Porque me da la gana —gruñó.

En el suelo, él vio los restos de la taza, el platillo y alguna otra cosa, tal vez una figurilla.

—Veo que quieres cambiar la vajilla —dijo Steve señalando los trozos de porcelana.

—¿Qué pasa si quiero romperlo todo? Es mío, y puedo hacer lo que quiera.

—Yo no voy a detenerte, puedes tirar por el suelo todo lo que quieras, pero para eso tendrás que levantarte —la provocó.

—Me dices eso porque sabes que estoy inválida.

—No, el resto de la gente, cuando se rompe una pierna, coge unas muletas hasta que pueden caminar sin ellas. Al paso que vas tú, te quedarás postrada en la cama. ¿Es eso lo que deseas?

—¡Eres cruel! —exclamó ella echándose a llorar otra vez.

—Soy realista. Si no pones de tu parte nunca volverás a ser la de antes.

—Eres un mal hijo. Te regodeas de mi desgracia.

—Eso no es cierto. Dime qué ha pasado para que estés así. —Ella apretó los labios, señal de que no quería hacerlo, y cuando se ponía así, él sabía que no hablaría. Se levantó, fue hacia la puerta y habló con Olivia, que estaba detrás—. Prepara una tila y disuelve en ella estas dos pastillas —susurró dándole las píldoras. Ella asintió y se fue a la cocina.

Colette soltaba lágrimas de cocodrilo y lo observaba a través de los dedos. Él se había situado al lado de la ventana y veía el jardín, esa parte donde Genna lo había llevado para echar un polvo, en ese momento sintió asco de aquel acto.

Cuando escuchó dos golpecitos en la puerta, acudió, era Olivia con lo que le había pedido.

—Ve a descansar, yo me quedaré con ella —le dijo a la mujer. Se sentó en la cama al lado de su madre y la animó a tomarse la infusión —. Bebe esto, te hará sentir mejor, cuando estés preparada ya me contarás qué es lo que te ha puesto así.

—No.

—¿Quieres que llame a una ambulancia y que te lleven al hospital? Allí te darán sedantes por vena y dormirás toda la noche.

—Ni hablar, de mi casa no me mueve nadie.

—Entonces, bébete esto. —Por el tono que él empleó, ella supo que si no lo hacía, la llevaría al hospital; de mala gana se bebió todo el té, y lo miró con una mueca de asco.

Steve sacó la taza de su alcance antes de que se la tirara por la cabeza, se sentó en un sillón, mirándola hasta que las pastillas hicieron su efecto y se quedó dormida. Él se permitió cerrar los ojos, sabiendo que esa noche no pegaría ojo, solo esperando poder descansar.

Durante las oscuras horas de la noche, se preguntaba qué había sido el desencadenante para que su madre se pusiera de aquella forma. Que era egocéntrica, presumida y se creía el ombligo del mundo era algo que ya sabía. Sin embargo, nunca la había visto como esa noche. ¿Le habría afectado la cabeza aquel accidente?

Capítulo 24

A la mañana siguiente, Steve fue a la cocina y allí estaba Olivia tomando café.

—Siéntate que te preparo uno —dijo la mujer señalando los taburetes de la isla—. ¿Cómo has dormido?

—No lo he hecho. ¿Pasó algo anoche después de que me fuera?

Olivia sabía todo lo que sucedía en aquella casa, y como la conversación entre madre e hijo del día anterior había sido a voces, supo lo que había molestado a Colette.

—No, ocurrió mientras hablabais.

Steve hizo memoria y recordó lo que habían dicho; aparte de que su madre le había dicho que tendría que haber falseado documentos, todo lo demás...

—No comprendo.

—Se dio cuenta de que sus amigas no lo son tanto.

—¿Qué quieres decir? —Él sabía que estaban cortadas por el mismo patrón, que eran igual de excéntricas que ella.

—Desde que volvió a casa que ha estado llamando a unas y otras, y siempre ignoran sus llamadas o le dicen que están ocupadas. Que ayer le dijeras que el incidente había salido en el periódico hizo que ella supiera el motivo por el cual la evitan. —Steve sostenía la taza de café y comprendió la mueca que ella hizo cuando le preguntó si había

consultado a alguno de sus amigos al hablarle de la indemnización que tendría que pagar a los ocupantes del coche que se había llevado por delante—. Las únicas que vienen de vez en cuando son las que te quieren cazar a ti.

Steve no se lo podía creer; bueno, si lo pensaba bien, sí. En los últimos tres años había conocido a esos supuestos amigos cuando su madre lo había arrastrado a las fiestecitas que ella organizaba, y si se paraba a pensar, era mejor caer de un quinto piso que en las bocas de aquella gente. No dudaban en destriparse los unos a los otros cuando creían que nadie los oía. ¡Y su madre era una de ellas!

—¡Mierda!

—Ya lo puedes decir, no sé cómo va a sobrellevar el asunto. Ya sabes cómo es.

—¿Alguna vez se ha comportado como esta noche? —preguntó él.

—Ya sabes que es vanidosa y se cree lo más, a veces se enrabieta por tonterías, pero nunca la había visto abatida. —Olivia imaginó que al darse cuenta de la razón por la cual nadie la llamaba ni acudía a su casa, cuando aquello era un ir y venir constante, le había afectado la cabeza—. Es de las que descarga sus frustraciones con los que tiene al lado.

Steve meneó la cabeza, por alguna extraña razón se sintió mal. ¿Se comportaría su madre de esa forma para llamar su atención?

—En confianza y sin paños calientes, Olivia, ¿piensas que es culpa mía que sea como es?

La mujer lo miró con los ojos muy abiertos.

—¡¿Qué tontería es esa?! —exclamó ella—. ¿De dónde sacas eso? Parece que no la conocieras. Colette es como es, necesita ser el centro del universo, y todos esos amigos que tiene son lo más falso que hay.

—Me pregunto qué habría pasado si hubiese seguido los pasos de mi padre.

Olivia no podía creer que un hombre hecho y derecho como Steve estuviera culpándose de las locuras de su madre.

—Voy a darte un buen coscorrón si sigues por ese camino. —Lo miró muy seria, el tiempo que llevaba en aquella casa, y el roce, habían forjado cariño entre ella y Steve, era un buen hombre que no se merecía que Colette lo tratara como lo hacía—. Tu madre es de esas personas que quieren que todo el mundo les baile el agua, si no lo

consigue no quiere saber nada de ellos. Es vanidosa como esas supuestas amistades que le giran la espalda en cuanto ella más los necesita. Sin embargo, te diré algo, ella habría hecho lo mismo en caso de que fuera cualquiera de ellos. Solo está probando un poco de su propia medicina.

—¿Lo ha hecho en alguna ocasión? —Steve tenía el ceño fruncido.

Ella se había sentado frente a él y lo miraba a los ojos.

—Sabes que usa los servicios de un detective privado, ¿verdad? —Él asintió—. Pues hace que él investigue a todo el mundo que le presentan, sabe las finanzas de sus amigos, si sus negocios van bien, incluso si han tenido algún bache en el pasado y cómo son de influyentes. En una ocasión se hizo amiga de una mujer que antes de casarse con su actual esposo tuvo problemas económicos y había trabajado en un local sirviendo copas para mantener a sus hijos después de que el padre de las criaturas falleciera.

—¿No me digas que...?

—Se alejó de ella en cuanto se enteró, dijo que no quería tener nada que ver con una mujer que había trabajado de noche, que a saber qué hacía aparte de servir copas. Le giró la espalda.

Steve estaba indignado.

—No puedo creerlo.

—Recuerdo que en una de esas veladas que organiza, uno de sus ilustres invitados —dijo con retintín Olivia— trajo a su hija, una muchacha que nació con un defecto en el habla, era tartamuda, nada del otro mundo, vamos.

A Steve le vino a la cabeza que él y Zoe habían estado ese día allí. Zoe se había dado cuenta de que todas las demás chicas la dejaban de lado, había cogido una bandeja con canapés y unos refrescos y la había seguido al jardín. Él las había encontrado sentadas en un banco charlando, y se unió a ellas. Su tartamudez no le había impedido hablar con ellos, se le atrabancaban algunas palabras, y nada más.

—¿Qué hizo mi madre?

—Cuando todos se fueron estaba indignada, los puso a caer de un burro por haber traído a su hija, dijo que tendrían que mantenerla lejos de los demás... nunca más he vuelto a verlos.

Steve sabía del egocentrismo de su madre; sin embargo, nunca llegó a pensar en esa crueldad. Se quedó sorprendido por aquello; y su

humor, que no estaba en su mejor momento, se ensombreció. Se quedó pensativo, estaba empezando a sospechar que la cabeza de su madre no funcionaba bien.

Capítulo 25

Zoe volvía paseando a su casa después del trabajo, iba ensimismada y no vio al grupo de hombres que se le acercaba, hasta que casi choca con ellos.

—Perdona, tenía la cabeza en otra parte —se disculpó al toparse con un ancho pecho.

—Vaya, esto se está convirtiendo en costumbre. —La voz le resultó familiar y levantó la cabeza para encontrarse con los ojos de Austin—. Ya te dije en una ocasión que me dejaría atropellar por ti siempre que quieras.

La sonrisa que lucía este era contagiosa.

—No, me dijiste que podía hacerlo si te hacía un baile con mis pompones.

—Tienes razón. ¿Dónde te los has dejado?

No lo había llamado, desde el principio que no pensaba hacerlo, al ser tan guapo le recordaba a Steve, ¿y si se lo tenía tan creído como aquel? Ya había vivido la vanidad y el engreimiento de un hombre y no iba a volver a probar.

—Guardados hasta el año que viene, así nadie me pide que mueva el culo en un bailecito.

—Oh, qué pena, tendré que esperar mucho tiempo. —Él hizo un puchero muy gracioso. Los cuatro amigos que lo acompañaban y Zoe

rieron con ganas.

—¡Qué payaso eres!

—Suelen decírmelo —se burló él de sí mismo—. ¿Dónde vas? —le preguntó a ella—. La juerga está en la otra dirección. ¿Te apetece acompañarnos? Estoy seguro de que nos lo pasaremos pipa, vamos a uno de esos *tours* guiados por la ciudad.

Aquello la sorprendió.

—¿Nunca habéis estado en uno?

—Sí, pero no deja de ser divertido. Los turistas que vienen a la ciudad más encantada de Estados Unidos esperan encontrar a algún fantasma, y siempre hay alguien que termina convencido de que lo ha visto.

—Y vosotros colaboráis a que lo crea, como si lo viera.

—Claro que sí —afirmó uno de ellos que se lo habían presentado en el Louisiana Superdome, se llamaba Nathan, tenía la misma complexión atlética de Austin, siempre sonreía y su cabello rizado, que le cubría las orejas, le daba aspecto de joven rebelde.

—¿Asustáis a la gente?

—De ninguna forma, solo hacemos que sus sueños de encontrarse con algún fantasma se hagan realidad —habló Calvin, otro de ellos, que se acercaba más a la altura de ella, con lo cual parecía bajo en comparación con sus amigos. También se lo habían presentado aquel domingo que estuvieron lanzándose bolas en el campo de béisbol.

—Ven con nosotros —la animó Travis, uno con unos impresionantes ojos ámbar—. Así, si a alguien le coge un patatús, lo podrás atender.

—No seas animal, la chica va a pensar que nos ponemos sábanas en la cabeza y perseguimos a los turistas. —Se guaseó Jonathan, un bruto con la voz de trueno.

Zoe se encontraba rodeada por una muralla de hombres que la animaban, estaba segura de que se divertiría, ya había pasado con ellos algunas horas y las bromas habían sido un no parar.

Austin veía que todos sus amigos estaban decididos a convencerla de que fuera con ellos, y se alegraba, sabían que le había caído bien desde el primer momento. Ella sonreía, y él se daba cuenta de que la estaban tentando, que se debatía entre ir o no.

—Venga, no te hagas la dura, nos lo pasaremos bien. —Trató de

que se decidiera a acompañarlos.

—No puedo negarme con cinco hombres que me protegerán si sale algún vampiro chupasangre.

Todos sonrieron ante la alusión a ese personaje que se decía que recorría la ciudad. Se dirigieron hacia el Barrio Francés y se incorporaron a un grupo de turistas que estaban ansiosos en comenzar el recorrido. Zoe escuchaba las expectativas de estos de encontrarse con algún ente fantasmagórico, y vio que ellos les decían que siempre que habían asistido se habían topado con más de uno.

Austin se dio cuenta de la mirada que ella le lanzaba, entre divertida y amonestadora. Se inclinó y susurró:

—No me riñas, el guía es amigo nuestro y agradece que le echemos una mano para mostrar los secretos de la ciudad.

—Sois unos jetas, eso sería normal en jóvenes estudiantes.

—¿Nos estás llamando carcas? —Austin hablaba con una sonrisa tan traviesa que ella tuvo que hacer verdaderos esfuerzos para no soltar una carcajada.

—No, ni se me ocurriría, sois niños grandes.

—Venga, no seas tan responsable y haz alguna chiquillada, te vas a divertir. —La cogió de la mano y tiró de ella hacia donde se dirigía todo el grupo. El guía se tenía la lección aprendida y les hablaba del vudú, de la bruja, del fantasma y del vampiro de la ciudad. Todo ello al tiempo que los llevaba por callejones oscuros, donde abundaban las sombras y parecía que había movimiento en todos los rincones.

De repente, Zoe vio dos luces rojas que eran como ojos que los observaban desde la oscuridad de una puerta a un lado de la calle, se tensó y miró hacia allí, al tiempo que escuchaba un ruido extraño, como de ultratumba. Varias personas que también lo escucharon soltaron algún grito.

—¿Lo has visto? —preguntó una chica a su acompañante.

—Sí, ahí había alguien, lástima que no me ha dado tiempo a sacarle una foto.

Zoe miró a Austin, y lo vio frunciendo el ceño, no había sido obra de él, pensó.

—¿Tú también lo has visto? —murmuró ella.

—Sí, no te preocupes, no dejaré que ese vampiro se acerque a ti. —Le pasó un brazo por encima de los hombros y la atrajo hacia él.

—No me tomes por tonta, puedo defenderme de este y cinco más como él —Zoe habló en voz baja, no deseaba romper la expectación que el guía creaba con sus explicaciones.

De repente un grito espeluznante que salía de un callejón hizo que varias personas dieran un salto, y Zoe ocultó la cara en el pecho de Austin para amortiguar la risa que se le escapaba. Desde luego, esa visita guiada había mejorado mucho desde la última vez que la hizo con sus amigas. Estaba segura de que cuando se lo contara, todas querrían volver.

Por el rabillo del ojo, vio a Travis que se dirigía hacia unos árboles que bordeaban un parque, y que con una linterna bajo la barbilla se asomaba por detrás de un tronco, lo que hizo que una mujer pegara un grito.

Siguieron caminando hasta llegar a un local tenuemente iluminado donde una mujer vestía ropas estrafalarias y llevaba la cabeza cubierta por una especie de turbante multicolor. La luz salía de velas colocadas sobre una mesa con varios muñecos de vudú, las sombras distorsionadas creaban un ambiente hechizado. Los ojos de aquella parecían como extraviados al mirarlos, y luego cogió una larga aguja y la clavó en uno de los muñecos. La mujer que había gritado antes se cogió a su pareja y se tocó el costado, como si le hiciese daño en el lugar donde había clavado la aguja.

—Parece que esa mujer... —habló Jonathan en voz baja.

—Es el poder de sugestión —susurró Zoe, se habría reído de buena gana, pero no quiso estropear el ambiente místico. Además, ella no era creyente; sin embargo, respetaba a todo el mundo que sí lo era.

Al salir de allí, caminaron hasta Lafitte's Blacksmith Shop Bar en el Barrio Francés, allí terminaba el recorrido, y pudo observar cómo se hacían corrillos comentando la experiencia.

—¿Qué? ¿Te ha gustado? —preguntó Calvin.

—Ya lo creo, ha cambiado mucho desde la última vez que vine.

—Es que no estábamos nosotros para animar el espectáculo —añadió Nathan.

—¿Habéis pensado en que os contraten en algún pasaje del terror? —se burló ella. Unos se miraron a los otros y se carcajearon. Se sentaron en un rincón del local y se tomaron una copa, le contaron a Zoe que el guía que hacía las explicaciones era un compañero suyo de

universidad.

—Ya me imagino lo trastos que debíais ser, aún no habéis crecido.

—¿Que no? —soltó Nathan poniéndose en pie.

—Ya sabes a lo que me refiero.

Entre bromas y risas, y los aperitivos que iban picando, se pasó el tiempo volando, y cuando Zoe se miró el reloj era cerca de medianoche.

—Tengo que irme, guapetones. Nos vemos otro día —aseguró levantándose y cogiendo el bolso.

—Te acompaño —afirmó Austin.

—No hace falta, no me voy a perder.

—No es hora para que una mujer vaya sola por la calle, y menos si es tan guapa como tú —se justificó él.

—Vaya tontería.

—No me vas a convencer.

Los dos salieron de allí y ella lo guio hacia su casa. Él rozaba la mano de ella a propósito, para cogerla; sin embargo, ella caminaba a su lado como si no lo notara. Zoe era consciente de que Austin era muy guapo, pero le gustaba como amigo, tanto él como sus compañeros, y eso se estropearía si lo metía en su cama.

Al llegar a su portal, se paró y lo miró a los ojos, él había clavado su mirada en ella y parecía arder.

—Gracias por acompañarme, Austin. —Él se inclinó y le dio un suave beso en los labios, que Zoe aceptó de buena gana—. Vamos a dejarlo aquí —dijo ella poniendo una mano sobre el duro pecho—. No quiero perder esa amistad que está naciendo entre nosotros.

—¿Qué dices?

—Que si nos acostamos, todo cambiará.

—Podemos ser amigos con derecho a roce —ironizó él con una sonrisa embaucadora.

—No, me gustas, y sé que terminaríamos mal.

Austin se daba cuenta de que Zoe no buscaba una relación, y supo que alguien la había dañado.

—Espero que algún día me cuentes qué te ha pasado para decir eso. Comprendo que has sufrido por amor. No te estoy pidiendo que seas la madre de mis hijos, quizá si llegara a conocerte mejor...

—Amigos y nada más —contestó ella.

—Como tú quieras, preciosa. ¿Me llamarás?

—Cuando planeéis otra noche loca como la de hoy, hazlo tú. —Le recitó su número de teléfono y, dándole un beso en la mejilla y susurrándole un «hasta pronto», entró en el portal.

En cuanto se metió en la cama aquella noche, pensó en Austin, estaba como un queso, y por ese mismo motivo lo tenía que mantener alejado, le sería muy fácil colarse en sus entretelas, tal como había ocurrido con Steve, que era como una espina que aún llevaba clavada en el corazón. Comparaba a todos los hombres con él y ninguno le parecía el indicado para iniciar nada. Nunca más volvería a entregar su alma.

Capítulo 26

Steve estaba cada día más convencido de que su madre necesitaba ayuda psiquiátrica. Después de aquella conversación que había tenido con Olivia había intentado que ella le dijera lo que le pasaba, la veía alicaída, y todo se debía a que sus «encorsetados» amigos le habían girado la espalda, no le extrañaba.

Aquella tarde había salido más tarde del hospital, a última hora hubo una urgencia, y tuvo que recolocar el hombro de un chaval que se lo había dislocado jugando al básquet en el colegio. Al acudir a verla, ella estaba enojada.

—¿De dónde vienes? —Su tono era impertinente. Estaba sentada en el sillón, ante la televisión apagada.

—Buenas tardes para ti también —dijo él queriéndole demostrar que no era ningún niño para ir dando explicaciones—. ¿Cómo te ha ido con el fisio?

—¿Lo escogiste a propósito para que me quede coja? —le reprochó de malas maneras.

—¿Te estás escuchando? Es el mejor del hospital, tendrías que estar agradecida de que haya accedido a venir aquí.

—Para lo que sirve...

—Si le hicieras caso, estarías andando con las muletas y no calentando el sillón. Hace dos meses que apenas te mueves. ¿Has

empezado a subir las escaleras? —Él ya sabía que no, cada día recibía el informe cuando Arthur, el fisio, dejaba a su madre.

Ella lo miró con rayos en los ojos.

—¿Cómo voy a subir las escaleras si soy una inválida?

Su tono de voz lo estaba sacando de sus casillas. Hacía semanas que debería estar andando, si no lo hacía era por pura cabezonería, y él empezó a sospechar que ella se amparaba en esa lesión para tenerlo allí cada día.

—No lo eres, y como veo que Arthur no logra hacer que te muevas, a partir de mañana pasará a buscarte una ambulancia para llevarte al hospital, y harás la recuperación y los ejercicios allí.

Colette se puso tiesa como una vara, su espalda no podía estar más tensionada al separarse del respaldo del sofá.

—De ninguna manera, no voy a ir a ninguna parte así.

—¿Así cómo?

—Estoy hecha una piltrafa.

—No tienes que ir como si fueras a un baile. De lo que se trata es que ejercites los músculos y huesos para que se fortalezcan.

—No puedo salir con estos pelos.

Colette se había descuidado, y desde el accidente que no iba a la peluquería.

—Nadie va a mirarte el cabello, recógetelo en una cola. —El tono de Steve mostraba signos de cabreo.

Olivia estaba oyendo desde la cocina lo que se decían, y movía la cabeza cuando él hablaba; ya era hora de que sacara el genio y pusiera a su madre en su lugar.

—No, no, no, de ninguna forma. No puedes obligarme, soy tu madre y me debes un respeto. Si digo que no, es que no. —Su voz estaba distorsionada por el enfado.

—Como veo que no entras en razón, que te comportas como una cría de teta, mañana empezaré a mover papeles para que te declaren incompetente. Me darán tu custodia y harás lo que yo te diga, por las buenas o por las malas.

Al escucharlo, ella se puso como loca, empezó a mover los brazos como si pretendiera ahogarlo en la distancia.

—¡No puedes hacer eso! —gritó enloquecida.

—¿Qué no? Ya lo verás. —Steve quería hacerla reaccionar; sin

embargo, ella era más terca que una mula.

—No lograrás que nadie me declare loca —rugió roja por la furia que la embargaba.

—Solo hace falta que te vea un psiquiatra y tendré los papeles en dos segundos.

—¡Eres un mal hijo! —bramó ella fuera de sí.

—Si velar por ti me convierte en mal hijo, sí, lo soy.

Él fue a la cocina y vio a Olivia preparando la cena para las dos. Le preguntó si tenía las píldoras que él le había llevado aquella noche para que durmiera.

—Sí que quedan.

—Machácale dos en la cena. —Ella asintió—. Mañana vendrá...

—Te he escuchado, ¿cómo no hacerlo? —Olivia asentía con la cabeza—. Va a armar un buen follón.

—Lo sé, avisaré a los sanitarios de que encontrarán resistencia.

—No quisiera estar en sus pellejos —afirmó la mujer.

Steve la miró y vio que tenía ojeras.

—¿Estás enferma? ¿No descansas bien?

—Me llama mil veces; como no se cansa, se despierta a los gritos.

—Esto no puede seguir así —murmuró él. Tenía que poner remedio o esa mujer caería enferma, y él se sentía responsable.

—Tranquilo, siempre ha sido así.

—¡¿Qué?! —Steve no se podía creer que aquella mujer siguiera al lado de su madre si era tan exigente e inaguantable. Él llevaba dos meses a su lado, solo unas horas, y estaba harto de las salidas de tono, de los reproches y sus excentricidades—. ¿Cómo puedes aguantarla?

A Olivia se le dibujó una sonrisa pícara en los labios.

—Digamos que se me ha contagiado su tontería. He aprendido a hacerme la sorda, a ignorar sus berrinches, y cuando esto no funciona y amenaza con despedirme, le digo que no encontrará a nadie que la soporte. Sabe que eso es cierto, y entonces se pasa unas horas sin hablarme.

Steve se la quedó mirando unos segundos.

—¿Has pensado alguna vez que no está bien de la cabeza?

—Sí, en más de una ocasión.

Él se quedó pensativo, tenía que terminar con todo ese caos.

Colette vociferó desde el salón:

—Steve, ¿qué haces? ¿Dónde estás?

—Creo que te reclama. —Olivia lo miró desde el otro lado de la isla donde había terminado sentado, viendo cómo la mujer cortaba verduras para la cena—. No soporta estar sola mucho tiempo.

—Pues creo que voy a tomar tu ejemplo, me ha entrado una sordera crónica.

Ella soltó una carcajada ahogada para que no se escuchara.

—Steve —volvió a gritar.

—Estoy en la cocina, si quieres algo, coge las muletas y ven.

La oyó renegar en varios idiomas, gruñir que la tenía abandonada, y acusarlo de ser una mala persona.

—No prepares cena para mí —informó él—. Me marcho. —Si se quedaba allí diría cosas de las que luego se arrepentiría. La idea de que estaba enferma de la azotea cada vez tomaba más forma dentro de su cabeza, tenía que encontrar la manera de llevarla a un psiquiatra, ella no querría ir por su propio pie. Claro que con silla de ruedas como ella se empeñaba en moverse...

—Va a armar una de las gordas —advirtió Olivia.

—Lo sé, pero va a ser igual si me quedo. Haz lo que te he dicho, que se tome esas píldoras, y así te dejará dormir.

Olivia veía a ese hombre que luchaba consigo mismo entre quedarse y aguantar las diatribas de su madre o dejarla con sus manías y demonios.

—No te preocupes por ella, ya te he dicho que soy impermeable a sus rabietas e insultos.

—Gracias, Olivia. —En un acto espontáneo se le acercó y le dio un beso en la mejilla.

—¿A qué ha venido eso? —Lo miró sorprendida.

—Me doy cuenta de que eres única.

—Zalamero.

Steve salió de la cocina, y antes que su madre abriera la boca para hacerle cualquier reproche, la cortó.

—Madre, me voy, he recordado que tengo cosas que hacer, nos vemos mañana en el hospital. —Y sin darle tiempo a replicar, salió por la puerta. Desde el exterior oía como ella soltaba una sarta de maldiciones.

Mientras conducía hacia su casa, pensaba en charlar con el

psiquiatra del hospital para que hablara con ella lo más pronto posible. Se preguntaba si lo que le ocurría era a raíz del accidente o ya venía de antes. Su egocentrismo lo había soportado anteriormente, podía ser que se le hubiese acentuado desde hacía unos meses. Fuera como fuera, era consciente de que no podía seguir así, ni ella, ni él, ni Olivia.

De repente, Zoe le vino a la cabeza, a su madre nunca le gustó, y con sus tropelías había conseguido alejarla de él. Había sido muy poco hombre para no darse cuenta de lo que ocurría ante sus propias narices. Soltó una maldición muy fea al reconocer que él también había tenido su parte —y esa era muy grande— de culpa. No había apoyado a Zoe como era debido, él fue el causante de que ella huyera.

Capítulo 27

Zoe y las chicas celebraban el cumpleaños de Ashley, fueron al restaurante Royale a disfrutar de un buen festín. Entre un brindis y otro, planeaban ir a Bourbon Street a disfrutar del jazz, que a todas les encantaba; cómo podía ser de otra forma si todas habían crecido con aquellas entonaciones.

—¿Nenas, habéis dicho a Michael y a James que pasaremos el fin de año en Times Square? —preguntó Zoe a Kathy y a Christal.

—James estuvo encantado cuando se lo dije —anunció Christal—. Dice que tenemos que aprovechar antes de que llegue el bebé. Está cargado de manías, los niños nunca me han molestado, y pienso llevarme al mío a todas partes, aunque James no me acompañe. No lo pienso dejar con una canguro cuando yo le puedo enseñar todo lo que quiera.

—Así se habla. —La aplaudió Zoe.

—Michael no se mostró muy alegre, siempre ha pasado esa fecha en compañía de su familia. Aún está pensándoselo —añadió Kathy.

—No dudo de que se inclinará por Nueva York —sentenció Ashley.

—Seguro que sí. —Meg miraba a Kathy y sabía que lo convencería —. Todas sabemos que sabrás cómo tentarlo.

—Lo intentaré.

—No, lo conseguirás —vaticinó Ashley—. Nena, que nos conocemos, no dejará que vayas a la Gran Manzana sin él.

Se rieron de lo convencida que estaba la abogada de que Kathy arrastraría a su hombre a Nueva York.

—Y vosotras, ¿qué? —Kathy dio un giro a la conversación—. ¿Os llevaréis a alguien u os besaréis con el que tengáis al lado al empezar el nuevo año?

Ashley, Meg y Zoe se miraron las unas a las otras.

—¿Tenéis algún maromo y yo no me he enterado? —preguntó Meg con una sonrisa.

—Yo no —negó Ashley.

En aquel momento a Zoe le vino Austin a la cabeza; sin embargo, se regañó a sí misma. «No te líes con él si no quieres salir mal parada», le decía su mente.

—Yo tampoco.

—Entonces, si la tradición marca que nos besemos con el que tengamos al lado, intentaremos que esté para mojar pan.

Las risas invadieron el espacio.

—Vigilad que no vayan acompañados, a ver si os vais a liar a hostias con alguien —advirtió Kathy.

La algarabía hizo que varios clientes se giraran a ver qué las divertía tanto.

Al cabo de un rato, se marcharon hacia Bourbon Street, los locales y la calle estaban a rebosar, las notas de jazz que salían de los establecimientos envolvían a todo el mundo que bebía y llenaba la calle.

Las chicas se paseaban entre los turistas con las copas entre los dedos. Las risas y los coqueteos de los hombres las divertían, y les seguían la corriente.

***

Steve estaba inquieto después de las discusiones con su madre, no podía dormir y salió a tomar el aire, necesitaba despejarse. Sus pasos lo llevaron a Bourbon Street, se tomó una copa mientras observaba a toda la gente pasarlo bien, divirtiéndose los unos con los otros. De repente le pareció ver a las amigas de Zoe y estiró el cuello, allí estaba ella, sus ojos plateados se clavaron en ese cuerpo que había recorrido

muchas veces; había adelgazado, aun así se la veía estupenda, bonita, preciosa y risueña. La vio divertirse en compañía de las chicas y de algunos hombres que les hablaban y se reían juntos.

Él sintió como una garra que le apretaba las entrañas, deseaba ir hacia ella y decirles a esos tipos que era suya, pero había perdido ese derecho hacía tres largos años. Se imaginó cómo habrían sido con ella a su lado y supo que había cometido el mayor error de su vida. Él, con su vanidad y ese egocentrismo que lo asemejaba a su madre —en ese momento se dio cuenta—, lo había echado todo a perder. Recordaba que ella le dijo que había médicos más guapos que él que no permitían que las enfermeras babearan a su alrededor. Reconocía que tenía toda la razón del mundo.

Admitir que se parecía a su madre en el carácter lo dejó patidifuso, no quería ser como ella, por Dios, si lo estaba volviendo loco.

Sumido en esos lúgubres pensamientos la perdió de vista, y con mal humor volvió a su casa.

Capítulo 28

Al día siguiente, Colette armó un gran escándalo cuando llegó la ambulancia a buscarla. Parecía una tigresa, arañando e insultando a los dos hombres que pretendían llevarla al hospital.

Ambos se quedaron sorprendidos, los habían avisado de que encontrarían resistencia, pero aquello era surrealista. Una mujer de su posición no debería gritar y lanzarles por la cabeza lo que tenía a mano.

—Colette, te quejabas de que Arthur no te gustaba, seguro que en el hospital harás los ejercicios con otra persona, estoy segura de que te encontrarás a gusto con ella. —Trataba de tranquilizarla Olivia.

—Y un cuerno, no quiero ir. No pueden obligarme.

—Ten en cuenta que es muy posible que allí veas a Steve, seguro que está esperándote. —La tentaba.

—A mi hijo lo veré esta noche, y me va a escuchar, ya le dije que no quería ir —gritaba fuera de sí—. Márchense, ¿qué van a pensar los vecinos cuando vean una ambulancia en mi puerta?

Los dos sanitarios se miraron el uno al otro, extrañados.

—No tienen por qué pensar nada que no sea, Colette —dijo el mayor de ellos—. Tú nos necesitas y nosotros estamos aquí para ayudarte.

—No os necesito —bramó.

Olivia recordó lo que Steve le había preguntado la noche anterior, en esos momentos parecía una loca de remate.

—¿Te das cuenta del escándalo que estás armando? Los vecinos deben pensar que se te ha ido la chaveta —señaló a propósito—. Tus gritos se oyen por toda la vecindad —exageró—. Yo que tú iría con estos hombres; y si ves a algún vecino que te mira, sonríele como haces siempre.

Colette supo que se estaba comportando como una lunática, Olivia tenía razón, seguro que todo el mundo pensaría que estaba como una cabra.

—Está bien, iré, pero esta noche, Steve ya puede prepararse.

—Lo que tú digas.

Sin armar más escándalo, dejó que la llevaran con la silla de ruedas a la ambulancia y muy pronto se encontró en el hospital, donde Steve la estaba esperando. Había recibido una llamada de Olivia contándole lo que había sucedido. Él, que había pasado mala noche y no estaba en el mejor de los humores, la interceptó cuando se dirigían a la sala de los fisioterapeutas.

—¿Cómo estás, madre?

—Podría estar mejor —respondió ella con impertinencia.

—Bien, entonces estamos igual. —Su tono de voz decía que no estaba para monsergas, pero ella no se dio cuenta del mal humor de su hijo.

Steve había hablado con el psiquiatra del centro y este le dijo que le haría un hueco para hablar con ella antes de que se fuera.

—La atenderé en tu despacho, si se entera de quién soy no abrirá la boca. —Julio era un hombre corpulento de cincuenta años, que había empezado a trabajar en el Tulane en cuanto terminó la carrera, era un buen psiquiatra, solía atender a los enfermos en diferentes ambientes donde ellos pudieran sentirse cómodos. Así lograba que hablaran de sus problemas. Sabía que había muchas personas que el solo hecho de pensar que tenían que visitar a un médico de la cabeza hacía que negaran cualquier dolencia.

—Perfecto, luego hablamos.

Steve estuvo pendiente de los fisioterapeutas, aquella mañana no tenía ninguna operación, y quería ver si su madre ponía de su parte o, por el contrario, se comportaba como lo hacía con él y con Olivia.

Había avisado a las enfermeras de planta de que cuando terminara sus ejercicios la llevaran a su despacho, donde la esperaría Julio. Él vigilaba sin ser visto por ella.

Colette se quejaba cada vez que le tocaban la pierna, por no decir cuando la ponían de pie y le hacían dar algunos pasos con las muletas. Los demás pacientes que estaban en la misma sala la miraban como si le faltaran varios tornillos.

—Colette, hace dos meses que te han operado, deberías caminar mejor que yo —le decía Maryanne, la terapeuta que la guiaba.

—Niña, tú no sabes cómo me duele.

—Menos que a ellos, eso te lo aseguro, míralos, hace pocos días que han pasado por quirófano y ya están andando.

Colette los miró con la nariz arrugada, como si a los demás les doliera menos porque no eran de su nivel social, como si al ser trabajadores tuvieran que aguantar más que ella.

—Pero es que ellos son... —Se calló al ver la ceja alzada de la chica.

—Ellos sienten y padecen igual que tú —aseguró la terapeuta mientras seguía moviéndole el pie y masajeándole la pierna—. No pienses que ser la madre del cirujano jefe y haber nacido en una cuna de plata te protege de los mismos dolores que ellos. Lo que os diferencia es que en poco tiempo estarán haciendo una vida normal, y en cambio tú...

—Me quedaré lisiada para siempre.

—Eso es decisión tuya. —Maryanne ya conocía los arranques de aquella mujer, dos meses atrás había vivido su egocentrismo. Aquella mañana, Steve le había dicho que se empleara a fondo con su madre para hacerla caminar, y no pensaba fallarle.

—¡¿Mía?! —exclamó Colette.

—Desde luego, tengo la sensación de que has calentado mucho sillón desde que te pasó, y así te va.

—Eres una descarada.

—Me lo han dicho en alguna ocasión —replicó la terapeuta tan pancha, con lo que consiguió que la mujer dejara de dar guerra y se callara. Al terminar la sesión, le dijo que la esperaba al día siguiente, y Colette levantó la nariz haciendo una mueca.

El celador, que iba y venía con pacientes, empujó la silla de

ruedas hasta el despacho de Steve. Ella, al ver el nombre de su hijo en el cristal, pensó que era el momento de ponerlo en su sitio, él allí no le diría nada fuera de lugar, no la reñiría. Al abrirse la puerta, se encontró con un hombre al que no había visto nunca.

—¿Quién es usted? —Su tono de voz hablaba mucho del carácter de la mujer, pensó el psiquiatra.

—Soy Julio, compañero de Steve, ¿y usted es?

—Soy Colette Meraux, la madre de Steve.

—Es un placer conocerla, señora. Lo podemos esperar juntos, tengo que tratar algunos temas con él. —Le estrechó la mano y ella sintió que había encontrado a alguien que la trataba con la consideración que merecía. Julio despidió al celador y cerró la puerta —. ¿Te importa que te tutee?

—De ninguna manera, no soy tan vieja.

—¿Alguien te lo ha dicho? —Puso cara de extrañeza—. Lo que yo veo es a una mujer en la flor de la vida.

Colette le sonrió coqueta.

—Lamento llevar estas pintas, pero es que como ves...

—¿Qué te ha pasado?

—Tuve un accidente de tráfico, esta ciudad está llena de locos al volante.

Él sabía lo que había ocurrido y le siguió la corriente.

—Tienes razón, muchas veces vengo a trabajar en bus para no coger el coche.

—Es que al final no podremos ni salir de casa —se quejaba ella—. Mira cómo me he quedado. Pero te aseguro una cosa, lo van a pagar, tengo el asunto en manos de mi abogado.

—Claro que sí, el responsable no puede irse de rositas, que pague por su inconsciencia. —Él pensaba que se le daba muy bien mentir.

—Me recuerdas a mi marido, él siempre decía lo mismo.

—Un hombre sabio, me habría gustado conocerlo.

—Se fue demasiado pronto. Era diplomático, embajador, ¿sabes? —Ahí salía la vanidad de esa mujer. Julio analizaba todo lo que salía de su boca, además de su lenguaje corporal.

—¿Aquí en Nueva Orleans?

—Estuvimos en muchos países antes, y viajábamos por su trabajo.

—Fascinante, me equivoqué de oficio —bromeó Julio—. Debíais

conocer a personas en todo el mundo.

—Uy, sí, tengo muchas amistades.

—Eso es muy bueno, los amigos enriquecen el espíritu, sobre todo los de verdad, esos con los que puedes hablar, que te entienden y que tienes la suficiente confianza para compartir tus desvelos. Los que nunca te abandonan pase lo que pase.

Ella hizo una mueca imperceptible que a él no se le pasó por alto.

—Estoy rodeada de personas así.

Julio pensó que esa mujer mentía más que hablaba.

—Ya me gustaría a mí tener tan buenos amigos, y en la cantidad que debes tenerlos tú. —Era hora de ponerla en un aprieto—. No me extraña que aún no te hayas recuperado; si tienes tu casa llena de ellos, no debes tener tiempo de ejercitarte lo suficiente.

Él vio que ella apretaba la mandíbula.

—Eso es lo que pasa. —Su voz había cambiado.

—Tienes suerte de que estén pendientes de ti. He escuchado en más de una ocasión a personas que se lamentan porque en cuanto la vida les lanza un revés, los amigos se esfuman como por arte de magia.

En ese momento, en el despacho se hubiese podido escuchar el vuelo de una mosca. Colette miró hacia la ventana, esquivando los iris de Julio. Se le aguaron los ojos y ella parpadeó con nerviosismo.

—Ese no es mi caso. —Ese hombre le hablaba de en lo que se había convertido su vida, pensó Colette. No iba a reconocerlo ni ante él ni ante nadie—. ¿Dónde se habrá metido Steve?

—No creo que tarde en llegar, quizá le ha salido alguna urgencia.

—Una en la que no entra su madre. —Esas palabras se le escaparon sin pensar.

—Siempre habéis estado muy unidos, ¿verdad?

—Sí, es mi único hijo, y es mi deber velar para que no haga tonterías —hablaba como si Steve tuviera cinco años.

—Te das cuenta de que Steve es un hombre hecho y derecho, ¿verdad?

Colette lo miró como si hubiese dicho una gran barbaridad.

—Solo nos tenemos el uno al otro.

—¿Solo? Hace un momento me decías que tenías muchos amigos. —Julio no dejó que ella reaccionara para que le contara alguna excusa

—. Él tiene edad para hacer su vida tal como le apetezca, ya no es ningún niño pequeño.

—Paparruchas, yo lo conozco mejor que nadie y sé lo que más le conviene.

—¿A qué te refieres?

Ella se frotó las manos y las entrelazó.

—Es muy inteligente, pero en cuanto a las mujeres... las muy lagartas lo manejan a su antojo.

—¿Has pensado que tal vez a él le gusta estar con mujeres con carácter?

—Eso no puede ser. Esas tipas lo quieren para ellas y lo alejan de mí. —Lo miraba como si fuera corto de entendederas.

—Yo creo que eso es lo normal, llega un momento en que los hijos tienen que emprender el vuelo, dejar de estar bajo el ala de sus madres. Cometer sus propios errores para aprender de la vida.

—¡No si yo puedo evitarlo!

—No le estás haciendo ningún bien a tu hijo, ni a ti tampoco. Necesitas romper ese cordón umbilical con el que lo atas. ¿Me equivoco si pienso que vuestra relación no es como tú quieres?

—Discutimos, sí, pero ¿quién no lo hace?

—Estás hablando como si fueras su pareja, y no lo eres, eres su madre. —Julio vio rabia en los ojos de Colette, no le había gustado lo que le estaba diciendo.

—Quiero irme, si mi hijo está tan ocupado ya lo veré esta noche.

Julio supo que no lograría abrirle los ojos a esa mujer. Tenía un gran camino por delante para que ella admitiera que necesitaba ayuda psiquiátrica.

—Espera, voy a llamarlo, quizá ya ha terminado con lo que esté haciendo. —Sacó su teléfono del bolsillo y marcó, se había levantado de la silla donde se había sentado para hablar con ella y se acercó a la ventana, después de decir unas palabras que Colette no oyó, se giró hacia ella—. Viene enseguida.

En unos minutos, Steve estaba allí.

—¿Cómo te ha ido hoy, madre?

—Mal, como siempre.

Él intercambió una mirada con Julio, y este le hizo un casi imperceptible movimiento de cabeza.

—Bueno, ya se sabe que hay personas que no se recuperan igual que otras. Si a partir de ahora necesitas una silla de ruedas, tendrás que hacer modificaciones en casa para poder moverte por allí.

—¿Volverás a casa?

—No, madre, tienes compañía suficiente. Yo tengo mi vida aquí y poseo un piso muy cerca, ya lo sabes.

—Yo te necesito allí. —Colette puso cara acongojada.

—Eso no es cierto, está Olivia y las muchachas que van cada día. Tienes compañía, y cualquiera de ellas puede ayudarte en lo que precises. —Él le hablaba como si lo hiciera con una niña pequeña.

—¡Pero yo te necesito a ti! —dijo ella enrabietada.

—Sabes que tengo un trabajo que me ocupa todo el día. Si es necesario contrataremos a alguien más para que esté pendiente de ti.

—Ya veo lo que respetas a tu madre, eres cruel.

—No, eso no es cierto y tú lo sabes muy bien.

—Quiero irme, que me lleven a casa, ya veo que te importo un bledo.

Steve sacó la cabeza por la puerta y llamó a los celadores para que se llevaran a Colette hasta la ambulancia. Esta lucía una cara que haría retroceder a cualquier persona que no supiera que estaba tratando con una enferma.

Cuando se hubo alejado, Steve miró a Julio.

—¿Y bien?

—No me gustaría estar en tus zapatos, tienes un gran problema.

Steve cogió aire con fuerza.

—¿De qué se trata?

—No creo que haga falta que te de demasiadas explicaciones —señaló Julio—. En cuanto acudiste a mí, ya sabías que a tu madre no le rige bien la cabeza.

—No soy psiquiatra, solo eran sospechas. —Ambos se sentaron en las butacas que había frente a la mesa.

—No te hagas el tonto —le advirtió Julio—. Tengo la sensación de que la has dejado hacer y deshacer, y con tu actitud, ella se ha venido arriba y te ha controlado toda tu vida. No te estás haciendo ningún bien a ti, ni a ella.

Steve se quedó pensativo.

—Cuando mi padre murió, se quedó tan abatida...

—Eso es normal —lo interrumpió Julio—. Todo el mundo necesita su tiempo de duelo. Apostaría que ella lo ha superado con creces.

—Sí, desde luego.

—Pues ya va siendo hora de que cada uno haga su vida. No os hacéis ningún bien el uno al otro.

Él escuchaba pensativo al psiquiatra.

—Pero justo ahora que...

—Abre los ojos, Steve —lo cortó Julio—. Colette no camina porque no le da la gana. Te está manejando a su antojo.

—Siempre tenía la casa llena de gente y ahora no ve a nadie.

Eso ya lo había deducido él mismo.

—Pues tiene que retomar su vida, a las duras o a las maduras. Tiene que querer caminar para que lo haga, si se le da todo hecho nunca se repondrá, hay que darle un empujón para que espabile.

—¿Qué me aconsejas?

Julio se daba cuenta de que aquella mujer era lo que se entendía como una madre tóxica, la que no deja vivir a sus hijos.

—No te voy a decir que no estés pendiente de ella; sin embargo, tú tienes que hacer tu vida.

—¿Me estás psicoanalizando a mí?

—Me ha hablado de ti, y tengo la sensación de que te tiene amarrado. Tienes que liberarte. Ella tiene que comprender que no eres ningún crío, ya peinas pelos en ciertos sitios desde hace mucho tiempo.

—Pero justamente ahora que está así...

—Es la única forma que veo para que reaccione, que se dé cuenta de que no es el ombligo del mundo. Que tenga que esforzarse para conseguir lo que quiere. En el fondo es una niña malcriada, siempre lo ha tenido todo: amigos, viajes y un hijo al que poder controlar. Pues tiene que querer caminar para recuperar todo eso.

—Te has pasado con eso de «controlarme».

—Yo no me voy a poner en tu vida, si tú lo permites, no seré yo quien se lo impida. Eres tú quien tiene que marcar los límites. —Julio había recordado que hacía pocos años, Steve estaba feliz con una de las enfermeras de planta, y que de repente se separaron y ella se marchó. En esos momentos estaba casi seguro de que Colette había tenido algo que ver con aquella ruptura—. Volveré a verla en los días

que venga por aquí.

Steve asintió con la cabeza y el otro se marchó.

Julio tenía toda la razón del mundo, su madre podía vivir la vida como quisiera, pero tenía que respetar sus acciones y decisiones.

Se quedó solo en el despacho, pensando en lo que le había dicho su compañero, no le informó de lo que ella le había contado; sin embargo, había retratado su vida tal como era. Por su propia tranquilidad mental y la recuperación de su madre tenía que hacerle caso.

Capítulo 29

Steve sabía que tenía que buscar a alguien para que atendiera a su madre por las noches, Olivia terminaría enferma si no la dejaba descansar unas horas seguidas. Preguntó en el hospital, y cuando decía para quién era, algunas de las enfermeras que se habían ofrecido encontraban alguna excusa para retirarse.

—Hay una web donde puedes encontrar a alguien —le informó uno de sus compañeros—. Los pacientes a los que les he mandado alguien de allí han quedado muy satisfechos. Es personal sanitario que hace horas para sacarse un extra.

—Pásame la dirección por teléfono que me pondré en contacto.

—Ok.

Aquella misma tarde, antes de irse a casa, entró en aquella web, cuando tuvo que registrarse, lo encontró un poco raro, y en lugar de poner su nombre escribió «Quasimodo». Al instante se le abrió el chat, y vio que varias personas estaban hablando sobre algunos enfermos hospitalizados.

—Joaquín es un anciano encantador —decía alguien con el apodo de Pirata. Al verlo pensó que el anonimato allí estaba garantizado. Él mismo se había puesto el nombre del jorobado de Notre Dame.

—Los hay que, a pesar de sus males, hacen de tripas corazón y no se quejan. —Escribía Gigante.

—Lo que yo llevo peor son las enfermedades terminales en los niños, tenerlos que hacer sufrir con los tratamientos, cuando sabemos que no hay remedio... —Escribía Mulan.

—Entiendo lo que quieres decir, yo estuve en el ala de Pediatría y pedí el traslado —le contestaba Pirata.

—Yo no la pediría, sus caritas sonrientes cuando se sienten mejor me llenan el alma, aunque sepa que el alivio es efímero —volvía a hablar Mulan—. Ante ellos me muestro alegre, aunque hay días que cuando llego a mi casa, me rompo.

—Entiendo lo que quieres decir, yo no lo soportaría —la apoyaba Pirata.

Steve se quedó mirando aquella conversación, se notaba que eran personas con corazón.

—Hola, soy Quasimodo, me he unido a vosotros porque me he enterado de un trabajo para las noches. —No iba a exponer su nombre a todos, lo haría en cuanto encontrara a la persona adecuada—. No sabía de la existencia de esta web y me la ha recomendado un compañero. Me ha dicho que siempre hay alguien a quien le interesa trabajar unas horas más.

—¿De qué se trata? —preguntó Perla.

—Cuidar a una mujer que se está recuperando de una operación. Solo por las noches, para que los familiares puedan descansar.

—A mí puede interesarme. —Era Mulan—. Tal vez hablando con un adulto me distraiga de lo que arrastro con los peques.

Steve pensó que su madre no le tomaría el pelo a una extraña, ni la maltrataría como hacía con Olivia. Podía funcionar.

—¿Qué te parece si hablamos por privado? —preguntó.

—Sí, desde luego. —Al instante se abrió una ventanita a un lado de la pantalla y leyó: «Ya estamos solos, ¿qué horario correspondería? Has dicho que sería un tiempo hasta que se recupere. ¿De qué la han operado? ¿Necesita algún cuidado especial?».

Steve pensó que si le decía que estaba en tratamiento psiquiátrico podía salir corriendo.

—Se rompió la tibia y el peroné, la operaron, y es una mujer un poco difícil.

—¿Hay algún enfermo que sea fácil? —preguntó ella.

—Te noto animosa, seguro que le vendrá bien. En cuanto a ir, a la

hora que te venga bien de llegar, la mujer tiene una acompañante a la que no deja dormir, y sería hasta las siete de la mañana, ¿cómo te va? Imagino que debes entrar a trabajar a las ocho, ¿no?

—¿Qué te parece si voy a las once? ¿O prefieres las diez?

—A las once estará bien, a veces se queda viendo la televisión.

—Perfecto. ¿Cuándo debo empezar?

—Lo antes posible.

—¿Te parece bien mañana?

Él iba a decirle que ese mismo día; sin embargo, tenía que hablar con su madre, y quería encontrarse con Mulan antes de dejarla en casa, debía advertirle de las malas pulgas que podía encontrarse.

—Quisiera hablar contigo antes de presentártela.

—Claro, es lógico. ¿Qué te parece si nos vemos mañana a las nueve? Así me dará tiempo a ir a la casa cuando terminemos. ¿Dónde vive? ¿Me llevo mi coche?

Por cómo hablaba, Steve se daba cuenta de que era una persona en la que seguro se podría confiar.

—Depende de dónde trabajes.

—En el Children's Hospital New Orleans.

Al escuchar dónde estaba empleada entendía lo que había leído sobre los niños, era el mejor centro para los pequeños.

—Será mejor que te lo lleves, vive en las afueras.

—Sin problema. Mañana te traeré mis documentos, no soy ninguna impostora.

—En ningún momento se me había ocurrido.

—Lo haré de todas maneras.

—Si me das tu número de teléfono, te mandaré la ubicación de la casa.

Ella lo tecleó.

—¿Nos veremos allí?

—Antes de llegar a la urbanización hay una cafetería, podemos encontrarnos allí, te hablaré de ella.

—Muy bien, ¿quieres saber algo más?

—De momento no se me ocurre nada, es que no pensaba encontrar a nadie tan pronto. Lo que me surja lo hablamos mañana.

—Perfecto.

Al cerrar la ventanita del chat, Zoe pensó que no le había

preguntado ni el nombre. Bueno, al día siguiente tendrían tiempo de hablar con calma.

***

Steve fue a casa de su madre, aquella noche ella estaba tendida en el sofá. Él frunció el ceño.

—¿Qué pasa, madre, estás cansada?

—Está tendida desde después de comer —dijo Olivia, que estaba leyendo en el sillón de al lado—. Dice que hoy está muy agotada por los ejercicios que le han hecho hacer. —Siguió hablando ella al ver que la mujer no le respondía a su hijo.

—Mejor que descanse, pues mañana vendrán a buscarla otra vez.

—No pienso ir —soltó Colette sin mirarlo, ignorándolo.

—¿Volverás a armar el follón de hoy? Al final sí que los vecinos pensarán que tienen a una loca en la urbanización. —Él no se preocupó porque ella creyera que Olivia se lo había dicho, los sanitarios eran testigos.

—Eres un grosero.

—Si tú lo dices, lo soy. Pero que te entre en la cabeza que no pararé hasta verte andando por ahí.

—Pues espérate sentado, no vayas a cansarte. —Se notaba que la mujer quería guerra.

—Como veo que tienes ganas de bronca, y yo estoy cansado de tanta tontería, te lo digo y me voy. Mañana empezará a venir una cuidadora por las noches, así dejarás descansar a Olivia, que ya tiene bastante durante todo el día.

—¡¿Qué?! —gritó Colette.

Olivia lo miró con la boca abierta, y él le guiñó un ojo.

—Ya me has oído.

—¿Y si no me gusta? —vociferó incorporándose sobre su trasero.

—Por las noches, la gente normal duerme, tú tendrías que hacer lo mismo, o sea que si cierras los ojos no la verás.

—No permitiré que ningún extraño se pasee por mi casa —habló señalándolo con el índice, como amenazándolo.

—Pues persíguela y échala.

—Te has vuelto loco, ¿cómo voy a hacerlo? Eres un mal hijo.

—Sí, me lo has dicho en más de una ocasión, aprovecha y

descansa, que mañana tienes que hacer muchos ejercicios. —Dejó a su madre rabiosa y Olivia se fue a la cocina para no tener que escuchar todas las maldiciones que salían de la boca de la mujer.

Sentado ya al volante de su Chevrolet se preguntó si Mulan, que era como conocía a la chica, aguantaría esos arrebatos de mala leche o saldría corriendo a la primera de cambio. No la culparía si lo hacía.

Capítulo 30

Zoe llegó a la cafetería que se hallaba a las puertas de aquella urbanización donde vivía la madre de Steve. Esperaba no encontrársela, por las mañanas seguro que no, le gustaba mucho retozar en la cama, por las noches era otra cosa, a la mujer le encantaba ir por ahí con sus amigos. De todas maneras, sería algo que no sucedería, ella iba con su coche y lo aparcaría en la propiedad de aquellos para los que iba a trabajar, no iría a pasear por allí.

Como había llegado pronto, se pidió una cola y se puso a leer el periódico en una mesa desde donde se veía gran parte de la ciudad. ¡Bonita vista! Sería agradable tomarse un café por las mañanas antes de ir al hospital, seguro que los amaneceres desde allí serían fantásticos. Estaba inmersa en la lectura y no vio que Steve entraba en el local.

Él había visto su coche en el aparcamiento y se quedó sorprendido, ¿qué estaría haciendo allí Zoe? Al entrar en la cafetería barrió las mesas con su mirada gris, en la mayoría había grupos o parejas, solo había una ocupada por... ella. ¡No podía ser! En unos segundos le pasaron por la cabeza todos los buenos momentos que habían vivido, que no fueron pocos. Durante esos tres años se había acordado de ella a menudo, la mayoría de las veces era cuando terminaba de hacer el amor con una mujer, ninguna lo satisfacía como

ella. Había deseado llamarla; sin embargo, no lo hizo. Imaginaba que no lo creería si le decía que se había equivocado, que su ego había hablado por él; en alguna ocasión rememoró sus estúpidas discusiones, y se dio cuenta de que era él quien las había provocado llevado por su vanidad. La había tratado como si ella fuera inferior, y no creía que lo perdonara.

Al acercarse apreció que llevaba su melena recogida en una trenza floja que le bajaba por un hombro, le había crecido el pelo y lo tenía tan brillante como recordaba. El flequillo que le cubría las facciones al estar inclinada sobre aquellas páginas le impedía ver su bonita cara.

—Hola, ¿eres Mulan?

Ella reconoció la voz profunda al instante, aquella que le había susurrado tantas veces, la que la había hecho vibrar con palabras apasionadas. Levantó la cabeza y se lo quedó mirando. Estaba tan guapo como recordaba, le pareció que sus hombros eran más anchos y supo que sería por el gimnasio. Los ojos plateados no se apartaban de los suyos, y ella sintió que le temblaba hasta el alma. Lo había echado tanto de menos. Esos años habían sido muy duros, cada día se acordaba de él; y por mucho que intentara relegarlo al fondo de sus pensamientos, él seguía ahí. Había salido con más de un hombre para sacárselo de la cabeza, y nunca había funcionado. Steve era Steve, y nadie podía hacerle sombra en lo que sentía su terco corazón.

—¿No me digas que tú eres Quasimodo? —Trató de que su voz no delatara el aleteo que le recorría el pecho.

—Sí, lo soy. —Steve la vio coger aire con fuerza, y se preguntó si saldría corriendo en ese mismo instante—. ¿Puedo sentarme?

—Desde luego —dijo ella señalando la silla de enfrente.

—¿Quieres tomar algo?

Ella señaló el vaso de refresco de cola, y él pidió una cerveza al camarero.

—El mundo es un pañuelo —afirmó ella en cuanto se quedaron solos.

—Sí, ¿cómo estás?

—Bien, ¿y tú?

—¿Te digo la verdad? —contestó él con otra pregunta.

—Sería de agradecer.

—Agobiado. —Al escucharlo ella frunció el ceño—. Mi madre me

está volviendo loco.

—Y lo que quieres es que yo la cuide, ¿verdad? —Él puso cara de circunstancias—. ¿Has pensado en cómo se va a poner en cuanto me vea? Pensará que volvemos a estar juntos. Se pondrá hecha un basilisco. —No tenía sentido negar lo que sabía que iba a ocurrir.

—Últimamente siempre lo está.

—¿Y eso? Recuerdo que era... —Calló lo que iba a decir y él lo supuso.

—Tuvo un accidente de coche y parece como si no quisiera recuperarse. Está siempre irascible y enfadada con el mundo entero.

—¿Te estás callando algo?

—Siempre has sabido leerme a la perfección. A raíz del accidente, sus amigos se han esfumado.

Ella se quedó con la boca abierta.

—Vaya, eso debe dolerle mucho. —Zoe hizo una mueca con la boca; conociendo a Colette, aquello debía haberle sentado como si se le hubiese caído un meteorito en la cabeza. ¿Con quién cotillearía ahora?

—Yo creo que eso es lo que la está volviendo una bruja. —Al oírlo ella pensó que Colette ya lo era cuando sus amigos le bailaban el agua —. Está mal que yo lo diga, ya lo sé, pero...

—No te justifiques, te entiendo perfectamente.

—Entonces ¿no te vas? —Parecía ansioso, y eso no le gustó a Zoe.

—Claro que no, me ofendes pensando que te dejaré tirado.

—Lo siento, perdóname. —Steve, en un movimiento involuntario puso su mano encima de la de ella. De un plumazo, con unas pocas palabras, parecía que esos tres años no hubiesen existido.

Zoe retiró la mano de debajo de la de él despacio, lo que provoco una caricia muy agradable. Lo veía cambiado, ¿dónde estaba ese ego que ella tan bien recordaba?

—No hay nada que perdonar.

—¿Cuándo dormirás, si cuando salgas de aquí te irás al trabajo?

—Por la tarde, he movido algunos turnos con compañeras para ir al Children's por las mañanas.

—¿No te pagan bien allí que haces estos trabajos? —Él parecía perplejo.

—Vivo bien, si es eso lo que te preocupa. No voy a robarle la plata

a tu madre.

—Eso ya lo sé. —Steve estaba indignado de que ella pensara que él la creía capaz de eso.

—Ayudo a la gente que, como tú, necesitáis a alguien que os eche una mano. Y si de paso me gano unos dólares, mejor. Cuando tenga un pastón, me tomaré un año sabático y recorreré el mundo. —Por la sonrisa que ella lucía supuso que le estaba tomando el pelo.

—¿Dónde te gustaría ir? —Le siguió la corriente.

—A París, Londres, Irlanda, Escocia, un safari por Kenia, Nueva Zelanda...

Él sonrió al escucharla.

—¿Vas a ir sola? —Aquella pregunta iba con segundas intenciones.

—Si lo que quieres saber es si tengo pareja, la respuesta es «no». —Sus ojos se engancharon, unos plateados contra otros verdes—. Si la tuviera no haría estos trabajos.

Steve quería hacerle muchas preguntas, quería saber todo lo que había vivido mientras estuvieron separados.

—No he debido preguntarte.

—No me molesta, me conoces, soy un libro abierto para ti, sabes que me gusta divertirme con mis amigas, de vez en cuando salimos a quemar la ciudad. Pero no debes preocuparte, mientras este cuidando de Colette las juergas van a esperar.

Steve sabía que podía confiar en ella absolutamente, que no lo dejaría en la estacada para ir a divertirse, que su palabra era ley.

—Has cambiado de teléfono —afirmó al darse cuenta de que no lo tenía en la agenda, cuando conservaba el anterior.

—Sí, me robaron el mío y cambie de compañía —mintió. La verdad era que lo había hecho para que él no pudiera localizarla. En cuanto se separaron, ella sabía que caería en sus brazos si él se ponía en contacto con ella, y cortó de raíz. No quería volver a sufrir ese dolor que le causó la ruptura.

Steve no era tan ingenuo como para tragarse esa trola, podría haber conservado el número si lo hubiese deseado, por mucho que cambiara de compañía.

Ella miró su reloj de pulsera, y él pilló lo que aquello representaba.

—Será mejor que vayamos a la casa de mi madre, prepárate para cuando estallen los fuegos artificiales.

—Me he vuelto impermeable a los berrinches fingidos de la gente mayor.

Él recordó lo que ella había escrito en la web sobre los pequeños, y supuso que debía ser duro.

—Pero no de los niños —señaló él.

—Ellos son mi debilidad.

—Serás una madre maravillosa cuando tengas los tuyos. —Steve deseaba preguntarle si se había planteado tenerlos.

—No lo creo, me tomarán el pelo y seguro que lo consentiré.

Él sonrió al escucharla.

Se levantaron juntos y se dirigieron a casa de Colette. Zoe se imaginaba que no tendría un buen recibimiento y se preparó para lo que estaba por venir.

Capítulo 31

Steve abrió con su propia llave; y al llegar al salón, su madre volvía a estar echada en el sofá. Ella estaba pendiente de con quién llegaba, sabía que ese día le traería a alguien para que pasar la noche con ella, y había planeado hacerle la vida imposible para que se marchara lo antes posible. Lo que ella quería era que Steve se trasladara a su casa, que fuera él quien la cuidara.

Esa mañana también había estado con Julio, y este le insistía que su hijo debía vivir su vida, que ella debía aceptar que era un hombre y que tomaba sus propias decisiones. Le demostraría lo equivocado que estaba. Steve no apareció como el día anterior, y su compañero le dijo que había tenido varias urgencias, y eso la tenía muy molesta, primero estaba su madre a todas esas personas a las que no conocía de nada.

—Se te ve cansada, madre. ¿Cómo ha ido hoy la recuperación?

—Mal, ¿cómo querías que fuera? Yo no sé a quién contratáis, pero seguro que hay terapeutas mejores en la ciudad. —Mientras hablaba con impertinencia, miraba a las espaldas de Steve, a ver con quién pretendía dejarla.

Olivia, que había subido al piso de arriba en busca de una bata que Colette quería ponerse esa noche, se quedó con la boca abierta al ver a Zoe, esta había permanecido en la entrada del salón y miraba a su alrededor. Nada había cambiado desde la última vez que estuvo

allí, solo se habían movido algunos muebles, y vio que lo hicieron para que pasara la silla de ruedas. Vio que Steve cogía aire con fuerza ante las quejas, y decidió intervenir.

—La Colette que yo conocí no iría con silla de ruedas, estaría andando y dando guerra por ahí.

Su tono hizo que la mujer la mirara con la boca muy abierta, había reconocido la voz y se quedó pasmada.

—¡¿Zoe?! —exclamó con la voz distorsionada. Esta caminó hacia ella, dejando que la viera bien—. ¿Cómo se te ha ocurrido traerla a ella aquí? ¿Acaso volvéis a estar juntos? —La rabia era patente en cada una de sus palabras.

—No, solo he venido a velar tu sueño. —Su tono era tranquilo, aunque se daba cuenta de que la rabieta recién acababa de empezar. Sabía de lo que era capaz Colette; sin embargo, contaba con su experiencia anterior con ella. Conocía el pie que calzaba y no se dejaría pisotear como antes.

—Ni loca permitiré que te quedes en mi casa.

—Tendrás que hacerlo, he dado mi palabra de que te cuidaré el tiempo que haga falta.

—Llamaré a la policía y te denunciaré como a una delincuente que se ha colado en mi casa.

«La palabra “bruja” en esta mujer se queda corta», pensó Zoe. Tenía que ser más lista que ella.

—Hazlo, he firmado un contrato de trabajo con Steve —mintió, esperaba que este le siguiera la corriente—. En cuanto lo presente a las autoridades, lo más probable es que piensen que eres una enferma. —Su tono de voz era paciente, deseaba gritarle, pero no le daría el gusto, era lo que Colette quería para demostrarle a su hijo que no había elegido bien. No le dijo que la tomarían por loca, pero quedaba claro.

—Steve, no puedes haberme hecho esto. —Sus ojos lanzaban llamaradas al mirarlo a él.

—Ya está hecho, madre, ¿quién mejor para cuidarte que una enfermera titulada? Además, ya os conocéis.

—Eso es lo malo, que ya nos conocemos.

—Vamos, Colette, no seas exagerada. —Zoe se le acercó y se plantó delante de ella—. Además, con mi experiencia en

traumatología, de cuando trabajaba con tu hijo, te puedo ayudar a dejar esa silla.

—No te las des de entendida, las dos sabemos que estabas allí porque mi hijo te enchufó en tu puesto. —Quería ofenderla al punto de que se marchara.

—Cree lo que quieras, a mí me da igual si no vuelves a caminar, como el contrato es indefinido... —Se encogió de hombros—. Todo depende de ti, que esté aquí un mes, un año o más.

Steve, al ver la cara de su madre a lo que Zoe le decía, pensó que aquella casualidad de encontrarla había sido lo mejor que le podía haber pasado. Esperaba que, para alejar a Zoe, se tomaría con más empeño la recuperación y terminaría andando muy pronto.

Olivia estaba alucinada, conocía a Zoe, con ella siempre había sido muy dulce; sin embargo, con Colette se mostraba dura, aunque no le había levantado la voz como habría hecho cualquier otra persona si le hubiesen dedicado las palabras que le lanzó Colette. Ella se mostraba profesional.

—Ya encontraré la forma de deshacerme de ti —murmuró Colette, luego apretó los labios y miró a Steve con dardos en los ojos.

—Señoras, llego tarde a una cita, hasta mañana. —Con esas palabras se giró, iba a marcharse cuando oyó:

—Y encima me dejas con... con...

—Con Zoe, madre, una profesional de la cabeza a los pies —habló por encima del hombro sin pararse—. Que paséis buena noche.

Lo de la cita era una mentira, condujo hasta su casa y se tomó la cena que la mujer que iba a hacerle las tareas siempre le dejaba hecha. Estaba pendiente del teléfono, no le extrañaría que lo llamaran en cualquier momento porque se hubiese montado un cirio en casa de su madre.

En las afueras de la ciudad, Zoe estaba lidiando con aquella lunática.

—¿Ya has cenado, Colette?

—Claro que sí, a estas horas...

—Pues yo no.

—¿Ya me dirás lo que has estado haciendo con mi hijo, para que no te diera tiempo a cenar? —Su tono de voz y su mirada de asco eran para ofenderla; sin embargo, ella la ignoró.

—¿Quién te ha dicho que estuviera con Steve?

Olivia se ofreció a prepararle un sándwich o una ensalada.

—Oye, que tú trabajas para mí. —La mujer no le hizo ni caso.

—Un sándwich estará bien, gracias.

Al pasar por su lado, Olivia le dio un apretón en el hombro, se alegraba de que estuviera allí, y ella le sonrió.

—En esta casa hay que respetar ciertas reglas, no te creas que esto es como un motel de carretera. —Aquello pretendía ser un insulto, y Colette vio que no dio resultado.

—Dímelas, así seguro que las seguiré.

—No quiero maromos rondando por aquí, nada de llamaditas por las noches, tienes que estar siempre a mi vista, a mi disposición, no te quiero recorriendo la casa a tu libre albedrío.

Cuando se calló, Zoe contestó:

—¿Podré ir al baño sola, o te llevo conmigo?

—Eres una descarada.

—Yo solo he preguntado. ¿Tienes más normas? —Zoe estaba empezando a pensar que no estaba bien de la cabeza. Que era una bruja ya lo sabía, pero eso ya pasaba de castaño oscuro.

—Ya se me irán ocurriendo.

—No te olvides de decírmelas cuando las tengas claras.

Olivia, que las estaba escuchando, se daba cuenta de que aquella moza ya no era la de antes, que no iba a darle la razón si no la tenía, la vida la había curtido. Se preguntaba si la ruptura con Steve habría tenido algo que ver. Aparte de que no entendía cómo había terminado allí, mucho menos conociendo a Colette.

Al traer el sándwich, Olivia llevaba una lata de cola, recordaba que era lo que la muchacha solía beber.

—Gracias, eres muy amable.

—Que no se te olvide que ella trabaja para mí —añadió Colette mirando con ceño el plato y la cola.

—No te preocupes, no se me olvidará.

En cuento se hubo comido medio sándwich, dio un largo trago al refresco, y ese fue el momento en que Colette dijo:

—Es hora de que me vaya a acostar, ha sido un día muy largo, estoy cansada. —Sus ojos la miraban con impertinencia.

—Ya te acompaño yo, termina de comer. —Olivia sabía que lo

hacía a propósito, nunca se acostaba tan temprano.

—Ella está aquí para hacer este trabajo. —La señaló con el índice con una extraña mueca en la cara.

—No te preocupes, Olivia, no pasa nada, gracias. —Ese tono dulce hacía que la mujer deseara soltar una palabra malsonante contra su jefa. Zoe le hizo un gesto con la cabeza cuando lo percibió—. Muy bien, ¿caminando con muletas o con la silla?

—¿Es que no ves que estoy inválida? —Zoe no le contestó, tiró de ella y la sentó en la silla. Colette le indicó en qué habitación dormía y ella la llevó, la desnudó, y le puso el camisón que había encima de la cama sin decir ni una sola palabra. La acomodó y, al cubrirla, escuchó:

—Podrías leerme un rato, no tengo mucho sueño.

«La madre que la parió», pensó Zoe, no había podido esperar a que terminara de cenar y en esos momentos le salía con esas. Además, sabía que no era lectora.

—¿Qué quieres que te lea? ¿Tienes algún libro empezado?

—No, puedes empezar ese de ahí —señaló uno que reposaba sobre la cómoda—. Me lo trajo Steve al hospital cuando me operaron, y me encontraba tan mal que no podía ni leer.

Qué cuento que tenía esa mujer.

Zoe cogió el libro, se trataba de una novela romántica, *Orgulloso, desconfiado y… guapísimo*, ese era el título, y ella pensó que le iba como anillo al dedo a él, aunque aquella noche no había visto todo eso cuando estuvieron juntos, ¿habría cambiado?

Colocó un sillón cerca de la mesita de noche, donde tenía luz suficiente para la lectura, y empezó. De tanto en tanto levantaba la vista de las páginas para ver si Colette se dormía, y esta permanecía con los ojos muy abiertos. Pasaron dos horas y seguía igual.

—Si no duermes, mañana te cansarás más con la recuperación. Necesitas fuerzas para ponerte en pie por ti misma.

—¿Es que te cansas de leer? —Por su tono y su forma de mirarla, estaba buscando algún motivo de queja.

—De ninguna manera, ya sigo.

Un rato más tarde, Zoe vio que se le estaban cerrando los ojos y se resistía al sueño. Eran las tres de la madrugada.

—Quiero un vaso de agua —pidió Colette. Ella se levantó e iba a llenar el vaso en el grifo del lavabo, cuando escuchó—: La bebo con

un cubito de hielo y unas gotas de limón.

—¿De dónde la saco?

—De la botella de la cocina —habló con aquel tono de superioridad, como si ella fuera tonta.

—¿Quieres levantarte?

—No, por eso te lo digo a ti.

—Es que una de tus normas es que no me salga de tu campo de visión, y si voy a la cocina...

Zoe vio que Colette apretaba los labios en actitud enojada. Salió de la habitación con una sonrisa, le había tirado una de sus estúpidas normas a la cara.

Después de aquello, le dijo que tenía sueño y que cerrara la luz. Zoe así lo hizo y oyó muy pronto la respiración regular que le indicó que se había quedado dormida. Se repantigó en el sillón y durmió a ratos.

A las siete menos cuarto, Zoe despertó con los ruidos amortiguados que venían de la cocina, vio que Colette dormía a pierna suelta. Le llamó la atención que las zapatillas estaban en el lado contrario de donde ella las había dejado al acostarla. «No seas paranoica, Zoe», se dijo, «seguro que tú misma las pusiste ahí», se reprochó. Dejó de pensar en ello, se aseó y salió de la habitación. Olivia le sonrió.

—Nena, me alegro tanto de que estés aquí. Aunque no te lo ha puesto fácil. Tienes más paciencia que un santo. —Sin que se lo pidiera, le puso un café delante—. Tómatelo, te sentará bien.

—¿Cómo lo sabes?

—Te he estado escuchando. Duermo en la habitación de al lado.

—Siento haberte molestado.

—¿Qué dices? Tu voz es suave y sedosa, imagino que ha tenido que hacer verdaderos esfuerzos para no dormirse. Para mí era como si me estuvieras cantando una nana. Me despertaba porque mi cuerpo está acostumbrado a sus reclamos nocturnos y te oía. —En ese momento, la miró con picardía—. Me he reído de lo lindo cuando te ha pedido el agua.

Ambas ahogaron una risita.

Zoe se tomó el café y se despidió de Olivia hasta la noche, la mujer se le acercó y le dio un beso en la mejilla.

—Qué contenta estoy de volver a verte. —En su expresión podía palparse la sinceridad, y ella le sonrió con cariño.

—Yo también, Olivia.

Iba hacia la puerta cuando notó que el teléfono le vibraba en el bolsillo, era Steve.

—¿Cómo ha ido la noche? ¿Siguió con la rabieta? —Se interesaba.

—¿Es que aún no la conoces?

—Sí, he hecho una pregunta tonta —reconoció él.

—Te dejo, que ahora salgo y me voy a desayunar a la cafetería. —Zoe tenía un hambre canina, sentía un vacío en el estómago...

—¿Por qué no lo has hecho en casa? Olivia podía prepararte algo.

—Mejor que no.

—¿Dónde vas?

—A la cafetería donde nos vimos ayer.

—Voy para allá.

Zoe se quedó sorprendida.

—No te pilla de camino.

—Hasta ahora —contestó él cortando la llamada.

Steve se preguntaba por qué ella no había desayunado en casa, ¿qué habría ocurrido?

Capítulo 32

Cuando Steve llegó a la cafetería, Zoe estaba a medio comerse un bocadillo de lomo con queso. Le extrañó que se lo tomara a aquella hora. Durante el tiempo que habían convivido ella solo se bebía un café al levantarse, luego a media mañana desayunaba con consistencia.

—Cualquiera diría que ayer no... ¡No cenaste! —Empezó bromeando, hasta que se dio cuenta de lo ocurrido. Entonces frunció el ceño.

—No me he caído de debilidad, te lo aseguro. —Trató ella de tranquilizar los nubarrones de tormenta que veía en sus ojos.

—¡Esto es intolerable! Hablaré con Olivia.

—No la metas en esto —dijo ella categórica.

Steve se pidió un café y se apoyó en el respaldo de la silla.

—¿Qué ocurrió?

—Me contrataste para estar tranquilo, deja que yo me ocupe de esto. ¿Confías en mí? —Los ojos verdes de ella lo atravesaban—. Libraré mis propias batallas con tu madre.

—Claro que confío en ti, pero necesito saber hasta dónde es capaz de llegar. —Se calló unos segundos antes de seguir—. La está visitando Julio, ¿te acuerdas de él?

—¿El psiquiatra del Tulane? —Ella lo miró con los ojos muy

abiertos—. ¿Acepta ir? —Su sorpresa no conocía límites.

—No lo sabe; como estaba seguro de que nunca accedería, él se hace el encontradizo y habla con ella.

—Como se entere de que le está contando su vida a un psiquiatra, ya podemos prepararnos, será como si nos cayera un misil nuclear en la cabeza.

A él le gustó que hubiese dicho aquello en plural, que se incluyera en lo que podría pasar.

—Por eso se lo oculto. ¿Crees que lo estoy haciendo mal?

¿Steve le estaba pidiendo opinión a ella? Sí que había cambiado, pensó Zoe.

—Supongo que no. Estás tratando de ayudarla a sabiendas de que no quiere, nunca admitirá que lo necesita. —Los ojos de ambos no se separaban—. ¿Qué te hizo dar ese paso?

—Te habrás dado cuenta de que está más irascible que de costumbre, ¿verdad? —Ella asintió con la cabeza—. Se debe al accidente, se le ha juntado todo, siempre ha sido la divertida Colette que le caía bien a todo el mundo.

—A todos, a todos... —lo interrumpió ella—. A todos los que ella quería a su lado.

—Exacto, se ha rodeado de las personas más falsas de Nueva Orleans, las que son como ella, y en estos momentos que la podrían ayudar, y dar ánimos para seguir adelante, le han dado la espalda, imagino que ella habría hecho lo mismo. Tengo la impresión de que se ha percatado de eso, pero nunca lo reconocerá.

Zoe pensó que en toda esa historia había algo que se le escapaba.

—Eso no explica el porqué de que se haya declarado a sí misma una inválida y no tenga ganas de volver a caminar, que no se esfuerce en ello. —Mientras hablaba se acordó de las zapatillas, y las relegó al fondo de su mente.

—Se agarra a los que tiene alrededor como a un clavo ardiendo, por miedo a que también la abandonemos.

—No creo que sea ese el caso. —Zoe sabía muy bien que Colette siempre había querido tener a Steve amarrado, y en esos momentos tenía la excusa perfecta para ello. Lo miró frunciendo el ceño.

—¿En qué piensas? —preguntó él al reparar en su extraña expresión.

—Que Colette siempre ha disfrutado con sus amiguitas ricas, pero lo hacía para presentarte a sus hijas con la esperanza de que ellas consiguieran que volvieras al mundo de yupi donde ella ha estado viviendo siempre. No creo equivocarme si te digo que ninguno de esos amigos le importa un cuerno, solo los ha estado utilizando para sus propósitos.

Steve recordaba muy bien que en el momento que ellos se habían separado, nunca le preguntó el motivo, ni se interesó por sus sentimientos. Empezó a invitarlo a sus veladas donde acababa con varios teléfonos de chicas que le presentaba, había salido con algunas, se lo había pasado bien con otras, y su madre estaba satisfecha con ello. Si incluso lo tiró en brazos de Genna, estaba seguro de que ya sabía lo que iba a ocurrir.

—Si tan poco le importan, ¿a qué viene todo este paripé? —preguntó él, sabiendo que ella era mucho más intuitiva.

—No lo sé, yo no soy psiquiatra. Eso lo tendrá que averiguar Julio. —Él se pasó la mano por el pelo, haciendo que le quedara de punta, soltó un suspiro y miró por la ventana que se hallaba al lado de donde estaban sentados—. La sensación que me da es que se está haciendo la víctima para lograr tus atenciones, la fijación que tiene contigo es algo enfermizo, pero ya te he dicho que yo no soy profesional en esos lares. Ahora tengo que irme, si no quiero llegar tarde al trabajo. —Iba a sacar la cartera para pagar, y Steve le dijo que él se ocuparía.

—Gracias por todo.

Aquellas palabras en boca de él la sorprendieron. ¿Realmente había cambiado tanto? Con ese pensamiento recordó algo que quería preguntarle.

—¿Es verdad que le compraste a tu madre una novela romántica?

—¿Cómo lo sabes? —Él sabía que el detalle no le había gustado. Recordaba muy bien que cuando se lo entregó ella lo miró como si se hubiese vuelto loco por traerle un libro. Luego le preguntó qué se suponía que iba a hacer ella con aquello, y cuando le dijo que podía entretenerse leyendo, ella pareció que le quemaba en los dedos y lo dejó encima de la mesita.

—Me ha tenido leyéndolo buena parte de la noche. Es interesante la historia. —Zoe habló con una sonrisa de aquellas que a él le

encantaban.

Steve se hizo una ligera idea de la treta de su madre.

***

Colette despertó que sacaba fuego por las muelas. Se había pasado buena parte de la noche tratando de sacar de sus casillas a Zoe, y no lo había conseguido. Al fin se había quedado dormida por puro agotamiento, y al abrir los ojos ella ya se había marchado. Sin pensarlo dos veces, llamó a su hijo, y le dijo a quien le respondió que era muy urgente, que se estaba muriendo.

—¿Qué pasa, madre?

—No quiero a esa mujer en mi casa, no sé qué me ha puesto en el agua que me ha dejado dormida hasta esta hora, ¿es que no se da cuenta de que estoy débil y puedo morir?

Steve soltó un resoplido, su madre sería capaz de inventarse cualquier cosa con tal de salirse con la suya.

—Estoy seguro de que no te ha puesto nada, es una profesional que sabe muy bien lo que se hace. Debes haberte quedado dormida de cansancio.

—Eso es lo que dices tú, yo estoy segura de que me ha dado algo. No es normal que despierte a estas horas —vociferaba ella.

Él ya sabía que la había tenido despierta hasta altas horas de la madrugada, leyéndole.

—Míralo por el lado bueno, seguro que estás más descansada.

—Eso es lo que tú te crees, estoy como si me hubiese pasado un camión por encima. —Al decirlo, cambió el tono de voz—. No sé qué clase de droga me habrá puesto, pero no puede ser nada bueno, va a terminar conmigo.

—Muy bien, madre, lo tendré en cuenta. Ahora debo dejarte, nos vemos en un rato cuando vengas. —Sin darle opción a replicar cortó la llamada. Le haría una analítica en cuanto llegara, no porque desconfiara de Zoe, sino porque sabía que su madre odiaba que se las hicieran, gracias a una se había sabido que iba bebida cuando tuvo el accidente.

Mientras esperaba a que llegara, se preguntaba hasta dónde sería capaz de llegar su madre para librarse de Zoe. Puso en su historial que se le practicara una analítica y le dieran los resultados tan pronto

como los tuvieran.

Al estar en la planta, se enteró cuando llegó y que se negaba al decirle que le sacarían sangre, salió del despacho, había dejado la puerta abierta. El recinto de curas quedaba al lado mismo de donde él estaba.

—Hola, madre, ¿qué está pasando aquí?

—Que esta chica quiere sacarme sangre. —Su voz estaba alterada.

—Y ¿qué problema hay? Es algo normal con nuestros pacientes. Tenemos que estar alerta de la salud de quienes tratamos.

Ella encajó los dientes y se calló.

Ese día Julio había interceptado a Colette en el largo pasillo de trauma y la invitó a tomarse un café, empujó la silla hasta el cuarto de las enfermeras y sacó dos tazas. En cuanto se sentó frente a ella para tomárselo, ella empezó a quejarse de lo que le había hecho su hijo.

—Ha contratado a una aprovechada a la que echasteis de aquí, ¿te lo puedes creer?

—¿Cuándo fue eso? No recuerdo que se despidiera a nadie. —Julio sabía a quién se refería, esa mañana Steve le había contado el jaleo que tuvo la noche anterior en su casa por haber llevado a Zoe.

—Sí, hombre, una que estuvo viviendo con mi hijo hasta que él se deshizo de ella.

—Estás equivocada, supongo que me hablas de Zoe. —Al obtener el asentimiento de ella siguió—: No la despidieron, se fue ella.

—No, no, estás mal informado. Esa chica con cara de mosquita muerta no es lo que parece.

—No debemos estar hablando de la misma persona —zanjó él para dejar que Colette hablara y sacarle lo que pudiera.

—Déjame decirte que temo por mi vida, cualquier día me va a envenenar, y como sabe de estas cosas, todos pensarán que me ha dado un infarto o vaya a saber el qué. —Hizo como si se secara una lágrima—. Mi hijo me ha puesto el diablo en casa.

—¿Quieres decir que no estás exagerando? Steve tiene dos dedos de frente, nunca pondría en tu casa a nadie en quien no confiara.

—Ya te he dicho que ella es muy lista, lo manejó a su antojo durante dos años —hablaba con las manos en el pecho como si intentara protegerse del mal que le podía causar.

—¿Te das cuenta de que pintas a tu hijo como si fuera un

pusilánime? Yo lo trato todos los días y no me lo parece. Además, para ocupar el lugar que tiene en este hospital... Nadie llega donde él sin ser una persona muy inteligente, estoy seguro de que no se deja tomar el pelo.

Colette estaba moviendo el índice delante de la nariz de Julio, y lo miraba con furia en los ojos.

—No te equivoques, mi hijo es un lumbreras, pero lo pueden las faldas. Me lo vas a decir a mí.

—¿Por qué dices eso? ¿Acaso lo sabes tan bien? No habrás estado fisgando en la vida privada de tu hijo, ¿verdad?

—Una madre tiene que hacer lo que haga falta para proteger...

Unos golpecitos en la puerta los interrumpieron; sin embargo, Julio supo que esa mujer era de lo más controladora, que habría llegado hasta límites insospechados para lograr sus propósitos. En ese momento entendió la ruptura de Zoe y Steve, Colette se había metido en medio hasta que consiguió separarlos.

Steve entró en la sala y le tendió un papel a su madre.

—¿Qué es esto? —preguntó ella poniéndose tiesa ante la presencia de su hijo.

—Es la analítica que te han hecho al llegar.

—Yo no entiendo de estas cosas. —Su voz mostraba enojo.

—Julio te podrá aclarar lo que no comprendas.

El aludido lo miró levantando una ceja, y él le hizo un gesto con la mano para que se lo explicara.

—A ver, déjame que les eche un vistazo. —Tomó la hoja de los dedos de ella y la inspeccionó—. Por lo que veo aquí es todo normal, estás fresca como una rosa.

—¿Te convences ahora de que Zoe no te ha echado nada en el agua para que durmieras?

La mujer no dijo nada, giró la cara y frunció la boca.

—¿Quieres contarme algo, Colette? —preguntó Julio—. Deduzco que pensabas que...

—Quiero irme, estoy cansada. —Su tono de voz les decía que, aunque le retorcieran el pescuezo, no le iban a sacar nada más.

—Claro que sí, madre, cuando algo no te gusta sales pitando.

—Tú y yo ya hablaremos esta noche. —La mirada de Colette era colérica.

—Ya veremos. —Steve llamó a una de las enfermeras que pasaba por allí y le dijo que llevara a su madre a la ambulancia que la devolvería a su casa.

Julio estaba observando el comportamiento de los dos. Una vez que se quedaron solos preguntó:

—¿Está Zoe cuidando a tu madre? —Él le explicó la casualidad que los había hecho reencontrarse, y la llamada de esa mañana acusándola a ella de haberla drogado—. Esa chica tiene valor, otra habría salido corriendo.

—Lo sé.

Steve se sirvió un café y le dijo a Julio si quería, este negó.

—Tío, creo que tienes un verdadero problemón, tu madre tiene como una fijación contigo, en todas las charlas que he tenido con ella tú has sido el protagonista.

—¿Qué puedo hacer? Lo que ella siempre ha querido es que me trasladara a vivir con ella, nunca aceptó que ya tengo mis años para vivir con mamá. Además, me volvería loco, créeme que cada día estoy menos en su casa, sus continuas quejas, sus exigencias y, cuando no, su forma de autocompadecerse hace que quiera alejarme.

—Es comprensible. ¿Has pensado en hacer un viaje? En desconectar por un tiempo. Por lo que sé, no va a quedarse sola, tiene sirvientes que le hacen toda la tarea, que tú te ausentes no va a representar que se quede sola. —Julio se daba cuenta de que su amigo tenía un serio problema entre manos, su madre era una de esas personas tóxicas que le iban minando la energía.

—¿Es lo que necesita?

—Es lo que tú necesitas. —Una llamada al teléfono de Julio anunciándole su próxima visita los cortó—. Piénsalo, tienes que romper ese cordón umbilical que ella se empeña en seguir controlando.

Steve le dio las gracias, y se quedó recordando lo que le había dicho. Lo malo era que ahora había puesto a Zoe en su casa y no quería que ella se viera perjudicada, cosa que ocurriría si no la mantenía bajo control. No sabía él lo acertado de ese pensamiento.

Capítulo 33

Aquella noche, cuando Zoe llegó a casa de Colette, se encontró a Steve apoyado en el capó de su coche, como si la estuviera esperando.

—¿Has cambiado de idea y vienes a despedirme?

—¿De dónde has sacado eso? —preguntó él frunciendo el ceño.

—De ningún lado, es solo que me extraña encontrarte aquí, en lugar de dentro, que sería lo más lógico.

—Digamos que si estuviera dentro como tú dices, estaría soportando alguna pataleta, ya estoy más que harto.

—Entonces, me has esperado para que te haga de escudo. —La mirada de ella era guasona, y supo que le estaba tomando el pelo—. Vamos, no dejaré que te coma el coco.

Steve se daba cuenta de lo mucho que había echado de menos ese humor de Zoe, ella siempre sabía cuándo necesitaba escuchar alguna tontería. La risa a su lado era liberadora.

Los dos rieron, y así entraron en la casa.

—Vaya, qué contentos venís. —El tono de la voz de Colette era de rabia y el rictus de su boca expresaba frustración—. Y pretendéis que me crea que no estáis juntos de nuevo.

—Hola, Colette —dijo Zoe ignorando el comentario—. Me alegro de que estés sentada en lugar de echada, así puedes hacer ejercicios antes de irte a la cama, te fortalecerá los huesos.

—Qué te has creído tú eso, luego no podría dormir de lo que me dolerían.

—Como quieras.

—Madre, tendrías que escucharla. —Steve veía los ojos de su madre como si pretendiera lanzarle dardos a Zoe.

—Tú, cállate, que estás más guapo.

Olivia había estado en la cocina y se acercó a ellos.

—Hola, chicos. —Luego miró a Colette y añadió—: Deja de discutir con él, al final se hartará y no vendrá a verte.

—¡Soy su madre! —exclamó.

—Como si quieres ser la reina de Saba, ya no es ningún adolescente para que tenga que darte explicaciones.

—Todos estáis en mi contra —se quejó como si fuera una niña pequeña—. Quiero ir a acostarme, por lo menos en la cama no hay nadie que me riña.

Steve miró a Zoe, y ella se encogió de hombros.

—Vamos, seguiré leyéndote esa novela tan bonita que te regaló tu hijo.

—Tal vez sería mejor que me leyeras la historia de Nueva Orleans, tiene que ser tan aburrida que me dormiré enseguida.

Ese día estaba más puñetera que el anterior, pensó Zoe.

—Como tú quieras, pero me dejarás sin saber cómo sigue. —Miró a Steve con una sonrisa divertida, se acercó a una estantería donde había unos pocos libros y buscó algo lo suficientemente aburrido para que le entrara el sueño—. ¿Te apetece que te lea *Anatomía humana*?

—No, por Dios.

—Ese libro es mío —apuntó Steve acercándose a cogerlo.

—Ya me lo parecía. —Ella le sonrió al tendérselo y él aspiró con gusto la fragancia que tan bien conocía, la que siempre desprendía ella.

—No has cambiado de perfume.

—¿Por qué debería hacerlo si me gusta?

Colette los miraba como un águila a la caza de su próxima comida.

—Y pretendéis hacerme creer que no hay nada entre vosotros —remarcó con la voz agria.

—Nos has pillado, ya le dije a Steve que no podríamos engañarte

durante mucho tiempo —bromeó Zoe guiñándole un ojo a él.

Aquellas palabras sacaron una carcajada de Steve.

—Deberíais saber que no es fácil mentirme a mí.

—Ya veo, eres muy lista. —Decidida a darle la razón en todo, pasó el brazo por la cintura de Steve, levantó la cabeza y añadió—: Te dije que no se tragaría la trola.

Él veía que se estaba divirtiendo y le siguió la corriente.

—Sí, cariño, lo hiciste, pero es que cuando estoy a tu lado, no puedo disimular lo que me haces sentir. —Como si fuese lo más normal del mundo, bajó la cabeza y le rozó los labios con los suyos. Una descarga eléctrica que no sentía desde que ella se fue los recorrió a los dos, y sus miradas se quedaron enganchadas—. Ahora me voy, «ojos de gata», si no lo hago desatenderás a mi madre. —Ese apodo cariñoso que tanto había usado en el pasado le salió solo—. Hasta mañana, preciosa. —La soltó y se dirigió hacia la puerta—. Nos vemos, madre.

—Ahora que todo está aclarado, puedes quedarte a cenar y dormir. —La voz de Colette estaba distorsionada por el esfuerzo que hacía por no echarse a gritar. «Esos dos piensan que pueden engañarme».

—Uf, no, necesito descansar en mi cama, mañana tengo quirófano todo el día. —Con esas palabras, Steve se marchó.

Colette estaba rabiosa, todo el día había estado estrujándose los sesos para encontrar la forma de deshacerse de Zoe, tenía que ser algo lo suficientemente grave para que Steve la alejara de su lado para siempre. Esa noche sería la última en que Zoe entrara en esa casa, y seguro que Steve la apoyaría a ella.

—Niña, estoy cansada, deja los libros, hoy no quiero que me leas.

—Como desees.

Al igual que la noche anterior, la acomodó en la cama, y Colette se hizo un ovillo de espaldas al sillón que habían dejado al lado, donde Zoe iba a dormir, pero antes tenía algo que hacer, no perdió el tiempo por si a la mujer le daba por darse la vuelta. Una vez que estuvo satisfecha se sentó en el sillón y le vino a la mente el beso de Steve. Le había gustado tanto que pensó que se había vuelto a meter en la boca del lobo. Sin ser consciente de ello, notó que se estaba acariciando los labios, donde él los había rozado. Ese hombre tenía el

poder de convertirla en gelatina con una caricia tan mínima. Debía protegerse si no quería volver a quedar como una piltrafa, que era como se había sentido tres años atrás.

Steve no estaba en mejores condiciones, podía decir que había salido huyendo para no suplicarle que volviera con él. Tenerla entre sus brazos despertó tantos recuerdos que se quedó temblando, le extrañaría que ella no se hubiese dado cuenta de que su corazón se había disparado.

Más tarde, al tenderse en la cama, no apartaba a Zoe de su mente. ¡Cómo deseaba que ella estuviera allí! Nunca había podido olvidarla, comparaba a todas las que conocía con ella y ninguna lo trastornaba tanto. «La sigues amando, zoquete», le decía su corazón. Rememorando sus disputas, se dio cuenta de que todas las había ocasionado él; su vanidad, su ego y orgullo lo habían llevado a perderla.

Antes de dejarse abrazar por Morfeo, se juró a sí mismo que la recuperaría, le demostraría que era un hombre nuevo.

Capítulo 34

Por la mañana al despertar, a Zoe le extrañó que aquella noche Colette había dormido sin molestarla ni una sola vez. Ella había salido de la habitación para ir al baño y a beber agua, y la otra dormía como un tronco. Otra vez las zapatillas de la mujer estaban en distinto lugar de donde ella las había dejado la noche anterior; un día podía haberse despistado, pero dos...

En la cocina con Olivia, mientras se tomaba el café, se lo comentó: —¿Dices que ha dormido de un tirón y sigue así? ¿No le habrá cogido algo? —Se extrañó la mujer.

—No, está descansando con tranquilidad.

A Olivia aquello le despertaba sospechas, hacía tiempo que Colette no la dejaba descansar una noche entera. ¿Estaría tramando algo? Seguro que sí. Ya se enteraría más tarde, en ese momento quería hacer la pregunta que la había mantenido en ascuas desde la noche anterior.

—A ver, que yo me entere, ¿estáis juntos o no?

Ella rio al escucharla.

—¿No me digas que te has pasado la noche pensando en eso? No, no lo estamos, simplemente le tomamos el pelo a Colette, está tan convencida.

—¡Qué pena! Se os ve tan bien juntos.

—Oh, sí, como el aceite y el agua. —Se rio Zoe.

—Tú di lo que quieras, pero hacéis muy buena pareja.

—No te hagas películas, Olivia, no hay nada de nada.

Zoe se despidió de ella y se marchó al Children's a trabajar.

***

Eran las diez de la mañana cuando Steve recibió una llamada alarmante, su madre le gritaba a través de la línea y él no entendía nada de lo que decía.

—Tranquilízate, madre, ¿qué ha ocurrido? ¿Dónde está Olivia?

—¡Me ha robado! —exclamó a gritos.

—¿Qué dices? ¿De qué hablas? —Su madre parecía tener un ataque de nervios y él estaba a punto de entrar en quirófano—. ¿Dónde está Olivia? —volvió a preguntar.

—La he mandado a un recado —gritó Colette—. Pero debes escucharme, Zoe me ha robado. —Steve supo que se estaba inventando aquello para que no volviera a su casa—. Esa pelantrusca que me metiste en casa ha aprovechado cuando me he quedado dormida para robarme el anillo de compromiso que me regaló tu padre.

—Lo habrás dejado en alguna parte.

—No, siempre lo guardo en el joyero del tocador y hoy no está —gritaba como si fuera a cogerle un ataque de un momento a otro.

—Te prometo que lo encontraremos —dijo él para tranquilizarla.

—¿Vas a llamar a la policía?

Él sabía que si le decía que no, lo haría ella.

—Sí, no te preocupes, yo me encargo. —Steve pensaba llamar a Olivia para que buscaran el dichoso anillo antes de que cayera la noche.

Colette sabía que le estaba mintiendo, él no haría nada contra aquella mujer, lo tenía comiendo de su mano. Así que ella misma llamó a la policía para que se personaran en su casa. Con la excusa de que estaba inválida, y dado que su marido había sido embajador y tenía amistades en las altas esferas, allí mismo redactaron la denuncia, la firmó y les dijo el nombre completo de Zoe para que la buscaran. No sabía aquella lo que le vendría encima.

—Yo que ustedes me apresuraría a detenerla antes de que se deshaga del anillo, que a estas horas ya puede haberlo hecho. —Los

instaba a actuar rápido—. No quisiera estar en vuestros pellejos si eso ocurre, el capitán, que es muy amigo mío, armará una gorda si no recuperáis esta joya.

Cuando Olivia volvió, los agentes ya se habían ido y ella no le dijo nada. Fue al hospital a hacer la recuperación y ese día no vio a Steve, ya había dicho la noche anterior que le esperaba un día muy ajetreado operando.

Julio la encontró extrañamente satisfecha y pensó que las charlas que tenían le iban bien. Al verla marchar se quedó pensativo en el gran cambio que se había producido desde el día anterior y supo que había juzgado mal la interpretación de Colette. ¿Qué habría ocurrido para que se mostrara tan «contenta»? Nada bueno, le decía su mente.

Capítulo 35

Zoe estaba atendiendo a los pequeños cuando se le acercaron dos policías.

—¿Es usted Zoe Rewsbury? —preguntó uno de ellos.

—Sí, yo soy. ¿En qué puedo ayudarlos?

—Queda usted detenida por el robo de una joya de gran valor.

—¿De qué está hablando? —Se le fue el color de la cara cuando vio que la esposaban allí delante de los niños y de sus compañeros—. Si esto es una broma, no hace ninguna gracia.

—Señorita, ¿me estoy riendo?

No, el tipo no reía y parecía hasta enojado.

—¿De qué joya me están hablando? —Quiso saber ella al notar que la empujaban por el brazo para salir de las instalaciones.

—De un anillo que ha desaparecido esta noche mientras usted estaba en casa de la señora Meraux.

Su boca se quedó muy abierta al escucharlo. Colette estaba dispuesta a acabar con ella y con su reputación, ¡que la habían detenido en su lugar de trabajo, por Dios! Eso no podría arreglarlo nadie, por mucho que demostrara su inocencia.

—Agente, ¿ha pensado por un momento qué he hecho yo con el anillo? Debería tenerlo en mi poder, y le aseguro que no es así.

—Señorita, le he leído sus derechos, sabe que todo lo que diga

podrá ser utilizado en su contra.

—Lo he entendido muy bien, y también le digo que se han dejado engañar por una lianta que no dice ninguna verdad.

Zoe vio que ambos se miraban y parecían dudar por un segundo, pero solo fue eso. En cuanto quiso darse cuenta estaba encerrada en el coche patrulla. Al llegar a la comisaría la ficharon, le tomaron las huellas digitales y se quedaron con todo lo que llevaba en los bolsillos; la encerraron en el cuarto de interrogatorios y la dejaron allí sola. Ella no dejaba de pensar en Colette, en lo que estaba dispuesta a hacer para perderla de vista. Era una mala mujer, era convincente, ya se la imaginaba armando un buen escándalo ante los policías... puñetas, era una actriz de primera. ¡En mala hora había accedido a ayudar a Steve!

Al pensar en él, le vino a la mente el beso de la noche anterior, la caricia le había llegado al alma, había despertado recuerdos dormidos; la sensación de estar en sus brazos, y ese amor que ella creía relegado al fondo de su corazón salió a flote, como si estuviese esperando el momento justo para anunciarle que aún seguía ahí.

En ese instante imaginó que había sido un error por su parte tratar de tomarle el pelo a Colette, no dudaba de que la quería perder de vista y se habría rebanado los sesos para planear cómo. En su maldad, porque ya no creía que estuviera enferma de la cabeza, lo había calculado todo al dedillo para destruirla, y vaya si lo había conseguido. Le entraron ganas de llorar de rabia por haber sido tan ingenua; sin embargo, no lo hizo, la furia era su aliada, no permitiría que nadie la viera derrotada.

No supo el tiempo que pasó cuando entró un agente vestido de paisano. Se sentó frente a ella.

—Señorita, ¿me dirá qué ha hecho con el anillo?

—Yo no sé nada de ningún anillo. —Entrelazó los dedos para que ese hombre no viera cómo le temblaban las manos por la ira que sentía.

—O sea que tiene algún cómplice y ya se ha deshecho de él.

—¿Es que no escucha? Le repito que no sé nada de ese dichoso anillo del que habla.

—Si anoche la señora Meraux lo vio y esta mañana no está... Dígame usted cómo ha podido desaparecer.

—Se está basando en la palabra de una mujer amargada y loca.

¿Dónde queda eso de que uno es inocente hasta que se demuestra lo contrario? ¿Lo han encontrado entre mis cosas y yo no me he enterado?

El agente la miró con prepotencia, apretó las muelas; su superior le había ordenado que le sacara una confesión y hallara el anillo.

—Si no colabora, las cosas pueden pintar muy feas para usted.

—¿Me está amenazando?

—No, solo le informo de que es mejor que nos diga lo que ha ocurrido.

—Anoche puse a la señora en la cama, y me senté en el sillón donde he dormido, por si ella me necesitaba.

—¿Ha podido entrar alguien en la habitación?

—No.

El hombre se apoyó en el respaldo de la silla y la miró con el ceño fruncido.

—Entonces, usted me dirá qué ha podido ocurrir.

Ella veía en los ojos del agente que no se estaba creyendo nada de lo que decía.

—Cuando me han leído mis derechos, me han dicho que tengo derecho a un abogado y a hacer una llamada. No hace falta que me busquen uno de oficio, mi abogada vendrá en cuanto la contacte.

Ante aquellas palabras, él se levantó, estaba claro que no le iba a sacar una confesión.

Le permitieron hacer la llamada; al principio había pensado en contactar a Steve para que él se ocupara de su lunática madre, pero decidió que quien la podía ayudar mejor era su amiga Ashley, al ser abogada esperaba que la sacara de aquella pesadilla lo más pronto posible.

Esta tardó media hora en personarse en la comisaría, tiempo que a Zoe se le hizo eterno. Al verla se le lanzó a los brazos y no pudo evitar que las lágrimas se le desbordaran de los ojos.

—Sh, tranquila. —Esperó a que se recompusiera y se sentó a su lado—. Me han dicho que te acusan de robar un anillo, ¿qué ha pasado? —Se mostraba tan segura y profesional que le transmitió serenidad. Zoe le contó desde que había vuelto a encontrarse con Steve. No se dejó nada en el tintero, lo soltó todo, incluso que habían tratado de tomarle el pelo a Colette, fingiendo que volvían a estar

juntos—. No conozco a esa mujer, pero por lo que tú siempre has contado de ella, no fue una buena idea hacer ese paripé. Apostaría a que fue lo que la enloqueció para planear este embrollo.

—Ya está loca de remate, la está visitando un psiquiatra del hospital sin que ella lo sepa.

—¿Cómo puede ser eso? —Se extrañó Ashley.

—Steve sabe que nunca reconocerá que está mal de la cabeza y se ha puesto de acuerdo con Julio, este se hace el encontradizo y la hace hablar.

—Deduzco que Julio es el psiquiatra. —Ashley iba tomando notas en un bloc.

—Sí, es un gran profesional.

—No lo dudo, pero si esto llega a juicio, el secreto entre médico y paciente la va a proteger. Tendré que hacer que la evalúe otro licenciado.

—¡¿Juicio?! —exclamó Zoe, después de eso no le quedaría otro remedio más que irse de la ciudad y empezar de nuevo en otra. Aunque en cualquier sitio donde fuera a buscar trabajo verían que se había visto envuelta en ello, o quizá quedaría para siempre en su documentación que tenía antecedentes. Se cubrió la cara con las manos, esa mujer le había arruinado la vida.

Ashley se daba cuenta de lo abrumada que estaba Zoe.

—No te preocupes, intentaré que esa evaluación psiquiátrica se haga lo antes posible, quizá tengamos suerte y ella misma se delate, porque estoy segura de que ella ha hecho desaparecer el anillo.

—¿Cómo demostrarlo? —En su desesperación, a Zoe le temblaba todo el cuerpo. Su mente estaba hecha un caos y no podía pensar con coherencia.

—Le pondré un detective privado, si es tan prepotente, seguro que ella misma comete algún error.

—No servirá de nada, ahora no está haciendo vida social. Se pasa las horas en casa, solo sale para ir al Tulane y la llevan en ambulancia.

Las dos se miraron a los ojos.

—Tal vez esa sirvienta que tiene, esa que vive con ella, pueda decirnos algo.

Zoe imaginaba que Olivia sabría todos los secretillos de Colette, pero no creía que esta, en su maldad, hubiera compartido sus planes

con ella.

—Tendríais que pillarla a solas, eso lo podéis conseguir por la mañana, cuando acude al hospital. Sin embargo, no creo que ella sepa nada de lo ocurrido.

Ashley se daba cuenta de la negatividad de su amiga.

—No quiero que te preocupes por nada, lo primordial ahora es sacarte de aquí. Prométeme que no te comerás la cabeza, esa mujer no sabe con quién se ha metido. Cuando le caiga encima todo el peso de la ley, le parecerá que la han enterrado en vida. —La abogada la cogió de las manos para infundirle ánimos y valor—. Déjalo todo en mis manos, ¿vale? Confía en mí, nadie se pone con mis amigas y sale impune.

Zoe asintió, a pesar de que había perdido su buen humor habitual.

No pasó mucho rato cuando la puerta se volvió a abrir, entraron dos agentes de uniforme y la llevaron a una celda. Escuchar la cerradura metálica que se cerraba a sus espaldas fue como si le apretaran el pecho, no podía respirar, le faltaba el aire. Notó que las paredes se ondulaban a su alrededor y se sentó en un banco de madera fijado a la pared. Se cubrió la cara con las manos para que el resto de presos que estaban en otros cubículos no vieran cómo la afectaba estar allí.

Capítulo 36

Ese día Steve estuvo en quirófano todo el día; y al salir, una de sus compañeras cirujana los invitó a él y al equipo a una cerveza, era su cumpleaños y todos ellos eran como una familia. Él deseaba ver a Zoe, y después de brindar con sus colegas esperó un rato prudencial antes de marcharse sin que pareciera que no apreciaba la celebración.

Cuando llegó a casa de su madre, esta estaba que se subía por las paredes.

—Ya era hora de que aparecieras.

—He estado a punto de irme a casa directamente y me recibes así, me arrepiento de no haberlo hecho. —Miró alrededor y no vio a Zoe por ningún lado—. ¿Dónde está Zoe?

—¿Has llamado a la policía?

Entonces recordó la llamada de esa mañana de su madre.

—No, lo haré mañana.

—No quiero ladronas en mi casa. —La voz estridente de la mujer le hizo fruncir el ceño.

—¿Me estás diciendo que la has echado? —Al hablar miró a Olivia, y esta se encogió de hombros.

—No ha hecho falta, supongo que los agentes se habrán encargado de ella.

—¡¿Qué dices?! —La furia que lo recorrió de arriba abajo le puso

todo el vello del cuerpo de punta—. ¿Me estás diciendo que la has denunciado?

—Claro, sabía que tú no lo harías.

Steve soltó una maldición muy soez, se dio la vuelta y salió a la carrera. Llegó a la comisaría y los agentes le dijeron que estaba detenida en el calabozo, que estaría allí mientras investigaban la desaparición de aquella joya que había robado.

—De ninguna manera, ahora mismo llamo a un abogado que la saque de aquí.

—Ya la ha visitado una abogada. —Ante las palabras del inspector, él pensó en Ashley, seguro que ella habría recurrido a su amiga.

—Me da lo mismo —dijo marcando el número de un renombrado letrado que se ocupaba de los asuntos del hospital.

Este no tardó más de quince minutos en presentarse en la comisaría. Al explicarle lo ocurrido, habló con el capitán de aquella delegación, le dijo que no podían retenerla sin pruebas, solo tenían las palabras de una mujer mayor que podía haberlo perdido en cualquier parte. No habían podido probar nada que la acusara a ella.

Ante las demandas del abogado, el capitán se vio obligado a soltarla con la exigencia de que se hicieran responsables de que no saliera del país.

—No la trate como a una delincuente, que no lo es —habló Steve con tono irritado.

—Eso lo tendrá que demostrar.

—Lo que tendrán que demostrar es que es inocente. —Chuleó el agente.

—¿Dónde ha quedado eso de «se es inocente hasta que se demuestre lo contrario»? —Steve lo miraba con fuego en los ojos.

—Ahora mismo la subirán. —Articuló el policía, dando la orden a uno de sus subordinados.

Unos minutos más tarde, Zoe llegaba acompañada de un uniformado; a Steve le pesó el alma al verla, iba con el mono del hospital, y su aspecto hablaba por sí solo de que el ánimo la había abandonado. Sin pensarlo ni un segundo, la envolvió entre sus brazos y la apretó contra su pecho.

—Todo ha pasado, cariño —susurró contra sus cabellos.

Zoe se dejó abrazar, era lo que necesitaba, y se le hizo un nudo en la garganta al percibir su preocupación. Si no la soltaba pronto se desharía en lágrimas y era lo último que quería, mostrar esa debilidad que se había ido incrementando al estar encerrada en aquella celda. Hundió la cara en el pecho musculoso y aspiró con fuerza para ahuyentar esas terribles ganas de llorar.

Un inspector le trajo sus objetos personales que le habían quitado al llegar a la comisaría, y el capitán le dijo que lo revisara y firmara un papel conforme con que se lo habían devuelto.

Ella recogió los bolígrafos que solía llevar en el bolsillo cuando trabajaba, los rotuladores, los pañuelos de papel y... el teléfono. Se lo quedó mirando acordándose de lo que debía estar grabado allí. Con todo ese caos no se acordó de lo que había montado la noche anterior.

Al verla tan ensimismada con el aparato en la mano, el capitán preguntó:

—¿Falta algo?

Zoe salió de aquella nube en la que había quedado sumida.

—No, no. —Firmó el papel, y Steve la cogió por la cintura para salir de allí.

Una vez en la calle, él le estrechó la mano al letrado y le agradeció que lo hubiese ayudado cuando el asunto nada tenía que ver con el hospital. Los hombres se despidieron y ella se quedó parada en la acera mirando el cielo tachonado de estrellas, sentía la mirada de Steve clavada en ella.

—Cariño, lamento mucho lo ocurrido. Sé que no has hecho nada de lo que se te acusa. Si lo hubiese sabido antes...

—Tu madre me ha arruinado la vida. —Sus ojos brillaban con la humedad que casi no podía retener—. ¿Dónde voy a encontrar trabajo ahora con una mancha así en mi expediente?

—No te preocupes por eso, voy a hacer que mañana mi madre retire la denuncia y haga saber que el anillo se le perdió a ella. —Mientras le hablaba le frotaba los brazos, la sentía helada, aunque no hacía frío—. Vámonos. —Le pasó el brazo sobre los hombros y la apretó contra él para calentarla, no dudaba de que todo se debía al traumático día que había pasado.

Se subieron al Chevrolet de Steve y este condujo hacia la casa que habían compartido.

—Llévame a mi casa —dijo ella al ver hacia dónde se dirigía.

—No voy a dejarte sola.

Aquellas palabras le calentaron el corazón, por lo menos él no se había creído las mentiras de Colette.

Al entrar en el piso donde habían vivido tan buenos momentos, ella sintió que le faltaba el aliento. Nada había cambiado, parecía que no hubiesen transcurrido esos tres años, todo estaba como ella lo recordaba.

Él le dijo que iba a prepararle un baño con sales relajantes, y ella rememoró los que habían compartido. Se puso en la bañera y él le habló a través de la puerta.

—Dejo un chándal encima de la cama, no vuelvas a ponerte esa ropa.

—Gracias. —A esas alturas ella ya no había podido retener el llanto, y se le notaba en la voz.

Steve no lo pensó y entró. Se sentó al borde de la bañera y le cogió una mano con la que ella trataba de cubrirse la cara.

—Cariño, llorar sacará toda la angustia que llevas dentro, suelta todo lo que te daña.

Aquella voz sedante y las expresiones de cariño le estaban calando el corazón. Se daba cuenta de que él había cambiado durante el tiempo que estuvieron separados, y le gustaba ese nuevo Steve.

Cuando salió de la bañera, él la esperaba en la cocina con una copa de vino tinto y la cena. Zoe no tenía hambre, pero se obligó a comer, desde el desayuno que no había probado bocado.

—Esto está muy bueno —afirmó ella al ponerse en la boca una cucharada de guiso de cangrejo de río—. ¿Has aprendido a cocinar?

Steve se dio cuenta de que aquel llanto la había liberado de tensiones, su cara volvía a lucir su color natural, y sus ojos ya no mostraban esa angustia que le había roto el alma.

—Hago alguna cosilla, pero esto lo ha dejado cocinado la señora que me hace las tareas de la casa.

—Pues dile que...

—¿Por qué no se lo dices tú?

—¿Cómo lo voy a hacer? —Ella tomó un sorbo de vino.

—Muy fácil, volviendo a casa.

A ella se le atascó el aliento y se quedó estática.

—¿Qué estás tratando de decirme?

Steve la miró a los ojos, aquellos que lo tenían hechizado, pasó una mano por encima de la isla donde estaban cenando, y cogió la de ella.

—No te voy a decir que te he guardado fidelidad durante este tiempo, solo quiero que sepas que cuando estaba con una mujer, siempre acababa pensando en ti. Me has acompañado cada día, eres mi historia inacabada. —Acarició la mano que tenía entre sus dedos—. Y no quiero que termine nunca. Te dije mil veces que te amaba; sin embargo, no te lo demostraba suficientemente. Desde que volví a verte, me di cuenta de que en todas las disputas que tuvimos, era yo el responsable; mi vanidad y mi ego te alejaron de mí, y quiero remediar ese error.

Zoe estaba sorprendida de oír esas palabras en la boca de él, había percibido el cambio; sin embargo, había algo con lo que no podía luchar.

—¿Te das cuenta de lo que acabo de pasar por tu madre? Ella nunca me aceptará, y no quiero ser la responsable de que te alejes de la única familia que tienes.

Steve se alegró de que ella no lo hubiese mandado a paseo, eso quería decir que ella también sentía algo por él, y sus palabras se lo demostraban.

—No estamos hablando de mi madre, deja que yo me ocupe de ella.

—Ella forma parte de tu vida, y no quiero ser la causa de posibles disputas entre vosotros. —Como Zoe había perdido a sus padres en un accidente de tráfico cuando era una adolescente, y tenía esa espina clavada en el corazón, no quería que él pasara por lo mismo, que por ella acabara distanciándose de la mujer que lo trajo al mundo.

—No lo serás, o te acepta a ti o me pierde a mí.

—Ahora mismo, no sé si tengo la fuerza suficiente para estar a menos de un kilómetro de ella. —Después de sufrir en sus propias carnes la maldad de aquella mujer, no estaba segura de poder tolerarla.

—Te entiendo, pero te repito que no estamos hablando de ella.

—No sé…

—Sé valiente y dime que no me amas.

Esas palabras habían sido las últimas que le dijo cuando se separaron, y ella las tenía grabadas a fuego en su corazón; tal como ocurrió la otra vez, no se lo podía decir porque le estaría mintiendo.

—No puedo —susurró con un hilo de voz.

—¿Por qué?

—Porque te estaría mintiendo.

Él dio la vuelta a la isla, la giró y la besó con ternura, demostrándole que ese sentimiento que compartían llenaría sus vidas de gozo, y de mucho mucho amor.

Capítulo 37

Después de cenar, se sentaron en el sofá, y ella estaba ansiosa por ver lo que había pasado aquella noche; sin embargo, no estaba segura de que a Steve le hiciera gracia que hubiese puesto una *webcam* en la habitación de su madre.

—¿Te enojarías si te digo que puse una cámara en el cuarto de tu madre?

Él frunció el ceño.

—¿Por qué lo hiciste?

—Porque la primera noche que pasé allí, a la mañana las zapatillas no estaban donde yo las había dejado la noche anterior.

Esas palabras despertaron el interés de Steve.

—¿Estás segura de eso?

—Esta mañana también habían cambiado de lugar, ayer pensé que era un despiste mío. —Zoe cogió el móvil y estaba sin batería—. ¿Tienes un enchufe?

Steve se lo dio y ella enchufó el aparato. Al cabo de unos minutos, Zoe lo encendió y se pusieron a ver la grabación, ella la iba adelantando mientras todo estaba quieto; de repente, vio que había movimiento, dejó de avanzar y retrocedió. Las sospechas que no había compartido con él se mostraron en la pequeña pantalla, Colette se removía en la cama, la miraba a ella y, al comprobar que dormía, se

levantaba y caminaba despacio hacia el baño; al salir de él no volvía a la cama, se acercaba al tocador y sacaba algo del joyero, iba hacia el armario, y no vieron dónde lo había dejado, la puerta con espejo ocultaba dónde había puesto lo que fuera que había llevado hacia allí.

Zoe contuvo el aliento y se cubrió la boca con una mano. Lo miró a él, y notó que tenía los ojos muy abiertos viendo cómo su madre los había engañado a todos.

—Esto me reafirma que está mal de la cabeza —murmuró él.

Ella avanzó la grabación, y Colette se volvía a levantar sola e iba al baño, andaba como si no quisiera hacer ruido para no despertarla.

—¿Por qué no le dijiste a la policía que tenías esta grabación?

—Estaba tan abrumada que no me acordé de eso hasta que me han devuelto el teléfono.

—Podías haberlo dicho entonces.

—No. Si mis sospechas de que andaba eran ciertas, a la policía no le importaba, solo lo puse por eso.

—Y ahora resulta que tienes la prueba de que quien hizo desaparecer el anillo fue ella. ¿Has pensado que puedes presentar esa evidencia y la que las pasará canutas será ella?

Zoe negó con la cabeza.

—No lo haré, es tu madre, decide tú lo que tienes que hacer con ella. No me voy a interponer.

—¿Aunque eso signifique tener antecedentes policiales?

—Lo dejo en tus manos. —Con aquellas palabras envió la grabación al móvil de él, y la borró de su móvil—. Confío en que sabrás usarla. No pretendo separarte de ella, solo que no le permitas tomarte el pelo como ha hecho hasta ahora. Yo me mantendré al margen, es lo mejor para mi salud.

Ella le había puesto su futuro en sus manos, y no podía dejar de amarla por mostrarle que confiaba plenamente en él.

Steve se apoyó en el respaldo del sofá, pensativo, ella se recostó en él y en pocos minutos se quedó dormida. El día había sido terrible y su cuerpo necesitaba ese descanso reparador.

Capítulo 38

Zoe despertó desnuda en la cama que antaño compartió con Steve, él dormía a su lado, se quedó quieta para no molestarlo. Sus ojos se recrearon en ese hombre que le había robado el corazón hacía mucho tiempo, que no había podido sacarse de la cabeza mientras estuvieron separados. La vida les daba otra oportunidad y estaba dispuesta a disfrutar del cambio que había percibido en él.

Steve se removió y se dio la vuelta, con los ojos cerrados, sus manos la buscaron y la arrimó a su cuerpo. Ella debió contener el aliento al notar que estaba excitado, porque él abrió los ojos y se perdió en la mirada verde esmeralda.

—¿Te he despertado? —susurró.

—No.

—¿Cómo te sientes, amor? —Él le dio un beso en los labios.

—No lo sé —hablaba muy bajito, como si no quisiera romper ese momento—. Por una parte, liberada; por otra, abrumada. Despertar desnuda en tu cama me ha hecho recordar, y tengo la sensación de que todo está yendo demasiado rápido.

Steve la cogió por la cintura y, tumbándose de espaldas, la puso sobre su cuerpo.

—Cariño, hemos perdido tres años preciosos, pretendo recompensarte por todos los malos momentos que te he hecho pasar.

¿Te he dicho que te amo? —Puso ojillos y arrugó el ceño como si estuviera pensando—. No, hoy no te lo he dicho... te amo. Tampoco te he hablado de lo bonita que estás, de cómo disparas mi corazón con una sola de tus miradas. —Puso su mano en la nuca de ella y la arrimó a su pecho, donde ella pudo escuchar el fuerte latido de su corazón—. Te prometo que nadie más que tú logra hacerme sentir así.

Zoe notaba que a medida que iba hablando, su pene se engrosaba contra la parte baja de su cuerpo, y cuando él se excitaba seducía por todos los poros de su piel. Su mirada brillante y plateada le acariciaba el rostro y notaba que se iba acalorando. Se removió contra él y fue cuando él se dio la vuelta, quedando encima de ella. Le encerró la cara entre sus manos y la besó con ardor.

—Sigo pensando que... —susurró ella en cuanto se separó un poco para coger aire, él le robaba el aliento.

—No pienses, déjate llevar, te prometo que no te arrepentirás.

Steve volvió a su boca, la recorrió con minuciosidad, como si quisiera que su forma y su aliento se le grabaran en el cerebro. Sentía las manos de ella que le recorrían desde la cabeza a las nalgas, y una vez allí las amasaba con glotonería. De repente, ella enroscó las piernas en su cintura, el calor y la humedad del cuerpo femenino lo incitaron a pasear su pene en aquella zona que era el paraíso. Al entrar en ella, fue como si le estuviese dando la bienvenida a casa. Se separó, y esos lagos esmeraldas que lo miraban lo hicieron estremecer. Empezó la danza, y ella lo acompañó moviéndose bajo él.

Ambos eran conscientes de ese nuevo comienzo, de la nueva vida que se les presentaba, de un futuro que ninguno de los dos estaba dispuesto a desperdiciar.

Los gemidos y los suspiros eran su lenguaje, hasta que un clímax arrollador los envolvió haciendo que elevaran el tono de su gozo con movimientos que los lanzaron al espacio exterior.

Steve, sin salir de ella, se dejó caer a un lado y la abrazó fuerte, tratando de recuperar el ritmo de su respiración.

—Te amo. —La escuchó decir, y no paró ahí—. Solo tú has sido capaz de derribar los muros que construí alrededor de mi corazón. Soy como arcilla en tus manos, y eso me da miedo.

Él le empujó el mentón para verla a los ojos, le había dolido que ella le dijera eso.

—No quiero que tengas miedo, tú y yo somos uno solo, y no dejaré que nadie se interponga en la dicha que ahora mismo nos envuelve. Te lo prometo por nuestros hijos.

—No tenemos.

—Los tendremos. —Aquel juramento vino acompañado de un apretón que le quitó el aliento a Zoe.

Ante ellos se extendía un futuro lleno de dicha. ¡Qué felicidad!

Capítulo 39

Aquella mañana, Steve, al llegar al Tulane, buscó a Julio, este estaba revisando su agenda en su consulta.

—No tienes buena cara, ¿ha pasado algo? —El psiquiatra ya se imaginaba que lo que fuera estaría relacionado con Colette. Él se sentó frente al escritorio de su compañero, sacó el móvil y le mostró las imágenes que había grabado Zoe. A Julio se le iban abriendo los ojos al ver la grabación—. Hace que me sienta estúpido —dijo al clavar la mirada en Steve.

—Así es como me siento —afirmó él, luego pasó a contarle lo de la denuncia por robo a Zoe—. No sé lo que les diría a los agentes que acudieron a casa, pero ella se pasó todo el día encerrada en el calabozo.

—¿Sin pruebas que la incriminaran? —Julio no salía de su asombro.

Steve asintió con la cabeza.

—Seguro que echó mano de las antiguas amistades de mi padre, les diría que era la influyente esposa del embajador Meraux.

—No me cabe ninguna duda. —El psiquiatra había conocido a Zoe e imaginó lo mal que se lo habría pasado—. Esa chica no se merece eso.

—No hace falta que me lo digas, lo sé, volvemos a estar juntos, y

creo que nunca podré hacer lo suficiente para resarcirla.

Julio lazó una ceja con sorpresa.

—Eres un tipo con suerte, cualquier mujer saldría corriendo al encontrarse con las manipulaciones de tu madre. Debe de amarte mucho.

—No me cabe la menor duda, por ese motivo dejaré que ella decida si quiere volver a ver a mi madre o no.

—¿Qué harías tú si el asunto fuera al revés?

—Alejarme, por eso la apoyaré en su decisión.

Julio asentía con la cabeza.

—Estás empezando a tomar las medidas para tu propia felicidad y la de ella. Eso te hará bien.

—Hoy voy a llevarla a la comisaría para que retire la denuncia, no quiero que Zoe tenga antecedentes penales en su expediente. Eso le cerraría muchas puertas, y no lo voy a permitir, no lo merece, es una gran profesional.

—Estoy de acuerdo contigo, no la traté demasiado mientras trabajaba aquí, pero los pacientes la adoraban. Fue una gran pérdida para el Tulane. —Julio asentía con la cabeza mientras hablaba.

El busca del psiquiatra sonó y este salió apresurado del despacho. Steve se dirigió al suyo y pasó visita a los pacientes que había operado el día anterior. Cuando Colette acudiera y dejara de hacer el paripé, se iba a ausentar. Iba a solucionar el problema de Zoe y a poner a su madre en su lugar. Podía decir que ese día era el primero del resto de su vida, tenía a su mujer a su lado y lo demás carecía de importancia.

***

En cuanto Colette llegaba al hospital todos se enteraban, sus continuas quejas en voz alta alertaban a todo el mundo. Steve, para no escucharla, se fue a tomar un café, luego pondría las cartas sobre la mesa. Esperó el tiempo que sabía que estaría con la fisioterapeuta y volvió a la planta. Julio empujaba la silla y ese día la llevó a su despacho, donde ella pudo leer la especialidad de él.

—¿Eres psiquiatra? —Su tono demostraba que no le gustaba.

—Sí, ¿algún problema?

—No, mi hijo es traumatólogo y no me quejo —mintió con impertinencia.

—Eso de que no te quejas es cuestionable —señaló Steve, que había escuchado el comentario.

—Qué sorpresa, hoy mi hijo tiene tiempo para su madre. —El sarcasmo de ella lo tensó—. Si estás aquí para que se me pase el disgusto de ayer y abogar por aquella pelantrusca, puedes ahorrarte saliva.

—Estás equivocada, estoy aquí para desenmascarar a una mentirosa.

—¿De qué me hablas? —La cara de ella denotaba incomprensión.

Steve sacó el móvil del bolsillo y le mostró las imágenes donde se la veía a ella andando y escondiendo lo que suponía que era el anillo desaparecido.

A Colette se le puso la cara de un rojo subido.

—¿Qué es esto?

—Yo lo veo muy claro, ¿tú no? ¿Te hacen falta gafas? —Steve se controlaba para no decirle que era una mala pécora.

—¿Quién ha grabado esto? Esa es mi casa y lo han hecho sin mi permiso, nadie tiene derecho a...

—No me hables de derecho —la interrumpió Steve—. Me has estado engañando, has criticado todo lo que he tratado de hacer por ti, y todo es mentira. ¿Desde cuándo andas? No te hace falta ni siquiera un bastón, y has estado tachando de incompetentes al cirujano que te operó y a los terapeutas. ¿Quién te has creído que eres?

Ella giró la cara, miró a Julio, que los observaba a ambos.

—¿Te das cuenta de cómo me trata?

—No lo metas a él en esto, luego me redactará un documento para que recibas la asistencia psiquiátrica que necesitas.

La boca de Colette se abrió desmesuradamente.

—¿Me estás diciendo que estoy loca? —gritó.

Él le contestó con otra pregunta.

—¿Por qué te inventaste que Zoe te había robado y la denunciaste?

—Una cosa no tiene nada que ver con la otra —repuso enrabietada.

—Yo creo que sí. —Julio habló por primera vez desde que se habían enzarzado en esa discusión.

—¿Qué estás diciendo? —Colette se encaró con él.

—¿Por qué lo hiciste? Responde. —El tono del psiquiatra era paciente, pero la miraba entrecerrando los ojos, esperando que ella expusiera sus razones.

—Porque no la quiero en mi casa.

—Esa no es la verdadera razón. —Julio quería que ella lo reconociera.

—Entonces, tú me dirás cuál es —replicó.

—No, tú la sabes, y tienes que reconocer que esa solo es parte de la verdad, tienes otro motivo.

Colette se retorcía los dedos con nerviosismo, con la boca apretada, como si temiera que le salieran las palabras.

—Déjalo, Julio, hazme los papeles que necesito. —Steve empezaba a darse cuenta de que su madre necesitaría más que unas sesiones con un médico especialista.

—La derivaré al Psychiatric Pavilion, allí estará bien. Cuando los tenga te doy un toque.

Por las palabras de Julio, Colette advirtió que pretendían ingresarla en un hospital psiquiátrico; sin pensarlo ni un segundo se levantó de la silla y se iba hacia la puerta, cuando Steve le cortó el paso.

—¿Dónde vas? ¿No te das cuenta de que si es preciso te vendrán a buscar y te llevarán con una camisa de fuerza?

—Eso es lo que tú te has creído, antes me voy de la ciudad —rugió con los ojos lanzando llamaradas.

—Puedes irte de la ciudad cuando quieras, pero antes harás una última cosa por mí. —El tono indiferente de Steve la llevó a golpearlo en el pecho.

—¿Y si me niego?

—Te llevaran por la fuerza al Pavilon.

Ella claudicó aun sin saber qué era lo que tendría que hacer.

Steve pensaba hablar con Julio más tarde y que este le aconsejara qué era mejor para su madre. No quedaba descartado el ingreso en el hospital. Suelta por ahí representaba un peligro para ella y para el resto de la gente. Ya se había recuperado del accidente y en cualquier momento podía tomarse unos cócteles y volver a conducir.

***

En cuanto Colette vio que Steve paraba delante de la comisaría, lo miró con rabia en los ojos.

—¡¿Qué hacemos aquí?! —exclamó con mala leche.

—Ya lo verás.

Ambos entraron en las dependencias y él fue directo al despacho del capitán, haciéndola caminar delante de él. Dio dos golpecitos en la puerta acristalada y el hombre levantó la cabeza.

—Pase, señor Meraux, ¿en qué puedo servirle? —Se levantó de su sillón y le estrechó la mano.

—He venido a traerle la prueba que le hacía falta para demostrar que Zoe Rewsbury es inocente de los cargos que le imputaron. —Sacó el móvil del bolsillo y lo puso en marcha en la franja horaria que Colette había escondido la joya—. Como puede ver por la hora y el día que muestra el registro...

El hombre frunció el ceño al observar lo que le mostraba.

—¿Es legal esta grabación?

—Yo mismo puse la cámara, ella es mi madre —señaló el móvil y a Colette—. Ella fue quien puso la denuncia, y la he traído para que la retire, como puede ver fue ella misma la que escondió la joya.

—Ahí se ve que esconde algo, pero no se distingue que sea el anillo —advirtió el capitán.

—Por eso vengo con ella.

Colette lo miraba colérica, él levantó la ceja como si le estuviera advirtiendo.

—Yo lo hice —afirmó ella.

—¿Por qué lo hizo y después denunció a aquella chica? —preguntó el agente—. ¿Se da cuenta de que es un delito acusar a una persona en falso?

—Estaba furiosa con mi hijo.

—Eso no es excusa, señora. —El capitán la miraba con ceño—. ¿Sabe que la señorita Rewsbury puede denunciarla a usted por el lío en que la metió?

Steve se calló que eso no ocurriría, que Zoe era su mujer, hacía tan pocas horas que había estado con ella, que aún no se creía que de verdad hubiesen solucionado sus diferencias. Además, le iría bien a su madre que le dijeran que lo que había hecho no era legal.

Colette tenía unas ganas enormes de gritar, de decirles que se

metieran en sus asuntos, pero la amenaza de que la internaran en un psiquiátrico le mantenía la boca cerrada y la cabeza baja.

Al ver la actitud de la mujer, el capitán buscó en el ordenador el expediente que se había abierto el día anterior. Lo halló enseguida y al leer el nombre arrugó el entrecejo.

—¿Es usted Colette Meraux? —Ella asintió—. ¿Es la misma que, conduciendo bebida, se llevó a una familia por delante? —La voz del agente ya no era tan amable.

—Sí, lo es —respondió Steve al ver que ella callaba.

—Señora, ¿había bebido cuando puso la denuncia?

—¡No soy ninguna borracha! —exclamó ella, con lo que se ganó una mirada de advertencia de su hijo.

—Permítame que lo dude. Señor Meraux, le aconsejo que la mantenga bajo vigilancia, ahora entiendo por qué puso usted esa cámara. —El hombre imprimió un documento que exoneraba a Zoe de aquella acusación y se lo hizo firmar a Colette.

—Tendré en cuenta lo que me ha dicho. Gracias por arreglar el desaguisado de mi madre. —Los hombres se despidieron con un apretón de manos, y los Meraux salieron de allí. Al volver a montar en el coche, él la miró y vio la furia en su expresión—. No pongas esa cara, tú solita te buscas estos problemas, y yo no siempre estaré ahí para sacarte las castañas del fuego.

—Yo siempre he estado ahí para ti.

—No, madre, tú lo único que has hecho ha sido lanzarme en brazos de tus ególatras amistades, meterte en mi vida, y lo peor de todo es que te lo he permitido. Pero ya estoy harto de seguirte la corriente. Soy un hombre de la cabeza a los pies, y no voy a seguir permitiéndote que me manejes como si fuera tu juguete. Hasta aquí hemos llegado. Ahora respóndeme a una pregunta, eso de que tus amigos te han girado la espalda es otro de tus embustes, ¿verdad?

Por la cara que puso Colette supo que había dado en el clavo. Condujo hasta la casa de ella y la dejó enfrente. Ninguno de los dos habló, ni siquiera se despidieron, él estaba furioso por haber sido tan ingenuo, y ella por haber sido descubierta.

Capítulo 40

Aquella noche, Zoe había quedado con las chicas en casa de Meg. Todas sabían lo que había pasado el día anterior y estaban indignadas.

—Suerte que al final te dejaron marchar —hablaba Christal—. Imagino que debió ser terrible.

—Yo aún no entiendo cómo pudieron cagarla de esa forma. —Una indignada Meg la miraba con enojo—. ¿Cómo pudieron hacer caso de los desvaríos de una vieja chocha?

—Porque echó mano de las influencias que tenía su marido cuando vivía, y los agentes que acudieron a su llamada creyeron que aún puede tirar de ese hilo. —Ashley estaba indignada porque ella no había podido sacarla de allí—. Me encontré con una negativa tras otra cuando traté de que la dejaran en libertad.

—Podrías haber acudido a Michael —señaló Christal, la pareja de Kathy era policía—. Él habría encontrado la forma de arreglar ese desaguisado.

—Traté de ponerme en contacto con él todo el día —respondió Ashley—. Cuando al fin lo conseguí, Zoe ya estaba en la calle.

—Michael me lo dijo, estuvo ocupado en una misión. —Kathy había armado un pequeño escándalo a Michael cuando se enteró de lo ocurrido—. Ya me escuchó cuando llegó a casa y me contó lo ocurrido.

Hasta el momento Zoe se había mantenido callada, escuchando como sus amigas se indignaban por ella y la apoyaban.

—¿No me digas que te peleaste con él? —preguntó a Kathy con preocupación, no quería que nadie se viera afectado por sus problemas.

—Luego se mostró debidamente arrepentido de no haber acudido en tu ayuda. —Sus ojos pícaros dejaban ver que la disputa había terminado bien.

Ninguna de ellas sabía cómo había conseguido salir libre.

—Imagino que al fin se dieron cuenta de su error, y se desharían en disculpas, ¿no? —comentó Ashley—. ¿Por qué no me llamaste para que te recogiera? —Al ver la cara que puso Zoe, supo que había algo que no les había contado—. ¿Qué nos estas ocultando?

Ella pensó que era difícil omitir cualquier información a la abogada.

—Me sacó el abogado de Steve.

—¡Qué! —exclamaron todas a la vez.

—¿Steve? ¿El hijo de la bruja que te metió en ese lío? ¿Ese Steve? —Una incrédula Meg mostraba su indignación—. ¿Ese tiparraco que te dejó hecha polvo? —Su mirada no se separaba de Zoe—. Es que aún no entiendo cómo te prestaste a trabajar para esos impresentables. No te hace ninguna falta hacer esos trabajitos, tenías que haber salido corriendo en cuanto viste dónde ibas a meterte.

A Zoe la salvó el timbre de la puerta, cuando llegó el repartidor de pizzas. Su amiga cogió el billetero y, cuando volvió, llevaba tres cajas familiares. Kathy había ido al frigorífico y sacado más refrescos y cervezas.

—Vamos a comer antes de que se enfríen. —Trató de animarlas Zoe. La reacción de Meg no sería nada cuando les dijera lo ocurrido después.

—¿Por qué tengo la sensación de que la historia no termina ahí? —Ashley no reprimió la pregunta, su amiga les ocultaba algo—. ¿Cómo es que Steve acudió en tu ayuda?

—Porque se sentiría culpable por haberla dejado en manos de la bruja —intervino Christal.

—Al Steve que yo conozco le habría importado un rábano lo que te ocurriera. —Meg no tenía filtro, y lo que le pasaba por la cabeza lo

sacaba por la boca sin pensar ni un segundo.

—Ha cambiado —lo defendió Zoe.

—¡Ay, Dios! —exclamó Kathy, llamando la atención de las demás.

—¿Qué pasa? —preguntó Ashley mirándolas a ambas.

—Nunca he dejado de quererlo —confesó Zoe.

Aquellas palabras lograron que todas se callaran y clavaran sus ojos en ella. Transcurridos unos segundos, se desató un pandemonio.

—¿Es que has olvidado lo que pasaste hace tres años? —Meg parecía alucinada.

—¿Has dejado la sesera en aquella celda? —intervino Ashley.

—¡No me lo puedo creer! —Christal se quedó con la boca abierta.

—¿Estás segura de lo que dices? —Kathy pretendía asegurarse de los sentimientos de su amiga—. No quiero que tenga la oportunidad de volver a hacerte daño.

—No lo hará.

—Pareces muy segura. —La pinchó Meg.

—Lo estoy, él me ama.

—Ya puede hacerlo, si no se las tendrá que ver conmigo —añadió Meg. Ella tenía formación en defensa personal—. A la mínima le puedo dar una paliza.

—Chicas, os agradezco vuestra preocupación, pero estoy segura de que a partir de ahora todo será distinto.

—Mejor que así sea, o voy a empezar a desenterrar secretillos. —Ashley, al trabajar en un bufete, disponía de los servicios de detectives privados, y no dudaría en pedirles que lo investigaran hasta el forro de los cataplines.

—Pareces muy segura de lo que dices. —Kathy veía en su mirada un brillo que hacía tiempo que no percibía.

—Y tú ¿también lo amas a él? —inquirió Christal.

—Nunca he dejado de hacerlo, esos hombres que han pasado por mi vida no me importaban, era sexo y nada más.

Su determinación las convenció a medias. Como si se hubiesen puesto de acuerdo, Christal y Kathy empezaron a contar anécdotas de sus parejas, y muy pronto se estaban desternillando de la risa.

Durante el resto de la noche no volvieron a hablar de Steve, para Zoe era evidente que estarían pendientes de ella en los días venideros. Las chicas eran como sus hermanas, se preocupaban por ella, y las

quería por eso.

***

Cuando llegó a casa, Steve estaba esperándola, mientras leía sentado en el sofá.

—¿Qué haces despierto todavía? —Ella se acercó a besarlo. Dejó en el suelo una mochila donde había puesto algo de ropa. En aquella casa no tenía nada—. He pasado por mi apartamento a buscar algunas cosas que me hacen falta.

—No tenía sueño, ¿qué tal con las chicas? —preguntó él tirando de ella hacia su regazo.

Ella soltó un suspiro.

—No me lo han dicho, pero creo que piensan que estoy como una cabra.

—¿Por qué?

—Por haberte dejado entrar en mi corazón de nuevo. —Él la abrazó contra su pecho—. Aunque nunca saliste de allí. —Esas palabras le valieron por un beso apasionado.

—Les demostraremos que están equivocadas.

Ella asintió con la cabeza y se acurrucó en sus brazos.

—¿Cómo te ha ido el día? —Ella sabía lo que él se había propuesto, y encontrarlo despierto le decía a las claras que había sido difícil.

—Mejor lo dejamos, no quiero pensar en ello ahora que te tengo donde quiero. —Se levantó con ella en brazos y la llevó a la cama, donde le hizo el amor con tanta pasión que ella creyó derretirse entre sus brazos.

—¿Siempre será así? —El corazón de Zoe todavía retumbaba contra sus costillas, y su voz era entrecortada por las sensaciones que él le hacía sentir.

—No. —Aquella negativa hizo que ella levantara la cabeza del pecho masculino y clavara su mirada en él—. Va a ser mucho mejor, te amo, sé que me amas, y juntos viajaremos a las estrellas cada noche… o de día. Tenerte a mi lado es lo más extraordinario que me ha ocurrido en la vida, me has dado una segunda oportunidad, que no pienso desaprovechar, y te lo voy a demostrar con cada uno de mis actos. Te voy a colmar de felicidad.

Epílogo

Colette estuvo ingresada en el Psychiatric Pavilion durante unos meses, hasta que comprendió que sus acciones tenían represalias. Que tenía que ser responsable de sus actos y dejar de pensar que los que estaban a su alrededor la tenían que tratar como si fuera la dueña del mundo. Que su hijo debía vivir su vida sin que ella se interpusiera. Al salir de allí, avergonzada por todo lo que había hecho, hizo las maletas y volvió a París, donde tenía familiares y una casa donde había vivido con su marido.

Steve le dijo que no tenía por qué tomar una decisión tan drástica, pero ella, reconociendo los problemas que le había causado, no lo escuchó.

—Te quiero, hijo, pero reconozco que no te he dado buena vida. Cuando quieras verme ya sabes dónde me puedes encontrar. Espero que tu mujer me perdone algún día y te acompañe a Francia, quizá podríais venir de vacaciones.

—Seguro que sí, madre.

***

Zoe y Steve vivían como en una burbuja de amor. Su vida se había convertido en un cuento de hadas. Él la colmaba de atenciones, y ella moría de amor por él. Su felicidad no conocía límites.

Ella pensaba con frecuencia en Colette, sabía que no todo había sido debido a su enfermedad, aquella manía persecutoria hacia su hijo les había causado muchos quebraderos de cabeza, había sido una madre tóxica, y ella temía parecérsele. Seguía trabajando en el Children's y los niños a los que atendía cada día le acariciaban el corazón.

—¿Crees que sería una buena madre? —preguntó a Steve una mañana mientras se arreglaban para acudir al trabajo.

—Fantástica, estoy seguro. —Él la miró a través del espejo al terminar de afeitarse—. ¿Por qué lo preguntas?

—Es algo que me ronda por la cabeza hace algún tiempo.

Él se giró hacia ella.

—¿Quieres que tengamos un hijo?

—Tengo miedo de convertirme en mamá gallina, y no dejarlo respirar.

—¿Para qué me tienes a mí?

—¿Qué? —Ella lo miró extrañada.

—Aparte de para engendrarlo, creo que también podría opinar, si te vuelves sobreprotectora allí estaré yo para equilibrar la balanza. Juntos podemos tener todos los niños que quieras y hacer de ellos personitas independientes, traviesas y que nos volverán locos —habló con una sonrisa en los labios—. ¿Deseas tener un hijo?

—O una niña.

Él la abrazó, besándola con ternura.

—Si no fuera porque tenemos que irnos a trabajar, ahora mismo nos metíamos en faena.

—Eso lo tenías que haber pensado antes.

A Steve se le abrió la boca por la sorpresa, la miraba con los ojos muy abiertos, pensando que le estaba tomando el pelo, y queriéndole seguir la corriente. Al ver la seriedad de ella la observó entrecerrando los ojos.

A Zoe se le humedecieron los suyos al creer que no deseaba ese bebé que estaba creciendo en sus entrañas. Iba a salir del baño para que él no viera cómo la afectaba su reacción, cuando él se percató de que no estaba bromeando, la cogió del brazo.

—No estás de guasa, ¿verdad? —Ella no se giró a mirarlo, negó con la cabeza de espaldas a él—. ¡¿Vamos a tener un hijo?! —Estaba

encantado—. Amor mío, eres lo mejor que me ha pasado en la vida. Pero… ¿cómo? —Ella se tomaba la píldora anticonceptiva.

—¿Recuerdas ese día que me sentó mal la cena? —Claro que lo recordaba, se había pasado buena parte de la noche junto a ella, sosteniéndola mientras vomitaba—. Será un bebé fruto de una indigestión.

Él rio contento.

—¿Te sientes feliz, cariño?

—Sí… no… No lo sé. No estamos preparados para ser padres y estoy muerta de miedo, temo no ser una buena madre.

Steve supo lo que a ella le preocupaba.

—Nunca serás como ella. —La envolvió entre sus brazos desde atrás, acariciándole la tripa plana con amor—. Hijo o hija, tendremos que convencer a mamá de que será maravillosa. Sé que no traes un libro de instrucciones debajo del brazo, pero lo haremos lo mejor que sepamos. Ya te quiero, estoy deseando verte, jugar contigo y hasta que me tomes el pelo con tus travesuras.

Ella se giró y lo besó con todo el amor que anidaba en su corazón. Steve la encerró entre sus brazos, en aquel nido cariñoso en el que a ella le gustaba cobijarse. Le dio mil besos intercalados con los «te amo».

¡Qué cambio tan radical habían sufrido sus vidas en pocos meses! La felicidad que sentían no conocía límites.

Nota de autora

Si habéis llegado hasta aquí, os habréis encontrado con *Orgulloso, desconfiado y… guapísimo*, otra de mis novelas de la que estoy muy satisfecha, me trae muy buenos recuerdos de cuando la escribí. Los personajes no tienen nada que ver los de una y otra; el único nexo en común es que los dos están para mojar pan.

También os quiero decir que NO todas las suegras somos iguales, hay mujeres admirables que se convierten en segundas madres.

Sé que en algún momento habréis deseado darle a Steve una buena colleja para hacerlo reaccionar; sin embargo, démosle una segunda oportunidad, al igual que ha hecho Zoe.

Siempre os digo que cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia, que todo es ficción, quiero creer que en este caso es así.

Si te ha gustado, házmelo saber en cualquier red social.

Facebook: Marian Arpa

Instagram: @marian_arpa Twitter: Marian Arpa15

Y si quieres saber más sobre mí, te invito a mi blog: marianarpa.wordpress.com Los escritores nos alimentamos de vuestros comentarios. Muchas gracias.

Agradecimientos

El primero va dirigido a Lola Gude, mi editora, amiga y consejera, la que escucha todas esas ideas locas que a veces me pasan por la cabeza; la que siempre está ahí, con la que puedes confiar en todo momento. La que constantemente tiene una palabra amable y de ánimo. ¡Contigo no me puedo sentir sola! ¡Gracias por ser y estar! Te quiero, guapísima.

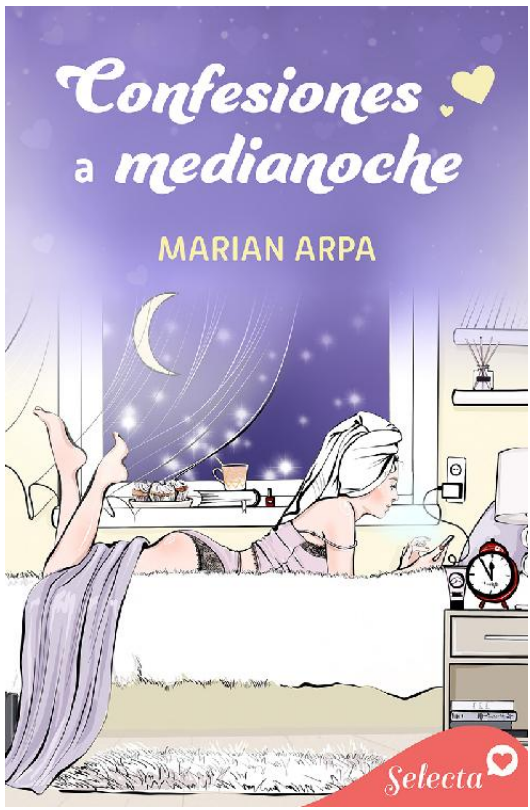
No me olvido de Vero y de Almudena, que se ha unido hace poco a nosotras. No os podéis imaginar cómo arreglamos el mundo entre risas e ideas alocadas. Ja, ja, ja.

Y, para terminar, nunca me olvidaré de TI, lectora, la que estás ahí para que cada día me ponga a escribir deseando que te guste. Gracias, gracias, gracias.

Si te ha gustado

Sé valiente y dime que no me amas

puedes disfrutar de estas



Selección RNR
MINA VERA
Suculento peligro
Suspense romántico

Selecta

Atrapada en el botón de tu vaquero

Mayeda Laurens

Sandra Bree
WORK
Y SI NO FUERA TU AMIGA, ¿QUÉ?
Serie Si yo lo llego a saber... 3
coffee
IDEAS
Selecta

ANA F. MALORY
A la orilla del mar
Selecta

NOA ALFÉREZ
CADA VEZ QUE
te amo
Los hermanos Craven 1
Selecta

ANA ÁLVAREZ
Galán de noche
Selecta

RUTH M. LERGA

Publicada originalmente como
Brandy Manhattan

Amantes con conservantes y colorantes

Selecta

El amor entre Zoe y Steve es genuino, autentico y pasional, no obstante, la madre de él resulta ser una gran piedra en el camino hacia la felicidad completa. ¿Se rendirán ante las malas artes de la mujer que pretende separarlos?

Zoe Rewsbury es enfermera de planta, atenta, dulce y animosa. Lo que hace que los pacientes la adoren. Sus ojos verdes brillantes y su eterna sonrisa encanta a todos los que sufren en el hospital. Muchos son los que le tiran los tejos, pero su corazón ya tiene dueño.

Steve Meraux es cirujano traumatológico, guapo a rabiar, y las mujeres caen rendidas a sus pies. Eso alimenta su vanidad y egocentrismo hasta las nubes, y encontra lo más natural del mundo que las enfermeras babeen detrás de él. Pero **ese engreimiento le traerrá unos problemas que no vera venir**.

Su soberbia molesta mucho a Zoe, su pareja, hasta que llega el momento en que no lo soporta más, lo manda a paseo, y se aleja del hospital en el que ambos trabajan. Sin embargo, el destino no ha escrito la última palabra y sus caminos volverám a cruzarse en un momento difícil para Steve, quien no la ha olvidado, **a pesar de los**

esfuerzos de su madre para alejarlo de aquella mujer a la que considera que no está a la altura de su hijo.

¿Cómo reaccionará Zoe cuando descubra que Steve necesita su ayuda?

Marian Arpa es el seudónimo con que María Antonia Ariño Parra firma sus novelas románticas. Vive en Reus, su ciudad natal, con los tres amores de su vida: su marido y sus dos hijos. Su afición por la lectura la llevó a leer todo lo que caía en sus manos desde muy joven, hasta que un día la novela romántica la atrapó, y sumida en relatos de castillos y damas en apuros, Escocia, Irlanda e Inglaterra, pensó que también podía haber historias de amor actuales. Desde ese momento dejó volar su imaginación y empezó a escribir.

Penguin Random House Grupo Editorial

Edición en formato digital: marzo de 2024
© 2024, Marian Arpa
© 2024, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Moreyba Martín Leal
Imágenes: Shutterstock
Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
ISBN: 978-84-19117-96-0
Conversión digital: leerendigital.com Facebook: penguinebooks Facebook: SomosSelecta Twitter: penguinlibros Instagram: somosselecta Youtube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

Sé valiente y dime que no me amas

Introducción
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35

Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Epílogo
Nota de autora
Agradecimientos

Si te ha gustado esta novela
Sobre este libro
Sobre Marian Arpa
Créditos